



JORNADAS ARTILLERAS EN EXTREMADURA

APUNTES SOBRE EL
EJÉRCITO ROMANO



MINISTERIO DE DEFENSA



JORNADAS ARTILLERAS
EN EXTREMADURA



JORNADAS ARTILLERAS EN EXTREMADURA

APUNTES SOBRE EL EJÉRCITO ROMANO

Edición extraordinaria
Grupo de Artillería XI

Badajoz, mayo de 2022



MINISTERIO DE DEFENSA



Catálogo de Publicaciones de Defensa
<https://publicaciones.defensa.gob.es>



Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado
<https://cpage.mpr.gob.es>

publicaciones.defensa.gob.es
cpage.mpr.gob.es

Edita:



Paseo de la Castellana 109, 28046 Madrid

© Autores y editor, 2024

NIPO 083-24-163-7 (edición impresa)
ISBN 978-84-9091-922-4 (edición impresa)
Depósito legal M 11770-2024

NIPO 083-24-164-2 (edición en línea)

Fecha de edición: mayo de 2024
Maqueta e imprime: Imprenta Ministerio de Defensa

Las opiniones emitidas en esta publicación son de exclusiva responsabilidad de los autores de la misma.

Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del copyright ©.

En esta edición se ha utilizado papel procedente de bosques gestionados de forma sostenible y fuentes controladas..

ÍNDICE

- 7 Introducción
Rodrigo José Hernández Navarro
- 9 Lección del 2 de mayo de 1808. Elogio de los capitanes Luis Daoiz y Pedro Velarde
Adrián Castrillo Espinosa
- 15 Ejército y monedas en época romana
Agustín Velázquez Jiménez
- 29 La imagen del soldado romano en la Columna Trajana y su proyección en el arte del Renacimiento
Manuel Alberto Santos Miñambres
- 49 La furca y el traslado de la impedimenta del soldado romano
Miguel Alba Calzado
- 105 Fortificaciones romanas en Extremadura. Campamentos y fortines. Algunos ejemplos
Ángela Alonso Sánchez
- 123 La artillería en el ejército de Roma
José María González Lanzarote
- 147 Las insignias militares de las legiones romanas: una aproximación a sus orígenes, usos y tipología
José Julio García Arranz
- 171 Tras las huellas militares romanas en Augusta Emérita
Rafael Sabio González, José María Murciano Calles
- 201 *Marti Sacrum*
José María Álvarez Martínez
- 215 Lista de abreviaturas

INTRODUCCIÓN

Como presidente de la Fundación Santa Bárbara y Santa Eulalia, tengo el placer de dirigirme de nuevo a nuestros fieles seguidores que año tras año nos demandan una nueva edición de las Jornadas de Artillería en Extremadura para presentarles, en esta ocasión, una edición extraordinaria, solo en este formato de publicación.

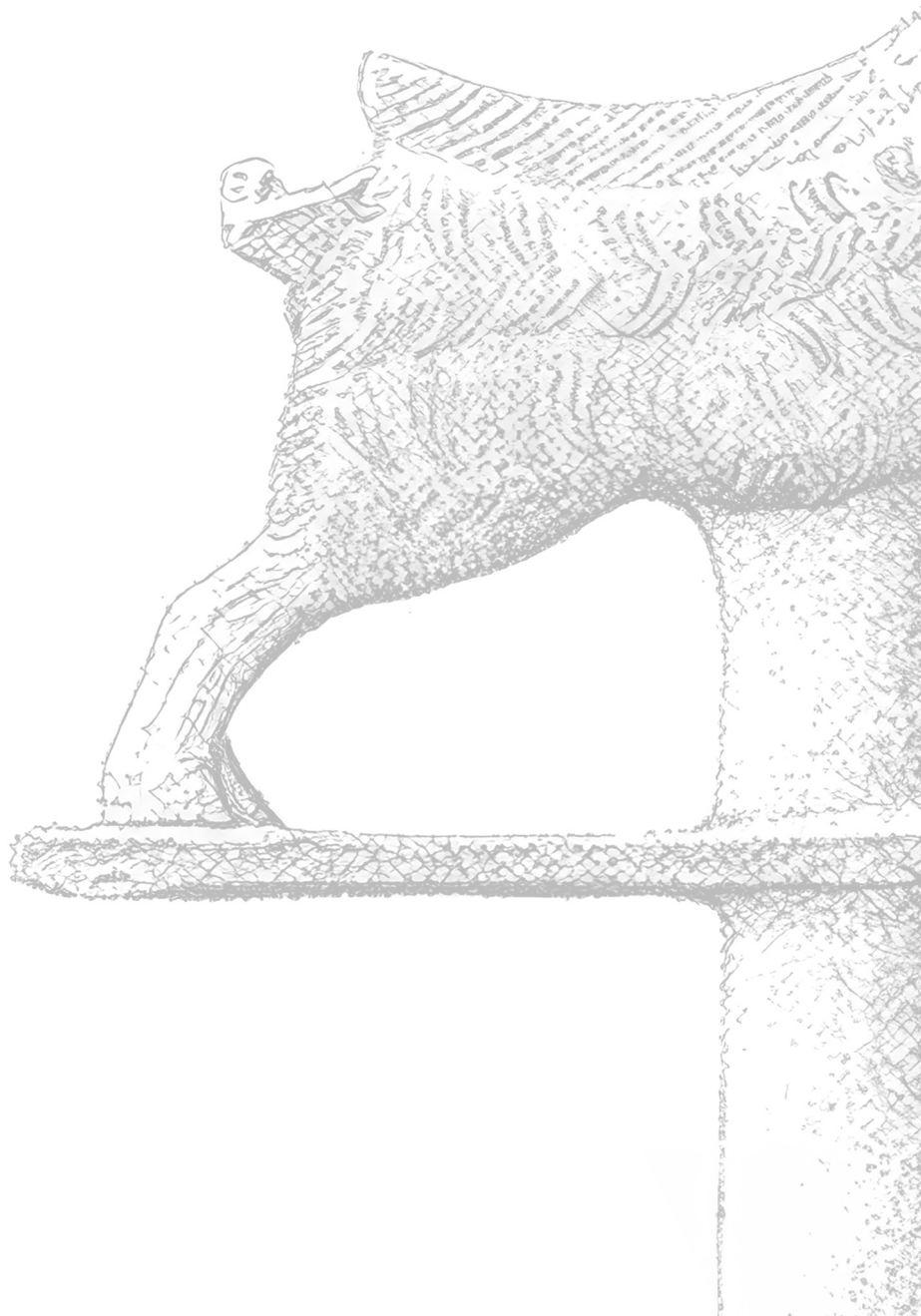
A propuesta de nuestro querido amigo, colaborador desde hace bastantes ediciones y Artillero Honorario, Miguel Alba Calzado, y con la participación de un nutrido grupo de autores expertos en la materia, lanzamos este trabajo cuyo tema principal es «APUNTES SOBRE EL EJÉRCITO ROMANO» y en el que se realiza una recopilación de diferentes artículos (ocho) cuya finalidad principal es, en algunos casos dar a conocer, en primicia, aspectos relacionados con este tema y en otros, actualizar, con motivo de nuevos estudios y yacimientos, aspectos ya tratados en conferencias de ediciones anteriores. Con todo ello conseguimos aunar de manera significativa una completa e interesante información sobre nuestros antecesores romanos, su cultura y su milicia, que tan importante ha sido en nuestra historia, así como presente en patrimonio en nuestras tierras extremeñas.

Como viene siendo habitual, se incluye en este libro la «Lección del 2 de mayo de 1808» impartida en el correspondiente acto militar por el capitán más antiguo de la unidad y designado para ello, Adrián Castrillo Espinosa.

Quisiera aprovechar también estas líneas para agradecer, en el nombre de la Fundación Santa Bárbara y Santa Eulalia y en el mío propio, a Miguel Alba y al conjunto de autores que han hecho posible la confección de este libro, su amable intervención que favorece el prestigio y difusión de las ya referenciadas y aclamadas Jornadas de Artillería en Extremadura.

Con la ilusión de seguir contribuyendo al enriquecimiento de la Cultura de la Defensa entre todo nuestro público en general, y el extremeño en particular, esperamos que esta edición sea de su total interés y satisfacción.

Bótoa, mayo de 2022
Rodrigo José Hernández Navarro
Presidente de la Fundación Santa Bárbara y Santa Eulalia





LECCIÓN DEL 2 DE MAYO DE 1808.
ELOGIO DE LOS CAPITANES LUIS
DAOIZ Y PEDRO VELARDE

Adrián Castrillo Espinosa
Capitán de Artillería

LECCIÓN DEL 2 DE MAYO DE 1808. ELOGIO DE LOS CAPITANES LUIS DAOIZ Y PEDRO VELARDE

Adrián Castrillo Espinosa
Capitán de Artillería

Ilustrísimas autoridades, señores oficiales, suboficiales y tropa, señoras y señores; artilleros la mayor parte de cuantos me escuchan

Un año más, fieles a la tradición, procedemos a honrar la memoria de los capitanes de Artillería Luis Daoiz y Pedro Velarde. Por orden de mi teniente coronel, me ha correspondido el honor de dar la Lección del 2 de mayo en la Unidad de Artillería de la Brigada y así, recordar su gesta.

Se cuentan por cientos los episodios en los que la valentía española se hace hueco en la historia. No obstante, pocos capítulos hay más heroicos que los protagonizados por Luis Daoiz y Pedro Velarde, quienes murieron en las calles de Madrid, luchando contra miles de invasores franceses, dando así comienzo a la guerra de la Independencia, y cuyo recuerdo sigue vivo después de más de doscientos años.

11

Para conocer todo ello, remontémonos a 1807 y a la creación de una alianza hispanofrancesa con el objetivo de Napoleón de conquistar Portugal y repartir su territorio con España, con la única contraprestación para nuestra Nación de permitir el paso al Ejército napoleónico en su camino a Portugal. El acuerdo parecía muy beneficioso para nuestros intereses, pero acabó tornándose en una invasión encubierta con el objetivo de conseguir el trono español.

Las intrigas políticas de Napoleón condujeron a que el rey Carlos IV fuese obligado a abdicar en su hijo, Fernando VII; además la intención del enemigo de trasladar a un miembro de la familia real española a Bayona para hacerle prisionero e instaurar en el trono español a un príncipe extranjero hizo que la paciencia de los ciudadanos de la capital terminase por agotarse.

Ante la situación descrita, el 2 de mayo, una gran multitud se concentraba en la Plaza de la Armería del palacio de Oriente. La agitación iba en aumento y cualquier acción podría desencadenar en el estallido de la revuelta del pueblo, como así terminó ocurriendo. Los franceses

dispusieron la presencia de un batallón que comenzó a disparar sobre los españoles allí presentes. Una vez comenzó a correrse la voz sobre tales hechos, el pueblo tomó la calle provistos de navajas, cuchillos o armas de fuego, si bien, esta dotación no era suficiente para hacer frente al enemigo. Los numerosos españoles conscientes de este asunto tomaron camino hacia el parque de Artillería de Montealeón para armarse.

Es aquí donde nace la leyenda de nuestros capitanes más antiguos.

Velarde tomó el primer paso para poder combatir, dirigiéndose a liberar el parque de Artillería de Montealeón. Al llegar allí y sin cruzar palabra con Daoiz, Velarde se dirige a su homólogo francés y le exige su rendición, indicándole que el pueblo se ha alzado y ha tomado la ciudad y que el Ejército español le apoya. El francés se rinde y Daoiz, impulsado por su patriotismo y no por la orden recibida de no formar causa común con el pueblo, desenfundó su sable, apuntó con él a la puerta y gritó: «Las armas al pueblo».

12

Las armas disponibles se repartieron y se organizó la defensa del parque. Las tropas francesas se aproximaron confiadas, permaneciendo la puerta cerrada. Una vez que el enemigo se dispuso a forzarla, la voz de «Fuego» de Daoiz trajo una descarga de los cañones colocados en el patio y salvas de fusiles del personal apostado en ventanas y balcones. Ante la contundencia española, la sorpresa y las bajas provocadas, los franceses huyeron de forma desordenada. Conscientes de que los franceses volverían en mayor número y de forma más organizada, Daoiz se dispuso a emplazar los cañones fuera de la destrozada puerta.

Vinieron nuevos combates, pero la feroz resistencia española consiguió rechazar en primera instancia el ataque francés. Sin embargo, la munición se agotaba y el ejército francés ya se encontraba a muy poca distancia de los españoles.

Fue entonces cuando un oficial español apareció a caballo portando una bandera blanca para hablar con los defensores y exigir a Daoiz y Velarde que abandonaran su propósito y se rindieran. Estos se niegan rotundamente y se inicia una discusión con los franceses como testigos. En ese momento, al ver el acercamiento sospechoso de los franceses, un artillero español dispara una pieza y provoca una nueva carnicería entre los franceses, momento en el que Velarde aprovecha para tomar prisionero al comandante de las fuerzas francesas.

Ante los refuerzos franceses, los españoles no pueden resistir más acometidas y terminan sucumbiendo. Daoiz es alcanzado por la espalda con una bayoneta y posteriormente acibillado a estocadas. Velarde, tras ser

disparado a quemarropa en el corazón cuando acudía a reforzar una de las entradas, también cayó terminando con esta feroz resistencia.

Constituye esta lección una de las gestas más grandes del pueblo español. Dos capitanes que se anticiparon a la declaración de guerra y descargaron los primeros golpes de la lucha para terminar, con el tiempo, doblegando al poder militar más grande de su época.

En Daoiz y Velarde tenemos un muy digno ejemplo a seguir y somos herederos de su espíritu de sacrificio, lealtad, compañerismo y, por supuesto, el amor a España que debe presidir nuestra conducta.

Velando por conseguir nuestra máxima capacidad profesional y sin abandonarnos jamás a la falsa comodidad de la rutina, tenemos que procurar siempre aspirar a las máximas cotas de competencia técnica, formación humana y moral, base de nuestra vocación militar.

Siempre hemos de mantener ese espíritu de sacrificio, abnegación y entrega, que nos aleje de conformarnos con realizar lo que resulte preciso de nuestras obligaciones y nos impulse a aportar algo más en beneficio de nuestra unidad, nuestro Ejército y, en definitiva, de nuestra patria.

Permítanme que unamos nuestras voces al pueblo español de 1808 en las puertas de Monteleón.

13

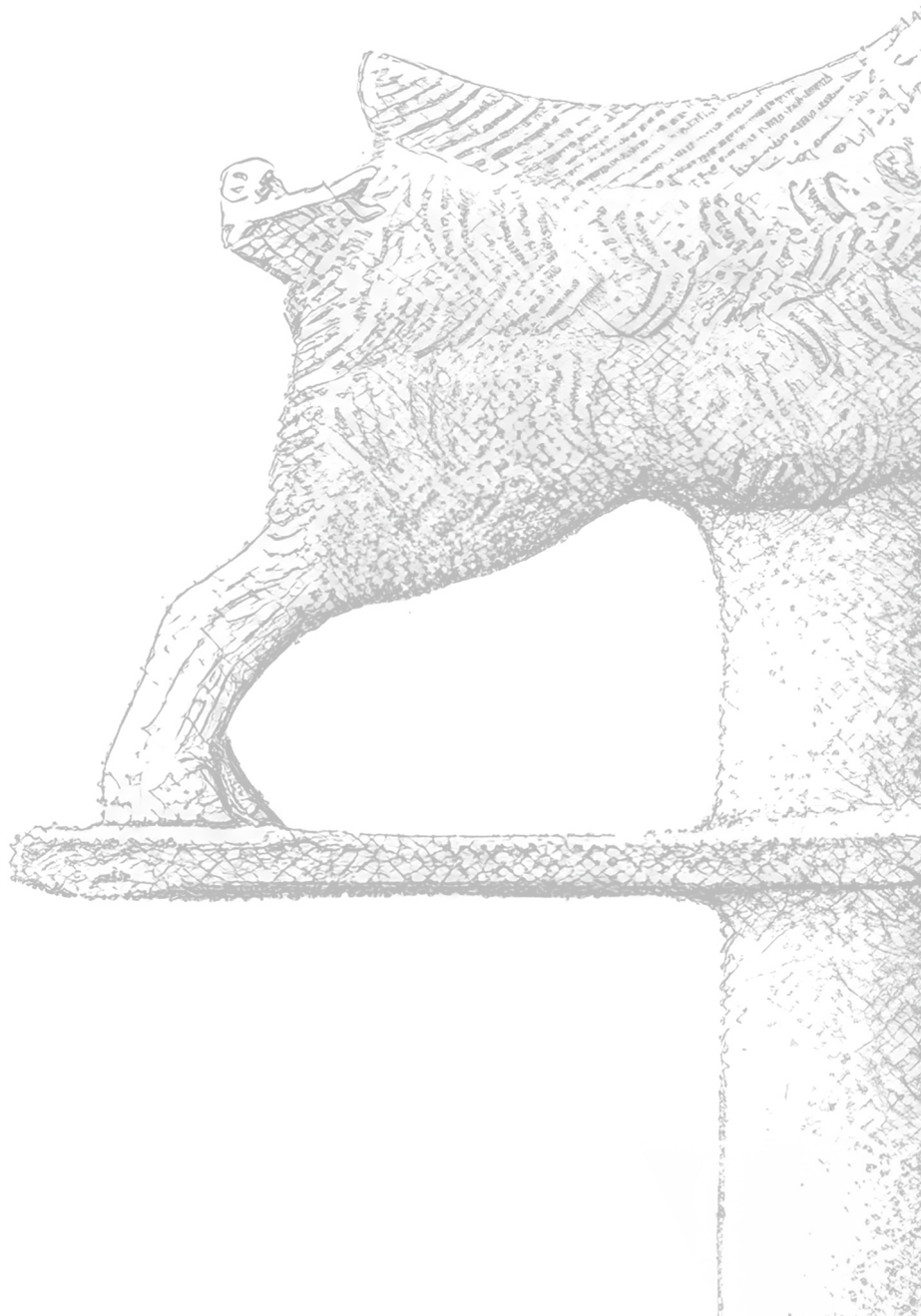
Y para ello gritemos juntos:

VIVA ESPAÑA

VIVA EL REY

VIVA LA ARTILLERÍA

Bótoa, 2 de mayo de 2022





EJÉRCITO Y MONEDAS EN ÉPOCA ROMANA

Agustín Velázquez Jiménez
Conservador del Museo Nacional de Arte Romano

EJÉRCITO Y MONEDAS EN ÉPOCA ROMANA

Agustín Velázquez Jiménez
Conservador del Museo Nacional de Arte Romano

La ecuación ejército&monedas a pesar de su evidente relación, no siempre ha sido bien entendida y trabajada por los estudiosos de la numismática. Un buen punto de partida en nuestro país fue el simposio realizado en Barcelona, en 1999 bajo el título de *Monedas y Exèrcits*, donde a través de numerosos estudios, se abordaba la estrecha relación de las monedas y el ejército romano: pago de soldadas, compensaciones, jubilaciones, suministros, intendencia, iconografía..., y mil cuestiones que traen a colación la famosa frase de napoleón Bonaparte:

«Para ganar una guerra son fundamentales tres cuestiones; dinero, dinero y dinero».

Ejército y monedas en el mundo antiguo forman una relación simbiótica y ambivalente¹. El Imperio romano es un Estado imperialista, cuya expansión en busca de recursos se basa en el uso de una fuerza militar adiestrada y pagada, y que, por una cierta paradoja, se ve obligado a emplear una buena parte de esos recursos obtenidos, de grado o por fuerza, en el pago del propio ejército para mantener las conquistas. En ciertos momentos, cuando se rompa el equilibrio, y falten los recursos suficientes, estallarán los problemas, principalmente en el mantenimiento de las fronteras (García Bellido, 2006).

No obstante, en esta breve exposición nos limitaremos a exponer algunos ejemplos sobre otro elemento importantísimo consustancial a las monedas en el mundo antiguo, su contenido propagandístico.

La moneda es un documento oficial, perdurable, fiel y de rápida transmisión, que nos hace llegar el mensaje que el emperador quiere transmitir a sus súbditos: su imagen, sus logros (verídicos o no), sus preocupaciones, sus creencias, sus conquistas y, a veces, sus miedos y preocupaciones. En esta inmensa campaña propagandística, el ejército siempre estuvo en un primer plano, aunque su imagen varió de unas centurias a otras, dependiendo de las circunstancias sociales y bélicas del momento. En las monedas, bien se podían representar momentos cruciales en una batalla, la celebración de victorias, trofeos, los propios enemigos

¹ Un completo trabajo en Woytek (2003).

como seres derrotados y a veces inferiores, o acontecimientos como las consecuencias de las victorias, como acuerdos diplomáticos, construcciones civiles, monumentos conmemorativos²...

Es cierto que, desde los primitivos tiempos de Roma, el mensaje que la joven república enviaba a través de sus monedas era agresivo. La cabeza galeada de la Dea Roma, casi invariablemente en sus anversos, y las bigas y cuadrigas conducidas por la victoria, en reverso, eran un mensaje bastante explícito y amenazador, si se quiere, para sus vecinos. A la vez que una declaración de intenciones y exhibición de su músculo militar, y una cierta arrogancia (fig. 1.1).



Fig. 1.1. Denario de la ceca de Roma, acuñado por la familia Iulia en 101 a. C. (Vico, S.166, n.º 69)

- 18 Julio César, maestro en la propaganda, fue, además el primero en utilizar los anversos de sus monedas para incluir su propia imagen, algo inconcebible hasta entonces, con la clara intención de identificar su propia imagen con la de Roma. A través de ellas sabiamente publicitó sus victorias en las Galias (58-51 a. C.), mediante la representación masiva de trofeos militares, en los que no faltaban las armas de los galos derrotados (escudo, carnix, trompeta de bronce...), cuando no la exhibición de los propios cautivos humillados, sometidos a las armas de Roma. Las representa como personas desnudas, o harapientas, barbudas y con gestos de desesperación (Vicent Ram3rez, 2014: 441-442). Era la imagen que quer3a transmitir sobre las consecuencias de los que se enfrentan a Roma (fig. 1.2).



Fig. 1.2. Denario acuñado por Julio C3sar en la Galia en 65 a. C. (T. Com. n.º 4.)

² Un excelente resumen de la cuesti3n en Vicent Ram3rez (2014: 435-440).

Augusto fue un discípulo aventajado, además de apropiarse de todos los anversos de las monedas para su glorificación personal (Zanker, 2002). A su propaganda masiva glorificando al ejército que le había dado el triunfo, su rival Marco Antonio solo pudo oponer unas galeras con el nombre de las legiones que combatían en su nombre, y que pronto pasarían a su rival. Como se pudo ver en las acuñaciones en torno a la batalla de Actium, Venus, Diana y Apolo, protegían su mandato y a sus soldados (fig. 1.3).



Fig. 1.3. Denario acuñado por Marco Antonio en la guerra civil c. 32-31. LEG XV. (S. Vico, 165, 2356)

El nuevo señor del mundo, en una política un tanto conciliadora, no abusó tanto de los temas militaristas en sus acuñaciones, cuanto en las consecuencias de sus victorias. Así la victoria sobre Antonio, en la que perecieron tantos romanos de rancia estirpe, no se vendió como una guerra civil, sino como una lucha entre la *Pietas* romana y la *Luxuria* de Oriente, personificadas por Cleopatra y Egipto (fig. 1.4).

19

Fig. 1.4. Quaternion acuñado en la ceca de Roma en 37 d. C. Museo Arqueológico Nacional. AEGIPTO CAPTA



Del mismo modo, la recuperación de los estandartes, el emblema más sagrado de las legiones romanas, perdidos ante los Partos por Craso y Antonio, se vendió como un gran triunfo militar, cuando en realidad se trató de una negociación diplomática (*Signis Receptis*). Una vez más se muestra no la guerra, sino uno de los logros de la misma (Vicent Ramírez, 2014: 443-444) (fig. 1.5).

Los julio-claudios no fueron unos emperadores excesivamente guerreros, y sus fronteras se encontraban relativamente seguras, sus representaciones del Ejército no son muy numerosas (Palao Vicente, 2018)



Fig. 1.5. Aureo acuñado en Colonia Patricia en 19 a. C. (F. Jesús Vico Sub. 163, lote 122) *SIGNIS RECEPTIS*

y, gran medida, se refieren a algunas victorias sobre los Britanos como en el caso de Claudio. Pero en este periodo entra en escena un nuevo elemento que tendrá trascendental importancia, en lo sucesivo, en el nombramiento y eliminación de emperadores: la Guardia Pretoriana. En adelante, todos los emperadores tendrán buen cuidado de mostrar en sus monedas su sintonía con los mismos, bien sea visitando sus cuarteles o dirigiéndoles proclamas (*adlocutio*). Seguramente después del pago convenido (Sutherland, 1984) (fig. 1.6).

20

Fig. 1.6. Sestercio de Caligula, acuñado en la ceca de Roma en año 41 d. C. *ADLOCVT COH.* (T.Com. RIC 32)



Galba, uno de los cuatro emperadores del año 69, se retrasó en demasía en cumplir la promesa realizada a los pretorianos, y «fue asaltado violentamente a su salida el Senado y su cabeza paseada sobre una pica [...]». Un escarmiento para los malos pagadores.

Según las fuentes clásicas, la rebelión de Judea fue el gran quebradero de cabeza para la nueva dinastía Flavia que alcanzó el poder en el 69. d. C. Las durísimas campañas militares se sucedieron entre el 66 y el 73 d. C., empleándose gran cantidad de recursos y las mejores legiones del Imperio. Así, tras su sangriento final, la victoria fue abundantemente publicitada, exaltando a las legiones triunfadoras y con las imágenes de



Fig. 1.7. Sestercio acuñado por Vespasiano en la ceca de Roma en el año 71 d. C. *IVDEA CAPTA* (T.Com. RIC II,168, BMCRE 456)

la consecuencia del triunfo: una mujer (Judea), lamentándose bajo una palmera datilera (IVDEA CAPTA) (Gozalbes García, 2014) (fig. 1.7).

A la muerte de Domiciano el Imperio toma un nuevo rumbo, en el que la sucesión imperial sería asegurada por el sistema de adopción. Elegido por el Senado para inaugurar la dinastía al viejo senador Nerva, este aseguró su legitimación con el concurso del Ejército mediante la acuñación de monedas que aseguraban el acuerdo de este estamento fundamental (CONCORDIA EXERCITUM), para dar paso después al realmente elegido, Trajano (fig. 1.8).

Fig. 1.8. Denario acuñado por Nerva en la ceca de Roma en 97 a. C. *CONCORDIA EXERCITUM* (T.Com. RIC, 15/1)



Excelente militar y político, inició una política expansiva con el fin de asegurar las fronteras del Imperio, que con él alcanza su máxima expansión. Anexionada la Dacia en dos grandes campañas 101-102, publicita abundantemente sus éxitos militares, y sus intervenciones en Armenia, Mesopotamia y Partia. A su muerte, Adriano, Antonino Pío, Marco Aurelio y Commodo, ponen fin a la guerra expansiva, enfocando sus esfuerzos a reforzar las fronteras con partos, germanos y sármatas, en una auténtica guerra defensiva, lo que no les impidió publicitar sus victorias con nuevos títulos, como los concedidos a Marco Aurelio: *GERMANICUS*, *SARMATICUS*, *ARMENIACUS* (Mattingly y Sydenham, 1926) (fig. 1.9)

21



Fig. 1.9. Sestercio de Trajano, acuñado por la ceca de Roma en 111 d. C. *SPQR OPTIMO PRINCIPI* (S. Vico 165, n.º 2386)

Tras la crisis sucesoria desatada por la muerte violenta del último de los antoninos, Commodo, se hace con el poder el militar más cualificado del momento, Septimio Severo, que inmediatamente envía un claro mensaje de firmeza y mano dura en sus emisiones monetarias. El Ejército toma una especial relevancia en ellos. Los iconos de la victoria, los estandartes

militares, los cautivos y los desfiles triunfales serán la tónica común en sus acuñaciones, en contraposición con la política más complaciente que plasmaban los últimos antoninos.

El enemigo serán los Partos, y a combatirlos se aplicó toda la dinastía (Septimio Severo, Caracalla, Alejandro Severo) (Mattingly y Sydenham, 1936) en una implacable guerra, que con altibajos llegó hasta el 330, sin un vencedor claro, cuando un nuevo terrible enemigo sustituye a estos: los Sasánidas (Vicent Ramírez, 2014: 456-457) (fig. 1.10).



Fig. 1.10. Denario acuñado por Septimio Severo en la ceca de Roma en 211 d. C. *PARTICUS MAXIMUS*. (T.Com. RIC 176, Sea'88#1767)

22

Con la muerte del último de los Severos, Alejandro, se inaugura una de las etapas más convulsas del Imperio, la que se ha denominado la Anarquía Militar. Ahora, a los enemigos exteriores se suman los interiores: entre el 211 y el 284 d. C., 28 emperadores se suceden en 72 años. Es la época de los Soldatenkaiser, cuando la elección imperial recae únicamente en los designados por el Estado Mayor del Ejército, que elige al más capacitado, y donde el Senado nada tiene que decir, como no sea oponer a otro militar para tratar de desbancarlo (López Sánchez, 1999). El poder se obtiene por carisma y por el apoyo de la aristocracia militar. La vestimenta civil desaparece en los anversos de las monedas, el emperador solo empleará el traje militar (fig. 1.11).



Fig. 1.11. Antoniniano de Filipo I, ceca de Roma año 256 d. C. *VICTORIA CARPICA* (T.Com. RIC 66, RSC 238)

En una época de grandes dificultades y desastres se confía en el Ejército como único bastión contra los bárbaros, cuyo reflejo inmediato en la numismática es la casi desaparición de temas civiles y su sustitución por mensajes militares, a veces agresivos. Pese a todo hay un anhelo por

recuperar la paz perdida, pero esta ha de ser a través de la victoria, y ese deseo se plasma de manera insistente en las emisiones monetarias de estos emperadores soldados. Quieren transmitir el mensaje de que dinastía y Ejército son sinónimos de paz y seguridad, aunque la realidad fuera bien distinta (Brizzi, 1978) (fig. 1.12).



Fig. 1.12. Antoniniano de Aureliano, ceca de Lugdunum 270-277. PACATOR URBIS. (T.Com. RIC V, I, 6)

A finales del siglo, tras una cierta recuperación exterior e interior, se instaura un nuevo sistema de gobierno de la mano del general más capacitado del momento, Diocleciano. Para acabar con las convulsiones que originaba la sucesión imperial, se instaura un nuevo sistema que se denominará Tetrarquía, por el cual se nombrarían dos Augustos, que se dividirían el Imperio, y dos Cesares, que actuarían como subordinados, y que, con el tiempo, sucederían a los mismos. El mensaje que se trasmite a los súbditos es el de la firmeza a través de la unidad. El imperio es una fortaleza asediada y los tetrarcas son los defensores de esta fortaleza a través de la unidad, expresada muchas veces con juramentos delante de sus campamentos (fig. 1.13).

23

Fig. 1.13. Argenteo de Diocleciano, acuñado en la ceca de Roma en 294 d. C. VICTORIA SARMAT (T.Com, n.º 2, RIC VI, 19a.)



El experimento no da el resultado esperado, y Constantino logra hacerse con el poder total en 326, instaurando una nueva dinastía que aleja a los militares profesionales de los círculos de poder. Con una política exterior que no busca la paz, sino la victoria, ahora es el emperador el que comanda personalmente las tropas, con la diferencia de que ahora se ha convertido en un auténtico *Miles Christi*, como proclama en sus estandartes (fig. 1.14).



Fig. 1.14. Solido de Constantino ceca de Antioquia, 335-336. *VICTORIA CONSTANTINI* (T. Com. RIC VII, 108a)

La política del Imperio ante el bárbaro oscilará entre la exterminación o la clemencia (Hein, 1992), y masivamente se reproduce en las monedas el modelo *FELICITAS TEMPIUM REPARATIO* desde el 337 d. C. Esta añoranza de los viejos tiempos se reproducía bien con el emperador capitaneando la nave del estado conducida por la victoria, bien tratando de educar al bárbaro inculto, o bien derribando de manera enérgica a los temibles jinetes sasánidas que acosaban al Imperio. Es quizá el tipo más agresivo de la numismática romana, el propio emperador alancea sin piedad al bárbaro caído. El emperador es un ser excepcional (incluso por su tamaño) que conducirá a la victoria (fig. 1.15).

24

Fig. 1.15. Centennialis de Constancio II. Ceca de Alejandría 351-355 d. C. *FEL TEMP REPARATIO* (T.Com. RICVIII,72 Ale)



Pero la realidad es algo diferente. El 9 de agosto del 378 se enfrentan en Edirne, Turquía europea, las tropas de Valente con las del godo Frigiberto, el cual con su caballería infringe una derrota monumental a las anticuadas legiones romanas. Mueren el emperador, cuatro experimentados generales, 35 tribunos militares y dos tercios del ejército. Cunde el pánico, el Imperio oriental esta indefenso, y se llama a Teodosio para restablecer la situación, a su vez que se acuña masivamente una nueva moneda en la que el emperador, con traje militar y atributos propios de



Fig. 1.16. Aes II (mayorina) de Teodosio, acuñado en la ceca de Nikomenia en 379-383 d. C. *REPARATIO REIPVB* (T. Com. RIC, IX)

su cargo, ayuda a levantarse al estado romano humillado, la leyenda es explícita: *REPARATIO REIPUB*, es el símbolo de la restauración y de que el peligro ha sido conjurado. Al menos de momento (fig. 1.16).

Después, una lenta decadencia, en la que prácticamente no se acuñan tipos, y en los que se ensalza a la figura del emperador, vestido siempre en traje militar, en sus principales tareas: hacer la guerra, gobernar en nombre de Cristo, y mantener la integridad del Imperio, más como un deseo que como una realidad, que resultaba tozuda a ojos vistas de sus súbditos. Las proclamas de victoria absoluta sobre las «gentes externas» se mantienen hasta el último minuto (López Sánchez, 2004) (fig. 1.17).



Fig. 1.17: Solido de Teodosio II ceca de Constantinopla. *VIR EXERC ROMA* (T.Com. RIC IX, 284)

Antes de terminar este pequeño divertimento sobre los temas militares en las acuñaciones romanas imperiales, nos gustaría realizar un pequeño recorrido sentimental por las primeras acuñaciones de la ceca de *Emerita*, como se verá relacionadas con la temática militar, y más concretamente con las guerras astur-cántabras, a cuya finalización se fundó la colonia Augusta Emerita.

25

Es bien conocido que, con motivo de la última fase de la guerra, reactivada en torno al 26 a. C, con gran preparación logística y un impresionante despliegue de medios, hasta seis legiones (treinta mil hombres) y otras tantas auxiliares, bajo el mando director del *Princeps*, se procedió a la acuñación regular en plata en varias cecas hispanas para el pago de las soldadas.

Sin duda, la más conocida de estas es la efectuada por el Legado de la Ulterior, Publio Carisio, como legado Pro Pretor de Augusto (P CARISIUS LEG PRO PR), con amplia panoplia guerrera, que parecen representar las armas de los vencidos e incluso las propias, en una suerte de homenaje a los triunfadores, y una especie puerta en cuyo dintel se puede apreciar la palabra «EMERITA». Mucho se ha debatido sobre el significado y función de tan cuidada emisión, siendo opinión general que Augusto repitió el programa realizado con éxito algunos años antes, en fechas coincidentes con la crucial batalla de *Actium*, el mensaje «GUERRA-VICTORIA-PAX». En las acuñaciones de Publio Carisio, el esfuerzo guerrero representado por las panoplias armamentísticas, la victoria con los

trofeos y los enemigos humillados, y la paz con la puerta de la ciudad, como premio y recompensa a los legionarios tras largos años de combates ininterrumpidos (Santos Yanguas, 2003, Velázquez y Sardina, 2024; Trillmich, 1990: 300-302).

DENARIOS Y QUINARIO ACUÑADOS POR PUBLIO CARISIO DURANTE LAS GUERRAS CÁNTABRAS, ENTRE EL 25-23 A. C.
(figs. 1.18.a, 1.18b, 1.18c, 1.18d, 1.18e, 18f).



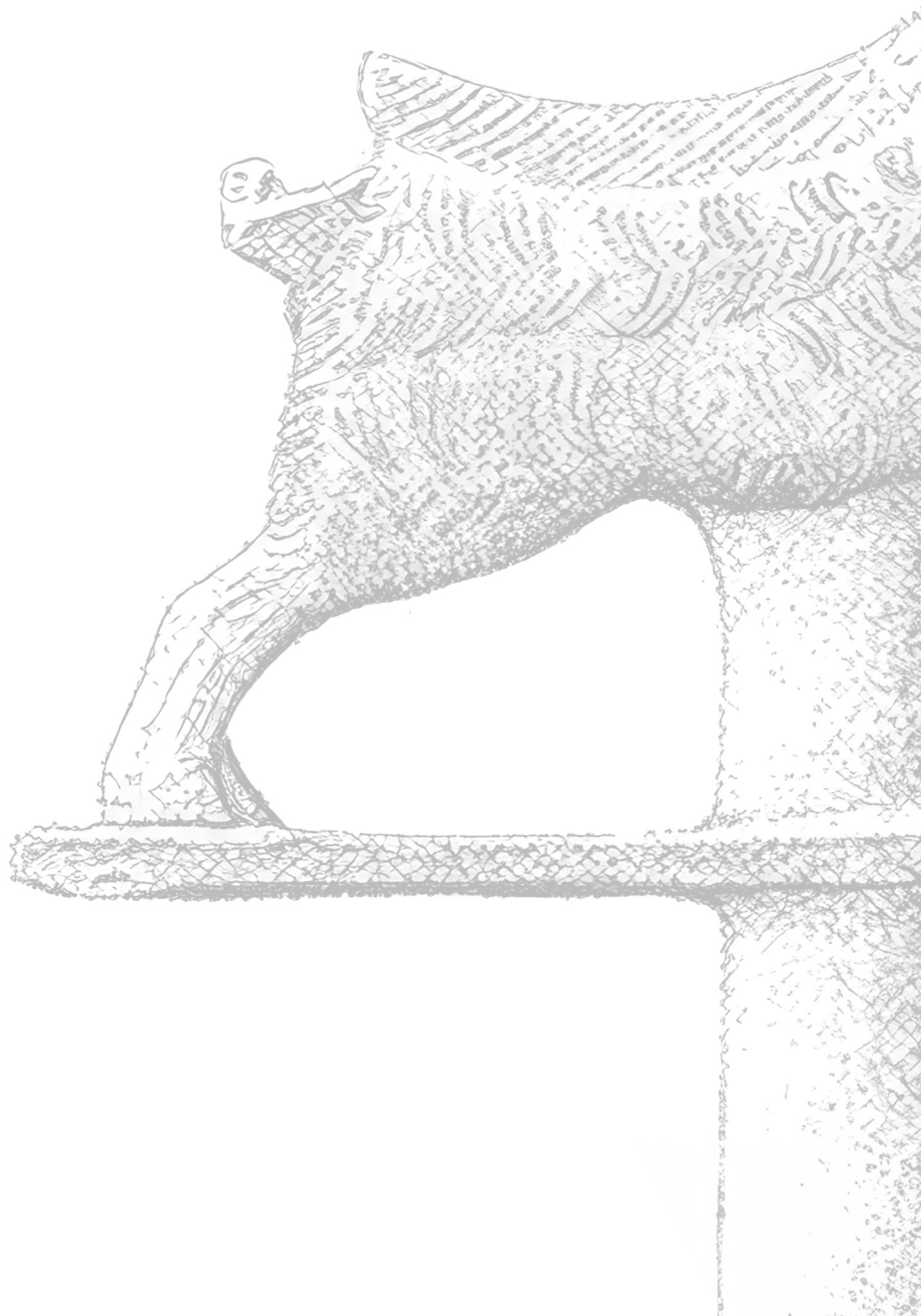
Figs. 1.18a, 1.18b, 1.18c, 1.18d, 1.18e, 1.18f. Denarios y quinario acuñados por Publio Carisio (a.-T.Com., RIC,5; b.-T.Com. RIC,6; c.-MNAR; d.,MNAR; e.-MNAR; f.- MNAR

26

BIBLIOGRAFÍA

- Brizzi, G. (1978). «Soldatenkaisers», Illyriciani ed altri problema. *Rivista Storica dell'Antichità*. VIII, pp. 89-115.
- Curs d'Historia Monetària d'Hispania. (3.º. 1999. Barcelona). (1999) *Moneda y Exèrcits, III Curs d'Historia Monetària d'Hispania*. Barcelona, Museu Nacional d'Art de Catalunya.
- García-Bellido, M. P. (2006). Ejército, moneda y política económica. En: García-Bellido, M. P. (coord.). *Los campamentos romanos en Hispania (27 a. C.-192*

- d. C). Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Histórico Hoffmeyer, Instituto de Historia, Polifemo. Pp. 673-704.
- Gozalbes García, H. (2014). «Barbaria capta»: conquista y conmemoración en las monedas romanas de época altoimperial. En: Bravo, G. y González Salinero, R. (coords.). *Conquistadores y conquistados. Relaciones de dominio en el mundo romano. Actas del XI Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos*. Madrid, Signifer. Pp. 561-582.
- Hein, F. (1992). Clémence ou extermination: le pouvoir impérial et les barbares au IVe siècle. *Ktèma*. 17, Hommage à Edmond Frézouls, pp. 281-295.
- López Sánchez, F. (1999). El ejército en las iconografías monetales romano-imperiales (siglos III-IV). En: *Curs d'Historia Monetària d'Hispania*. (3.º. 1999. Barcelona). *Moneda y Exèrcits, III Curs d'Historia Monetària d'Hispania*. Barcelona, Museu Nacional d'Art de Catalunya. Pp. 123-144.
- . (2004). *Victoria Augusti. La representación del poder del emperador en los reversos monetales romanos de bronce del siglo IV d. C.* Zaragoza, Institución Fernando el Católico.
- Mattingly, H. y Sydenham, R. (1926). *The Roman Imperial Coinage. Volume II. Vespasian to Hadrian*. London, Spink.
- . (1936). *The Roman Imperial Coinage. Volume IV. Part I. Pertinax to Geta*. London, Spink and son.
- Palao Vicente, J. J. (2018). Los julio-claudios y la política militar en el occidente del Imperio: entre la continuidad y la innovación. En: Dopico Cainzos, M. D. (ed. lit.) y Villanueva Acuña, M. (ed. lit.). *Sine iniuria in pace vivatur. A construcción do impero durante os xulioi-claudios*. Lugo, Diputación de Lugo. 27
- Santos Yanguas, N. (2003). Las acuñaciones monetales de Publio Carisio y la conquista del N.O. peninsular. *Aquila Legionis. Cuaderno de Estudios sobre el Ejército Romano*. N.º 4, pp. 165-188.
- Sutherland, C. H. V. (1984). *The Roman Imperial Coinage. Volume I. 31 B. C.-69 A. D.* London, Spink.
- Trillmich, W. (1990). Colonia Augusta Emerita, die Hauptstadt von Lusitanien. En: *Stadtbild und Ideologie die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit. Kolloquium in Madrid vom 19 bis 23 Oktober 1987*. München, Verlag der Bayerischen Akademie der Wissenschaften. Pp. 209-318.
- Velázquez, A. y Sardiña, R. (2024 en prensa). *Catálogo de las monedas de la ceca de la colonia en el Museo Nacional de Arte Romano*. Mérida, Museo Nacional de Arte Romano.
- Vicent Ramírez, N. (2014). Roma, maestra de la propaganda y de la política de conquista: la representación de dominación en la numismática. En: *Conquistadores y conquistados: relaciones de dominio en el mundo romano. Actas del XI Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos*. Madrid, Signifer.
- Woytek, B. (2003). *Arma et nummi*. Wien, Verlag der österreichischen Akademie der Wissenschaften.
- Zanker, P. (2002). *Augusto y el poder de las imágenes*. Madrid, Alianza.





LA IMAGEN DEL SOLDADO
ROMANO EN LA COLUMNA
TRAJANA Y SU PROYECCIÓN EN
EL ARTE DEL RENACIMIENTO

Manuel Alberto Santos Miñambres

Licenciado en Historia del Arte

Doctorando de la Universidad de Extremadura

LA IMAGEN DEL SOLDADO ROMANO EN LA COLUMNA TRAJANA Y SU PROYECCIÓN EN EL ARTE DEL RENACIMIENTO

Manuel Alberto Santos Miñambres
Licenciado en Historia del Arte
Doctorando de la Universidad de Extremadura

INTRODUCCIÓN

Pese a que en un principio fue concebido como una herramienta eminentemente política, de propaganda y exaltación de la figura del emperador, el prolongado *friso relivario* de la Columna Trajana se ha constituido, desde sus orígenes hasta la actualidad, como una fuente inagotable de información relativa a la guerra y a la ingeniería militar. De hecho, su condición de documento visual –puesto que, a la vista está, se trata de un libro de imágenes en sí mismo, o mejor aún, de un antepasado del cómic– ha permitido que, durante siglos, tanto el estudioso de la Antigüedad como el analfabeto más profano hayan podido acercarse, con mayor o menor rigor, a interpretar sus imágenes.

31

Por ello, su propia dimensión histórica continúa obligándonos a que, en nuestro empeño por reconstruir e imaginar el aspecto del soldado romano, debamos considerar los relieves del monumento trajaneado como un pilar indispensable para realizar con éxito nuestra labor, más allá de que la información proporcionada por dicha obra se adscriba a un contexto tan concreto como el de las primeras décadas del siglo II, y de que la mayor certeza con la que en realidad contamos sea que la única constante en la apariencia del *miles romanus* fue su evolución casi permanente. Así pues, a continuación plantearemos una aproximación a la imagen del soldado romano ofrecida por la Columna Trajana, la que, no se limitará a una mera descripción formal de la indumentaria distintiva de los diferentes rangos del ejército representados en su superficie, ni tampoco al análisis del condicionamiento ejercido por determinados recursos plásticos sobre la veracidad histórica de sus numerosos detalles estéticos y armamentísticos, sino que además tratará de procurarle al lector una visión más amplia acerca de dicha imagen y de su influencia iconográfica en la posteridad, tomando como referencia su proyección

en una etapa de capital importancia para su recorrido histórico, como fue el Renacimiento, periodo en el que la totalidad del friso trajaneo fue recuperado, reinterpretado y, en definitiva, devuelto para siempre a la vida.

LA COLUMNA DE TRAJANO

Antes de proceder a analizar las características visuales con las que fue representado el soldado romano en la Columna Trajana, conviene llevar a cabo un repaso acerca de la razón de ser del monumento, del significado de su emplazamiento urbanístico y de los rasgos estilísticos de sus relieves, ya que todo ello nos permitirá abordar el estudio iconográfico propuesto con mayores garantías, poniendo en situación al lector, partiendo de lo general para sucesivamente recalar en lo particular.

La Columna Trajana, levantada para conmemorar las recién finalizadas guerras contra los dacios –de las que el ejército romano, comandado por el emperador Trajano, había resultado vencedor–, se erigía como uno de los edificios que conformaban el último y, posiblemente, el mejor organizado de todos los foros imperiales, como era el Foro de Trajano (fig. 2.1).

32

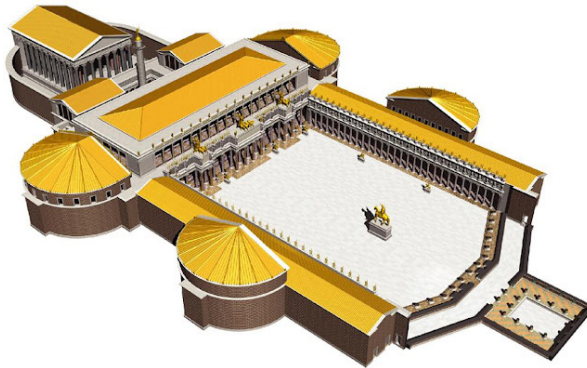


Fig.2.1. Reconstrucción hipotética del Foro de Trajano

Este complejo arquitectónico, construido entre los años 107 y 113, bajo la supervisión del célebre arquitecto imperial Apolodoro de Damasco, contaba con una plaza porticada de en torno a 300 m (Pescarín, 2005: 52-53), que poseía una estatua ecuestre del emperador en el centro, dos mercados semicirculares que la escoltaban a sus lados, la denominada basílica Ulpia, el templo del Divino Trajano, que presidía el área forense con sus gigantescas columnas de 20 m, y dos bibliotecas, una griega y

una latina, entre las cuales quedaba enmarcada la Columna Trajana. Y a decir verdad, esta última continúa siendo el principal testimonio de las dimensiones que alcanzó el referido complejo arquitectónico, del cual se deben destacar dos cuestiones: la primera es la maestría y el ingenio requeridos para llevar a término dicha obra, no solo por el equilibrio compositivo propiciado por el ordenamiento de cada uno de los edificios mencionados, sino también por la dificultad topográfica implicada por la misma, ya que Apolodoro tuvo que planificar el desmoche de una gran elevación en el terreno para construir su espacio forense, asentado sobre lo que antaño fue una garganta que comunicaba la colina del Capitolio con la del Quirinal; y la segunda, que seguramente sea la más importante para la comprensión del asunto principal del presente escrito, es el carácter innovador de su planta urbana, que pese a estar inspirada en el modelo del Foro de Augusto, denotaba la idiosincrasia y las ideas políticas de Trajano, atravesadas por un marcado cariz militarista que se dejaba entrever en la disposición de los espacios que integraban el foro, cuya estructura recordaba a la de un campamento militar. Por ello, el Foro de Trajano disponía de una gran plaza en el centro, de un emplazamiento para los archivos militares, encarnado por las dos bibliotecas, y de una basílica cercana al santuario de los estandartes legionarios, el cual se correspondía, como no podía ser de otra manera, con la propia columna.

Dicho esto, y en lo que ya respecta a la columna propiamente dicha (fig. 2.2), cabe recalcar que, con sus cerca de 40 m de altura, esta última tomaba asiento sobre un elevado pedestal cúbico recubierto de mármol de Carrara, cuyo exterior se hallaba decorado en sus cuatro caras por refinadas panoplias dacias esculpidas en relieve y cuyo interior se encontraba compartimentado por dos habitaciones, de las cuales, una de ellas habría



Fig. 2.2. Vista de la Columna Trajana en la actualidad

contado con una estantería sobre la que el emperador Adriano, sobrino y sucesor de Trajano, habría depositado una urna de oro con las cenizas de su predecesor. Esto significa que, más allá de su intencionalidad propagandística, conmemorativa y documental, la Columna Trajana pasó a estar dotada de una finalidad funeraria, convirtiéndose, de este modo, en la primera tumba intramuros de la ciudad de Roma, un privilegio que vino favorecido por la deificación *post mortem* del emperador hispano, cuya estatua se ubicaba en el punto más alto del monumento, sobre el capitel de orden dórico que lo coronaba. Asimismo, el pedestal y el capitel de la columna se hallaban unidos por un fuste hueco, dentro del cual se articuló una escalera de caracol que, iluminada por varios orificios distribuidos a lo largo del mismo, servía para subir a la terraza del edificio, sobre la que se erigía la mencionada estatua de Trajano. Y a su vez, por la parte externa, dicho fuste quedaba envuelto por un friso relivario helicoidal de 2 m de altura que, con un recorrido en espiral de abajo a arriba, se adhería a su superficie como si de una cobertura de tela se tratase.

34

Por último, en lo referente a los relieves que decoraban el referido friso, que como ya habrá podido deducir el lector, narraban el desarrollo de las dos guerras que dieron lugar a la conquista de la Dacia, cuyo territorio se correspondía con el de las actuales Rumanía y Moldavia, por parte del Imperio, es conveniente recalcar el hecho de que, en contra de lo que *a priori* se pueda pensar, su principal objetivo no era el de narrar, ni tampoco el de ser entendidos como un auténtico reportaje de guerra (Zanker, 2008: 101-103). Esta afirmación, por sorpresiva que parezca, se sustenta en dos argumentos indiscutibles, uno arquitectónico y otro iconográfico. La prueba arquitectónica consiste en que, por más que en la Antigüedad se pudiera contemplar buena parte de los relieves trajaneos desde las terrazas de los edificios contiguos a la columna, como eran las bibliotecas y la basílica Ulpia, ninguna de estas construcciones gozaba de la altura de la primera, de modo que carecería de sentido proyectar un verdadero reportaje de guerra sobre una superficie que solo podía ser observada parcialmente. Y la prueba iconográfica, más contundente, si cabe, reside en que, a pesar de relatar una serie de acontecimientos con una base histórica, como fueron las campañas militares de Trajano en la Dacia, la sucesión de las escenas que las reproducen aparece enmarcada por una serie de rituales específicos que se repiten de igual manera una y otra vez. Dichos rituales se identifican con el discurso, el sacrificio, el presagio favorable, la presentación de los prisioneros, el perdón para los que se someten, y la reunión del emperador con su círculo de confianza, y su repetición casi sistemática parece aludir a las normas de comportamiento del ideal de general romano (Zanker,

2008: 101-103). Esto quiere decir que, en realidad, la verdadera función de la decoración relivaria del friso de la columna no era otra que la de enarbolar un elogio al emperador mediante la alabanza de su virtud y de su ejemplaridad como caudillo militar.

En definitiva, todo ello nos permite corroborar que, tal y como se anticipó en la introducción del presente escrito, la información ofrecida por imágenes de la Columna Trajana no puede ser tomada al pie de la letra en términos históricos, y por extensión, tampoco la iconografía relativa al soldado romano. Sin embargo, que debamos ser cautelosos con las conclusiones que extraigamos, no significa que debamos dejar de reparar en la infinitud de detalles manifestados en la colosal obra escultórica, cuyos autores –presumiblemente dirigidos por un solo maestro (Pescarín, 2005: 54), dada la uniformidad del resultado final del trabajo–, quienes combinaron la tradición narrativa romana del relieve histórico con la tradición figurativa helenística –caracterizada por la representación del paisaje o por la superposición de niveles–, no escatimaron a la hora de introducir, no sin gran precisión, multitud de elementos militares y armamentísticos, los cuales inundan las diferentes escenas de batallas, asedios, marchas militares, transportes de legiones, incendios de aldeas, construcciones de infraestructuras, etc.

35

LA IMAGEN DEL SOLDADO ROMANO EN LA COLUMNA TRAJANA

A fin de organizar la información visual expuesta por los centenares de figuras de soldados romanos que copan los relieves de la Columna Trajana y también con el objetivo de amenizar la lectura del apartado central del presente escrito, procederemos a dividir este último en tres secciones: una dedicada a los diferentes rangos o categorías de soldado romano que son mostrados en el friso –así como a las indumentarias y a los elementos militares que los distinguen–, otra enfocada en las escenas y composiciones recurrentes de las que forman parte, y una tercera centrada en otros aspectos generales, como los valores que se desprenden de su representación o los errores históricos derivados del empleo de determinados recursos plásticos o narrativos.

Categorías de soldado romano

Parece razonable que, si establecemos una clasificación de los diferentes rangos militares inmortalizados en los relieves de la Columna de Trajano,

comencemos por la figura del *imperator*, ya que, no solo se trata de la gran protagonista de la obra a título individual –en tanto que representada en un total de 61 ocasiones–, sino que además se identifica con la cabeza visible, con la máxima autoridad del ejército romano. Dicho lo cual, la figura de Trajano suele aparecer portando una *lorica thorax* o coraza musculada, un faldellín decorado con *pteruges*, un manto de general que le cae por la espalda, y una *gladius* colgada al cinto, un atuendo que no difiere demasiado del que lucen los altos oficiales de su estado mayor –los denominados legados de la legión, entre los que se ha querido ver al cónsul Lucio Licinio Sura–, quienes le acompañan en prácticamente la totalidad de las escenas. Además, en ocasiones puntuales se pueden apreciar algunas unidades militares vinculadas al emperador, como su guardia personal a caballo –los denominados *equites singulares*–, los soldados equipados con lanzas que figuran en la escena VI (fig. 2.3), identificados como la guardia pretoriana, o el grupo de lictores que aparece en el último plano de la misma escena, enmarcando el primer consejo de guerra.

36

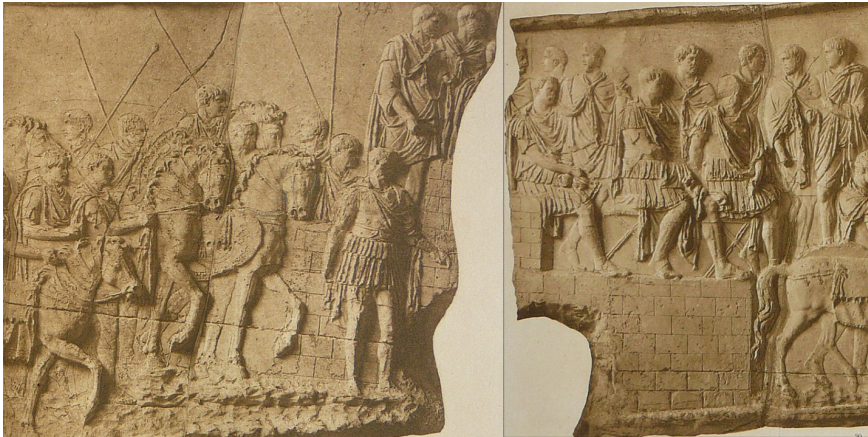


Fig. 2.3. Escena VI del friso de la Columna Trajana. Fuente: *Die Reliefs der Traianssäule*, Conrad Cichorius, 1896

Por otra parte, en lo relativo al legionario estándar (fig. 2.4), cuya imagen es, naturalmente, una de las que más abunda a lo largo de todo el friso, este se encuentra equipado con una armadura de cota de placas o *lorica segmentata*, un faldellín sin *pteruges*, un escudo rectangular –plano o semicilíndrico– dotado de un revestimiento metálico en el centro –el denominado *umbo*–, en torno al cual se articulaban diversos motivos decorativos, y un casco, el cual suele corresponderse con el modelo gálico imperial o *gálea*, que fue sucediendo desde el siglo I en adelante a



Fig. 2.4. Escena IV del friso de la Columna Trajana. Fuente: *Die Reliefs der Traianssäule*, Conrad Cichorius, 1896

los modelos de *Montefortino* y de *Coolus*. Sin embargo, la presencia o la ausencia de determinados elementos armamentísticos varía en función de la escena en la que aparezca el legionario. Por ejemplo, en las escenas de construcción de infraestructuras, así como en las escenas de marcha –en las que se le representa portando su petate– suele ser figurado con la cabeza al descubierto, sin la referida gálea, y dependiendo del tipo de enfrentamiento en el que se encuentre inmerso, este puede aparecer sosteniendo un *gladius* –si la batalla es a campo abierto–, una pica –en caso de asedio, a fin de abatir la muralla enemiga–, o incluso cargando una balista (fig. 2.4).

37

De igual manera, es conveniente mencionar una unidad que, encargada de preceder a los legionarios, se constituye como una de las más ricas e interesantes de las que figuran en la columna, al menos en términos iconográficos. Me refiero a la unidad de los portaestandartes, también conocidos como alféreces o *signiferi* (fig. 2.4), los cuales aparecen cubiertos con pieles de animales –a menudo, con capirotos con forma de cabeza de león– y ataviados con faldellines sin *pteruges* y espadas al cinto, el cual podía estar ceñido a la cintura o al costado. No obstante, el aspecto más reseñable de su condición seguramente sea la posesión de las diferentes insignias militares, entre las que, cuantitativamente, destaca la representación del águila imperial –que era la insignia más característica de las legiones–, del manípulo o manipulario –consistente en una mano abierta con los dedos hacia arriba, símbolo de la concordia y de la fidelidad en tiempos del Imperio– y del *draco*, aunque a decir

verdad, este último, consistente en una cabeza de dragón, aparece en manos de los bárbaros, lo cual cobra sentido si se tiene en cuenta que, al parecer, fueron los dacios y los sármatas quienes lo introdujeron en el ejército romano después de ser conquistados. Asimismo, tampoco hemos de olvidarnos de citar a otros soldados incluidos entre los *signiferi*, como eran los *vexilliferi* –cuyo deber era el de portar el *vexillum*, una pancarta de tela colgada de un palo en la que se indicaba el nombre y el emblema de la legión en la que servían–, los *cornicines* –encargados de hacer sonar el *cornu* o *bucina*, un instrumento musical de viento metal en forma de «G»– o los *tubicines*, que tenían la misión de transportar y de tocar el instrumento musical de la tuba, una especie de trompeta alargada.

Por último, aunque no por ello menos importante, dada su ineludible y capital presencia, hemos de hacer referencia a los soldados auxiliares (fig. 2.5), quienes pertenecían a aquellas unidades del ejército romano conformadas por militares que no poseían la ciudadanía romana. Su principal propósito era el de apoyar a las legiones romanas en combate, y en su mayoría, solían ser bárbaros y habitantes de las provincias conquistadas por Roma –los denominados *peregrini*–, razón por la que, y teniendo en consideración la extensión del Imperio a comienzos del siglo II, es natural que en los relieves de la Columna Trajana aparezcan tantos como legionarios. Eso sí, se distinguen de estos últimos por sus corazas de cuero y sus escudos ovalados, dotados de umbo y de varios pintos motivos decorativos, como estrellas de seis puntas, volutas, hojas de palma u hojas de laurel. Sin embargo, esta es la indumentaria con la que aparecen representados los *peregrini*, quienes constituyen la mayor parte de las tropas auxiliares, ya que los aliados bárbaros presentan un

38



Fig. 2.5. Escena XXIV del friso de la Columna Trajana. Fuente: *Die Reliefs der Traianssäule*, Conrad Cichorius, 1896



Fig. 2.6. Escena LXX del friso de la Columna Trajana. Fuente: *Die Reliefs der Traianssäule*, Conrad Cichorius, 1896

aspecto muy diferente. Por ejemplo, mientras que los germanos figuran semidesnudos y armados con clavos o garrotes (figs. 2.5 y 2.6), los arqueros o *sagittarii* orientales lo hacen con sus tocados en forma de tiara (fig. 2.6), y los caballeros mauritanos lucen peinados con tirabuzones y una vestimenta basada en telas que les cubren el torso y les dejan los brazos al descubierto (fig. 2.5 y 2.6)

Actitudes y composiciones recurrentes

Una vez comentadas las diversas categorías de soldado romano esculpidas en el fuste de la columna, conviene aclarar que, como es lógico, no siempre aparecen ordenadas de la misma manera, ni en actitud de reproducir acciones idénticas, pero no es menos cierto que se pueden observar una serie de composiciones que se repiten de un modo muy similar a lo largo del friso relivario. Una de las más evidentes es la del discurso o *adlocutio* (fig. 2.7), representada en un total de nueve escenas, en las que siempre se distingue de pie y sobre una posición elevada a la figura de Trajano, la cual, acompañada por algunos de sus lugartenientes –entre los que suele figurar Licinio Sura–, pronuncia una arenga dirigida a sus tropas, que aparecen abajo, alineadas en diferentes planos, entre los que sobresalen multitud de insignias militares sostenidas por los *signiferi*, que a su vez se encuentran rodeados por un buen número de legionarios y de soldados auxiliares.



Fig. 2.7. Escena X del friso de la Columna Trajana.
Fuente: *Die Reliefs der Traianssäule*, Conrad Cichorius, 1896

Otra de las composiciones más usuales es la de las marchas a pie, en la que se muestra al conjunto de las tropas, divididas en un mínimo de dos columnas, desfilando sobre puentes de barcas (fig. 2.4) –lo cual tiende a simbolizar la entrada en territorio enemigo– o sobre las calzadas que ellas mismas se han procurado para avanzar a través de los bosques de la Dacia. Y esta última acción nos lleva a otra escena habitual, como es la de la roturación de bosques (fig. 2.8), en la que normalmente se representa a varios legionarios talando árboles, cargando leña o transportando tierra en cestas, movimientos que no solo van encaminados



Fig. 2.8. Escena XV del friso de la Columna Trajana. Fuente: *Die Reliefs der Traianssäule*, Conrad Cichorius, 1896

diferentes labores, como la fabricación de bloques de piedra, la colocación de ladrillos en los muros, o la supervisión del trabajo de sus compañeros.

40

Y para finalizar, si nos referimos a las escenas de lucha y de batalla, las actitudes más recurrentes posiblemente sean, en caso de enfrentamiento a campo abierto, las cargas de la caballería —ya sea compuesta por legionarios o por auxiliares—, y en caso de asedio, el lanzamiento de objetos desde lo alto de las murallas, siempre y cuando el objetivo sea, claro está, la defensa de una fortificación, ya que si el objetivo es su ataque, la formación en testudo o tortuga (fig. 2.9) será la más vistosa de las composiciones elegidas. Dicha formación consistía, como su propio nombre indica, en la creación de un caparazón a través del solapado de los escudos de los legionarios, mientras que la primera fila de hombres y los soldados de los flancos se protegían levantando los suyos hasta el centro de sus caras, de forma que las tropas pudieran avanzar hasta las murallas enemigas defendiéndose de los proyectiles y de las armas arrojadas.



Fig. 2.9. Escena LXXI del friso de la Columna Trajana. Fuente: *Die Reliefs der Traianssäule*, Conrad Cichorius, 1896

Otros aspectos

Por muy realista que pueda resultar el retrato del soldado romano figurado en la columna –dado el alto grado de precisión con el que son reproducidos algunos elementos de su indumentaria–, la imagen que se ofrece de este último no puede ser tomada, en ningún caso, como una fotografía exacta del acontecimiento histórico descrito, ya que la verosimilitud de su apariencia física y de sus actitudes queda supeditada, en muchos casos, a los valores y a las cualidades que intencionadamente se pretende que transmitan. Por ejemplo, no deja de resultar curioso que, pese a la diversidad de estilos capilares presentados por los legionarios cuando carecen del casco –entre los que se distinguen cabellos lisos, rizados o encrespados, así como la presencia de barbas o la ausencia de ellas–, ninguno de ellos haya sido representado calvo.

Lógicamente, esto no se debe a que en los inicios del siglo II no hubiera legionarios con poco pelo, sino más bien a que, en la cultura romana, la calvicie era considerada casi como una enfermedad, en especial si era prematura, ya que el cabello era concebido como símbolo de juventud, fuerza y virilidad, todas ellas, cualidades que se querían enfatizar en la imagen del soldado romano. Y en esta misma línea, otro fenómeno que no puede pasar desapercibido es que, por muy fieros que parezcan los dacios a los que se enfrentan, no hay un solo soldado romano caído en batalla. Como mucho, lo único que se puede observar es algún soldado auxiliar herido y siendo atendido por los médicos, pero nunca un legionario, lo cual quiere decir que la visión que se pretendía comunicar de la expedición militar en la Dacia era la de una superioridad absoluta por parte del ejército romano, basada en el orden, el control y la seguridad permanentes.

Por si fuera poco, tal y como fue señalado anteriormente, en los relieves de la Columna Trajana se pueden detectar una serie de errores históricos que, intencionados o no, le restan rigurosidad a la imagen ofrecida del soldado romano. Dichos errores se pueden deber, bien a la falta de formación militar por parte del equipo de artífices encargados de esculpir el friso del monumento en cuestión –que pese a contar con unas pautas o directrices, no tenían por qué ser conocedores de las particularidades de la panoplia romana–, bien al propósito de favorecer la claridad plástica y expositiva de la obra. Así pues, entre ellos se pueden destacar la ausencia de puñales y de grebas, la excesiva elevación con la que son representados los petates de los soldados en las escenas de marcha (fig. 2.4), o la disposición incorrecta de los escudos en la figuración de las formaciones en testudo (Alba, 2015: 139-140). Esta última

incorrección atiende a la articulación inversa de la cobertura de la tortuga, por la cual, los escudos de la primera fila no aparecen montados encima de los de la segunda –y así sucesivamente–, sino todo lo contrario (fig. 2.9), lo que en realidad hubiera facilitado que se colasen proyectiles y objetos arrojados que mermasen la formación.

LA RECUPERACIÓN ICONOGRÁFICA DEL SOLDADO ROMANO TRAJANO EN EL RENACIMIENTO

42 Probablemente, la admiración que se le profesó a la figura de Trajano a lo largo de la Edad Media sea una de las grandes responsables de la supervivencia de la columna, que llegó al siglo XV sin daños significativos (García y Bellido, 1979: 364-372). No obstante, la conservación y el respeto por las antigüedades nunca ha tenido que ver necesariamente con su uso iconográfico, que, en el caso de los relieves de la Columna Trajana, fue prácticamente nulo durante el transcurso del Medievo. Esto significa que, pese a la continua presencia del monumento en el paisaje urbano de la ciudad de Roma, la imagen del soldado romano que se apreciaba en la superficie de su fuste pasó inadvertida durante casi un milenio, razón por la cual debemos detenernos en el Renacimiento, ya que fue el periodo en el que se produjo el proceso de recuperación de dicha imagen, por el cual fue devuelta para siempre al imaginario colectivo.

Dicho lo cual, si bien existen indicios del empleo iconográfico de determinadas escenas de la columna en la primera mitad del siglo XV, no podemos arriesgarnos a afirmar con rotundidad quién o quiénes hicieron uso de sus relieves por primera vez.

Hay quienes atribuyen el mérito de ser los iniciadores de esta tendencia a artistas tan populares como Brunelleschi o Donatello, aunque también hay quienes sitúan el origen de esta práctica en los años en los que el eclesiástico y humanista Enea Silvio Piccolomini –amante declarado de las antigüedades– ejerció como pontífice (Agosti, Farinella, 1988: 549). Realmente, ninguna de estas hipótesis es demostrable, pero lo que es seguro es que, en los últimos compases del siglo XV, determinadas imágenes extraídas de la columna ya estaban recogidas en los folios del cuaderno de antigüedades por antonomasia de la época, como era el *Codex Escorialensis* –atribuido al taller de Domenico Ghirlandaio–, aunque ninguna de estas imágenes tenía tanto que ver con la iconografía del soldado romano como con la de determinados elementos militares y armamentísticos.

No en vano, el punto de inflexión a partir del cual se generalizó la reproducción del soldado romano trajaneo se produjo en 1506 –casi dos décadas después de que el papa Sixto V ordenase derribar la estatua de Trajano que remataba la Columna para sustituirla por la estatua de San Pedro que se observa en la actualidad–, fecha en la que el pintor Jacopo Ripanda diseñó un sistema de andamiaje al que se encaramó para copiar la totalidad del friso de la Columna, cuya parte alta era imperceptible desde la desaparición de la basílica Ulpia y de las dos bibliotecas que otrora escoltaban al monumento. Desde ese momento, la ruptura de la barrera visual que había privado a tantos artistas de inspirarse en los relieves trajaneos, propició que diferentes artífices, como los hermanos Aspertini, comenzasen a basar sus creaciones pictóricas en las composiciones reflejadas en la columna, e incluso que algunos otros, como Baldassarre Peruzzi, aprovecharan las copias que Ripanda había realizado para proyectarlas en determinados encargos (Agosti, Farinella, 1988: 569). De hecho, en 1511, el cardenal Raffaele Riario, sobrino del papa Julio II –quien consideraba a Trajano como el modelo de gobernante a seguir–, le encomendó al referido Peruzzi la tarea de decorar las estancias del Palacio Episcopal de Ostia (fig. 2.10), cuyos muros quedaron recubiertos por frescos que reproducían escenas íntegras de la columna, en los que, por lo tanto, se podía distinguir la representación de los mismos legionarios y soldados auxiliares romanos que hemos descrito con anterioridad (fig. 2.10).

43



Fig. 2.10. Episodios del ciclo de frescos del Palacio Episcopal de Ostia, Baldassarre Peruzzi, 1511-1513

Del mismo modo, conviene subrayar la manera en la que, por aquellos años, el célebre pintor Rafael Sanzio, considerado como uno de los grandes introductores del elemento militar antiguo en el arte del siglo XVI, utilizó las indumentarias de los soldados romanos que figuraban en la

columna para dotar de mayor realismo a aquellas pinturas cuya temática remitiese a los tiempos del Imperio romano. Por ejemplo, en un lienzo como el de la *Caída en el camino del Calvario* (fig. 2.11), en el que se narra una escena de la vida de Jesús, Rafael viste a los caballeros romanos tal y

44



Fig. 2.11. *Caída en el camino del Calvario*, Rafael Sanzio, 1515-1516, óleo sobre tabla pasada a lienzo. Museo del Prado, Madrid

como se les representa en los relieves de la columna, es decir, con *lorica segmentata* al legionario de la izquierda y con *lorica thorax* al alto oficial de la derecha. En cambio, los discípulos de Rafael, así como los seguidores de su estilo –conocidos como manieristas–, cansados de limitarse a copiar con precisión y rigurosidad las iconografías militares que veían en las esculturas antiguas, comenzaron a ensayar una estética más fantasiosa a la hora de reproducirlas, sin que esto supusiera que dejaran de estudiar, entre otras fuentes visuales, los relieves de la Columna Trajana, que seguían gozando de un gran predicamento. Prueba de ello son algunos de los frescos del Palacio Apostólico del Vaticano, como el de la *Visión de la Cruz* (fig. 2.12), una obra de Giulio Romano –que era pleno conocedor de los relieves de la Columna Trajana, tal y como sostiene el historiador del arte coetáneo Giorgio Vasari– en la que no solo se contempla una composición de *adlocutio* prácticamente idéntica a la comentada en el apartado anterior, sino que también se aprecian las mismas categorías de soldado que integraban este tipo de composiciones en la columna, como son los soldados auxiliares, los *signiferi* o los *vexilliferi*.

Finalmente, cabe añadir que, pese a que todas las creaciones artísticas aludidas hayan quedado reducidas al ámbito geográfico de la península

45



Fig. 2.12. Detalle de *Visión de la Cruz*, taller de Rafael, 1520-1524, pintura mural al fresco. Museos Vaticanos, Ciudad del Vaticano

itálica, la imagen del soldado romano trajaneo se difundió por toda la Europa del siglo XVI. Esta propagación se produjo a través de dos vías; la primera se relaciona con los viajes a Italia emprendidos por multitud de artistas provenientes de todas las partes del continente, quienes no solo tuvieron acceso al estudio *in situ* de la Columna Trajana, sino también a las referidas obras de arte, las cuales, al igual que los relieves del monumento trajaneo, fueron objeto de diferentes copias que importaron a sus respectivos lugares de origen. Y la segunda vía de propagación, aún más efectiva que la primera, tuvo que ver con la capacidad de circulación alcanzada en el siglo XVI por el grabado y el libro ilustrado, por la cual, cualquier taller del continente podía proveerse de modelos iconográficos acuñados a miles de kilómetros. Sin ir más lejos, un libro ampliamente difundido por el Occidente europeo fue el *Discours sur la castramentation et discipline militaire des romains*, una obra del anticuario lionés Guillaume du Choul en la que se ofrecía un amplio y detallado repertorio de ilustraciones relativas al imaginario militar de los antiguos romanos, las cuales se correspondían, en su inmensa mayoría, con copias realizadas a partir del friso de la Columna Trajana. De hecho, como consecuencia de ello, la obra de Du Choul arrastra algunos de los errores históricos plasmados en los relieves del monumento trajaneo, como el referente a la articulación del tejadillo de la formación en testudo (fig. 2.13).

46



Fig. 2.13. Ilustración de la página 422 de *Los discursos de la religion, castramentacion*, Guillaume du Choul, 1579

CONCLUSIONES

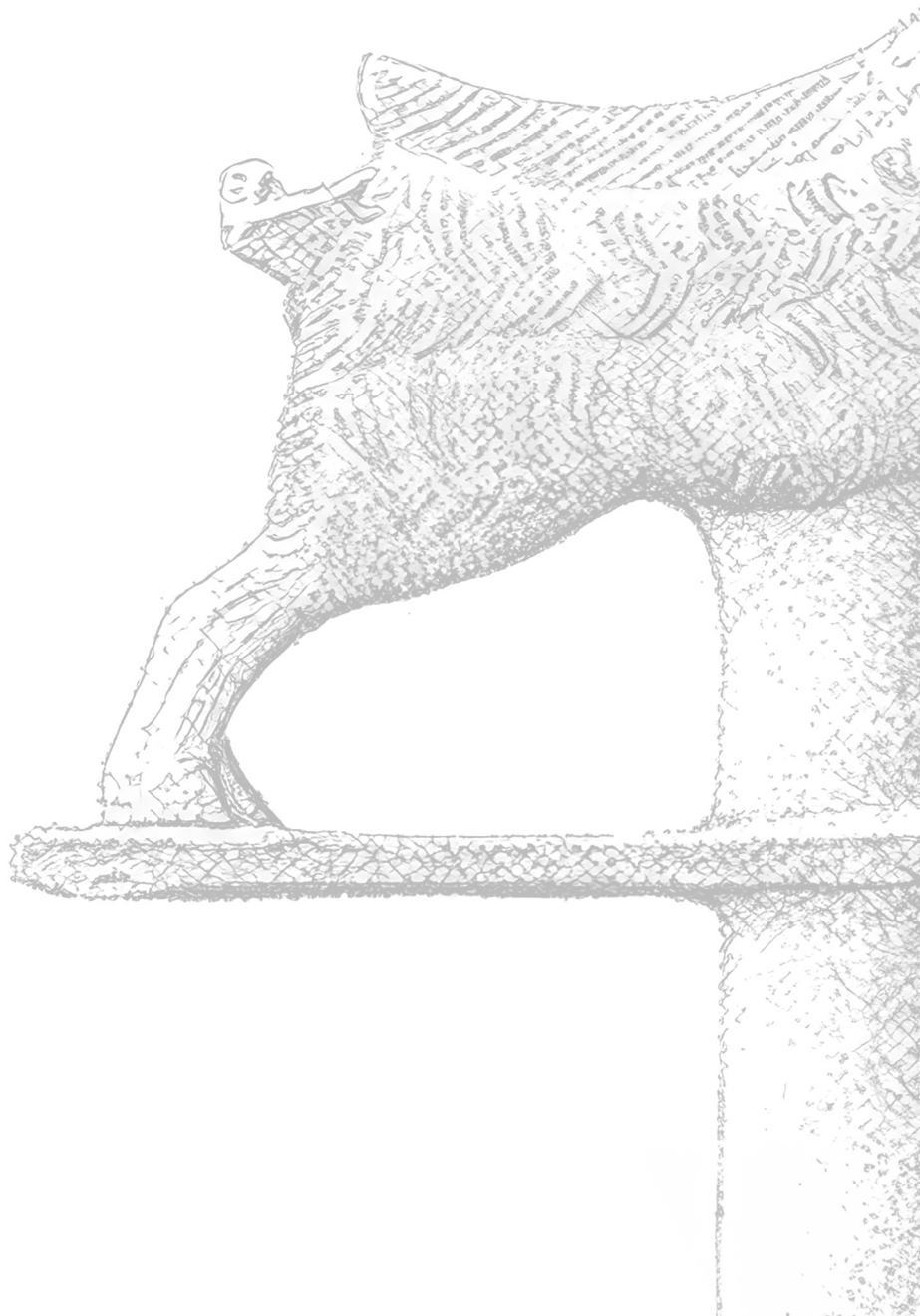
Antes de poner punto final al presente escrito, merece la pena establecer unas breves conclusiones a fin de esclarecer las principales ideas que, a mi manera de ver, el lector debe extraer del texto. La más importante de ellas seguramente sea que, a pesar de constituirse como un auténtico depósito de ciencia anticuaria y de soluciones iconográficas y compositivas, el friso relivario de la Columna Trajana ofrece una imagen del soldado romano parcialmente distorsionada e irreal, ya que, por más que se pueda concluir con que dicha imagen alberga un nivel de detalle

alto, lo cierto es que su concepción se hallaba condicionada por el mensaje político que Trajano quería transmitir.

A fin de cuentas, el arte imperial no tenía la misión de describir la realidad con total objetividad, sino que quedaba supeditado a una marcada intencionalidad propagandística de exaltación de la figura del emperador. Pero el problema viene cuando no se tiene en cuenta esta idea y se confía ciegamente en la verosimilitud de la información legada por las fuentes visuales antiguas, ya que los errores históricos contenidos en ellas se tienden a instituir como verdades incuestionables, que es lo que sucedió en el Renacimiento –pero también en etapas más recientes– con la imagen del soldado romano trajaneo. He ahí la importancia de no dejar nunca de mirar con ojos críticos la obra de arte, sea del periodo que sea.

BIBLIOGRAFÍA

- Agosti, G. y Farinella, V. (1984). *Calore del marmo. Pratica e tipologia delle deduzioni iconografiche*. En: Settis, S. (dir.). *Memoria dell'antico nell'arte italiana*. Tomo I. Torino, Giulio Einaudi Editore.
- . (1988). *Nuove ricerche sulla Colonna Traiana nel Rinascimento*. En: Salvatore Settis (dir.). *La Colonna Traiana*. Torino, Giulio Einaudi Editore. 47
- Alba Calzado, M. (2015). La indumentaria del legionario romano en los comienzos del Imperio. En: *XIV Jornadas artilleras en Extremadura*. Badajoz, Grupo de Artillería XI. Pp. 135-177.
- Bianchi Bandinelli, R. (2003). *Il maestro delle imprese di Traiano*. Roma, Mondadori Electa.
- Choul, G. du. (1579). *Los discursos de la religion, castramentacion, assiento del campo, baños y exerçijos de los antiguos romanos y griegos*. Baltasar Pérez del Castillo (trad.). Lyon, Imprenta de Guillaume Rouillé.
- Cichorius, C. (1896). *Die Reliefs der Traianssäule*. Berlin, Georg Reimer.
- García y Bellido, A. (1979). *Arte romano*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Guillemain, J. (2003). Guillaume du Choul et la colonne Trajane: la documentation d'un antiquaire lyonnais vers 1550. En: François Fossier (dir.). *Delineavit et Sculpsit. Dix-neuf contributions sur les rapports dessin-gravures du XVIe au XXe siècle*. Lyon, Presses Universitaires. Pp. 33-43.
- Pescarín, S. (2005). *Guía de arqueología. Roma*. Madrid, Libsa.
- Stierlin, H. (2002). *El imperio Romano. Desde los etruscos a la caída del imperio Romano*. Singapur, Taschen.
- Vasari, G. (2002). *Las vidas de los más excelentes arquitectos, pintores y escultores italianos desde Cimabue a nuestros tiempos*. Madrid, Cátedra.
- Zanker, P. (2008). *Arte romana*. Bari, Laterza.





LA FURCA Y EL TRASLADO DE LA IMPEDIMENTA DEL SOLDADO ROMANO

Miguel Alba Calzado

Doctor en Arqueología por la Universidad de Extremadura
Consortio de la Ciudad Monumental de Mérida

LA FURCA Y EL TRASLADO DE LA IMPEDIMENTA DEL SOLDADO ROMANO

Miguel Alba Calzado

Doctor en Arqueología por la Universidad de Extremadura
Consortio de la Ciudad Monumental de Mérida

AGRADECIMIENTO

Mi agradecimiento más sincero al teniente coronel Rodrigo José Hernández Navarro (jefe del Grupo de Artillería de Campaña XI) y a la Junta de Patronos de la Fundación Santa Bárbara y Santa Eulalia que preside el citado oficial por haber hecho posible la publicación de estas páginas, en el loable propósito de perpetuar la edición de las Jornadas Artilleras. Asimismo, es de justicia reconocer la labor eficiente y diligente del emérito suboficial mayor, Antonio Fernández Arias, responsable de recibir y dar el formato a los trabajos presentados.

51

Milites gratias plurimas per semper.

PRESENTACIÓN

[César dijo] «Me bastará la décima legión, porque tengo la seguridad de que, si fuese necesario, avanzarían conmigo, incluso a través del fuego y desnudos» (Dion Casio, lib. XXXVIII, 46).

[Augusto] «Licenció ignominiosamente a toda la décima legión, que solo obedecía murmurando» (Suetonio, Octavio Augusto, cap. XXIV).

Estas citas contrapuestas demuestran que la motivación siempre ha sido un factor clave en los ejércitos de todos los tiempos. Se precisa una moral alta para conducirse hacia la victoria, pero sabedores de la naturaleza inconsistente de ese requerimiento y de lo tornadiza que puede ser la fortuna, los altos mandos del Ejército romano prefirieron arrojarse a la disciplina, a la profesionalidad de la tropa, a la rutina de los entrenamientos y a los trabajos continuos. El adiestramiento se basaba en la constancia; en la reiteración de unos procedimientos

que conllevaban esfuerzo, abnegación y sacrificio¹, no solo en tiempos de guerra.

Las marchas raudas de los soldados cargados con la impedimenta fue una de las prácticas que distinguió al ejército romano de cualquier otra fuerza militar de su tiempo. De forma cotidiana se ponía a prueba la resistencia física de la tropa «sus soldados [de Germánico] no se veían tanto afectados por las heridas [en combate] como por las largas caminatas y el peso de las armas» (Tácito, Anales, lib. II, 5). A veces se forzaban estas marchas para sorprender al enemigo, lo que decidió la victoria de César en muchos casos, aunque a costa de llevar al límite a sus hombres «[...] mientras iban de camino, como ya no se hallasen con el vigor de la juventud y les pareciese no poder más con tal multitud de marchas, se desahogaban en quejas contra César [...] nos aguijonea y precipita, no como quien persigue, sino como quien es perseguido de sus enemigos» (Plutarco, César, XXXVII).

«Vemos, en efecto, que el pueblo romano ha sometido al mundo entero exclusivamente gracias al adiestramiento, a la disciplina del campamento y a la experiencia militar», escribe el autor del tratado *Compendio de técnica militar*² (Vegecio, lib. I, prólogo). Sin embargo, la relajación de los hábitos militares fue una consecuencia inevitable de la *pax romana*:

52

«[...] aquellas legiones trasladadas desde Siria, inactivas a causa de la prolongada paz, soportaban muy a regañadientes las tareas del campamento. Se sabe con toda certeza que en aquel ejército había veteranos que no habían hecho ni una guardia, ni vigilancias nocturnas, y que se quedaban mirando a la empalizada y al foso como algo nuevo y sorprendente [...]» (Tácito, Anales, lib. XIII, 35).

«Relajación» que se supo enmendar en momentos decisivos resolviendo conflictos enquistados como los que llevan al Imperio a su mayor expansión bajo el gobierno de Trajano, restaurador de los hábitos militares:

«¡Qué magnífico es el que hayas restablecido la disciplina militar, que había caído en desuso y desaparecido de nuestros campamentos! Lo lograste poniendo fin a los males de los tiempos precedentes: la negligencia, la indisciplina y el desprecio a obedecer órdenes (...) Nuestros generales no temen ya ser o no ser

¹ Agrícola hablaba de la «perseverancia y fatigas» que ponen a prueba al general y a los soldados (Tácito, Vida de Julio Agrícola, cap. 33). Para César ser un buen soldado depende de su docilidad, con sentido de disciplina y obediente a las órdenes, valorado por el general en tanta estimación como el arrojo en el combate y la grandeza de ánimo (César, G. Galias, lib. VII, LII).

² Redactado en el siglo IV, con nostalgia de restablecer las costumbres del pasado que se habían perdido con el correr del tiempo.

apreciados por sus soldados, y así, sin preocuparse por provocar la animadversión de éstos o ganarse su favor, apresuran los trabajos, presencian los entrenamientos, mantienen en perfecto estado armas y fortificaciones y tienen bien preparados a sus hombres» (Plinio el Joven, Panegírico del emperador Trajano, 18).

La intensidad de los entrenamientos son puestos de relieve por Flavio Josefo, un noble partícipe de la sublevación de Judea que fue hecho prisionero, perdonado y finalmente distinguido con la ciudadanía romana; a su juicio, el éxito del ejército de Vespasiano se debía a que: «Sus maniobras de entrenamiento no se diferencian en nada de la guerra real [...]» y por eso soportan tan bien la tensión de la batalla, sin que les incapacite ningún dolor, sin que les cansen ningún trabajo y sin que la falta de disciplina debilite su formación de batalla. Por tanto, es natural que obtengan siempre la victoria frente a unos hombres peor adiestrados. Uno no se alejaría demasiado de la verdad si llamara a sus maniobras «batallas sin sangre» y a sus batallas «maniobras con sangre» (Flavio Josefo, lib. III).

Entre las actividades del entrenamiento, habituales en una campaña, estaban las duras marchas con la impedimenta, sufriendo los rigores atmosféricos y del clima³. Su penosidad se agravaba en situación de conflicto con la incertidumbre de internarse en parajes desconocidos y la amenaza de ser emboscados⁴: «[...] a menudo durante las marchas, cuando pantanos, montes y ríos os tenían extenuados, oía las voces de los más esforzados ¿cuándo se presentará el enemigo [...]?» (Tácito, sobre Agrícola en *Britannia*, cap. 33).

53

Las armas romanas sufrieron desastres como las tres legiones de Varo masacradas en Teotoburgo (Quesada, 2008: 309-322), los levantamientos de Moesia, Dacia y Panonia, o las incursiones devastadoras de los marcomanos aliados a otras tribus germanas y sármatas (entre otras importantes crisis). Pero siempre hubo una reacción y superación de los reveses por la alta cualificación del ejército⁵. Eran soldados de oficio,

³ «Era esto en la estación de invierno (...) las llanuras inundadas por los torrentes, los caminos confundidos con la profunda nieve y la inseguridad de la marcha por las charcas y arroyos desbordados [...]» (Plutarco, César, XXV).

⁴ Cualquier situación de marcha puede empeorar... «Complicaba más la situación la circunstancia de encontrarnos en la época en la que el calor engendra en aquel país millones de moscas y mosquitos, cuyo vuelo llena el espacio día y noche y oscurece la luz del sol y de las estrellas» (Amiano Marcelino, lib. XXIV, p. 192).

⁵ «Cuando Marte llama a la lid, Minerva se echa a dormir», este dicho era una verdad a medias para los instruidos mandos romanos que tenían la guerra como objeto de estudio. *Ars Militaria* abarcaba la preparación táctica, planeamiento de estrategias, conocimiento de estratagemas y el hecho de introducir mejoras en los equipos y armas (copiadas al enemigo) e innovaciones de todo tipo.

con dilatado servicio militar de más de veinte años⁶. Hombres libres, romanos y no romanos⁷, instruidos en la lucha, pero también en valores. Porque el ejército se dota de un acervo propio que sublima el orgullo de pertenencia a la legión, fomentando un sentir individual y colectivo diferente al de la vida civil.

Se explica, por ejemplo, que, ante la posibilidad de un motín, César se dirigiese a sus soldados llamándolos «ciudadanos» en lugar de «militares», puesto que se estaban comportando impropriamente, lo que les ofendió tanto que volvieron a la disciplina. Lo apuntado más arriba se puede ilustrar con muchos ejemplos, pero, sobre todo, se ponía de manifiesto en las arengas previas al combate. Con estas palabras enardece Agrícola a su tropa, en clara inferioridad numérica, antes de una batalla en Britannia: «[...] ni para el ejército, ni para el general es cosa segura volver la espalda. Por consiguiente, una muerte honrosa es mejor que una vida infame; ¡la salvación y el honor son inseparables! y no carecerá de gloria haber caído en los últimos confines de la tierra» (Tácito, Vida de Agrícola, cap. 33). Honor, valor, sentido del deber, abnegación, reputación colectiva, heroísmo, lealtad, espíritu de sacrificio...

- 54 La experiencia había determinado desterrar los excesos de confianza y marchar siempre listos para el combate. Las acampadas, los entrenamientos y las caminatas fundamentaban la preparación del legionario. Los centuriones iban igualmente a pie y, casos excepcionales, algunos altos mandos también lo hicieron, como César⁸ o Trajano⁹, compartiendo la fatiga y dando ejemplo a los soldados bajo su mando.

«Poco a poco, hacen el camino, marchando con orden y silenciosamente (...) cargados con las mismas armas que si estuvieran en la batalla [y herramientas como] una sierra, una canastilla con un pico y una pequeña hacha y otras muchas cosas, y llevan para comer tres días, de suerte que hay poca diferencia entre ellos y un mulo cargado» Flavio Josefo (lib. III, cap. III).

⁶ Desde la reforma de Mario la duración era de dieciséis años, que pasó a veinte con Augusto, ampliado después a un lustro más. Con todo, como forma de vida que era, los soldados se reenganchaban mientras estuvieran en condiciones de luchar. Tácito consigna que muchos superaban treinta y cuarenta años de servicio (Anales, lib. I, 17).

⁷ Fuerzas auxiliares recompensadas con la ciudadanía romana, extensible a su descendencia, en premio por los años de servicio militar.

⁸ «[...] soportaba la fatiga hasta lo increíble; en las marchas precedía al ejército, algunas veces a caballo, y con más frecuencia a pie [...]» (Suetonio, César, LVII).

⁹ «Cuando conducías tus legiones (...) en ningún momento pensaste en montar en un carruaje o servirte de tu caballo» (Plinio el Joven, Panegírico del emperador Trajano, cap. 14). Fiel a esta costumbre, cuando fue nombrado emperador entró por su pie en Roma, algo insólito (Plinio el Joven, cap. 22).

La alusión comparativa a una bestia de carga (Plutarco, Mar. 13) era algo familiar para los legionarios pues se venía repitiendo desde la reforma del Ejército en tiempos del cónsul Mario¹⁰, hacia el año 107 a. C. Por entonces, el sistema de milicia da paso a la formación de un ejército profesional movilizad o todo el año (Goldsworthy, 2005: 47). El Estado equipa al soldado y le suministra armas estandarizadas, fomentando una uniformidad que, no obstante, fue siempre heterogénea (Quesada, 2008: 219; Menéndez, 2011: 166) debido a los modos de trabajar de los artesanos, la asimilación de los modelos¹¹, la pervivencia de equipamientos todavía en buen estado, las coyunturas, los territorios, el clima, la innovación tecnológica, la incorporación de contramedidas a las formas de lucha enemiga, etc. Un aspecto este, el de la diversidad compatible con la uniformidad, pocas veces mostrado con fidelidad en reportajes, series y películas, aunque cada vez se procura un mayor rigor documental.

La Arqueología de la Guerra constituye una documentación histórica por derecho propio y no una mera aclaración a los textos escritos (Alonso, 1988: 6). El tema militar romano ha experimentado un extraordinario avance gracias a la investigación arqueológica contrastada con otras fuentes de información como la iconografía, la epigrafía y volver a los textos de autores clásicos de contenido técnico unos y literario otros (Bishop y Coulston, 2016: 2-49). En este sentido, también en nuestro país ha suscitado un interés académico creciente que está dando sus frutos en congresos, monografías y revistas de amplia difusión¹². La etapa romana está proporcionando un importante caudal de datos sobre las armas (Quesada, 2010: 2019), la equipación, los campamentos, los sitios de batalla, etc¹³. Paralelamente participan en la transferencia social de esos conocimientos el fenómeno de la recreación¹⁴, que está tomando inusitada fuerza en nuestro país y en otros en el marco de la unión europea. Este fenómeno también aporta su granito de arena al conocimiento

¹⁰ En su juventud había participado como oficial en el asedio de Numancia y en el 114-113 a. C. fue nombrado propretor en la Hispania Ulterior, cuando todavía no había ninguna colonia romana en la actual Extremadura, pero sí poblaciones indígenas importantes como en los enclaves hoy de Coria, Villas Viejas del Tamuja o Medellín.

¹¹ En plural, porque pueden coexistir varios tipos de modelos de equipamientos (y armas) antiguos y «renovados» formando parte de los fondos de las armerías del ejército (también en nuestro tiempo).

¹² Destaca por la alta calidad de contenidos la revista *Desperta Ferro*. Remitimos a los siete números especiales dedicados a la legión romana y a los monográficos de Cesar contra Pompeyo y de la batalla de Teutoburgo.

¹³ Entre los investigadores dedicados a esta faceta se encuentran en nuestro país Ángela Alonso, Fernando Quesada, Ángel Morillo, Victorino García Marcos, Eduardo Peralta, Javier Heras, etc.

¹⁴ «Legionarios por la avenida: la recreación histórica» (Quesada, 2008: 367-377).

por el hecho de usar réplicas de los viejos artefactos, habitualmente mudos en las vitrinas de los museos, hasta que empiezan a contar cosas en el lenguaje de las demostraciones prácticas. En nuestro país, entre las aportaciones auxiliares para inferir en los usos del pasado, contamos con la arqueología experimental de la investigación académica y la empírica vivencia de los recreacionistas (Fernández Ibáñez, 2003: 42; Quesada, 2008: 367). Sirvan de muestra la reproducción y prueba de las máquinas de guerra romanas (Sáez Abad, 2005) o las técnicas de esgrima del legionario altoimperial (Sánchez Toledo, 2004 y 2015), entre otras muchas iniciativas.

Estas páginas son un complemento a la información presentada en «Indumentaria del legionario romano...», publicado en este mismo medio (Alba, 2015), dirigida preferentemente a los recreadores del mundo romano que participan en *Emerita Lvdica*¹⁵ (festival de recreación de Augusta Emerita) en la rama legionaria¹⁶ y a los estudiosos y aficionados a la «Arqueología experiencial» (término que preferimos emplear en lugar de «experimental»¹⁷, más acorde a la reconstrucción vivida de los procesos de elaboración y desempeño funcional) basada en dar uso a los artefactos del pasado y consignar las observaciones derivadas de ello. Es un medio de aproximación en el intento de dar respuesta a interrogantes derivados de las lagunas de información del registro arqueológico, o al menos, como medio de reflexión y observación que plantee hipótesis sobre la función utilitaria de artefactos desaparecidos, como

56

¹⁵ Iniciativa emprendida en 2009 por el Consorcio de la Ciudad Monumental de Mérida, como medio de difusión y disfrute del rico patrimonio arqueológico romano (Alba, 2018), celebrado por vez primera en 2010, que tiene por escenario los monumentos y por agentes al buen hacer de los recreadores (civiles, soldados, gladiadores, indígenas, etc.) y la indispensable participación ciudadana emeritense en la expresión de unas arraigadas señas de identidad. Estas páginas están dedicadas con todo afecto y reconocimiento a los miembros de Ara Concordiae, de Emerita Antiqua, de Luporum Celtiberiae Leukoni, y de Emeritae Ludus Gladiatirum, y, en especial, al primer recreador de Mérida, el primipilo Triario (Antonio Carranco).

¹⁶ De época del principado y del siglo I. En Mérida hay que destacar la labor difusora de los recreadores de las legiones V y X, pertenecientes a las asociaciones EMERITA ANTIQVA y ARA CONCORDIAE, ambas alma de Emerita Lúdica, que vienen realizando actividades en Mérida y otras muchas poblaciones con pasado romano, tanto dentro de Extremadura como fuera de ella. La documentación fotográfica que ilustra el texto se basa en ellos.

¹⁷ El tema fue presentado y debatido en «X Encuentro de Arqueología del Suroeste Peninsular», celebrado en Zafra, en 2018, con el título *Versatilidad funcional de la furca y otras observaciones sobre la impedimenta del legionario romano*. Mi gratitud a las personas que han contribuido decisivamente a que las ideas plasmadas en papel sobre la tienda de campaña y unos croquis se materializaran: mis conmlitones Graco (Jesús Hernández) y Magister (Abel Morcillo).



Fig. 3.1. *Contubernium in itinere* (Vía de la Plata)

es la llamada furca¹⁸, artefacto con el que se transporta la impedimenta (fig. 3.1), en la que centraremos la atención en estas páginas.

EL TRASLADO DE LA IMPEDIMENTA: LA FURCA

En el siglo II a. C. una serie de sucesivas derrotas contra cimbrios y teutones promueven la necesidad de cambiar el funcionamiento de la legión (Gracia, 2016: 13). Se conoce como la reforma de Mario, por haber sido

¹⁸ Las sugerencias tienen una base especulativa fundamentada en la praxis, a la espera de que puedan hallarse indicios en el registro arqueológico que confirmen las hipótesis o las refuten.

este cónsul uno de sus principales valedores en redefinir un nuevo modelo de Ejército. Entre los cambios emprendidos están:

La desaparición de los grupos tradicionales de tropa (Hastati, príncipes y triarios) unificados y mezclados por edad los soldados en centurias integradas por ochenta hombres. Servicio militar profesionalizado y permanente. Admisión de cuerpos de auxiliares especializados en sus modalidades de lucha: arqueros, honderos, jinetes ligeros, escaramuzadores con venablos, etc. Adopción fija de un destacamento de artillería (Anglim *et al.*, 2007: 56). El soldado es armado y equipado por el Estado. El armamento y equipo es estándar¹⁹. Hasta la tienda en la que duermen los legionarios la proporciona el Ejército, pero es descontada de la paga (como todo lo demás). La unidad operativa militar sigue siendo la centuria, pero ahora de ochenta hombres, formada por diez contubernios²⁰, cada uno a cargo de un *caput contubernii*. A los ocho hombres de cada contubernio se les asigna una tienda de campaña²¹. Los reclutas cubren las bajas de los contubernios, integrándose en ellos, conviviendo así con los veteranos²² y aprendiendo de ellos. Al mando de cada unidad está un centurión auxiliado por un *optio* que promocionará como futuro centurión. La meritocracia prevalece en los ascensos. Un centurión posee mayor grado que el resto, el *primípilo* (*primus pilus*), nombrado por el general²³. Una legión queda conformada por sesenta centurias. Dos centurias componen un manípulo y tres manípulos una cohorte. La legión posee diez cohortes. Se ensalzan los símbolos que la

58

¹⁹ Uniformidad que, sin embargo, no debe entenderse con que todos iban iguales, replicados, un error que cuesta hacer comprender a los grupos de recreación. Podemos contar con objetos arqueológicos bien datados, por ejemplo, un casco, pero eso no significa que todos los cascos fueran idénticos coetáneamente a ese ejemplar. Acepta variaciones, y no siempre es fácil identificar cuál es el modelo entre las versiones más o menos alteradas, hasta que no hay suficientes ejemplares para dar un benedicto. Las túnicas del mismo color, el calzado, las cotas, los escudos, los cascos, las armas, fundamentan la uniformidad romana pero abierta al mismo tiempo a una heterogeneidad compatible que la arqueología va dilucidando hallazgo tras hallazgo.

²⁰ El ejército mantiene hoy este número de hombres como unidad operativa designándolos «pelotón» a cargo de un cabo primero.

²¹ Teniendo en cuenta que para pernoctar solo lo harán seis simultáneamente mientras dos estarán ocupados en tareas de vigilancia (guardias con relevo cada tres horas).

²² La veteranía, esto es, la experiencia, es un grado. La reforma de Mario confiaba en la efectividad de los veteranos en vistas al fracaso de las legiones integradas por novatos en casos de emergencia, pero sin dejar de reclutar a jóvenes para renovar las fuerzas. En la guerra civil, se decía de los veteranos de César: «[...] los que componían la principal fuerza de César tenían, sí, experiencia y un ardor invencible para los combates; pero para las marchas, para acampar, para montar la guardia en las murallas y pasar males noches, les faltaba el vigor a causa de la edad, y teniendo ya el cuerpo pesado para las fatigas, la debilidad disminuía el arrojo» (Plutarco, César, XL).

²³ (César, G. Civil, lib. III, 53)

representan y con los que ha de identificarse la tropa: los estandartes y, por encima de todo, el águila, presentes en ceremonias y ritos religiosos (Kavanagh, 2016). Se inculca la noción de buen soldado²⁴, el vínculo de pertenencia a un grupo y la lealtad inquebrantable al general (más adelante al emperador).

Se decide que el soldado debe ser autosuficiente para desenvolverse en tareas logísticas portando todo lo que sea necesario e imprescindible para combatir y acampar. Cargados con entre 35 y 40 kg, debían realizar unas marchas a ritmo variable según las órdenes para cubrir unas distancias, por lo general, prefijadas²⁵: «[...] a paso militar en cinco horas se deben recorrer 20 millas [casi 30 km]. En cambio a paso ligero, que es más rápido, en el mismo número de horas se deben cubrir 24 millas [algo más de 35 km]» (Vegecio, lib. I, VIII). Lo establecido por la norma aceptaba excepciones por razones estratégicas, como cuando Cesar dio orden de llevar solo las armas, forzando la marcha para llegar por sorpresa a la ciudad gala de Arimino (Rimini) antes de darles tiempo a prepararse para la defensa (Plutarco, César, XXXII).

Las razones que se argumentan para que el legionario fuese tan cargado es porque los generales romanos decidieron acortar los convoyes de intendencia e impedimenta para que el ejército avanzase más rápido (Menéndez, 2011: 235), aligerando la columna de carruajes y acémilas (Quesada, 2008: 218). Se redujo entonces el número de carruajes en lo posible para favorecer su defensa y se simplificó el transporte de cada contubernio a una acémila. Así, la parte del bagaje que era siempre la más vulnerable a los ataques, por lo extenso de la columna, en caso de verse comprometida no anulaba por completo la capacidad combativa de la legión.

Se considera imprescindibles toda la equipación para la lucha (galea, hamata, greba y las armas: *pilum*, *gladius*, *pugio* y *scutum*); llevar agua en un odre o cantimplora, víveres y enseres para prepararlos: la sí-tula, olla o caldero, y la patera multiusos y, además, las herramientas para preparar el campamento (fig. 3.2), sobre los que más adelante volveremos.

²⁴ Julio César lo deja escrito: ante todo valor en el combate seguido de obediencia y buen ánimo.

²⁵ Las distancias se contaban en millas (César, G. Galias, lib. XIV) o en pasos (*Ibidem*, lib. IV, XI; lib. V, XXVII). César utiliza los dos, presumiblemente porque los mandos, que iban a caballo, solían hablar de millas, mientras que la infantería se entendía mejor en pasos.



Fig. 3.2. Soldado cargado con la impedimenta y un centurión



Fig. 3.3. Furcas

60

Dichos enseres se transportaban con «la furca». Posiblemente derivado de la palabra *fulcar* (apoyo), de *fulcire*, «porque se apoya y soporta el peso» (Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, lib. XIX-26)²⁶.

La furca era una sencilla estructura de madera formada por dos palos redondos (uno largo y otro corto) unidos en cruceta en un extremo (fig. 3.3). Parece inspirarse en la forma tradicional de carga al hombro de una pértiga con capazos en los extremos o hatillos (fig. 3.4), solo que utilizando una sola parte.

En época romana se conocen «mochilas» para transportar cargas pesadas, como la de estructura de madera con un canasto, un saco, o una bolsa de cuero ¿por qué el ejército romano prefirió la furca a la mochila?

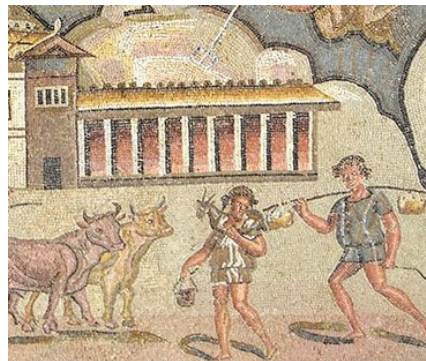
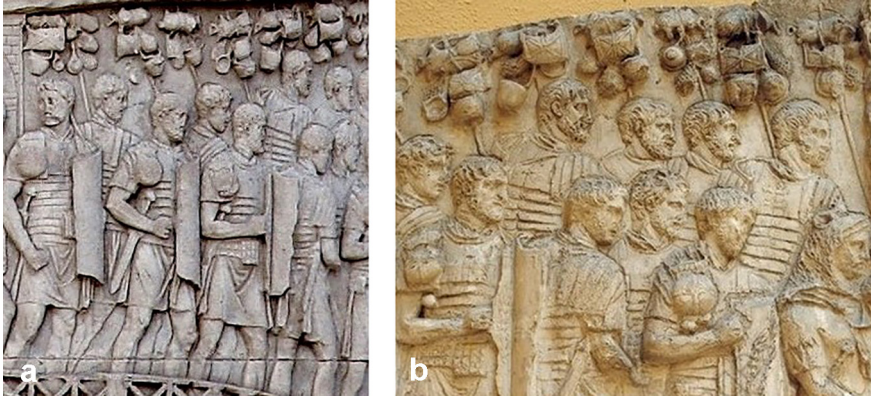


Fig. 3.4. Forma alternativa de acarreo con un palo

²⁶ Recurrimos a la etimología que plantea Isidoro para explicar la palabra *fulcra* referida a un tejido fuerte que ornamenta los lechos, como un cobertor, (t. II, p. 475).



Figs. 3.5a y 3.5b. Escenas de la Columna de Trajano

Gracias a algunas fuentes escritas podemos saber algunos de los enseres con los que cargaba el soldado romano de infantería pesada²⁷ en sus marchas cotidianas de camino al lugar de acampada provisional, estable o permanente. Pero además de las menciones poco detalladas, contamos con una sola representación de las furcas. Se muestran en una de las escenas de la Columna Trajana²⁸ (figs. 3.5a y 3.5b). En la imagen aparecen soldados veteranos²⁹ marchando con la impedimenta, portando las furcas al hombro.

61

La furca tiene una estructura muy elemental, con forma de «T», que de no tenerla plasmada en la columna habría dado motivo a múltiples versiones interpretativas. Reproducida, es un artefacto que resulta de lo más inestable, aparentemente incómodo y de simplicidad extremada. Lo que nos lleva a preguntarnos por qué optaron por esa morfología y no otra. Partamos de la idea de que en el Ejército (y mentalidad romana) todo responde a un propósito práctico. Nada es casual como intentaremos demostrar³⁰.

La Columna Trajana es un documento histórico e iconográfico de excepcional valor informativo en relación con la crónica de las campañas

²⁷ Los de infantería ligera eran los arqueros, honderos y hostigadores (ferentarios) (Vegecio, lib. II, cap. II).

²⁸ Curiosamente se repite la misma escena en la columna de Marco Aurelio, en el momento de cruzar el Danubio, sin embargo, las tropas no llevan las furcas.

²⁹ Todos fueron representados con barba para evidenciar que las tropas no la componen reclutas bisoños. La movilización supone plena dedicación y prescindir de ciertas comodidades (en plena campaña bélica se dispensaba al soldado del afeitado, pero era parte del aseo en los campamentos estables). En cambio, los oficiales aparecen rasurados; uno de los muchos privilegios de los mandos.

³⁰ Las propuestas se basan en la praxis de usar la furca en marcha. Entre las actividades de los recreadores emeritenses está el de hacer todos los años un trayecto de la Vía de la Plata. La marcha al castra de Cáceres el Viejo es otra de las actividades emprendidas.

62



Fig. 3.6a. Mula de Mario, influencia de la Columna de Trajano para ilustrar el acarreo de la impedimenta



Fig. 3.6b. Soldado Augusteo cargado con la impedimenta

Dacias y por los muchos detalles que aporta sobre el ejército (Bianchi, 2003). Ilustra la única representación de las furcas y se ha tomado como una representación fiel, que se reproduce en los dibujos que ilustran cómo era el legionario romano (fig. 3.6a). Sin embargo, otros autores se han preguntado hasta qué punto es fidedigna en general³¹ y, en efecto, si nos atenemos al uso de la furca (fig. 3.6b), a la forma de llevarla, los recreacionistas detectan anomalías que cuestionan que sea una

³¹ Vemos a los soldados sin pugio ni grebas, a los oficiales desprovistos de yelmos (para que se les reconozca bien, con especial facilidad de identificación a la figura de Trajano) y errores intencionados de escalas en la representación de fortificaciones, poblados, cabañas, etc. «teniendo en cuenta su alto grado de estilización, los errores cometidos por los escultores y los recientes avances en el estudio de los artefactos, la columna no ofrece demasiada información independiente. Esta última puede resumirse en el equipo (...) además del aspecto visual de los estandartes, las tiendas de campaña y la artillería de la época» (Bishop y Coulston, 2016: 5).

plasmación realista³². Para otros aspectos, los investigadores han demostrado que, por ejemplo, la uniformidad es irreal y que los escultores no estaban familiarizados con la mayor parte del material representado (Bishop y Coulston, 2016: 5). La finalidad era contar, presentar ideas básicas y acciones, mediante soldados y enemigos estereotipados, de modo que hay que relativizar la exactitud de lo que vemos.

Para el caso concreto de las furcas, lo importante es la idea que se quiere transmitir: portar mucho peso, uniformidad y estándares básicos en los enseres. Para ello prevalece la claridad expositiva respecto al realismo (que se vea bien qué se carga), mostrando de forma selectiva unos pocos elementos iguales que se repiten en todos los fardos. Sin embargo, faltan algunos objetos si nos atenemos a los textos y veremos que la forma de utilizarla no era exactamente así. El maestro Apolodoro, al frente de esta original obra, sacrifica el realismo a favor de la claridad expositiva, para que el observador identifique qué objetos penden de la furca, por ello las eleva sobremanera por encima de los soldados y separa los objetos para hacerlos reconocibles, obviando otros elementos como el capote militar, la dolabra, el cesto o la estaca. De otro modo, fiel a la realidad, habría tenido que plasmar unos bultos irreconocibles. Además, recurre al truco de mostrar los enseres como si se vieran desde atrás, desde la espalda del soldado, de modo que las furcas están giradas intencionadamente.

Por último, quiere presentar al sacrificado soldado romano sobrecargado, porque como bien saben sus coetáneos se acarrea gran peso y para que sea captada esa idea «dobla» el travesaño, en unos más marcados que en otros, como si hubieran cedido por el peso. Pese a todo, los soldados marchan marciales sin muestras de agotamiento, porque a la vista está que son tropas entrenadas y motivadas. La escultura es, ante todo, un medio de propaganda. Simplifica la realidad y la adecua para que las acciones sean comprendidas por el observador³³. Algunos recreadores replican el travesaño curvo por este motivo (fig. 3.7).



Fig. 3.7. Cruceta ¿doblada? de la furca

³² Se estima, con la alta credibilidad, de la anacrónica equivalencia a una «fotografía» de la época.

³³ Hasta qué punto es así, ha sido, es y será motivo de debate entre los estudiosos (y los recreacionistas).

Antes de proseguir conviene aclarar que la «furca» es la estructura de palo, mientras que el nombre que recibe el bulto o fardo transportado es la «sarcina» (Vegecio, III, 8), con sentido de equipaje, es decir, el petate junto con herramientas, utensilios, víveres y agua.

Se calcula que los soldados eran capaces de transportar más de 30 kg (Connolly, 1989: 10), entre armas, armaduras³⁴ y todo lo que se llevase en la furca³⁵, unos 25 kg a la espalda (Matyszak, 2010: 66), casi 20 kg para Vegecio:

«Los más jóvenes también deben ser obligados con frecuencia a llevar a cuestas hasta 60 libras de peso y marchar a paso militar, pues en las campañas duras las circunstancias les exigen llevar las provisiones y las armas. Y no debe creerse que esto es difícil si se tiene práctica, pues no hay nada que el ejercicio diario no haga muy fácil».

Sabemos que los soldados antiguos hacían esto con mucha frecuencia gracias al testimonio del propio Virgilio que dice:

64

«De igual modo que el bravo romano cuando con las armas patrias desflora el camino bajo el ingrato fardo y antes que el enemigo lo espere se pone en formación con el campamento ya alzado» (Vegecio, lib. I, XVIII).

A primera vista la furca parece un palitroque incómodo e inestable ¿cómo es posible que los romanos que conocían diferentes formatos de «mochilas» prefirieran ese estrafalario artefacto? ¿Qué razón justificaba su empleo?

La explicación que se ha dado es porque durante la marcha sería fácil desembarazarse de ellas en caso de emergencia y en un instante estar listos para el combate (Matyszak, 2010: 67).

Los romanos conocían diferentes prototipos de mochilas³⁶, pero por llevar consigo siempre el escudo, debido a que eran grandes y pesados (de unos 10 kg de promedio) la mejor forma de transportarlo era llevarlo a la espalda, para lo que se adecuaba muy bien su forma curvada-envolvente. Con el escudo a la espalda ya no hay lugar para la mochila, pero creemos que la adopción de la furca fue por alguna razón más, apelando al sentido práctico de los romanos.

³⁴ Puede parecer exagerado, pero solo las armas y el equipo del soldado superan los 25 kg: 10 kg de la cota de mallas + 10 kg del *scutum* + galea, pugio, *gladius*, greba y *pilum*.

³⁵ Algunos autores elevan esta cantidad, aunque hay que considerar la talla de los mediterráneos que engrosan las legiones, de entre 1,65 a 1,75 m (¡los seleccionados!).

³⁶ Desde la prehistoria existen las «mochilas» con estructura de madera y correa de cuerda o cuero. En época romana eran utilizadas por campesinos, arrieros y viajeros, provistas de bolsas de cuero, lona o canastos de castaño, esparto, mimbre, etc.

El extremo superior sobresaliente de la furca era necesario que tuviera cierta longitud para asirla con una mano cuando está en vertical (fig. 3.8). La furca tiene alrededor de 1,5 m en su palo mayor y cruceta de unos 50 cm que equivale a decir, la anchura de los hombros del soldado. La cruceta alcanza aproximadamente la altura del pecho del soldado, de modo que, antes de pasar al hombro, la furca se colocaría por delante del soldado, en vertical, sujeta con una mano o «abrazada» en posición descansada de los brazos. Pues en las pausas de marcha o en las esperas de partida vale para reposo, como punto de apoyo, lista para devolverla al hombro cuando se retome la marcha.



Fig. 3.8. Sujeción de la furca

De los dos palos, el corto, el de la cruceta, es el que se deberá tallar con muesca para que ajuste bien al largo, pues es importante que el de mayor longitud no sea alterado. El corto deberá tener la longitud de los hombros de soldado para que todo lo que penda de él quede pegado al cuerpo, de manera que los elementos sobresalgan lo menos posible del eje de gravedad del portador. Por ello todo va adosado al escudo y este muy pegado al cuerpo. Todo lo que sobresalga de este eje vertical fatigará de más.

Por experiencia los recreadores han coincidido en comprobar que la posición idónea del escudo para transportarlo en marcha es en vertical y a la espalda, siguiendo la forma ergonómica-anatómica que envuelve al soldado. Llevarlo en una mano o en bandolera, atravesado en la espalda, es incómodo y cansará al portador. La marcha requiere compensación y reparto del peso. Desequilibrado en la carga no se puede ir muy lejos. Los bultos sabiamente distribuidos y bien ajustados para que no estorben ni se desprendan, contribuyen a un acarreo más eficiente.

66 El hecho de llevar el escudo a la espalda deja una distancia entre la cabeza y el escudo que es la que tiene el guardanucas o alero posterior del galea de los modelos montefortino, *buggenum* y *coolus*. Esta parte del casco tendió a desarrollarse en los siglos I y II y cambiar su inclinación como contramedida al corte de siega en la nuca, como bien argumenta Sánchez Toledo (2015: 18). El montefortino con su poco resalte posterior lo hacía más holgado, pero se mejora el diseño del casco para proteger más eficazmente al soldado en el combate (lámina frontal, carrilleras más amplias y ergonómicas y cubrenucas al límite del espacio con el escudo). El casco pesa alrededor de 1 kg y, como bulto, donde estorba menos para su traslado es puesto. En los meses fríos mantiene la cabeza caliente y resulta eficiente contra la lluvia (el cubrenucas vierte, como un tejadillo, más allá de la nuca). Según el clima y el mes del año se puede marchar con él o quitado, que era lo más habitual en los meses de buen tiempo en los que se desarrollan las campañas. Por lo general colgado del cuello o del pecho (del broche de la hamata), en días soleados y calurosos para evitar las lipotimias y los golpes de calor³⁷. Cesar,

³⁷ En 2010, el grupo de recreación Hispania Romana planteó la actividad de vadear un río con la equipación colocada sobre el escudo. La experiencia se llevó a cabo en horario matutino en el Guadiana a la altura de la población de Don Álvaro y con ayuda de dos mulas. Después de comer, con el calor propio de junio en Extremadura, el veterano y anfitrión Triario advirtió de la conveniencia de regresar cubiertos con gorros de paja, pero la tropa, se mantuvo en la idea de portar los galea con fatales resultados, de modo que hubo que ir a rescatarlos por los mareos y agotamiento que padecieron. En conclusión, con calor, es más que conveniente marchar con la cabeza descubierta, mientras que con frío o con lluvia es mejor llevar el casco puesto, como indica por ejemplo Philip Matyzak (2010: 65) para territorios como Germania.

ocasionalmente, marchaba a pie con la cabeza descubierta, quizá para ser reconocido por todos (sospechamos) y que se valorase este gesto. Lo menciona como algo especial porque todos marcharían con el casco puesto.

Pese al tiempo predominantemente lluvioso de la Dacia, en la Columna Trajana los soldados marchan sin el casco puesto, colocado sobre el hombro derecho, contrario al del escudo en el que va la furca. En los modelos imperiales trajaneos el cubrenucas se había hiperdesarrollado y, puesto, chocaba contra el escudo a la espalda, molestando en extremo. En la columna, el escudo (representado con la licencia artística de un tamaño menor para no ocultar a los soldados –al igual que el pequeñísimo casco situado por debajo del hombro–) se porta cogido de la mano durante la marcha: entre 10 y 12 kg, en la misma mano sería insufrible a los pocos kilómetros. Con el agravante de que las furcas las vemos apoyadas en el hombro izquierdo, provocando una tremenda descompensación de peso. La forma de llevar así el escudo obliga al brazo a estar extendido en paralelo al cuerpo, sin embargo, la furca requiere que el brazo vaya flexionado en casi un ángulo recto. En conclusión, el escudo que no va a la espalda es incompatible con la furca.

Uno de los modelos de los cascos que vemos en la tropa³⁸ de la columna va rematado en la calota por una argolla que sustituye al antiguo apéndice o *apex*. Ya comentamos en el trabajo anterior que esta pieza no es decorativa, ni se justificaba para llevar un penacho, sino que tenía una importante función: salvaguardar al cráneo al hacer la testudo (los *scuta* apoyaban en ellos). La prueba es que desaparecen los penachos, pero continúa dicho remate. La forma de argolla supone mantener esta función y posibilitar su traslado suspendido de la furca o insertado en el *pilum*, mejor que a la altura del hombro. El asa trasera que aparece en los ejemplares arqueológicos de yelmos de los soldados de Trajano se explica para llevarlo colgado en el pecho y otras opciones pues el asa de puente resulta cómoda a la mano.

Volviendo a la furca instalada sobre el escudo a la espalda, si queda bien ajustada permite soltarla con ambas manos y permanecer anclada entre el hombro y el canto del escudo. Las manos libres, según necesidad, posibilitan atar las *caligae*, quitar o poner algo a un compañero sin detenerse, beber en marcha, etc. Un hombro siempre liberado permitirá el relevo del peso de la furca, opcionalmente cambiado para sobrellevar la fatiga. Porque *pilum* y furca debían ir cogidos con la misma mano. Lo

³⁸ Tanto en legionarios como en auxiliares.

experimentado en las prácticas³⁹ es marchar con una mano libre, para poder pasar la furca de un hombro al otro, en relevo, y liberar del esfuerzo y entumecimiento al brazo, la mano y el hombro.

El entrenamiento hace el resto: «El ejercicio diario evita que el soldado se fatigue ni siquiera cuando lleva a cuesta cargas pesadas [...]» (Vegecio, lib. 1, XX).

EL ESCUDO Y SU FUNDA

68

El escudo se cargaba a la espalda sujeto por correa, como nos transmite Polibio (Historia Universal, XVIII, I) y provisto de una funda de cuero (César, G. Galias, lib. II, XXI) aunque en la Columna Trajana todos los soldados marchan con ellos en la mano y carecen de fundas. El escudo republicano de espina central y el de tiempos de Augusto, sin ella y forma de teja con los vértices redondeados, envolvía medio cuerpo del soldado, sin entorpecer al movimiento de los brazos y se adaptaba muy bien a la espalda durante las marchas. En posición de combate, protege desde la nariz hasta las piernas; pero en las marchas, en posición erguida, cubre desde por encima de los hombros hasta las corvas o por debajo de estas (fig. 3.9), sin entorpecer el paso regular militar y con opciones a ejecutar las órdenes de paso largo⁴⁰ (apresurado) y paso ligero (al trote).

El *escutum* llevado a la espalda se complementa con la furca al ir apoyada esta en el canto superior del escudo, dejando la bolsa con tiras de refuerzo por fuera de él. De manera que el peso no incide en un punto del hombro, sino repartido a través del escudo. La sarcina queda encajada por su peso y fija, sin posibilidad de deslizarse; contribuye a ello la funda de cuero del escudo. Luego volveremos sobre esta posición, detengámonos ahora en el pormenor de la funda.

En el relieve a Aenobarbo, hacia el 70 a. C, los escudos no llevan decoración alguna. También está ausente en la figura de Vachères y en el

³⁹ Además de las marchas al campamento de Cáceres el Viejo (Cáceres), se ha consolidado la actividad de hacer un tramo de la Vía de la Plata, desde Mérida hasta la milla VI, en los terrenos municipales de la Casa de Campo, a comienzos de cada año, en convivencia efectivos de la V y X legión (de nuestro tiempo).

⁴⁰ Con marcha apresurada o «paso largo» la zancada aumenta aproximadamente a 75 cm, imprimiendo mayor velocidad. Se puede alternar con la orden de paso ligero si el apremio lo requiere. Pero cargados con la furca es improbable que se marchara al trote salvo en situaciones excepcionales. Más habitual en contextos de guerra sería combinar en las marchas, tiempos de paso largo y de paso normal (también llamado «medio paso»).



Fig. 3.9. *Contubernium in itinere* (Vía de la Plata)

relieve funerario de Valerio Crispo de época augustea. Sin embargo, en la Columna Trajana se representan con apliques metálicos (rayos de Júpiter) y otros símbolos que podían ir pintados como las alas (símbolo de la rapidez), crecientes lunares y estrellas (Bishop y Coulston, 2016: 99). Algunos de estos motivos están presentes en los relieves de Maguncia con una cronología avanzada del siglo I. En época de César nos informa que se pintaban porque era la única manera de reconocer amigos de enemigos durante la guerra civil. En tiempos de Augusto, en aras a la uniformidad entre las legiones, parece razonable que se volviese a la pauta austera republicana, a favor de una homogeneidad que se fomenta más ahora. Es diferente el caso de los pretorianos, en calidad de guardia del emperador, y concurrir como escolta en los actos públicos. Parece normal que se ornasen y con el paso del tiempo se fuesen recargando de decoración.

Se ha defendido con fundamento que el rayo fue un emblema característico de los pretorianos y que se debe a una licencia artística haberlo

plasmado en los escudos de tropa en la columna (Dando-Collins, 2018: 93). Vegetio (autor tardío, recordemos) especifica que las cohortes solían pintar un signo en ellos para identificarlas, con efecto práctico, para que fuesen un referente visual en el combate y mantenerse unidos en el fragor de la batalla. Menciona que esa tradición se ha mantenido en el tiempo (lib. II, cap. XVIII), y que, además, en los escudos debe anotarse la unidad y su propietario (se supone que en el reverso). El soldado nunca estuvo autorizado a «personalizarlos» en su aspecto, pues eran parte de la uniformidad⁴¹.

Los escudos de los gladiadores empezaron siendo parcos en decoración y más adelante bastante austeros al tiempo de ornamentar los cascos con plumajes y llevar cintas de colores en sus manicas, grebas cinzeladas y otros detalles, sin embargo, nada se conoce de sus fundas de cuero. A donde queremos llegar es que los escudos del ejército no eran un mural ornamental que justificase preservar el dibujo con una funda y, sin embargo, sabemos que iban recubiertos con una funda de cuero ¿por qué?

70 «Cuando no era utilizado, el escudo se protegía mediante una cubierta de cuero de piel de cabra, provista de un cordón a lo largo de su perímetro. (...) [por César se conoce que] era normal retirar la cubierta antes de la batalla» (Bishop y Coulston, 2016: 96).

Según los autores, esta funda era para proteger de la humedad la cola adhesiva que unía las láminas de madera que lo conformaban (Quesada, 2008, cap. 21: 218). Además de preservar al escudo servía para cubrir con él la parte del equipo que quedaba fuera de la tienda (Matyszak, 2010: 136). Nosotros vamos a proponer otra función.

El cuero es un material resistente y además es idóneo contra el agua o la humedad. Entre los pertrechos que necesita el soldado están los que son para el descanso. El ejército utilizaba paja⁴² para preparar los lechos en las acampadas, evitando dormir directamente sobre el suelo (Plinio el

⁴¹ Desde tiempo inmemorial representaba el honor del soldado. El cinturón era una prenda también con esta simbología (Alba, 2015: 162). Los romanos conocían la máxima de las madres y esposas espartanas «vuelve con el escudo o sobre él» (regresar con honor o muerto en combate, pues huir era inconcebible). Se puede aceptar perder el casco, pero no el escudo «porque el casco es para protegerse uno mismo pero el escudo es por el bien de todos» (Plutarco, *Moralia*, 220). Es célebre el episodio de un valiente soldado raso de César que después de haber realizado una hazaña de gran valor se arrodilló llorando ante César pidiendo perdón por haber perdido el escudo (Plutarco, *César en Vidas Paralelas*, XVI). Según Polibio «Hay algunos que al perder el escudo (...) se abalanzan sobre el enemigo con la esperanza de recobrar lo perdido o de escapar de una humillación segura [...]».

⁴² César menciona «tiendas alfombradas con césped recién cortado» (*Guerra Civil*, lib. III, 96).

Viejo, lib. VIII, cap. LXXIII), lo que no era por mera comodidad. La humedad y el frío que transmite el suelo pueden hacer enfermar al soldado. Por ello, sería conveniente utilizar un aislante y de ahí el sentido de la funda del escudo con una pieza de cuero (adaptado a la cara externa del *scutum*) o con doble capa, más pesado, pero mejor para los meses fríos y las regiones norteñas, con opción a convertirla en jergón relleno con paja o emplearla como cobertera de esta. Con el cuerpo extendido, el tamaño de la funda del escudo abarca desde los hombros a por debajo de las nalgas, pero durmiendo de lado, con las piernas flexionadas en posición fetal, se cabe en él. Otra posibilidad de uso a considerar sería que, de tener dos caras, sobre la paja echada en el suelo de la tienda, se desplegara para doblar su tamaño. En cualquier caso, no parece factible usar la funda como un saco de dormir pues solo alcanzaría hasta cubrir el vientre y dejaría fuera los órganos vitales.

EL (SEGUNDO) *PILUM*

«[...] las lanzas que solía utilizar la infantería recibían el nombre de *pilum* [...]» (Vegecio, lib. 1, -XX).

El soldado portaba un *pilum*, un arma arrojadiza, una jabalina que en las marchas podía coger con la misma mano con la que sujetaba la furca. Polibio (2018:19) trata de la categoría de los soldados y menciona que llevaban dos jabalinas, una pesada y otra ligera, pero se está refiriendo a los *hastati*, anteriores a la reforma de Mario, cuando en el bagaje iba todo lo demás. Es más que dudoso que fueran cargadas con dos (salvo en el combate si la situación se prestaba a ello, en especial los combatientes de las primeras filas), porque la mano no las abarcaría junto con el palo de la furca. En la Columna Trajana parece que solo portan una en la mano derecha (sustraídas de las esculturas en alto relieve por haber sido miniaturas metálicas). De nuevo, hemos de volver a esta escena, porque los pila empuñados, por la posición de las manos podemos restituir que no los llevaban apoyados al hombro, de manera que el escudo en la mano izquierda y el arma en la derecha manifiestan estar listos para el combate. Pero ¿con qué mano sujetan las figuras sus furcas? La respuesta es con ninguna, de nuevo un ardid del artista, las vemos por detrás de los soldados, en posición diagonal de marcha, pero están suspendidas en el aire, muy alzadas y en paralelo, sin ninguna mano visible que las sujete. Porque como ya adelantamos, resulta imposible llevar el escudo con la misma mano que con la que empuña la furca.

El sentido práctico de los romanos nos lleva a plantear otras posibilidades utilitarias de la furca. En concreto, para emplearlas como astil del *pilum*, es decir, una pieza de repuesto de las mismas características y dimensiones que aquel. Después del combate los desperfectos de las moharras de hierro se pueden corregir, pero los empuñados partidos son irreparables. Y la naturaleza no siempre los proporciona cuando se necesitan con urgencia. En el bagaje iban los repuestos de sustitución, pero en una campaña larga o en caso de ataque al bagaje se contaba con este recurso inmediato. El palo largo de la furca solucionaría una emergencia para repuesto de un *pilum*, ensamblando la pieza troncopiramidal en la que se inserta la moharra.

Otra posibilidad, que no es incompatible con la anterior, es que se convirtiera en un chuzo. En campaña, no sabemos qué cosas tenían los soldados en sus bolsas de viaje (¿solo pertenencias personales?), pues bastaría que cada uno llevase una punta de lanza para, en caso de asedio o de escasear las armas arrojadas, disponer inmediatamente de una jabalina. Como dato arqueológico, resulta curioso que aparecen más puntas de lanza que moharras de *pilum*. En el contenido de la caja para reparación encontrada en el norte de Britannia (en Corbridge) este tipo de puntas supera la docena (Bishop y Coulston, 2016: 32). Sobre estos pormenores solo se puede conjeturar, pues son detalles que escapan a las fuentes textuales.

72

Vemos recreadores que llevan palos de furca demasiado cortos o largos, gruesos, irregulares, con las crucetas demasiado sobresalientes, a veces curvadas, sin apenas apéndice en la parte superior, etc. que sería más correcto sustituir por palos redondos tratados y tan resistentes como los *pila*, pues son potencialmente una parte del *pilum* en caso de necesidad. Así que, en rigor, los legionarios llevaban, en efecto, dos *pila*, uno de ellos sin montar, que es la furca.

Ocupar la espalda con el *scutum* imposibilitaba llevar una mochila, siendo la furca la forma posible de transportar todo lo demás. Su idoneidad estriba en su simpleza, en lo eficaz que resultaba para la carga y, esencial, su disponibilidad para renovar las armas arrojadas en un asedio (u otras urgencias). Pero defenderemos que su utilidad no terminaba ahí, que tenía otro desempeño. En concreto, en el montaje de la tienda de acampada, como trataremos en el apartado correspondiente. Toda esta utilidad explica su vigencia desde la reforma republicana hasta el siglo II, pese a que la morfología del escudo fue cambiando por criterios de ampliar la defensa a costa de sacrificar su forma envolvente y cómoda para la marcha.

LAS ESTACAS

«[...] los romanos llevaban el escudo suspendido de las espaldas mediante un correa, llevaban sus venablos en la mano y no vacilaban con cargarse con estacas» (Polibio, Historia Universal, XVIII, I). «[...] la competencia de esta disciplina [la fortificación] ha desaparecido por completo. Hace mucho tiempo que nadie asienta el campamento excavando un foso y clavando estacas» (Vegecio, lib. 1, XXI). Era preceptivo que los soldados las llevaran consigo a cuestas para montar la empalizada (Cicerón, Disp. Tusculanas, II, 37).

Los *pila muralis* eran estacas que se colocaban alineadas y atadas sobre el túmulo de tierra resultante de excavar el foso, el agger. Por consiguiente, un atadillo de cuerda sería necesario también entre los elementos de la furca, aunque no fuera plasmada en la Columna Trajana. Las estacas se colocaban también de tres en tres, como abrojos de gran tamaño, y en un soporte portátil unidos por una barra (que los romanos llamaban «erizo») dispuestos ambos por delante de las puertas del campamento en prevención a un ataque de la caballería.

Las estacas clavadas sobre el terraplén constituían una modesta defensa, aunque eficaz. Autores como Lucano aluden a su escasa entidad como obstáculo «Cuando el soldado romano, urgido por el enemigo se ve sin salida en extranjeras tierras, rehuye los peligros de la noche con una exigua empalizada y un improvisado terraplén [...]» (lib. I, 510). «[...] fijan los campamentos con una somera empalizada» (lib. IV, 160).

73

Su morfología se conoce gracias a hallazgos arqueológicos (Bishop y Coulston, 2016: 122), con doble punta piramidal y un rebaje central interpretado como asidero (fig. 3.10) y para mejor atarlas entre sí al montar la empalizada o los «erizos». Tienen aproximadamente entre 1,5 y 1,6 m de longitud. Para su traslado se ha propuesto atada al palo mayor de la furca, de manera que el centro de la estaca sea el asidero, o deje hueco a los nudillos para coger únicamente el palo de la furca. Eso si se trataba de llevar una, pero suman poca cantidad para montar una empalizada que cubra todo el perímetro del campamento por lo que es posible que la mula del contubernio llevara un lote de ellas.

Tal vez, en situaciones de menos peligro todas las estacas fuesen trasladadas por la mula del contubernio o la totalidad de ellas viajaran en algunos carros en cabeza del bagaje, pues en el tiempo empleado en excavar los fosos y hacer el terraplén, podía ser el de ir llegando el convoy con los bártulos de más apremio: cubas con agua, tiendas de los mandos, piezas de artillería, etc.

Las maderas más resistentes para este cometido serían las de encina, castaño y roble. Su función específica es clara, pero podía ser empleada como improvisada arma.

LO QUE SE LLEVA EN LA FURCA

Como ya se ha apuntado, el soldado tiene que ser autosuficiente: disponer de toda la equipación para el combate, provisiones para varias jornadas y tener medios para fortificarse. Ello implica llevar alimentos y agua para varios días, cargar con las armas y herramientas esenciales: una dolabra (herramienta básica de zapador) con forma a un lado de azada o de pico para cavar el foso y, de otro de hacha para despejar de vegetación el interior y perímetro del castra) y un cesto para extraer la tierra (fig. 3.10).

74



Fig. 3.10. Elementos para la fortificación de la acampada: estaca, dolabra y cesto

La dolabra es una herramienta que, en caso de necesidad, se utiliza como arma. En la columna llama la atención que en las tropas en marcha no se represente la dolabra ni el cesto (sí en otras escenas)... por lo que hay que suponer que van en el bagaje o, sencillamente, que los escultores han prescindido de ellos para aligerar las escenas y ahorrar trabajo y tiempo de ejecución. Tampoco vemos en las furcas las *paenulas* de lana (capotes militares) o *sagum* (Le Bohec, 2013: 171), pero con toda certeza disponían de esta prenda para el frío y el agua que hace las veces de manta para dormir y que fuese prenda originaria de Hispania (Alfaro, 1992) adoptada por el ejército romano.

Así que, de no llevarla puesta, otro bulto en la furca sería este capote militar que se podía emplear para vivaquear y hasta para la defensa, llegado el caso, de manera que César cuenta que, si los soldados son sorprendidos en un ataque, a falta de escudos, envuelven su mano diestra con la prenda (se sobreentiende que todo el brazo) y desenvainan la *gladius* (Cesar, G. Civil, lib. I, LXXV)⁴³.

Volviendo a la Columna trajana se observa en las furcas la misma colocación de unos bártulos que se repiten en todas las furcas, organizados en tres niveles: en el superior cuelga un envase de cuero, en el medio dos bolsas, una con forma de cartera reforzada por tiras de cuero cosida con forma de «X» y otra de red y, en un plano ligeramente inferior, dos recipientes metálicos. Pasemos a tratarlos por separado.

75

Las piezas de cuero

En los campamentos del Rin han aparecido cantimploras metálicas, pero debido a su complejidad de producción no debió ser el envase predominante para el agua. La cerámica tampoco parece que fuese el recipiente idóneo para beber ni para preparar y servir comida pues parece que por su fragilidad se desestimó. El legionario tiene resuelta esta contingencia trasladando un odre, que es lo que se representa en la Columna Trajana donde están ausentes las cantimploras, así como otras opciones en cerámica, calabazas, o los barrilillos de madera. Sin embargo, para los carros cisterna del agua sí se emplean grandes toneles o barriles, descartando a las quebradizas tinajas (*dolia*).

⁴³ En consecuencia, con más motivo debían protegerse con muñequeras la parte expuesta del brazo que sobresale del escudo durante el combate. Posiblemente, en la Columna se omite este detalle por ser una prenda personalizada, aunque, recordemos, tampoco se representan las grebas y existían.

En las furcas representadas en la columna vemos una bolsa con forma cilíndrica en la parte superior, tipo petate, y por debajo una rectangular parecida a un morral, ambos de cuero. Más abajo vemos otros utensilios y una talega de red, pero ninguna cantimplora. Por consiguiente, una de estas piezas de cuero era para el agua pero ¿cuál?

La pieza superior que corona las furcas (figs. 3.5a y 3.5b antes mostradas), es casi la piel de un animal completo, con sus patas (donde se produce la sustentación) y el cuello para la zona de vertido. Así es como se han hecho los odres y se siguen haciendo artesanalmente en el registro etnográfico⁴⁴ (fig. 3.11). Los odres (para vino) pueden tener capacidades muy variables, según el tamaño y especie del animal. Los de tamaño semejante a los de las furcas son de piel de cabra. Los de mayor tamaño eran de vacuno y permanecían en las bodegas, colgados o exentos, pero estáticos. Los odres más manejables, para traslado, se conocen como «pellejos».

76



Fig. 3.11. Odre o pellejo actual (comparar con fig. 3.5)

El pellejo es de capacidad superior a la bota. Todavía hoy se hacen con entre 5 y 20 l de capacidad (condicionada al tamaño de los animales), mientras las botas poseen de 1 a 2 l. Por consiguiente, los «pellejos», son de capacidad inferior al odre, pero asimismo conservan la forma del animal: el cuerpo alargado, las extremidades visibles y la embocadura suele ser por el cuello. El odre⁴⁵ asegura el agua para varios días, la bota para hacer frente a las horas de marcha y el pellejo para la ración diaria⁴⁶

⁴⁴ Elaborados en Burgos, Covarrubias, La Rioja, Sariñena (Aragón) y otras poblaciones españolas.

⁴⁵ El vocablo que lo designa es «uter» aunque hay otros términos latinos para estos envases según su capacidad: «Ullones» y «Flascones» (nombrados en *Las vidas de los santos obispos emeritenses*, en el episodio que transcurre en el monasterio de Cubillana).

⁴⁶ Para beber se estiman 3 l diarios. La cantidad preventiva de varios días contemplaría las contingencias de dejar atrás el bagaje sin posibilidad de repostar e internarse en

que incluye agua para cocinar, mínimo aseo, fresco y, según la capacidad, puede abastecer dos o más jornadas sin repostar. El peso «extra» del odre pequeño o «pellejo», parece haber justificado la licencia artística de los escultores de la Columna de Trajano en representar curvado el travesaño de la furca, para llamar la atención sobre el gran peso de esta carga. Tiene sentido disponer del odre o pellejo en la parte más alta de la furca para que el mayor peso quede todo lo posible sobre los hombros y apoyado, asimismo, en el canto del escudo, en el eje vertical gravitatorio (centro de equilibrio), en tanto que el resto de bártulos quedan adosados a la pared externa del escudo, de esta forma, sabiamente, se reparte todo el peso de la furca adosado todo lo posible al cuerpo del soldado.

En conclusión, si nos atenemos a la forma, la pieza superior parece un odre en la morfología de los pellejos. No obstante, el odre también puede tener forma del «zurrón» (llamado «pera»), es decir, ambos pueden ser para llevar agua, lo que ha dividido la opinión de estudiosos y recreacionistas. A partir de la representación en la Columna Trajana de un ejemplar más detallado (colgado bajo la toldilla de una liburna) que parece tener una boca superior para verter, se ha propuesto que el odre del agua sea el que tiene forma de morral (Volken, 2008). Nos estamos refiriendo a la bolsa que ocupa la parte central de la sarcina y que iba provista de tiras de cuero para reforzarla.

La posibilidad de que esta pieza contuviese agua tiene fundamento. En Mérida tenemos una pequeña vasija de fabricación local, con pasta tipo «paredes finas», que representa a la Gorgona en su frontal y se data en el siglo I (Ayerbe y Bustamante, 2012: 142-3). La pieza reproduce una de estas bolsas militares (fig. 3.12). Se puede ver que la miniatura posee dos elementos de sujeción (a la furca) y una boca lateral que, como es lógico, queda hacia arriba para que no escape el agua. El envase cerámico sería



Fig. 3.12. Miniatura romana de un odre del ejército

territorio enemigo donde los pozos pueden estar envenenados. Hay que suponer que llevar envases con más o menos capacidad dependería de los lugares de destino, pues en Britannia o Germania esta es la menor de las contingencias a diferencia de una campaña en Siria o Judea, por ejemplo.

una miniatura, presentada henchida, como si tuviera agua y, en todo caso, es manifiesto que está diseñado para contener líquido. La pieza se halló en un vertedero, junto con otras muchas cerámicas altoimperiales. Corroborando esta posibilidad se conoce otra miniatura de cerámica, que claramente reproduce un odre con su boca superior y el mismo sistema de suspensión –aunque sin las tiras de refuerzo–, hallada en una necrópolis del siglo I (Fernández y Bustamante, 2016: 53), que apuntala la misma idea.

Así pues, ambos recipientes de cuero poseen formatos idóneos para suministrar agua por muchos días. Pensar en que uno es para agua y otro para posca o vino, no parece lícito por la gran capacidad de los envases. Por ello parece lógico que uno sea para el agua y el otro para pertenencias personales equivalente al zurrón o morral (bursa), aunque sin total certeza mientras no aparezca alguna prueba arqueológica, lo que es muy difícil por su naturaleza orgánica. El cuero rara vez se conserva, pero hay ciertos suelos⁴⁷ y climas en los que sí.

78 Había que transportar víveres para varios días. Cicerón menciona «para más de medio mes» (Disputaciones tusculanas, II, 37), para tres días anota Flavio Josefo (lib. III, 3), es decir, que las provisiones dependían de la profundidad de la incursión y de la organización del suministro. Por eliminación queda la red de la furca para este cometido (Fernández Rojo, 2019: 35). Pero también la bolsa con malla se ha interpretado como un contenedor para líquido; una bota para agua o vino (Menéndez, 2011: 234). La red con forma de talega admite un contenido que no se enganche en ella, o se pierda entre los huecos, claro que también puede ser un saco (*saccus*) de tela fuerte reforzado por la red, que resista el trasiego de sacar y guardar, posiblemente alimentos⁴⁸. Con todo, como talega análoga a un hatillo tampoco hay que desestimar que sirviera para llevar la muda y los objetos personales (si el morral no fuera tal y se emplease para el agua).

El soldado llevaría encima pan o harina y otras vituallas opcionales como queso, tocino, aceitunas, tasajo, embutido, higos secos, etc. Si tomamos

⁴⁷ Propicios los de climas desérticos como el de Egipto o Jordania, en las cumbres de nieves perpetuas (amenazadas) como las de los Alpes, en las turberas de antiguas ciénagas de Britannia y en sus húmedos subsuelos (como los hallazgos de Vindolanda) o en los cenagosos fondos del Rin que enriquecen los fondos del recomendable museo romano de Xanten (Busch *et al.*, 2008).

⁴⁸ El *bucellatum* era una galleta de trigo de larga conservación por si se interrumpía el suministro esperado. La comida más austera del soldado era la polenta o las gachas, mientras que los oficiales contaban con provisiones particulares a razón de su estatus (Amiano Marcelino, lib. XXV), pero para hacer las marchas cargados con tanto peso parece claro que su dieta era necesariamente más variada.

los textos al pie de la letra podemos decir que las legumbres y la carne de oveja y cabra no están entre los víveres preferentes del legionario, pues escribe Cesar en su guerra contra Pompeyo que por carestía de provisiones se vieron obligados a comerlos, además de cebada y raíces (César, G. Civil, lib. III, 47). El pan era el alimento básico.

Los recipientes de metal

De la furca cuelgan dos piezas metálicas estandarizadas, pues las proporciona el Ejército: la sítula y la patera (fig. 3.13). La sítula, es una olla o



Fig. 3.13. Pateras y sítulas. (Foto Museo Romano de Xanten, Germania Inferior)

caldero provista de asa de puente, admite diversidad de perfiles, pero todos ellos adecuados para preparar alimentos al fuego. El soldado romano come caliente en el lugar de acampada. Pero cuesta imaginar a la totalidad del contubernio cocinando a la vez, cada uno en su olla. De hecho ¿tiene sentido cargar con un caldero? ¿no sería más lógico que lo transportase la mula del contubernio? La cantidad notable de piezas halladas en el Rin sugieren que, en efecto, era parte del equipo personal y que intendencia debió fabricarlos en grandes cantidades. Debía ser una pieza muy valorada entre la población civil, acostumbrados a la cerámica, y tentador su trueque lo que tal vez se evitó, controlando fácilmente que cada soldado conservase su olla reglamentaria a la vista. Además, hay que pensar en la versatilidad funcional que caracteriza a todos los enseres del soldado y, en este sentido, es curioso ver en la columna que las dos únicas ollas en uso no están precisamente cocinando. Las tienen cogidas por el asa un soldado y un civil con túnica metidos en sendos ríos para coger agua. Y, en efecto, resulta útil la sítula para llenar un odre (sobre todo si es agua de pozo) o para apagar un fuego.

80

La pátera está más estandarizada, es el equivalente a un cuenco grande con un mango para poder cogerlo sin sufrir quemaduras (comer caliente en los meses fríos favorece la salud del soldado). Es un recipiente que puede ser muy versátil en el uso (hasta para el aseo), pero su cometido primordial era el de recipiente para comer. Por su tamaño nos hacemos una idea del promedio de la «ración» diaria, teniendo en cuenta que los romanos comen a penas un tentempié al amanecer y medio día, siendo la cena (a la caída del sol) la comida fuerte.

Resulta interesante comprobar que estos dos recipientes sean metálicos. En consecuencia, la furca resulta tan inestable que suele ir al suelo con frecuencia, golpeándose todo lo que va en ella. Por eso, como acertadamente ha señalado Peralta⁴⁹ (2002: 51 y 70), las cerámicas no están en las equipaciones del soldado de campaña, lo que explica que no aparezcan en los campamentos provisionales, dificultando la identificación cronológica de estos asentamientos efímeros. La cerámica es un fósil director de primer orden, cierto, y válida para identificar los asentamientos romanos estables. Pero no es el material apropiado para un ejército en marcha por su naturaleza frágil, quebradiza, y puesto que la furca de tan inestable asiento es propensa a caerse con frecuencia. De utilizar algún otro recipiente alternativo sería de madera, ligera y resistente (que no se conserva en nuestros yacimientos).

⁴⁹ En la identificación de los campamentos provisionales romanos de las guerras cántabras.

Otras piezas metálicas opcionales del menaje que debieron ir suspendidas de la furca son: la sartén (válida también para preparar el pan), una pequeña parrilla con mango, la cantimplora y un vaso para beber, entre otros.

Las herramientas

Vegecio recuerda entre los usos reglamentados, por ejemplo, que el soldado debía llevar (encima) las herramientas para excavar el foso del campamento y sobre el terraplén de la tierra acumulada a un lado del foso dispone el *vallum*: «Sobre ella [el montón de tierra] se clavan unas estacas de madera muy dura que suelen llevar consigo los soldados. Para esta tarea conviene tener siempre a mano azadas, rastros, cestos y otros utensilios parecidos» (Vegecio, cap. XXIII). Y en otra parte específica «traen también una sierra, una *canastilla* con un hacha pequeña y muchas otras cosas [...]» (lib. III, cap. 3).

La dolabra o zapapico (fig. 3.10), es una herramienta de hierro con doble filo contrapuesto (vertical y horizontal) provista de un mango de madera largo (según se muestra en la Columna de Trajano en una escena en la que los soldados talan árboles). El cabezal tiene una doble función: para cavar, con el extremo con forma de azada estrecha y prolongada como la de nuestros picos que también se emplea como «pala» para empujar la tierra al capacho o cesto y como azuela para desbastar madera. La parte contraria posee un hacha para desbrozar vegetación leñosa (muy útil para despejar el perímetro del campamento), cortar raíces, leña, aguzar una empalizada, etc. Con la dolabra se pica el terreno y la roca si es preciso para abrir el foso⁵⁰. Ambas partes se utilizan para perfilar la forma en «V» de los fosos (fosa *fastigata*). La parte férrea tiene distintos tamaños de lo que se deduce que su enmangue podía ser largo para trabajar con ambas manos y mandar mayor fuerza o corto⁵¹ pero más manejable con una sola mano (para los que excavan las minas en un asedio). El centro sirve también como martillo, por ejemplo, para clavar las piquetas de las tiendas. En situaciones de apuro se puede llegar a utilizar como arma.

La herramienta llamada «rastros», como una horquilla con cabezal de varias púas de hierro en paralelo es improbable su utilización en relación con la excavación del foso, pero debía ser común para los forrageadores

⁵⁰ Por sus buenas prestaciones la herramienta fue reincorporada al ejército italiano en la etapa fascista, de manera que volvió a verse este artefacto durante la guerra civil española.

⁵¹ En nuestro tiempo, por su conveniente servicio para excavar es una herramienta habitual en arqueología que recibe el nombre de «piqueta» o «alcotana».

o acemileros que debieran garantizar el sustento de las caballerías del ejército.

Los cestos (fig. 3.10) o canastos aparecen en la Columna Trajana como la manera de sacar la tierra del foso. Se representan en la columna troncocónicas y sin asas, de tamaño medio, manejables. Vegecio menciona espuertas y cestos (lib. II, cap. XXV- 6). Sin embargo, no están en las furcas, lo que sería factible por ser livianos y posibilitar meter otros enseres en ellos.

El cesto estaría hecho con fibras vegetales como el mimbre, material con que están elaborados los escudos de entrenamiento y ocasionalmente para forrar los galea como protección a las piedras (Cesar, G. Civil, lib. III, 63). A modo de cobertera, también con mimbre se disimulaban los pozos trampas con estacas aguzadas en el fondo, que se anteponian a los fosos (*Ibidem*, lib. VII, 73) y se preparaban manteletes para proteger a los arqueros, honderos y a la infantería en general (Amiano Marcelino, lib. XXIV: 186).

82

Otros materiales posibles para la elaboración de cestos serían las tiras de cañizo y las fibras de castaño ligeras y muy resistentes. También existe la alternativa de las espuertas de esparto y, faltos de estas fibras y las anteriores en regiones frías, valerse de cubos de madera para sacar la tierra.

Existen otras herramientas facilitadas por el registro arqueológico tales como azadas, palas, mazos de madera, corta-tapines (Connolly, 1989: 21) y tajamatatas muy útiles estos últimos para desbrozar arbustos, matorrales, zarzas, etc.

LA CARGA DE LA MULA Y LA TIENDA DE CAMPAÑA

Hasta aquí hemos visto cómo se marchaba cargando con la impedimenta esencial. La equipación más pesada y común a los miembros del contubernio la transportaba una mula. Josefo anota el empleo de acémilas (lib. III, cap. 3: 184). Portaba la tienda y otros enseres de uso colectivo como el brasero, las piedras de moler, herramientas, etc.

Cesar menciona a los «muleros» que ejercen dentro del ejército, pero sin ser soldados (Cesar, G. Galias, lib. VII, XLV) y que de la custodia del bagaje se ocupaban los reclutas (lib. VII-LVII). Del ejército de Varo, masacrado en el bosque de Teotoburgo, se han encontrado los esqueletos de dos mulas (Rost y Wiibers-Rost 2010: 121), una de ellas con el cencerro lleno de pasto para silenciarlo (Golsworthy, 2014: 460).

El encerro era para tenerlas localizadas mientras pastaban, libres y en grupo, bajo vigilancia de los forrajeadores. La preferencia por emplear mulas es por su valor logístico al llegar a todo tipo de terrenos intrincados, por su fortaleza en llevar cargas a distancias largas y por su resistencia al frío (Dávila Álvarez, 2015). Entre las tretas de César está la de mandar a los muleros montarlas y hacer maniobras en la lejanía provistos de cascos y escudos para hacer creer al enemigo que la caballería se encuentra en otro lugar (César, G. Galias, lib. VII, XLV).

El fardo más voluminoso era la tienda (tabernacula), junto con cuerdas, piquetas y, al menos, tres palos largos de su estructura (dos en vertical unidos por otro mayor en horizontal), piedras de molino, brasero, parrilla, estacas, etc.). César para ganar velocidad recurre a marchar sin mulas ni bagaje con el fin de llegar antes y controlar puntos estratégicos como desfiladeros y altozanos (Guerra Civil, lib. I, LXIX).

La mula iba con el resto del bagaje. Polibio describe la forma organizada y rutinaria en la que se hacía el preparativo antes de la marcha: «Cuando se da la primera señal [sonora, con instrumento de viento], desmontan las tiendas y lían los bagajes (...). A la segunda señal, se coloca el bagaje sobre las mulas. A la tercera, se ponen en marcha los primeros y los sigue todo el ejército siguiendo el orden y turno acostumbrados» (Historias, lib. VI).

83

Como es lógico, según la circunstancia de estar en territorio amigo o enemigo, el grado de alarma, al soldado se le puede exigir cargar con más o menos impedimenta que habitualmente lleve la mula. Caso, por ejemplo, de las estacas de la empalizada, algunas herramientas, agua o víveres de reserva. La mula lleva todo lo concerniente a la acampada y podían ir emparejadas. El bagaje de desplazamiento más lento se debía a los carros en fila y al paso lento y compasado de los bueyes. Bueyes que formaban parte de las reservas de carne en caso de extrema necesidad (y las caballerías también).

Pasando ahora a las tiendas de campaña, en la Columna Trajana se representan varios modelos que han determinado el diseño reproducido por las asociaciones de recreación histórica militar: a dos aguas con el tejado casi alcanzando el suelo o con mayor altura en los flancos, con los faldones altos, que van a determinar la posición y comodidad del soldado en su interior: erguido en el centro y ligeramente encorvado o muy agachado en los laterales (al fin y al cabo, son para dormir).

El ejército romano se equipa con tiendas por preservar la salud y el descanso del combatiente en las mejores condiciones posibles, como

también se cuida del suministro de alimento y agua apta para el consumo. Se descontaba de la soldada (Tácito, *Anales*, lib. I, 17) lo que contribuiría inteligentemente a su cuidado y mantenimiento. La tienda es, asimismo, un refugio contra las inclemencias del tiempo y sus características van a estar supeditadas a la duración de la campaña militar y al uso ocasional o permanente. En los campamentos estables, la tienda es sustituida por barracones mucho más confortables.

Algún documento menciona las tiendas de cuero (Pseudo Higino, 14)⁵². Por hallazgos de trozos en Britania y en Germania Inferior, sabemos que serían de cuero y fijadas con estacas de madera (Bishop y Coulston, 2016: 121), lo que es probable por los aguaceros frecuentes en la isla y norte del continente. Sin embargo, por razón del clima y de sus mejores prestaciones, en el entorno Mediterráneo, permite defender que se usaban de tela fuerte, lona o de lienzo grueso, en color claro, semejante al tipo de tejido empleado para las velas de los barcos y en el que se envuelven los fardos del ejército, muy resistente y menos pesado que el cuero.

84

Las tiendas de cuero son mejores contra el agua, pero más pesadas y se estropean con los contrastes de temperatura y la fuerte exposición al sol⁵³. Las de lona serían menos costosas, más duraderas al sol, resulta más sencillo repararlas, exigen menos mantenimiento, son más manejables en el montaje y desmontaje y se secan con rapidez.

Por centurias son ocho tiendas más una, más amplia, del centurión (Pseudo Higino, 14, 69). Las de los soldados son de ocho a seis plazas. Se pernoctaría probablemente en una hilada, en batería, dejando la zona de los pies para el paso de quienes entren y salgan a las guardias o en dos hiladas contrapuestas con las cabezas hacia el faldón. Pero como comenta el Pseudo Higino (49), en caso de ardid, para parecer menos fuerzas que las reales y sorprender al enemigo, estarían, de manera excepcional, dos contubernios en una tienda (Peralta, 2002: 70. Ver León, *Instituciones militares* XX). Los oficiales tenían tiendas mayores y los mandos superiores una con capacidad para trabajar en grupo en las deliberaciones militares en la «tienda Pretoria» (César, *G. Civil*, lib. III, LXXXII).

⁵² En el excelente trabajo de Peralta sobre los castra aestiva menciona las siguientes fuentes sobre este dato: *Bellum Africanum*, XIX; *Historia Augusta* y Polión, *El divino Claudio*, 14, 3.

⁵³ Las jaimas árabes y las tiendas de los tuaregs están confeccionadas con tejidos resistentes.

Isidoro de Sevilla, en sus etimologías, explica:

«Tabernacula son las tiendas de campaña de los soldados, en las que durante las marchas se ponen a cubierto de los ardores del sol, de los embates de los aguceros y del frío. Se llaman tabernacula porque son *cortinas de tela* estiradas por cuerdas que cuelgan de travesaños (*tabulae*) que dividen la tela por la mitad y que sostienen la tienda. La tienda (*tentorium*) se denomina así porque está tendida sobre cuerdas y palos». (Etimologías, lib. XV-10; t. II, pp. 249).

Se fijan al suelo con vientos sujetos a estacas lo que deja en la duda a las clavijas de hierro provistas de una argolla en su cabezal ¿son piquetas de las tiendas o se les dio otro uso? Schulten las encontró en los campamentos que asediaron Numancia y dedujo que serían para mantener las caballerías atadas, como, por otra parte, refiere Polibio que era costumbre entre los celtíberos amarrarlas con cuerdas al suelo (Bishop y Coulston, 2016: 72). Connolly (1989: 23) también piensa que servían para atar las mulas de los contubernios. En las excavaciones llevadas a cabo por la Universidad de Extremadura en el castro de Villas Viejas del Tamuja⁵⁴, en los niveles romanos, se encontró una de estas piquetas tan próxima al pie de un muro y en una zona de paso que apunta al atado de la acémila. Por último, en el registro etnográfico extremeño hemos visto ejemplares iguales utilizados con el mismo fin que posibilitan que la caballería forrajeara en el espacio que alcance la longitud de la cuerda.

85

La tienda aloja al contubernio, pero pudo hacerse un uso prolongado de ella en los castra estacionales, incluido todo un invierno como nos revela César en los comentarios a la guerra civil (lib. III-cap. XIII). En la Columna Trajana se pone de manifiesto la diferencia entre las tiendas de oficiales y las de la tropa. El alojamiento del soldado era más reducido, solo permite estar de pie en el eje longitudinal, aunque había varios tipos de tienda. Su morfología siempre es a dos aguas, pero dependerían mucho de cómo era la estructura interior de madera. En el anterior trabajo propusimos que las furcas tuvieran otras utilidades en relación con la acampada (Alba, 2015: 171), formando parte de la estructura de montaje de la tienda y, en la posición vertical, servir de percha a la equipación. Aquel era un planteamiento teórico pero ha sido materializado y comprobado. Parece poco razonable que las furcas quedasen por el suelo, estorbando con riesgo de ser pisadas y que se partieran. ¿Y el equipaje que llevan se

⁵⁴ Iniciada en los años ochenta hubo seis campañas de excavación consecutivas dirigidas por la profesora M. Bel Ongil, con dos ayudantes de campo, José Julio García Arranz y el que suscribe.

mete sin más en la tienda y queda en el suelo? Pensamos que lo mejor es que el odre o la cantimplora, la bolsa, etc. quedasen a mano y en la posición vertical de la furca pero ¿dónde se podrían apoyar? ¿Cómo hacer para que quedasen en vertical con lo inestables que son las furcas? Tenemos una respuesta posible.

La tienda se monta con tres palos para hacer la «portería», dos en vertical unidos por otro mayor en horizontal que compone el eje de su sencilla estructura y, la propuesta defendida es que se apoyaban en los laterales en cuatro furcas equidistantes a cada lado de las que se amarraban los vientos. En ellas se recogería así todo el equipo (armas, casco, *scutum*), cada soldado en su furca, liberando el interior de la tienda. Cuatro furcas tienen emplazamiento esquinero y dos a cada lado en el interior, equidistantes. De los palos del eje parten vientos también, dobles (delante y detrás) por lo que deben tener un vástago o puntero para pasar por ellos la lona. El alto de la furca hasta la cruceta es como la altura del escudo (aprox. 1,30 m) aunque este (el escudo) es algo más ancho: 60 cm, para que envuelva a la espalda y los hombros.

86 El montaje sincronizado entre los miembros del contubernio a penas dura cinco minutos (fig. 3.14). Una vez montados los palos largos (que lleva la mula) se colocan las furcas y se tiran y ajustan los vientos



Fig. 3.14. El contubernio en el montaje de la tienda



87

Fig. 3.15. Las furcas en sus emplazamientos

desde cada cabezal (fig. 3.15a). Hay opción de dejarlas por dentro de la tienda si llueve o dejarlas por fuera, pero sea como se disponga todo el equipo queda a mano, muy accesible, y sin entorpecer por dentro (fig. 3.15b). Por fuera, el *pilum* se puede clavar a un lado y todo el fardo queda protegido por el escudo (fig. 3.16). El escudo colocado



88

Fig. 3.16. Equipo recogido y protegido por el escudo

en vertical arrimado a la furca contribuye como cortavientos al bienestar dentro de la tienda. No puede rozar el tejido y causarle deterioros porque por eso se interpone el palo de la furca y el *pilum*. La altura del faldón de la tienda es la del escudo. Ello implica que de la misma forma que los escudos están estandarizados en la forma y medidas, las furcas también lo estarían. En nuestra propuesta, el escudo permanecería desprovisto de la funda, al estar en el lecho del soldado (o enrollada a un lado).

Se consigue así una gran estabilidad de la tienda, aunque sople el aire. El sistema admite que falten hasta la mitad de las furcas mientras haya 4 para las esquinas. En el interior se puede estar sentados en las cajas de bagaje sin dar con la cabeza en la lona.

En el cabo sobresaliente de la furca se colocaría el casco, muy accesible en caso de emergencia. En la Columna Trajana apenas tiene desarrollo este cabo pues aparece solapado por la escena superior y en un plano secundario lo que puede justificar no entrar en el nivel de detalle comentado. Es importante que cuente con este cabo sobresaliente, pues sirve como asidero de la furca para mantenerla erguida en posición



Fig. 3.17. Furcas utilizadas como «percha» de la impedimenta

de descanso según dijimos en el anterior apartado. Si la situación permite no ir armado permanentemente (más que por el pugio), del palo corto cuelga los artefactos habituales, también la *gladius* por el tahalí (fig. 3.17), muy a mano –como las restantes armas–. En cierto modo, es como se exhiben los despojos de guerra en un trofeo, el casco y la cota de mallas aparecen así expuestos (fig. 3.18).



Fig. 3.18. Trofeo militar (adviértase la manera de colocar la armadura y el casco)

Para dormir, se echa un piso de paja y envueltos en la *paenula* y sin descalzarse (si es territorio enemigo) se duerme sobre la funda del escudo y cualquier bártulo por almohada, sobreelevado si fuera conveniente sobre una piedra según la tradición («la piedra que en otro tiempo servía de almohada al soldado cambiada por el plumón del cojín más blando [...]») (Amiano Marcelino, lib. XXII, cap. VI). La colocación puede variar a uno hacia arriba y otro hacia abajo, si fuera necesario incluir más hombres. En situación normal la pernoctada es en paralelo (seis hombres,



Fig. 3.19. Reproducción de una tienda militar de cuero con palos en los flancos

pues dos están de guardia), en batería, dejando a los pies un paso libre para entrar y salir de la tienda a las guardias en sus cambios sin molestar a los compañeros (por eso la tienda tiene dos accesos).

Existen propuestas reconstructivas de las tiendas romanas con sujeciones de palos externos (fig. 3.19) inspiradas en versiones tradicionales de tiendas del ejército del siglo XIX, y de los campamentos mineros. Esa modalidad se acerca mucho a nuestra propuesta de usar para ello las furcas.

91

BAGAJE Y CARROS

En la guerra Numantina, cuenta Floro que, con la llegada de Escipión y la vuelta a la disciplina «se suprimieron las prostitutas, los servidores y los bagajes salvo los imprescindibles» (Floro, lib. I, cap. 34). Lo que da a entender que, si no hay un control, un convoy puede incrementarse enormemente con los bienes personales y con el equipaje de quienes acompañan al ejército para prestar diferentes servicios, asentados en las *canabae* (campamento civil) ¿Y qué se entiende por bagajes imprescindibles? Todo lo relativo al suministro, la acampada, las armas (entre ellas las de artillería), herramientas, repuestos y lo concerniente a la parte de documentación administrativa para el normal funcionamiento.

El bagaje estaba integrado por las acémilas de los contubernios y por carros tirados por parejas de mulas o de bueyes. Se calcula que una legión contaba con unos cien carros, o sea doscientos animales de tiro más unas seiscientas cincuenta mulas (Dando-Collins, 2018: 83). El

número de bestias de carga y tiro varían según los autores. En el estudio de Menéndez (2011: 235), recoge las siguientes cantidades: según Veith entre 1200 y 1500 mulas; unas 1250 bestias para Peddi; 1400 mulas y 300 monturas para Junkelmann; y, para Hyland unos 1000 animales por legión más los 300 de la caballería.

Durante la labor de acampada las bestias de carga se llevan a forrajear y abrevar debidamente custodiadas por auxiliares, no obstante, en prevención, en la columna de suministro, al igual que viaja el trigo, el aceite, el vino y otros alimentos, lleva paja para los animales (que se utiliza además para preparar los lechos).

Los carruajes para suministro llevaban grano, aceite, vino y otros alimentos, conducidos por soldados (fig. 3.20). Estos transportes van con la legión y continúan su trasiego en los campamentos estables dedicados a avituallamiento mediante escalas (van y vienen), complementándose, siempre que se pueda, con las barcazas fluviales.



Fig. 3.20. Carruaje del ejército (relieve hallado en Alsacia). Museo de Strasburgo, Alsacia

El ejército dispone de aguadores que con carros «cisterna», con cubas o toneles, (fig. 3.21) suministran a los soldados agua de confianza, una vez montado el campamento⁵⁵. En la Columna Trajana los carros de dos ruedas cargados con toneles de agua aparecen tirados por mulas y bueyes (de tiro más lento que el de las acémilas) por el gran peso de esta carga. Las acampadas preferentemente se hacen cerca de cursos de agua para que puedan abrevar las caballerías.



Fig. 3.21. Bagaje con toneles para el agua (Columna de Trajano). Mulas y bueyes, animales de tiro

⁵⁵ Se rinde antes a un ejército por sed que por hambre. En este sentido, Pompeyo tomó medidas cautelares extraordinarias en su campaña contra los iberos, en Georgia (Cáucaso Central) (Dion Casio, Hist. Romana, lib. XXXVII).

En una columna de marcha la parte más débil y propensa al ataque era la del bagaje para conseguir el botín⁵⁶ y abortar la incursión. En el bagaje van los suministros y sin ellos se podía forzar a los romanos a retroceder. Como reconoce Cesar (lib. VII, XIV y LXVI), si el enemigo se hace con el bagaje, no se puede continuar la lucha por mucho tiempo. «El hambre es más despiadado que la espada», sentencia Vegecio (lib. III, cap. III). Era esencial y como era la parte vulnerable de la columna, hubo diferentes órdenes de marcha para protegerlo. César colocaba los bagajes por detrás del grueso de los legionarios experimentados y por delante de soldados novatos (Cesar, G. Galias, lib. II, XIX), mientras que Tito prefería hacerlo al revés, las provisiones y pertrechos iban en vanguardia de la infantería pesada (Le Bohec, 2013: 176). Germánico y Antonino Pío procedían de la siguiente manera: después de los exploradores, en vanguardia avanzaban los auxiliares, seguidos de los legionarios, los aliados y los bagajes protegidos por la caballería y fuerzas auxiliares, cerrando la marcha otros auxiliares. La caballería puede abrir el camino. Si hay amenaza de ataque se forma en cuadro, en orden cerrado y se deja el bagaje en el centro (Le Bohec, 2013: 177).

Se cuenta con carruajes de diversos modelos con dos y cuatro ruedas. Los primeros eran más ligeros y maniobrables, utilizados para la artillería, como constan en la Columna Trajana tirados por una sola bestia. Las carretas de cuatro ruedas para el bagaje y los suministros está representada en el relieve de Adamklissi (Lago, 2008, 86), tiradas por dos mulos o por bueyes.

Las piezas de artillería van en el bagaje en carretas que pueden ser llevadas al combate con cierta premura para tomar posiciones que cubran a la infantería (dispuestas generalmente las máquinas por detrás). Según su peso son transportadas por mulos o por bueyes, pero de ambos animales se vale el ejército. Ello implica una velocidad de transporte más lento en el caso de los bóvidos.

El anónimo del siglo IV autor de *De Rebus Bellis (Sobre asuntos militares)* se fundamentaba en la incorporación de variadas máquinas de guerra y otros ingenios (cap. 18) como pontones flotantes, liburnas impulsadas con ruedas hidráulicas, carros falcados para cortar las rodillas al enemigo

⁵⁶ Por botín hay que entender algo más que las pertenencias personales de la tropa y los oficiales. «Habían dividido anticipadamente el botín con este acuerdo: los queruscos habían elegido los caballos, los suevos el oro y la plata, los sigambros los prisioneros; más, todo sucedió al contrario. Pues el vencedor, Druso, distribuyó sus caballos, rebaños, collares y a ellos mismos, como botín y los vendió» (Floro, cap. 30. Guerra contra los germanos, p. 330).

que emprenda la huida (cap. 19), corazas especiales y armas arrojadas como la plumbata, etc. en la idea de conseguir la superioridad mediante la ventaja tecnológica sobre los bárbaros. En ciertos casos con mejoras de piezas preexistentes como la balista sobre carruaje no de dos (como aparece en la Columna Trajana) sino de cuatro ruedas, tirado por caballos acorazados, protegidos por cotas de malla (cap. 14) y mecanismo en el cabezal del arma con un torno de giro rápido para disparar en todas direcciones y tensado con manijas no con cuerdas (cap. 7). Resulta interesante la preeminencia que le da a los nuevos ingenios artilleros para proteger a la infantería, pero a costa de duplicar el número de animales de tiro (acémilas y bueyes):

«Una larga fila de máquinas o artefactos rodeará al ejército concentrado, de modo que el enemigo no ataque con suma libertad (...). Será un cometido de gran utilidad llevar el doble de animales para el arrastre de los artefactos, de modo que en situaciones apuradas haya posibilidades de afrontar el agotamiento o las bajas» (cap. 19).

94

Vegecio (lib. II, cap. XXV) anota que «en una legión suele haber 55 carrobalistas» y que «en cada centuria solía haber una carrobalista que llevaba asignados unos mulos (es decir, 2) para su traslado». «Asimismo hay 10 catapultas, una por cada cohorte, que se transportan ya armadas en carros tirados por bueyes». Están descritas las máquinas de guerra en (Amiano Marcelino, lib. XXIII, cap. VII).

Los talleres portátiles eran de reparación, reposición y factura de armas, carros y equipos: fragua-herrería, armería, ferretería, carpintería, albañilería, talabarteros, cesteros, artesanos textiles, del calzado militar, etc. Una parte de esta artesanía procedía de la *canabae*.

«La legión también contaba con obreros, carpinteros, albañiles, carreteros, herreros, pintores y demás trabajadores necesarios para construir los edificios de los campamentos de invierno, las máquinas de guerra, las torres de madera y todos los demás artefactos con los que se asedian ciudades (...) y son ellos también quienes hacen nuevas armas, vehículos y máquinas de combate o las reparan cuando están dañadas. Tenía talleres de escudos, de corazas, y de arcos en los que se confeccionaban flechas, proyectiles, yelmos y todo tipo de armas» (Vegecio, lib. II, cap. XI).

Otros servicios con herramientas específicas son (Le Bohec, 2013: 91): talabarteros (corrajes, sillas de montar, forrar máquinas de asalto, etc.), cesteros, cordeleros, sanitarios del hospital de campaña, veterinarios, personal de administración, sacerdotes, etc.

Los heridos iban en la columna del bagaje, los «rehenes» cedidos por los pueblos conquistados, los prisioneros, de haberlos, (Amiano Marcelino, lib. XXV:196), las esposas de los mandos con sus propios criados y otros siervos del ejército. También un número indeterminado de muchachos sin edad suficiente para empuñar las armas (que serán futuros soldados), ocupados como sirvientes en tareas auxiliares variadas (recados, traer agua, leña, llevar alguna herramienta al contubernio, tirar la basura, etc.). Y en último lugar, «todo cuanto una legión arrastra consigo» integrado por población civil (Amiano Marcelino, lib. XXIV:178), posiblemente custodiados por exsoldados: negociantes, artesanos, familias de los soldados, prostitutas, esclavos, que ocupan asentamientos provisionales y separados del castra en las *canabae* o más estables en los *vicus* (Fernández Rojo, 2019: 153 y ss). En una de sus crónicas, César menciona que los mercaderes tenían sus tiendas junto al vallado del campamento (G. Galias, lib. VI, XXXVII), buscando protección en la proximidad.

«La longitud de la columna de los bagajes [cruzando los bosques de Germania] favorecía las emboscadas y dificultaba la defensa» (Tácito, Anales, lib. II, 5). Los carros que formaban el bagaje, unidos a las caballerías cargadas eran el punto vulnerable de una columna de marcha, por eso iban protegidos por fuerzas de caballería, escolta de arqueros y otros auxiliares. En caso de ataque se organizaban parapetos⁵⁷ con ellos (Cesar, G. Galias, lib. I. XXVI). En situación de emergencia, puesto que retrasa la marcha, se puede dar la orden de avanzar sin el bagaje, dejando atrás los documentos públicos, los víveres, los rehenes de los pueblos, etc. (Cesar, G. Galias, lib. V, XLVII). Una vez instalados en un campamento seguro y con unos días de «descanso», cautelarmente se mandan fuerzas para que acompañen al bagaje rezagado y se incorpore a la rutina de marcha.

Varias legiones debían componer una larguísima fila de marcha de forma que cuando llegasen los soldados de vanguardia al lugar elegido para acampar no sería extraño que aún no hubieran emprendido la partida los últimos de la columna.

La longitud de las columnas de bagaje debía ser muy variable. Por ejemplo, según el escenario de la campaña los carros pueden transportar botes para explorar, pasar los ríos y dar rápidos golpes de mano, establecer una cabeza de puente, y son esenciales para, disponiendo

⁵⁷ Una de las defensas de la infantería es el orbite, es decir, la formación en círculo para combatir, muy probablemente esta maniobra de hiciese también con los carros si el terreno posibilitase las maniobras y hubiera tiempo para preparar la defensa.

de gran cantidad, montar pontones sobre barcas (Amiano Marcelino, lib. XXIII, cap. VII).

Había cargas que pueden parecernos accesorias, pero iban al comienzo del convoy como los bultos de acampada de los tribunos y *praefectos*, con la comodidad acorde a su rango y dignidad como tiendas amplias, camastros (Plutarco, Mar. 13) y triclinia, jergones, mobiliario, alfombras, mantas, lámparas, vajilla cerámica y de plata (César, G. Civil, lib. III, XCVI), vestuario, despensa, etc.

Con todos esos preparativos la columna sería necesariamente muy extensa. En este sentido, hay que contemplar que el soldado dispusiese de sus pertenencias en mayor espacio que una bolsa portátil de cuero. Una pequeña caja por soldado, sumarían varios miles por legión. Añadir ocho cajas a la carga de la mula del contubernio ya suficientemente perrechada con todo lo común, no parece imposible (fig. 3.22). Otra posibilidad es que se transportaran en carro ¿tal vez uno para las ochenta cajas de la centuria, más el bagaje del centurión, el suboficial y el portaestandarte? La cantidad total se traduciría en ochenta carros y ciento sesenta acémilas extras. Diríase que es contrario a lo pretendido por el reformador Mario, salvo que vaya todo en la mula.

96

Aunque no está claro si además de los objetos personales que el soldado podía llevar encima, contaba con una caja a modo de pequeño

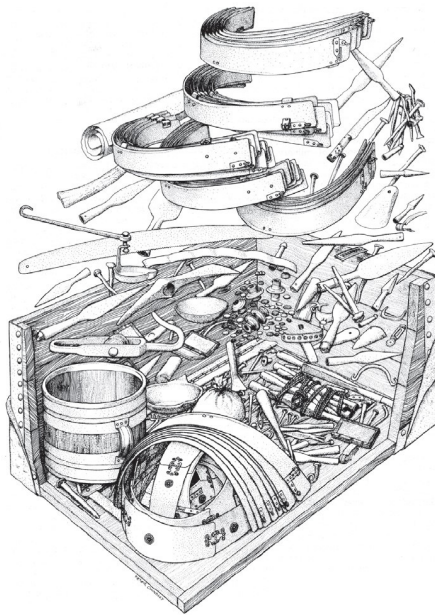


Fig. 3.22. Las mulas siguen estando operativas en el ejército (mula española en maniobras de la OTAN. Foto tomada del General Dávila)

baúl para llevar sus cosas (y el botín ganado), consideramos razonable que así fuera.

Cuando César narra que el general Titurio dio la orden de abandonar la impedimenta y formasen en círculo, no queda claro si se refiere a la que llevaban en la furca o la que iba en el bagaje. De haber sido lo primero habría sido fácil dejarlas en el centro de la formación, pero nos cuenta que los soldados abandonaban sus puestos para acudir a otra parte y sacar de la impedimenta lo que cada cual tenía en estima (Cesar, G. Galias, lib. V, XXXIII).

Se han encontrado cajas de madera relacionadas con el ejército en Britania como la de Corbridge (fig. 3.23), con una segmentata en su interior (Fernández Ibáñez, 2003: 49; Bishop y Coulston, 2016: 32), porque el tamaño es el conveniente para que quepa la armadura⁵⁸, y otra muy parecida en Germania Inferior (Bruit et al, 2022, pieza n.º 16), con cerradura y las esquinas machimbradas y reforzadas por chapas metálicas,



97

Fig. 3.23. Caja de herramientas hallada en Britannia (según Connolly) ¿Tipo a las del bagaje del soldado?

⁵⁸ En la acampada, en la caja se guardaría la cota de mallas y la bolsa con las pertenencias personales. Algunos galea aparecen marcados con los nombres y la caja hallada en el Rin tiene cerradura, aunque el robo se castiga tan severamente como la traición, la rebelión y la desertión, es decir, con la muerte.



98

Fig. 3.24. Caja de equipaje que pudiera ser utilizada de asiento

para aguantar el trasiego que tal vez fuese el tamaño de bagaje personal del soldado donde tuviera sus pertenencias. Hay una cita de Lucano que indirectamente puede aludir a ellas: «[los soldados hicieron] en la hierba fuegos de campamento y, arrimando sus asientos, alargan la velada con relatos de sus campañas» (Farsalia, lib. IV, 200). ¿A qué asientos se refiere si están en campamentos provisionales? Los únicos posibles: sus cajas de equipaje (fig. 3.24). Cobra sentido que diga César que, acuciado por tener que retirarse de un campamento y abandonar el bagaje «se pasan en vela el resto de la noche, examinando cada soldado sus cosas, para ver qué se podían llevar consigo» (G. Galias, lib. V, XXXI).

CONCLUSIÓN

La única imagen que tenemos de la furca está en la Columna Trajana. En una escena en la que los soldados marchan con el escudo cogido a un lado, la cabeza descubierta y la furca apoyada en el hombro, pero muy sobresaliente respecto a la cabeza de cada portador. Sin embargo, los intentos de marchar así se hacen insufribles debido a la descompensación

de peso. Los recreadores han demostrado que la forma factible de marchar cargados con más de 35 kg es con el escudo a la espalda (como si fuera una mochila) y la furca suspendida del canto superior del escudo, con los bártulos arrimados todo lo más al cuerpo. El casco quitado en las marchas es conveniente si hace calor (se llevaría colgado del cuello o del broche de la cota), pero era obligado en cualquier caso con los galea de amplios cubrenucas por estorbo contra el escudo que molestaba y obligaba a doblar la cerviz. El diseño de los modelos republicanos y augusteos permitían llevarlos puestos. Esos elementos, junto con la cota de mallas, eran óptimos para poder marchar con una carga pesada.

Avanzado el siglo I los cambios en los escudos, cascos y armaduras apuntan a priorizar su efectividad en el combate, en detrimento a adecuarse a las marchas, tal vez porque los soldados fueron aligerados del sacrificio de antaño. En la Columna de Trajano vemos que ya no se cargan con herramientas, ni estacas, cestos, tantas provisiones... aunque la furca siguió siendo el artefacto empleado para llevar la impedimenta.

La iconografía romana nos da información de diversas formas y medios de acarreo, pero nunca aparece la furca en manos de un civil, porque es un artefacto específicamente militar y eso es porque se adecuaba al escudo en la espalda, a la par de prestar otros servicios. Los datos que hemos presentado carecen de valor probatorio por sí mismos, pero apuntan a una mayor probabilidad de uso polifuncional de este particular soporte de acarreo. En suma, se ha propuesto que:

99

La furca es el elemento idóneo para transporte de una carga pesada en complementariedad al *scutum* llevado a la espalda.

El palo largo de la furca servía de astil de repuesto para reponer un *pilum* deteriorado cuando la situación de peligro y emergencia lo requería (por ejemplo, bajo asedio y con inferioridad numérica, después de varias batallas seguidas, etc.). Así pues, el «segundo» *pilum* es la propia furca y, en consecuencia, tiene el diámetro y longitud de este, así como la elaboración alisada y uniforme del palo redondo estándar del empuñe del arma arrojada.

Se propone su utilización para el montaje de la tienda de campaña, reduciendo el número de palos de su armazón a tres (los del eje, dos verticales y el que los une horizontal), conformando la estructura perimetral de la tienda en la que se fijan las cuerdas de los vientos.

Colocada en vertical en dicho emplazamiento, por dentro o fuera de la tienda, resultaba útil como percha para ordenar y dejar a mano la bolsa y otros enseres colgados, además de la *gladius* y el casco. Precisa de un

extremo sobresaliente (como asidero) para su manejo fuera del hombro, que es el vástago donde se acopla el casco durante la acampada (sin provocar rozaduras en el tejido de la tienda). De estar por fuera, el escudo y el *pilum* clavado a un lado se anexa a ella. Cada soldado tiene su equipo así recogido y las armas muy a mano.

Por todos estos usos necesita ser un modelo estándar. Por consiguiente, proporcionado por el ejército. Pero, de haber una variación al patrón, sería únicamente en el tamaño del palo horizontal de la cruceta, adaptado a la longitud del ancho de hombros del soldado, para que los bultos estén lo más próximos a la línea de gravedad del portador. Este punto de equilibrio buscado precisa que el bulto de mayor peso vaya sobre los hombros y lo restante lo más pegado a la espalda posible, es decir, al escudo.

BIBLIOGRAFÍA

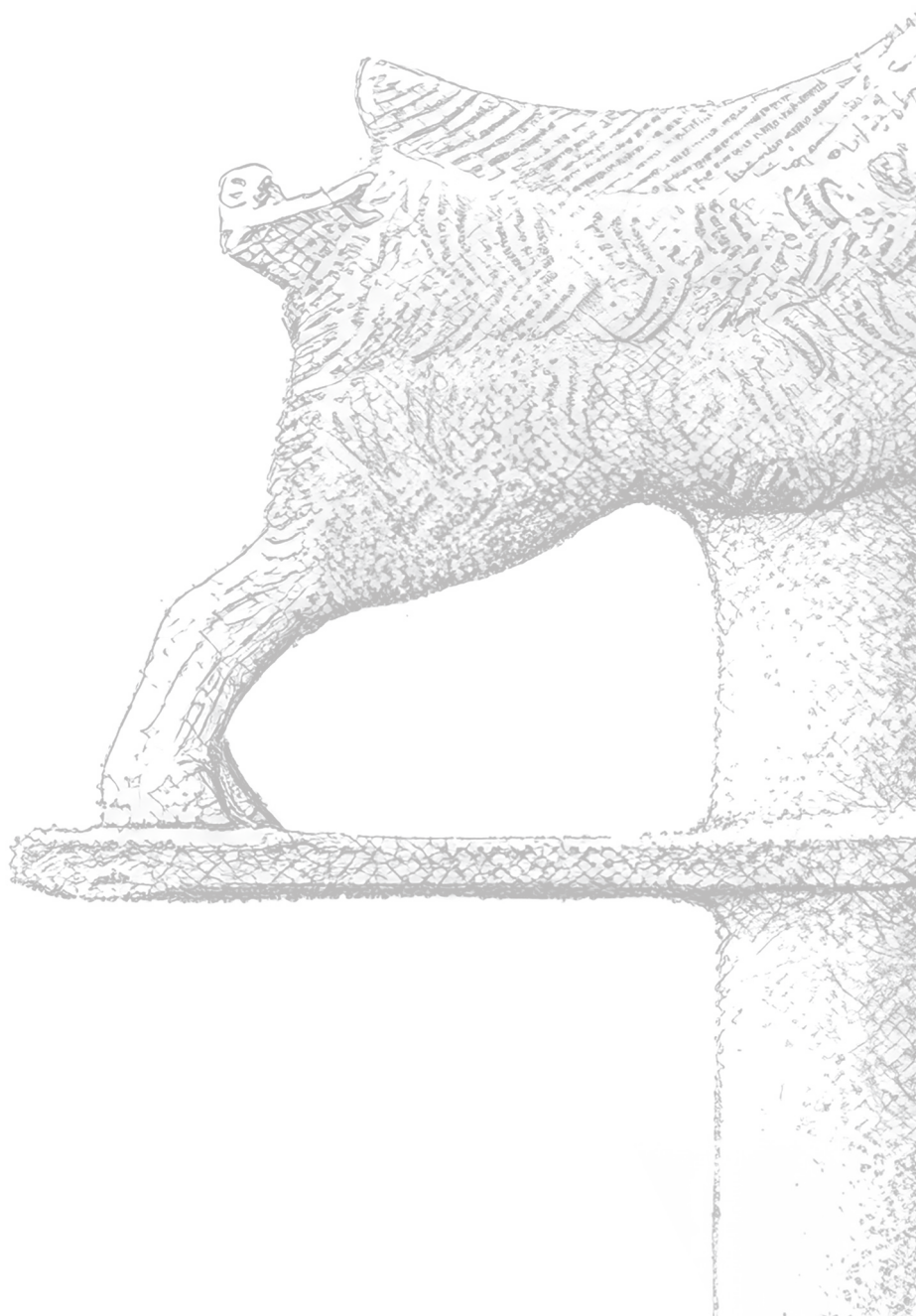
100

- Alba, M. (2015). La indumentaria del legionario romano en los comienzos del Imperio. *XIV Jornadas Artilleras en Extremadura* organizadas por el Grupo de Artillería XI. Badajoz, s. n. Pp. 133-177.
- . (2019). EMERITA LVDICA, un medio para (re)vivir el patrimonio arqueológico de Mérida. En: *Emerita Lvdica*. Mérida, Ayuntamiento de Mérida. Pp. 28-35.
- Alfaro, C. (1992). Sagum hispanum. Morfología de una prenda ibérica. En: *Homenaje a Enrique Pla*. Valencia, s. n. Pp. 373 y ss.
- Alonso, A. (1988). *Arqueología de la Guerra*. Para dialogar con el pasado n.º 2. UEX, Cáceres.
- Amiano, M. (1986). Res Gestae. En: *Vida del emperador Juliano el Apóstata*. Barcelona, Orbis. Biblioteca de historia, 70.
- Anglim, S. et al. (2007). *Técnicas bélicas del Mundo Antiguo (3000 a. C.-500 d. C.). Equipamiento, técnicas y tácticas de combate*. Madrid, Libsa.
- Anónimo sobre asuntos militares. (2004). Sánchez-Ostiz, A. (trad. y estudio). Pamplona, Editorial de la Universidad de Navarra.
- Ayerbe, R. y Bustamante, M. (2015). Askos. En: *El consorcio y la arqueología emeritense. De la excavación al museo*. Mérida, Consorcio de Mérida. Pp. 142-143.
- Bianchi, R. (2003). *Il maestro delle imprese di Traiano*. Soprintendenza archeologica di Roma. Roma, Electa
- Bishop, M. C. y Coulston, J. C. N. (2016). *Equipamiento militar romano*. Madrid, Desperta Ferro.
- Bruin, J. et al. (2022). *Niedergermanischer Limes. Top 100 Funde*. Oppenheim am Rhein, Nünnerich- Asmus Verlag & Media.
- Busch, A. et al. (2008). *Römer Museum in the Archaeological Park Xanten*. LVR, Xanten.

- César, C. J. (2011). *Guerra civil*. Calonge Ruiz, J. (trad.). J. Quetglas, P. (ed.). Madrid, Gredos.
- . (2013). *La guerra de las Galias*. Madrid, Gredos.
- Cicerón, M. T. (2005). *Disputaciones tuscolanas*. Medina González, A. (ed.). Madrid, Gredos.
- Connolly, M. (1989). *Las legiones romanas*. Madrid, Anaya.
- Constable, N. (2004). *Atlas histórico de la Antigua Roma*. Madrid, Edimat.
- Coulston, J. (2008). La guerra en la Roma Imperial. En: Souza, P. de. (ed.). *La Guerra en el Mundo Antiguo*. Madrid, Akal. Pp. 182-201. Akal Grandes Temas, n.º 9.
- . (2018). Desmitificando la Columna de Trajano. *Desperta Ferro*. N.º especial XIII. La legión romana (IV). Pp. 24-29.
- Dando-Collins, S. (2018). *Legiones de Roma*. Madrid, La Esfera de los Libros.
- Dávila Álvarez, R. (2015). Sevillana, portuguesa y el pirulo. Los mulos de la OTAN [en línea]. Generaldávila.com. [Consulta: 2023]. Disponible en: <https://generaldávila.com/2015/10/13/sevillana-portuguesa-y-el-pirulo-los-mulos-de-la-otan-general-rafael-dávila-alvarez/>
- Dión Casio. (2004). *Historia romana. Libros XXXVI-XLV*. Candau Morón, J. M^a. Puertas Castaños, M^a L. (trads. y notas). Madrid, Gredos.
- Fernández, C. y Bustamante, M. (2016). Un askos plástico con representación esquemática de odre procedente de la necrópolis romana de Eras del Bosque (Palencia). *Boletín Ex Officina Hispana*. N.º 7, pp. 51-54.
- Fernández Rojo, B. (2019). *Breve Historia de los Ejércitos: La legión romana*. Ejércitos n.º 1. Madrid, Nowtilus.
- Floro, L. A. (2000). *Epítome de la historia de Tito Livio*. Hinojo Andrés, G. y Moreno Ferrero, I. (trad. y notas). Madrid, Gredos. Trad. de *Bellorum ómnium annorum DCC*.
- Goldsworthy, A. (2005). *El ejército romano*. Madrid, Akal. Akal Grandes Temas, n.º 5.
- . (2014). *Augusto. De revolucionario a emperador*. Madrid, La Esfera de los Libros.
- Gracia Alonso, F. (2016). Las reformas de Mario. *Desperta Ferro*. N.º especial VIII; La legión romana (II), pp. 6-15.
- Isidoro de Sevilla, Santo. (1994). *Etimologías*. Oroz, J. y Marcos, M. (eds.). Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- Josefo, F. (1985). *Guerra de los judíos y destrucción del templo y ciudad de Jerusalén*. Martín Cordero, J. (trad. y notas). Barcelona, Orbis. Biblioteca de Historia, 22 y 23.
- Kavanagh, E. (2016). El nacimiento de la identidad legionaria. *Desperta Ferro*. N.º especial VIII; La legión romana (II), pp. 32- 35.

- Lago, J. I. (2008). *Trajano. Las campañas de un emperador hispano*. Madrid, Almena. Guerreros y batallas, n.º 41.
- Le Bohec, Y. (2013). *El ejército romano*. Barcelona, Ariel. Historia.
- Livio, T. (2018). *Sagunto. Aníbal en Hispania*. Lib. XXI. Echevarren, A. (trad.). Barcelona, Edhasa. Teselas.
- Lucano, M. A. (2001). *Farsalia*. Luque Moreno, J. (introd.), Holgado Redondo, A. (trad. y notas). Madrid, Gredos.
- Matyszak, P. (2010). El equipo del legionario. En: *Legionario. El manual (no oficial) del soldado romano*. Madrid, Akal. Pp. 52-69.
- Menéndez Argüin, A. R. (2011). *El ejército romano en campaña. De Septimio Severo a Diocleciano (193-305 d. C.)*. Sevilla, Universidad de Sevilla.
- Peralta, E. (2002). Los campamentos romanos de campaña (castra aestiva): evidencias científicas y carencias académicas. *Nivel 0*. N.º 10, Santander, pp. 49- 87.
- Plinio Cecilio Segundo, C. (2007). Panegírico del emperador Trajano. En: *Epistolario (Libros I-IX); Panegírico del emperador Trajano*. Martín, J. C. (ed. y trad.). Madrid, Cátedra. Letras Universales, 395.
- Plinio Segundo, C. (2007). *Historia natural*. Cantó, J. y otros (eds.). Madrid, Cátedra. Letras Universales, 331.
- 102 Polibio (2018). *El ejército romano*. Echavarrén, A. (trad.). Barcelona, Edhasa.
- Plutarco. (1982). *Alejandro y César (vidas paralelas)*. Valentí Fiol, E. (introd.), Ribas, C. (pról. y notas). S. I., Salvat.
- Quesada, F. (2008). *Armas de Grecia y Roma*. Madrid, La Esfera de los Libros.
- . (2010). *Armas de antigua Iberia. De Tartessos a Numancia*. Madrid, La Esfera de los Libros.
- . (2019). La cultura material militar en Hispania. En: *Arqueología romana en la península ibérica*. Granada, Universidad de Granada, pp. 413- 427.
- Rost, A. y Wilbers-Rost, S. (2010). Weapons at the battlefield of Kalkriese. *Gladius*. N.º XXX, pp. 117-136.
- Sáez Abad, R. (2005) Artillería y poliorcética en el mundo grecorromano. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Anejos de *Gladius*.
- Sánchez Toledo, J. (2004). *Imperium Legionis. Las legiones de la Roma Imperial*. Madrid, Andrea Press.
- . (2015): El legionario romano del siglo II d. C. *Desperta Ferro*. Antigua y Medieval. N.º 11, El Imperio romano de Trajano a Marco Aurelio, pp. 16- 19.
- Suetonio, C. T. (1985). *Los doce Césares*. Madrid, Sarpe. Biblioteca de la Historia, 12.
- Tácito, C. C. (1999). *Historias*. Conde, J. L., (ed. trad.) Madrid, Tres Cantos. Letras universales, 384.
- . (2006). Vida de Julio Agrícola. En: *Vida de Julio Agrícola, Germania, Diálogo de Oradores*. Antón Martínez, B. (ed.). Tres Cantos, Madrid, Akal. Akal Clásica, 52.

- . (2008). *Anales*. López de Juan, C. (trad., introd., notas). 1.ª ed. en Biblioteca Temática. Madrid, Alianza. El libro de bolsillo. Clásicos de Grecia y Roma, 8301.
- Valerio Máximo. (1988). *Los nueve libros de hechos y dichos memorables*. Martín Acera, F. (ed.). Torrejón de Ardoz, Madrid. Akal.
- Vegecio. (2010). *Compendio de técnica militar*. 2.ª ed. Paniagua Aguilar, D.. (ed. lit.). Madrid, Cátedra. Letras Universales, 338. Trad. de: *Epitoma rei militaris*.
- Volken, M. (2008). The water bag of roman soldiers. *Journal of Roman Archaeology*. N.º 21, pp. 264- 274.
- Wilkes, J. (1990). *El ejército romano*. Madrid, Akal.





FORTIFICACIONES ROMANAS EN
EXTREMADURA. CAMPAMENTOS
Y FORTINES. ALGUNOS EJEMPLOS

Ángela Alonso Sánchez
Doctora en Arqueología
Profesora titular de la Universidad de Extremadura

FORTIFICACIONES ROMANAS EN EXTREMADURA. CAMPAMENTOS Y FORTINES. ALGUNOS EJEMPLOS

Ángela Alonso Sánchez
Doctora en Arqueología
Profesora titular de la Universidad de Extremadura

Abordamos un tema bastante complejo, habida cuenta de que el periodo romano abarca bastantes siglos, que las necesidades militares romanas fueron cambiando durante ese tiempo, que los enemigos fueron muy diversos y, por tanto, las tácticas y estrategias romanas al enfrentarse a ellos se fueron adaptando de alguna manera, eso sí, partiendo de unos principios básicos de los que los romanos nunca se apartaron.

Si dejamos a un lado las murallas de las ciudades, que constituyen un tipo de fortificación romana específico y nos fijamos en aquellas fortificaciones que utilizaron tanto para la conquista de los territorios como para su control posterior, nos encontramos con dos tipos de fortificaciones diferentes:

- Campamentos: establecimientos militares efímeros o semipermanentes, construidos en función de una campaña concreta (*castra*).
- Fuertes, fortalezas y fortines, establecimientos destinados a la defensa del territorio y las fronteras (*castella*).

107

EL CAMPAMENTO ROMANO: UNA ARQUITECTURA DEFENSIVA EFÍMERA

La palabra *castrum* significa propiamente un refugio, el término *castra* en plural es reunión de los refugios destinados al ejército en campaña.

La construcción de un campamento era para los romanos algo muy frecuente, de manera que estando en campaña, el ejército romano construía todas las tardes sus campamentos. Esta medida no se descuidaba nunca, aunque no se sospechase la proximidad del enemigo. Y esto era tan regular, que a veces se contaban las distancias por campamentos, es decir, por jornadas de marcha, y decían: la distancia de tal a cuál parte es de tantos campamentos.

Los romanos no querían que los campamentos faltasen en cualquier lugar o en cualquier circunstancia. En tiempos de paz eran el foco de la disciplina y la escuela de la guerra; en tiempos de guerra, el mejor medio de seguridad. Todo lo que les concernía era objeto de estudio y constituía una verdadera ciencia, comprendiendo: su trazado, su defensa, la elección de los emplazamientos siguiendo las circunstancias, la instalación de la tropa, el reparto de los trabajadores para las trincheras, la disposición de estos, así como su confección en el menor tiempo y en las mejores condiciones posibles. Con todo ello, en medio de tierras enemigas, el ejército se encontraba a salvo. Por otra parte, el soldado tenía en el campamento un recuerdo de la patria: él conocía todas las disposiciones, todas las calles, sabía por dónde podía ir, en qué tienda podía reposar, sobre qué punto debía situarse en caso de ataque. No había error posible, porque el desorden no existía, incluso durante un ataque nocturno todos los movimientos se realizaban rápida y regularmente (Alonso, 1985: 196).

108

Estas disposiciones fueron conservadas rigurosamente; durante siglos se mantuvieron las reglas fijadas por la ciencia augural de tiempos inmemoriales y que permanecían inmutables. Se daba siempre el mismo emplazamiento del *praetorium* el *quaestorium*, las tiendas de los tribunos y de los otros jefes; se ejecutaban las mismas trincheras y se perpetuaban las mismas denominaciones, aunque la razón de ser de aquellas no existiese ya.

Los romanos adaptaron la forma rectangular, porque los trozos de muralla en línea recta son más sólidos, más fáciles de ejecutar y por consiguiente más rápidamente establecidos. Por otra parte, en medio de los rectángulos habían escogido el cuadrado, que ofrece una ventaja particular: tenían que ejecutar un mínimo de longitud de trinchera para obtener la protección del terreno que les era necesario, y por consiguiente disminuían el trabajo.

Las puertas así como los ángulos salientes, estaban fortificados por defensas necesarias y frecuentemente se elevaban allí torres; sobre cada lado del rectángulo se encontraba una puerta: había pues cuatro, número suficiente para facilitar las salidas; dos anchos caminos se cortan en ángulo recto, cerca de su intersección estaba situada la tienda del jefe del ejército, que se encontraba así al alcance de todas las partes del campamento, veía todo y ocupaba, por consiguiente, el emplazamiento más conveniente desde el punto de vista de su seguridad y de la facilidad de mando.

Alrededor de aquel, estaban situados los altares, las imágenes de los dioses y los instrumentos de los sacrificios. Asimismo, cerca de él se encontraban el tribunal militar, el lugar donde se hacían las alocuciones, donde se comunicaban las órdenes generales, y donde se mandaba el servicio de cada día. Lo más solemne e importante se pasaba pues así bajo los ojos de los dioses y del jefe del ejército; este lugar estaba fuertemente sacralizado.

A continuación, estaban emplazadas las tiendas de los jefes inmediatos al general, los legados, el *quaestor*, los tribunos y los primeros centuriones, como consejeros. Siendo los primeros, intermediarios entre este y las tropas, debían acampar en medio. Se colocaban también en las proximidades las tropas elegidas, los primeros *manipuli* de las legiones y de los aliados, así como las primeras *turmae* de caballería. Cuando el emperador tuvo su *cohors praetoria*, esta acampaba cerca del pretorio. La caballería ocupaba el centro del campamento, protegida por la infantería. Los caballeros no se empleaban ni el atrincheramiento, ni en las guardias; se limitaban a efectuar las salidas cuando las circunstancias lo permitían.

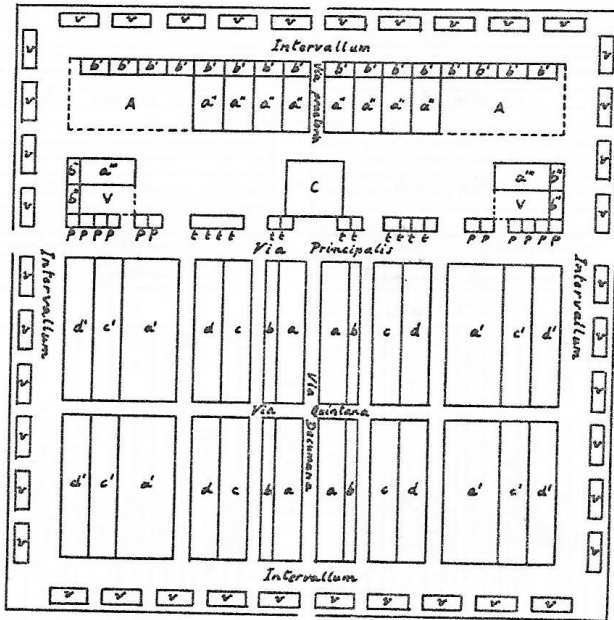
Así organizado, el campamento llegaba a ser una verdadera ciudad, donde todos los recursos eran reunidos y bien situados; pero lo más admirable era la disciplina, el orden que allí reinaba y las disposiciones que concretaban el trabajo diario de cada uno. Se puede dar una prueba de la excelencia de estas disposiciones, remarcando que ningún campamento romano fue nunca tomado o casi nunca, aunque durante varios siglos guerrearon con todas las naciones.

109

Los campamentos se empleaban ya en época de los reyes. Las fuentes para el conocimiento de esta *castramentatio* nos la suministran Polibio, para la época republicana, con algunas observaciones muy útiles de César y de Tito Livio; el hispano Higino, para los tiempos del principado, y, de menor importancia, Flavio Josefo. En cuanto al Bajo Imperio, Julio Africano y Vegecio, nos informan sobre la manera de hacer los campamentos.

El campamento cuyo trazado explica Polibio (*Historias*, lib. VI) es cuadrado, tiene 2150 pies romanos de lado, o sea unos 666 m. Está destinado a albergar un ejército consular, formado por dos legiones y dos *alae* de *socii*, sus diversos espacios son cuadrados o rectangulares (fig. 4.1).

El sistema de fortificación que rodeaba al campamento se componía de dos partes: una trinchera o *fossa* y un terraplén o *agger* formado



110

Escala 1 : 4.900

(1 mm. = 20 pies romanos.)

C, praetorium.
 tt, tribuni.
 pp, praefecti.
 a, equites Romanorum.
 b, triarii Romanorum.
 c, principes Romanorum.
 d, hastati Romanorum.
 a', equites Sociorum.
 c', principes Sociorum.

d', hastati Sociorum.
 b', triarii Sociorum (pedites ex-
 traordinarii).
 a'', equites extraordinarii.
 a'', delecti equites.
 b'', delecti pedites.
 A, auxiliarii.
 V, voluntarii.
 v, velites.

El forum y el quaestorium están en los espacios libres a derecha e izquierda del praetorium.

Fig. 4.1. Plano del campamento de Polibio

esencialmente con la tierra sacada de la *fossa*, a la que se añadían piedras, troncos, ramajes, etc. Sobre el *agger* solían plantarse empalizadas para elevar la fortificación y para poder observar el terreno que se extendía delante, esta empalizada constituye el *vallum*, que se forma con estacas ligeras.

La anchura mínima del foso es de cinco pies y la profundidad de tres. En los campamentos fijos se les añaden otros reparos y defensas, como los *cippi* (estacas ramosas entrelazadas), los *cerui* (ramas de árboles a semejanza de cuernos de ciervos), los *lilia* (agujeros con obstáculos), los *stili* (pequeñas aberturas para que se hundan los pies) y los *stimuli* (trampas erizadas de puntas).

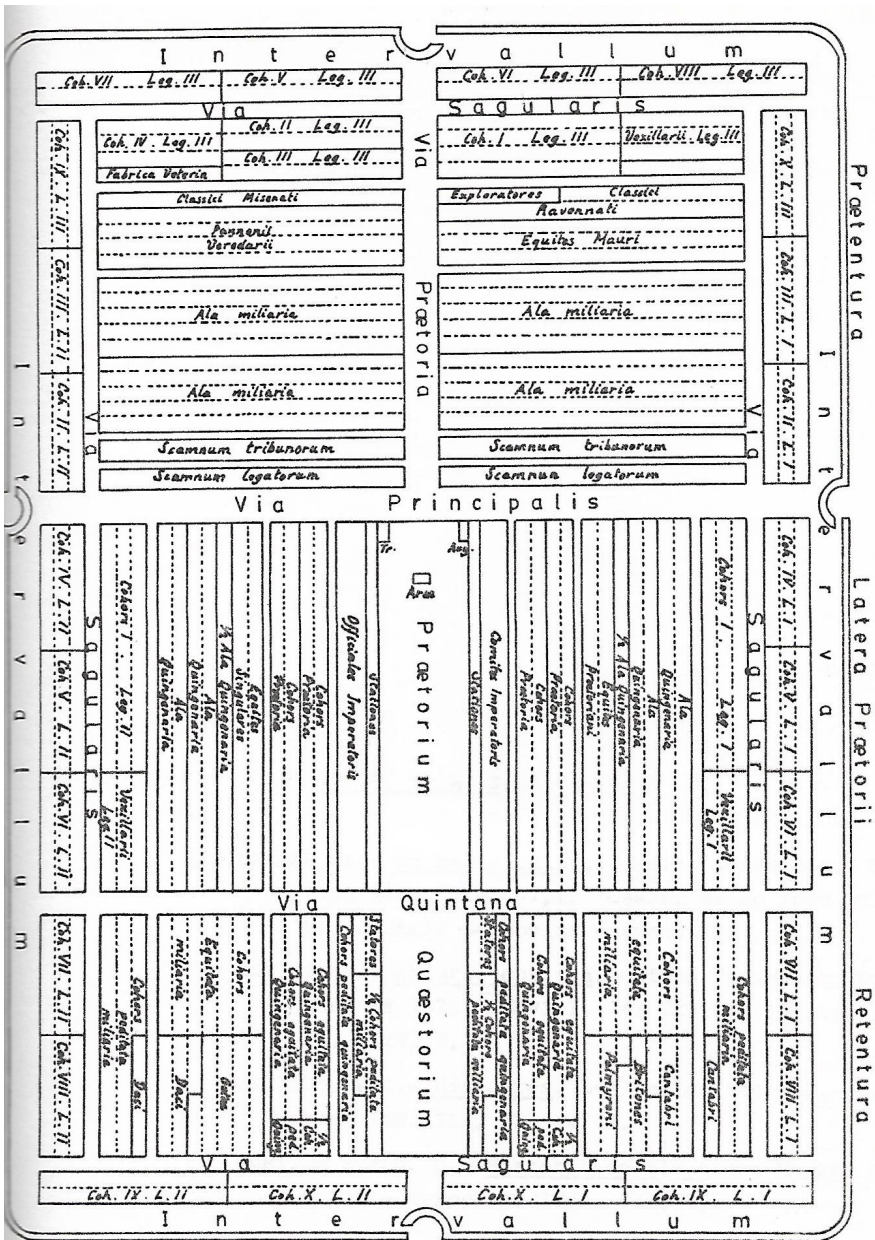
Las tiendas de los campamentos fijos (*castra statica*) como los de invierno y los que se establecían en las fronteras, estaban prefabricadas sobre planchas, formando barracas. Tienen comúnmente la configuración de casas con techos a dos vertientes y formando un frontón. La cubierta se sostiene por unos listones trabajados deprisa y entrecruzados, y la entrada se cierra en una cortina. Todas las tiendas eran de la misma configuración, pero la del cónsul era mayor y más lujosa.

En los campamentos eventuales, las tiendas eran más ligeras y ordinariamente de piel de cabra, se les daba el nombre de *papilio*, por cierta semejanza de sus cortinas recogidas en la puerta de entrada, con las alas de las mariposas. En cada tienda se alojaban diez soldados, posteriormente ocho, que formaban un *contubernium*; en ella dormían, comían y eran atendidos si se encontraban enfermos, pero en caso de gravedad se los trasladaba al *valetudinarium* o enfermería.

111

En cuanto al campamento de época imperial, cuya descripción nos la proporciona Higino (*De metatione castrorum*), las disposiciones son las mismas que en Polibio, pero en el campamento de época imperial, las tropas nacionales situadas contra los muros, rodeaban las tropas extranjeras con el fin de reprimir las sediciones e impedir las desertiones así como las traiciones. Por otra parte, el *praetorium* cerca del centro del campamento, estaba rodeado por las tropas más devotas, tenía una superficie tres veces más considerable que el del campamento consular descrito por Polibio. Higino atribuye un emplazamiento a los legados, al taller de las armas, al hospital, a la enfermería de los caballos, a altares, etc., señala el número de tiendas atribuidas a cada centuria.

El campamento pasaría a ser ahora rectangular (fig. 4.2), Higino dice que deberá ser *tertiatum*, tal que su anchura sea igual a los dos tercios de su longitud; se marcaban tres grandes divisiones: la *praetentura*, que se extendía desde la puerta *praetoria* hasta el *praetorium*, donde aparecían ubicadas las tropas regulares, después los lados del *praetorium* (*Latera praetorii*), y por último, la *retentura* destinada al campamento de los auxiliares; a causa de la variación en el número de estas últimas tropas, era imposible dar siempre al campamento las mismas disposiciones.



Escala 1: 2.950 (1mm. = 10 pies romanos.)

Fig. 4.2. Plano del campamento de Higinio

CAMPAMENTOS ROMANOS EN EXTREMADURA

Veamos algunos ejemplos muy significativos:

Cáceres el Viejo, Cáceres

Se trata de un campamento republicano permanente situado a 2,5 km. de Cáceres, con unas dimensiones aproximadas de 27 ha, un rectángulo ideal de 2300 por 1350 pies romanos (680 m x 384,4 m). Excavado por primera vez entre 1927 a 1930 por Shulten (1931: 14-15 y 1932: 333-348) y más recientemente dentro del Proyecto Alba Plata (Abásolo, González y Mora, 2008: 115-143) (fig. 4.3).



Fig. 4.3. Vista aérea de Cáceres el Viejo

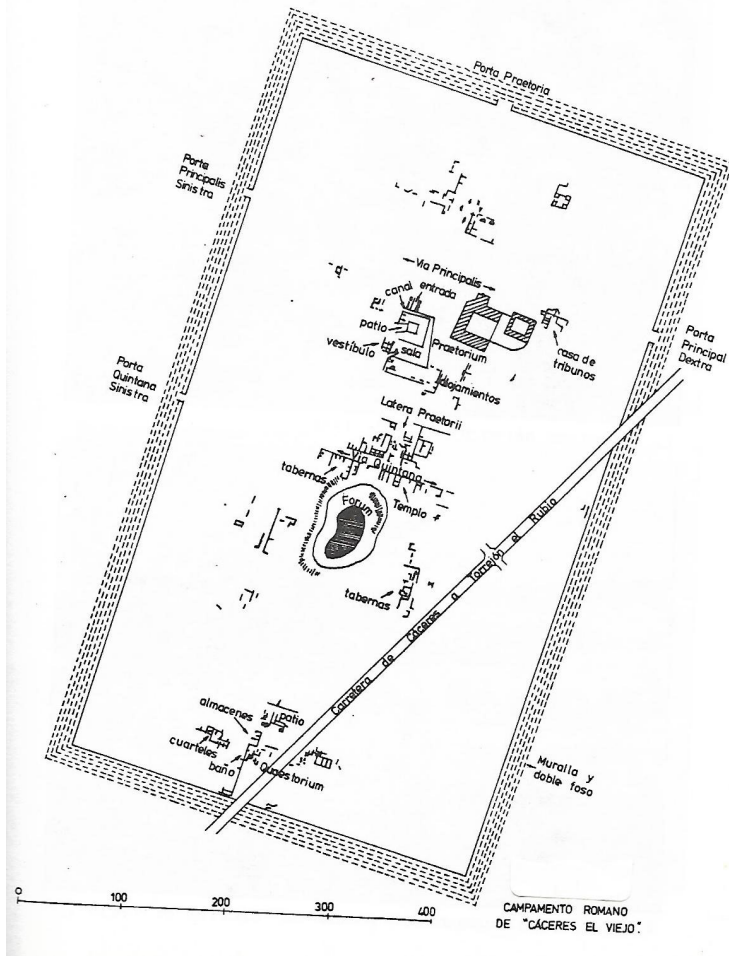
Dentro de las estructuras halladas quizá lo más impresionante sean las defensas: un sistema de muralla de 4 m de anchura rodeada por un doble foso en forma de V, el interior de mayores dimensiones que el exterior, excavados en la roca de pizarra y separados por un intervalo de 2 m aproximadamente, dejando otros 2 m de berma respecto a la muralla (fig. 4.4). Con un conjunto de cuatro puertas localizadas: la *porta praetoria*, la más importante, situada en el frente del campamento, con 7,20 m de anchura, las *portae principales*, tanto la *dextra* como la *sinistra*



Fig. 4.4. Muralla y doble foso del campamento de Cáceres el Viejo

114 y la *porta quintana dextra*, todas son simples interrupciones en la muralla y en los fosos, excepto la *porta principalis sinistra* que se halla flanqueada por dos torres de planta cuadrangular.

En cuanto a las construcciones interiores del campamento (fig. 4.5) nos encontramos con el *praetorium*, en la parte más elevada del campamento, lugar donde residía el jefe del ejército y desde donde era más fácil el control de todo el recinto; construido como un edificio de planta rectangular de unos 70 m de lado, entorno a un patio central. El *quaestorium*, en la parte meridional del campamento, consistía en una gran construcción dispuesta también alrededor de un patio. Por último, el foro y las *tabernae*, en la parte central del campamento, alrededor de una charca de época romana, abierto al sur y flanqueado por las tiendas, *tabernae*, en los otros tres lados; en este lugar apareció un pequeño templo con un altar al dios Zeus Serapis y una estatuilla en bronce de la diosa Minerva (asociada a la estrategia militar por ser la diosa de la inteligencia). Uno de los principales problemas estaría relacionado con los barracones, el alojamiento de la tropa, que Schulten supuso que sería en tiendas de piel de cabra, cosa harto difícil si pensamos en que el resto de construcciones del campamento son de piedra; la otra opción podrían ser barracones de madera o incluso de piedra, sin que hasta el momento se hallan encontrado evidencias arqueológicas de los mismos.



115

Fig. 4.5. Plano de Cáceres el Viejo, donde se aprecian los distintos espacios interiores

Otro de los principales problemas es el de la identificación de este campamento, aunque lo más aceptado sea la identificación con *Castra Caecilia* (Schulten: 1931 y 1932), campamento fundado por Metelo en el 79 a. C. en el transcurso de las guerras sertorianas; aunque tenemos otras dos posibles identificaciones, podría ser *Castra Servilia*, fundado por Q. Servilio Cepión en el 139 a. C. o como señala Beltrán Lloris (1973-1974: 255-310) apoyándose en el estudio numismático *Castra Liciniana*, fundado en el 96 a. C. por P. Licinio Craso, citada por Ptolomeo en la vía de Mérida a *Toletum*. Por último, en la reinterpretación de Ulbert, en 1984, de los trabajos de Schulten, llega a la conclusión de que se trata de un campamento fijo de finales de la República, posiblemente *Castra*

Caecilia, pero que muy bien pudo estar asentado sobre otro anterior, *Castra Servilia* (Ulbert, 1984: 203-211), por el momento estos extremos no han sido confirmados ni en un sentido ni en otro.

El Pedrosillo

Se trata no de un campamento sino de un conjunto de recintos militares, situados a 7 km. de Llerena, en Casas de Reina (Badajoz), en la provincia *Hispania Ulterior Baetica* (fig. 4.6); los restos arqueológicos formados por varios muros, interpretados como *titula*, varias construcciones de forma cuadrangular, en número de ocho, de superficie entre 300 y 1500 m², otras quince construcciones circulares de entre 170 y 2800 m², y dos recintos campamentales: uno de ellos, el mayor, con una superficie cercana a las 10 ha, tiene forma de hexágono irregular, a esta estructura se la denomina El Pedrosillo I; La segunda estructura campamental, denominada como El Pedrosillo II, dista escasamente 50 m de la mayor, tiene una superficie de 3450 m², es de forma muy semejante a El Pedrosillo I, se encuentra rodeado por un *vallum* con muros idénticos a los de El Pedrosillo I, tanto en espesor como en estructura del perfil o altura, y se halla rodeado por una *fossa*, en todo idéntica a la del vecino Pedrosillo I.

116

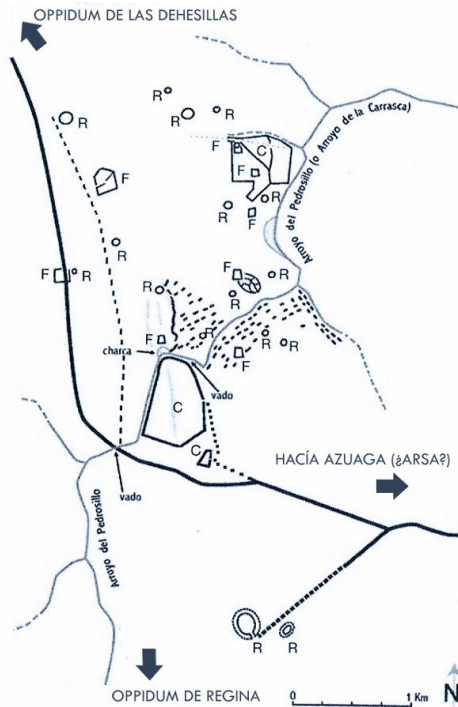


Fig. 4.6. Conjunto de fortificaciones de «El Pedrosillo»

Después de diversas campañas de excavaciones (Gorges y Rodríguez Martín, 2007: 277-282) los escasos restos materiales no han permitido establecer la cronología exacta de este conjunto ni su finalidad concreta, aunque se ha planteado la posibilidad de que se tratase de un campo de entrenamiento del ejército romano en unas tierras donde la conflictividad con los indígenas tuvo una larga trayectoria.

El otro Cáceres el Viejo, Casas de Millán

Identificado el conjunto como un castro prerromano, el análisis de las diversas estructuras, los testimonios de ocupación, la edilicia y la cultura material apuntan a que podría haber tenido un papel destacado en las interacciones entre las dos facciones políticas romanas, por un lado, entre romanos y aliados, por otro, la existencia de *glandes plumbeae*, asociadas a proyectiles de piedra, nos lleva a considerarlos de carácter militar (Pereira y Dias, 2020: 103-126). Aunque no es fácil asignar un encuadramiento crono-cultural al asentamiento. Tanto la cronología como los materiales no son suficientemente esclarecedores. Sin embargo, creemos que algunos indicios apuntan en una dirección concreta y permiten algunas consideraciones, como que se trata de una ocupación militar y que pueda relacionarse con el estacionamiento de tropas auxiliares romanas. Más difícil es asignar un momento específico a dicha ocupación o la facción a la que perteneció. Aun cuando es muy sugerente relacionarla con conflictos sertorianos, debemos admitir que no podemos descartar una proximidad temporal a las acciones militares llevadas a cabo por Julio César (Pereira y Dias, 2020: 123).

117

LA DEFENSA DEL TERRITORIO Y LAS FRONTERAS: FUERTES, FORTALEZAS, FORTINES

Para poder abordar el verdadero significado de las fortificaciones destinadas a la protección del territorio y las fronteras romanas, habrá que delimitar primero lo que los romanos entendían por *castellum*, término que englobará dentro de sí muchos de estos tipos de fortificaciones.

Castellum es el diminutivo de la palabra *castrum*, designando una obra de fortificación que tuviese menos extensión que un *castra*, esta denominación se aplicaba tanto a un reducto, es decir, a una obra de fortificación efímera, como a un fuerte, obra de fortificación permanente. La construcción de reductos estaba prescrita por el jefe de un ejército que quería tomar posesión de una altura que dominaba su campamento o tenía cierta importancia estratégica. También eran construidos para garantizar la seguridad ante un ataque enemigo de los puentes, los vados y los puntos donde se detenían las tropas para abastecerse de agua, madera y forrajes. Se empleaba, asimismo, este medio para asegurar la libre circulación de convoyes sobre las líneas de comunicación, para reforzar la línea de circunvalación o bien para reforzar una línea de

trincheras de gran longitud, también para establecer, sólidamente en las extremidades de las obras llamadas *bracchia*, puestos destinados a impedir que fuesen tomados.

En los diferentes casos, los reductos estaban situados en las mismas líneas. Si estas obras no tenían más que una utilidad pasajera, se construían en tierra, es lo que se llamaba *castella tenere munita* o *castella tumultuaria*, que se designaba por la expresión *tumultuaria opus* a una trinchera hecha precipitadamente.

Los *castella* que servían para la defensa de una frontera, de una ciudad, de un punto fijo, o para la ocupación permanente de un país conquistado, estaban situados, siempre que fuera posible, sobre las alturas y construidas en piedra, lo que les hacía llamarse *castella murata*. Estaban siempre provistos de una guarnición, que era generalmente poco numerosa y muchas veces compuesta solo de caballeros.

Dentro de los *castella* permanentes, es decir aquellas construcciones sólidas y no de tierra, hay que distinguir tres tipos principales:

- Los fuertes.
- Las fortalezas.
- Los fortines.

118

La no presencia de *limes* en *Hispania*, deja fuera la presencia de las fortalezas legionarias y los fuertes de auxiliares, pero si encontramos los fortines para el control de los territorios.

FORTINES

Son pequeñas construcciones defensivas si las comparamos con los fuertes y fortalezas, englobados también dentro del término *castellum*. Estos fortines tenían como misión la protección de algún punto estratégico, generalmente las vías de comunicación.

En algunos momentos el ejército requería que un grupo de soldados guardase un cruce de ríos, un camino o mantuviese la vigilancia sobre cierto punto. En estas circunstancias se enviaba un destacamento, de auxiliares normalmente, que podía comprender una centuria entera o una mezcla de hombres de diferentes centurias y tropas.

Las defensas de estos fortines constan, usualmente, de un terraplén y una o dos fosas, lo normal es que tengan una sola puerta. Las construcciones internas consisten en pequeños barracones y cobertizos.

Castillo del Puerto

Fortín romano situado en el término municipal de Cáceres a 496 m de altitud. El yacimiento recibe este nombre por un pequeño recinto de forma cuadrada, que se encuentra en la parte más alta del mismo, como torre de vigilancia (fig. 4.7), realizado a base de bloques irregulares de cuarcita unidos con argamasa, aprovechando como basamento la roca madre.



Fig. 4.7. Castillo del Puerto

Después de las diferentes campañas de excavación (fig. 4.8) nos encontramos con un recinto de unas dimensiones inferiores a 1 ha. Tiene una serie de habitaciones interiores, entre ellas un corredor y una única entrada, rodeado posiblemente por un muro exterior.



Fig. 4.8. Castillo del Puerto

Los materiales aparecidos apuntan hacia una cronología que iría desde el cambio de era, finales del siglo I a. C. hasta mediados del siglo I d. C. (Alonso Sánchez, 1988: 60-90 y 1991: 417-430).

Este *castellum* estaría destinado a la vigilancia de un camino de clara raigambre militar, el que enlazaba *Metellinum* con *Norba Caesarina*.

Cabeza Rasa

Fortín romano situado en el término municipal de Montánchez, a una altitud de 557 m, en relación con las vías de comunicación, probablemente con la calzada romana que, partiendo de *Augusta Emerita*, iría hasta *Toletum*, pasando por *Augustobriga*, antes de llegar a esta ciudad un ramal enlazaría con *Turgalium*, pasando cerca de este yacimiento. Se trataría de un recinto rectangular con una serie de construcciones interiores. Realizado a base de bloques irregulares de granito, unidos en

seco o calzados con pequeños ripios, construidos directamente sobre la roca madre (fig. 4.9). El recinto tendría una única entrada, con una visibilidad perfecta sobre el llano, con la clara misión de control del camino (Alonso Sánchez, 1988: 44-55).



Fig. 4.9. Cabeza Rasa

Los Canchuelos

Se trata de un *castellum* romano situado en el término municipal de Salvatierra de Santiago. El recinto de grandes dimensiones está realizado a base de grandes bloques de granito, unidos en seco, sin argamasa, formando un doble paramento (fig. 4.10).



Fig. 4.10. Los Canchuelos

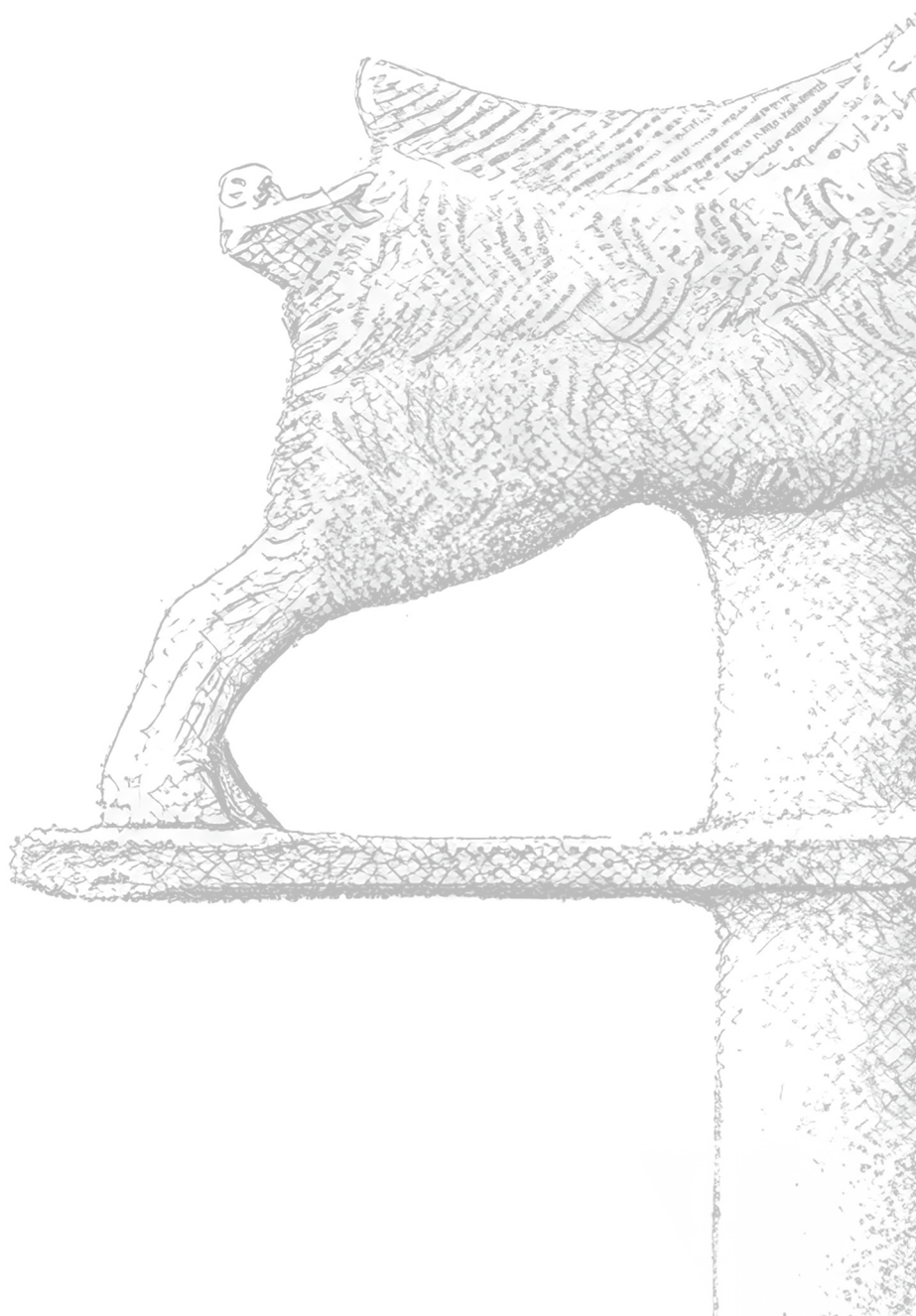
120

La forma es la de un cuadrilátero, sustentado sobre la roca madre, la altura conservada oscilaría entre los 3 y los 4 m. Al igual que el fortín anterior, estaría situado cerca de la calzada que enlazaba el *Iter ab Emerita Asturicam* con *Toletum* en dirección NE. hacia *Augustobriga*, pasando por *Turgalium* (Alonso Sánchez, 1988: 57-58).

BIBLIOGRAFÍA

- Abásolo, J. A., González, M. L. y Mora, B. (2008). Recientes investigaciones en el campamento de Cáceres el Viejo. En: *Arqueología urbana en Cáceres. Investigaciones e intervenciones recientes en la ciudad de Cáceres y su entorno. Actas de las Jornadas de Arqueología del Museo de Cáceres*. Cáceres, Museo de Cáceres. Pp. 115-143. Memorias, 7.
- Alonso Sánchez, A. (1985). Los campamentos romanos como modelo de asentamiento militar: Cáceres el Viejo. *Actas de las II Jornadas de Metodología y Didáctica de la Historia. Prehistoria y Arqueología*. Cáceres, Servicio de Publicaciones de la Universidad. Pp. 195-208.
- . (1988a). Cabeza Rasa. En: *Extremadura Arqueológica*, I. Mérida, Editorial Regional de Extremadura. Pp. 143-154.

- . (1988b). *Fortificaciones romanas en Extremadura: la defensa del territorio*. Salamanca, s. n.
- . (1991). El fortín romano del Castillo del Puerto, Cáceres. El control del territorio. En: *Extremadura Arqueológica II. I Jornadas de Prehistoria y Arqueología en Extremadura (1986-1990)*. S. I., Consejería de Educación y Cultura de la Junta. Pp. 417-430.
- Beltrán Lloris, M. (1973-1974). Problemas de arqueología cacereña: el campamento romano de Cáceres el Viejo (Cáceres). Estudio numismático. *Numisma*. 23-24, pp. 255-310.
- Gorges, J. G. y Rodríguez Martín, F. G. (2007). El Pedrosillo (Casas de Reina). Asentamientos militares de época romana en Hispania. *El ejército romano en Hispania. Guía Arqueológica*. León, Morillo Cerdán. Pp. 277-282.
- Higinio. (1977). *Hygini qui dicitur de metatione castrorum liber [De Munitionibus castrorum]*. Leipzig, B. G. Teubner. Pereira, C. y Dias, I. (2020). Acciones y reacciones: testimonios de los conflictos civiles romanos en Extremadura. El caso de Cáceres el Viejo (Casas de Millán, Cáceres, España). *Archivo Español de Arqueología*. 93, pp. 103-126.
- Polibio. (2008). *Historias. V. Libros V-VI*. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Schulten, A. (1931). El campamento del cónsul Metelo en Cáceres. *Investigación y Progreso*. 7, pp. 14-15.
- . (1932). Castra Caecilia. *Archaeologischen Anzeiger*. Pp. 333-348. Jahrbuch Deutsches Archäologisches Institut.
- Ulbert, T. (1984). *Cáceres el Viejo. Ein späterepublicanischen Legionslager in Spanisch-Extremadura*. Mainz am Rhein, P. von Zabern. Madrider Beiträge, XI.
- Vegecio. (2006). *Compendio de técnica militar*. Paniagua Aguilar, D.. (ed. lit.). Madrid, Cátedra. Letras Universales, 338. Trad. de: *Epitoma rei militaris*.





LA ARTILLERÍA EN EL EJÉRCITO DE ROMA

José María González Lanzarote
Teniente coronel de Infantería (Reserva)

LA ARTILLERÍA EN EL EJÉRCITO DE ROMA

José María González Lanzarote
Teniente coronel de Infantería (Reserva)

INTRODUCCIÓN

El objeto de este trabajo no es hacer una descripción exhaustiva de los materiales que se emplearon durante el Imperio romano y los antecedentes de los tiempos de la República. Se va a tratar de ver el empleo comparado que pudieron darle las unidades romanas, legiones y quizá algunas cohortes auxiliares, aunque esto no está claro, a dichos materiales en las determinadas situaciones tácticas generales, ya que tratar de pormenorizar sería absurdo. Es decir, teniendo en cuenta los conceptos generales sobre el material, basándose en textos clásicos originales y en el sentido común, a tenor de las experiencias relatadas a lo largo de esos siglos y extrapolada a las posteriores, con artillería cañón, nos pueden aparecer unos principios de empleo bastante claros, aunque, como es lógico, siempre condicionados por los materiales. Se intentará dar una visión, en muchos casos, con tintes personales, sobre el empleo, las consecuencias en el campo de batalla y el ocaso de la artillería romana.

125

Para escribir sobre la artillería en tiempo romanos es preciso comenzar haciendo unas puntualizaciones, en primer lugar, definiendo lo más claramente posible el objeto material en el que nos vamos a basar.

¿Cómo podríamos definir la artillería en una época en la que, evidentemente, no existían armas que permitieran una clara visualización del concepto? Pues utilizando una definición propia, por considerarla clara. Se puede definir a un material de la artillería como «cualquier arma que no puede transportar ni manejar un solo hombre, es decir, que es colectivo, y que está destinado a lanzar un proyectil de tipo habitualmente más pesado también que el que puede lanzar un hombre solo y, habitualmente, a más distancia de la que pueda alcanzar ese hombre con sus armas».

Esta definición es de cosecha propia y pudo estar muy clara hasta el siglo XIX. Hoy en día tal vez pueda no ser así, ya que puede ser aplicable a armamento colectivo manejado por unidades de infantería o caballería, pero resulta totalmente diáfana para definir a la artillería anterior a la época de la pólvora.

El utilizar el término «destinado a lanzar un proyectil» implica que el medio de propulsión del mismo puede ser diverso, por lo que podremos tener una clasificación de las armas empleadas según su medio de lanzamiento.

Una vez clarificado inicialmente el concepto del material que se va a tratar, hay que definir el ámbito territorial y político de sus empleadores. Dado que estamos hablando del Imperio romano, esto es fácil. La artillería se empleó en el ámbito geográfico en el que actuaron los romanos, desde Mesopotamia a Britania y desde el Elba al Sahara.

Otra cuestión es definir, dentro de una unidad política cuya existencia se prolongó a lo largo de aproximadamente mil años, en qué época nos queremos situar, ya que, ni los materiales ni las necesidades serían los mismos en tiempos de Escipión el Africano, en el siglo III a. C., contra cartagineses y reyes helenísticos, que en los de Constantino, contra bárbaros semirromanizados y persas. Por ello se intentará ceñirse en la mayor parte del trabajo a la época dorada del Alto Imperio, la de los emperadores Antoninos, entre finales del siglo I y II de nuestra era. Es comúnmente admitido que fue la época en la que la maquinaria militar del Imperio alcanzó un grado de estabilidad elevado, y también quizá de perfección, aunque esto sea difícil de discernir ante las circunstancias cambiantes. No obstante, será preciso remontarse, para las causas técnicas y organizativas, a tiempos anteriores o ir a tiempos posteriores a dicha época para contemplar la evidente evolución.

126

LOS MATERIALES

La artillería empleada por los romanos era directamente descendiente, cuando no muy semejante, a la desarrollada por los griegos. Antes del conocimiento de la pólvora, el sistema de propulsión empleado por los sistemas artilleros podía ser de tres tipos:

- Tensión: es decir, utilizando el mismo principio que un arco individual, pero más poderoso y con un mecanismo que permitiera aplicar más fuerza a dicha tensión para poder arrojar un proyectil más pesado y a mayor distancia. Un ejemplo claro y conocido es la ballesta medieval, aunque claramente era un arma individual.
- Torsión: aprovecha la fuerza resultante de la compresión de uno o varios muelles, habitualmente hechos de tendones y pelos, para obtener la energía necesaria para propulsar un dardo o una piedra o bolaño. La artillería empleada por los romanos era casi toda de este tipo.

- Contrapeso: fue empleada sobre todo en la Edad Media y se basaba en el principio de la palanca, aplicando un gran peso en un extremo que hacía bascular con violencia el brazo más largo que arrojaba un proyectil, habitualmente de piedra u otro material contundente, situado en el extremo. No se tiene noticia que fuera empleado este sistema durante el Alto Imperio.

En cuanto a los modelos usados, lo primero que hay que hacer notar es que evolucionaron a lo largo del tiempo, incluso en sus nombres. Como ya se ha dicho, la primera artillería romana era prácticamente igual a la helenística. Es muy probable que no existiera un modelo estandarizado, si bien las máquinas se basaban en los mismos principios, incluso en las mismas fórmulas matemáticas que les darían cierta semejanza, así como en las investigaciones realizadas en distintos ámbitos académicos, sobre todo en oriente, y en las experiencias de combate, que irían introduciendo sucesivas mejoras que aumentarían su eficacia en los cometidos tácticos requeridos.

Los materiales no serían sustituidos en su totalidad en un tiempo prudencial. Más bien serían reparados, siempre que ello fuera posible y puestos en servicio hasta su destrucción o hasta que se volvieran inservibles por desgaste general. Esta circunstancia provocaría que dentro de una unidad pudiesen coexistir distintos tipos, lo que, unido a la falta evidente de unificación en la construcción, ya que esta era totalmente artesanal, aunque, como ya se ha dicho, basada en unos planos y principios generales, provocaría que cada pieza tirase, más o menos, a su modo e implicaría que al menos parte de los servidores tuviesen que permanecer mucho tiempo en la misma para conocer sus vicios y poder aprovechar sus virtudes. Tampoco las piezas, sobre todo las de mayor tamaño, debían ser homogéneas, disponiendo seguramente las distintas unidades de piezas diferentes, tal y como nos hace ver el historiador *Publius Cornelius Tacitus* (Tácito) en la batalla de Bedriacum, cerca de Cremona, en Italia, que más adelante se mencionará de nuevo, en la que la Legión XV disponía de un arma de gran tamaño, que no debía estar a disposición del resto de las unidades participantes.

La pieza originaria ligera era una catapulta denominada *scorpio* (escorpio) (fig. 5.1). Era una pieza que se transportaba desmontada en dos o tres cargas y podía ser montada, instalada y manejada por un pequeño grupo de



Fig. 5.1. Reproducción moderna de un escorpio de la época republicana (Trebuchet Park)

hombres, probablemente de entidad *contubernium* (aproximadamente un pelotón actual), se estima que, disminuido en número, pues con cuatro o cinco hombres, con un par de animales de carga y quizá un carro, era suficiente para su transporte y poder ponerla en posición en poco tiempo.

Habitualmente disparaba flechas pesadas, de las cuales se han conservado muchas puntas, de unos 70 cm a 95 cm de longitud (fig. 5.2). Se desconoce su alcance eficaz, ya que los tratados nos suelen hablar de alcances logrados en polígonos de experiencias, muy superiores a los de las máquinas sometidas a uso y desgaste, y siempre en condiciones atmosféricas ideales.



Fig. 5.2. Cabeza de un dardo de escorpio adaptada para proyectil incendiario

128

Con reconstrucciones actuales se han obtenido alcances máximos de 300 m, con muelles fabricados exclusivamente con pelo de caballo, por tanto, no es aventurado asignar a los modelos romanos un alcance efectivo superior a los 200 m, mientras que su alcance máximo sería también superior a los 400 m. La principal virtud de esta, denominémosle, artillería ligera era la precisión, que podía ser muy alta habida cuenta de la especialización y práctica de sus sirvientes. Su empleo fundamental era contra personal o animales, incluso elefantes. Ya se ha mencionado que, a corta distancia, entre 150 y 250 m por dar cifras que nunca pudieron ser homogéneas, eran muy precisas, mientras que a mayor distancia permitían disparar contra masas de combatientes. En los asedios disparaban contra los defensores de las murallas o lanzaban proyectiles incendiarios por encima de las mismas.

Posteriormente, el arma mejoraría, disminuyendo en peso, haciéndose más robusta y precisa y aumentando la facilidad de manejo, dando lugar a la *quiromballistra* (quiromballista) (fig. 5.3), y su versión móvil, la *carruballistra* (carromballista) (fig. 5.4) que estaban fabricadas casi totalmente en metal. Estas versiones avanzadas fueron las que debieron dotar a las legiones del Alto Imperio, si



Fig. 5.3. Reproducción de quiromballista imperial

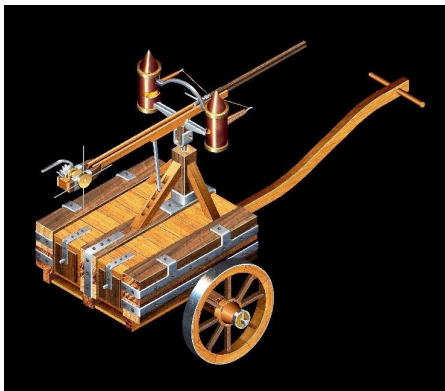


Fig. 5.4. Representación de una carrobalista pesada (Flavio y Ferruccio Russo)



Fig. 5.5. Balista de tamaño medio (Flavio y Ferruccio Russo)

bien lo más probable, como ya se ha dicho, es que hubiese una mescolanza a nivel ejército de diversos modelos y desarrollos.

Otra pieza de artillería romana, igualmente copiada de los griegos, era la *ballista*, (balista), (fig. 5.5) basada en el mismo principio que el escorpio, pero de un tamaño mucho mayor. Disparaba piedras o proyectiles semejantes que podían alcanzar hasta aproximadamente 28,5 kg de peso en los modelos más grandes. Disparaba con trayectoria tensa, con un bajo ángulo de elevación, o parabólica, con un ángulo de elevación máximo de 45° (en realidad 43°) que, a su vez, le proporcionaba un alcance máximo que, por reconstrucciones modernas, podía ser de unos 200 m. Debido a su complicación y peso, era un arma destinada a ser empleada en los asedios, como defensa de las propias fortalezas o en posiciones estáticas y situaciones previstas. Exigían para su transporte ir desmontadas. Más empleado quizá que la propia balista, para asedios y situaciones estáticas era el *onager* (onagro), aunque su empleo parece ser posterior al de las balistas por la circunstancia que fuera, ya que era conocido desde la época helenística. Su mejor y única descripción proviene del texto de *Ammianus Marcellinus* (Amiano Marcelino), en el siglo IV, (*A. M. Rerum gestarum*, lib. XXII) lo que puede ser indicativo de su tardío empleo. También utilizaba el mecanismo de torsión, pero con un solo muelle y un brazo que terminaba en una cuchara o una honda (fig. 5.6).

129



Fig. 5.6. Reproducción de un onagro. (Trebuchet Park)

Era más sencillo que la balista y permitía arrojar pesos más o menos del mismo tamaño, es decir, unos 28 kg como máximo, si bien en su caso dicha limitación venía dada por el propio y elevado peso de la máquina, entre 2 y 6 t, y la resistencia de los materiales de construcción, madera, que debía golpear contra un almohadillado, lo que no dejaba de someter a un duro castigo a la madera del brazo, sobre todo, y al conjunto en general. Los que eran transportados con las unidades para el combate no podían ser muy grandes. Era una pieza versátil, que podía disparar piedras u otros elementos de distintos tamaños con trayectorias parabólicas, lo que permitía disparar en pendientes elevadas y lanzar proyectiles por encima de las murallas enemigas. En cambio, y en contra de su relativa sencillez y rendimiento, tenía escasa precisión, necesitaba trabajos previos a su asentamiento y, si estos no estaban bien hechos, tenía tendencia a tener una gran dispersión. Esta era, en el mejor de los casos, mayor que en las balistas. Debido al factor sencillez, y, probablemente, a su precio inferior, comenzó a sustituir a las balistas a partir del siglo III. Durante el Alto Imperio desde luego era conocida, aunque no se empleara habitualmente. Su alcance era muy variable, pero, en condiciones óptimas y con el proyectil adecuado, podría ser alrededor de los 300 m.

130

Existieron otros tipos de armas, que a veces recibían nombres distintos solo por el tamaño. Entre ellas, puede que existieran armas con mecanismo de tensión, denominadas *arcuballistra* y que debían desempeñar las mismas funciones que el escorpio, si bien su potencia debía ser menor y, probablemente, fueran armas individuales, más parecidos a las ballestas medievales o a los *gastrophetes* helénicos que a la verdadera artillería de torsión.

EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS Y FIGURATIVAS

Existen hallazgos arqueológicos y figuras labradas en piedra que nos permiten conocer, más o menos, las máquinas romanas. Al ser la madera el principal material de construcción de muchas de ellas, la conservación de los restos es muy deficiente, salvo puntuales casos de suerte, que, debido a su mal estado, no permiten comprender plenamente su funcionamiento.

Se conservan las piezas metálicas de muchos escorpions, pero siempre fragmentarias y casi nunca dejan ver claramente el tipo de artefacto al que pertenecían. No obstante, han permitido, junto con las representaciones en distintos monumentos, lápida del *architectus armamentarii* (algo así como maestro armero y constructor), *Gaius Vedennius Moderatus*

(fig. 5.7), y las descripciones dadas por *Marcus Vitruvius Pollio* (Vitruvio) en el Libro X de su obra *De Architectura*, la reconstrucción, bastante fidedigna, de este tipo de aparatos. La quirobalista se encuentra representada en la Columna Trajana y su conocimiento se basa, además, en las descripciones dadas en el *Codex Parisinus*, datado en los siglos X-XI, y copia, enrevesada, del texto en griego de Herón de Alejandría (siglo I) *Construcción y dimensiones de la quirobalista*.

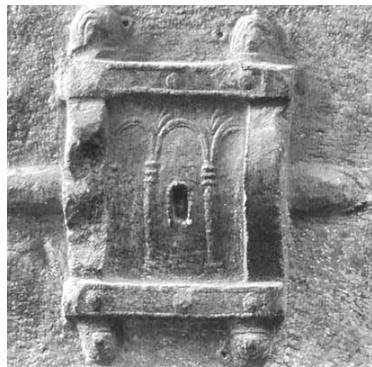


Fig. 5.7. Imagen de un escorpio en la lápida de Gaius Vedennius Moderatus, siglo I

Respecto a las balistas, de tamaños muy variables, pero siempre mayores y más complicadas, además de las mencionadas descripciones de Vitruvio, se dispone de los restos de la balista hallada en Hatra, en el Éufrates, (fig. 5.8), solamente la parte de los brazos delanteros, pero que permite hacerse una idea de estas máquinas. Debido a su propia complicación, no se ha conseguido hacer una reproducción plenamente funcional de una gran balista.

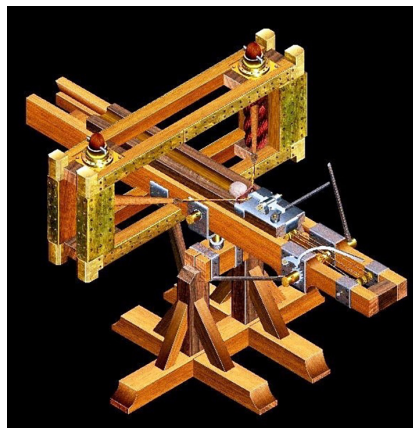


Fig. 5.8. Representación de la balista de Hatra. Obsérvese que los brazos actúan por la zona interior de la máquina (Flavio y Ferruccio Russo)

Los restos arqueológicos del onagro son incluso menores, ya que, salvo remaches y clavos, su armazón era de madera. Tampoco nos quedan representaciones de la época, pero sí fue un arma utilizada en la Edad Media, por lo que tenemos una idea clara de cómo funcionaba, aparte de su evidente simplicidad.

LA LEGIÓN DEL ALTO IMPERIO

La gran unidad fundamental del ejército romano fue, durante gran parte de su existencia, la legión. No es objeto de este trabajo describir su evolución y composición, por lo que se va a intentar dar una imagen de la legión que se implantó durante el siglo II, básicamente igual a la de los siglos

posteriores, al menos sobre el papel. No se van a tratar las fuerzas auxiliares, al menos tan numerosas como las legionarias, ya que no se puede confirmar que dispusieran de artillería, cosa que además vendría avalada por su dispar composición, según la unidad a la que nos queramos referir.

La principal fuente para conocer la legión de esta época o, más bien posterior, es *Flavius Vegetius Renatus* (Vegecio), en su obra *Epitoma rei militaris*. En ella se nos presenta una compuesta por diez cohortes, numeradas, como es lógico, del I al X (fig. 5.9). Cada cohorte estaba compuesta por seis centurias con ochenta combatientes cada una, salvo la I, que estaba compuesta por cinco centurias dobles, ciento sesenta hombres cada una. También contaba con un grueso grupo de caballería, que en la época que nos ocupa debía estar compuesto por no más de ciento veinte jinetes. Vegecio da una cantidad mucho mayor, pero su legión no es la de los siglos I y II y presenta diferencias en el mando y composición; es probable que la proporción de caballería fuera mayor en el Bajo Imperio, durante el cual, aunque pretendiendo refrescar viejas glorias, escribía el autor. De todas formas, todo esto eran plantillas teóricas, que, como cualquier plantilla, nunca estarían completas y sufrirían modificaciones temporales, por necesidad o voluntad de un *legatus*, jefe de la legión, o cualquier otro mando que tuviese que adaptar las existencias humanas y de material a las necesidades del momento.

132

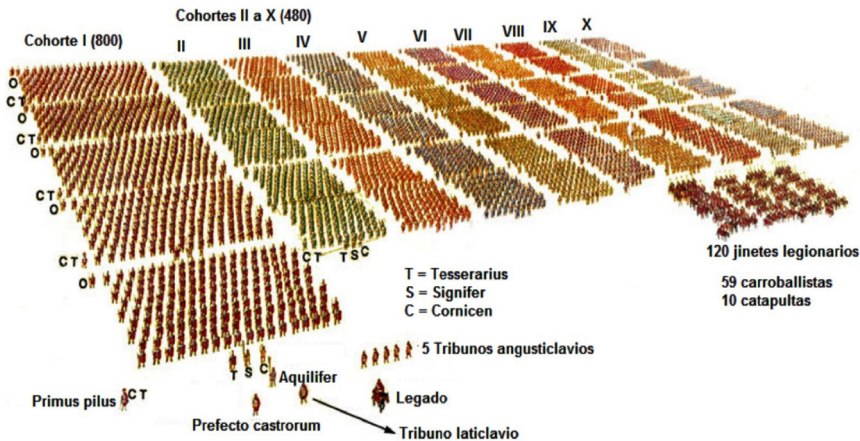


Fig. 5.9. Formación ideal de una legión romana altoimperial (Peter Conolly)

Ni siquiera está clara la función de las cinco centurias dobles, si en realidad tenían como misiones las propias de las centurias normales, aunque formadas por personal escogido y más numeroso, si existían algunas centurias dobles con funciones de encuadramiento del personal

asignado al cuartel general de la legión y a servicios diversos de la misma hasta completar el número teórico, o bien constituían todas ellas una especie de Unidad de Cuartel General, reafirmado por la mención de Vegecio de la «búsqueda de formación intelectual». Respecto al número, con la consiguiente reestructuración de unidades subordinadas, es muy improbable que una legión estuviera al 100 % de efectivos, por falta de cobertura o desgaste. Por ejemplo, según *Caius Iulius Caesar* (Julio César), la legión *VI Ferrata* más otra que solicitó, sin determinar, y que le acompañaron a Alejandría durante la guerra civil no disponían entre las dos más que de unos 3200 combatientes, es decir, prácticamente un 25 % de su plantilla teórica (César. *De bello civilis*. Lib. III).

Todas las legiones tenían un número y un nombre, práctica que se ha mantenido hasta hoy día en muchos ejércitos, por ejemplo, *BRI XI Extremadura*. Así, aparte de la ya mencionada *Ferrata*, existía toda una serie de numeración y sobrenombre, bien por su creación, composición o hechos: *VI Victrix*, *VII Claudia*, *X Gemina*... La legión estaba bajo el mando de un delegado imperial, el *legatus*, que podríamos asimilar a un actual general de brigada del Ejército. Contaba con un segundo jefe, el *tribunus laticlavus*, que más bien parecía destinado a aprender durante su escaso tiempo de permanencia y a que la legión, en ausencia del *legatus*, estuviese mandada por alguien de relevante clase social. El mando más efectivo de la legión era el *praefectus castrorum*, una especie de jefe de Estado Mayor, de edad y con gran experiencia, sobre todo en labores administrativas y ordenancistas. El centurión principal de la legión, que según Vegecio no tenía ninguna centuria a su cargo, aunque esto no está claro, era el *primus pilum*, también con labores de asesoramiento y mando de la legión. El mando de una cohorte probablemente recaería en el centurión jefe de la primera centuria de la misma, el *pilus prior*. Una serie de grados de centuriones completaban el mando de las distintas centurias que componían las cohortes.

133

Existía una clase legionaria que podríamos asimilar a los actuales suboficiales, los *principalis*, con distintos cometidos y denominaciones (*optio*, *tesserarius*...).

La tropa se dividía entre *miles gregarius*, soldados, y los *inmunes*, categoría asimilable a soldados distinguidos o cabos. Dentro de ambas se los podía diferenciar por su desempeño, como, en el caso de la artillería, los *ballistrarii*.

Cada centuria estaba dividida en *contubernia*, especie de pelotones actuales, sin un mando definido, aunque posiblemente este correspondiera al soldado más antiguo o prestigioso, el *caput contubernium*.

134

En lo referente a la artillería legionaria, Vegetio asigna una pieza ligera, escorpio, quirobalista o carrobalista, por centuria, más una pieza pesada, balista u onagro, por cohorte. No queda claro si la pieza pesada estaba asignada a la primera centuria de cada cohorte, que es lo más probable, ya que, en caso contrario, se necesitaría personal dedicado a la misma fuera de plantilla, o se situaba aparte, es decir, se contaba con ella aparte de las ligeras. En el primer caso, una legión dispondría en plantilla de 10 máquinas pesadas y 49 ligeras, mientras que, en el segundo caso, según Vegetio, la artillería estaría compuesta por 55 piezas ligeras y 10 onagros. Esta disquisición se puede cerrar diciendo que el número no era fijo, ni la distribución tampoco, pudiendo el jefe de la legión, tal y como se podría entrever en el párrafo de Vegetio, asignar la artillería de otra forma, incluyendo la posibilidad de reunir la pesada en la I cohorte, recordemos que distinta al resto. El número de máquinas resulta corroborado por aproximación por los datos facilitados por diversos escritores, como *Flavius Josephus* (Flavio Josefo) en su obra *Las guerras de los judíos*, escrita en griego. En el Libro III dice que Vespasiano situó ciento sesenta máquinas lanzadoras contra la fortaleza. Habida cuenta que contaba con tres legiones (*V Macedonica*, *X Fretensis* y *la XV Apollinaris*) el número de máquinas prácticamente coincide con lo expuesto por Vegetio, aunque quizá no los modelos. La diferencia puede deberse al desgaste sufrido o inoperatividad de algunos de los lanzadores.

Según indica Vegetio, cada máquina estaba servida por un *contubernium*, es decir, ocho hombres más dos no combatientes. Dicho número, para las máquinas de centuria, parece excesivo, aunque, en realidad, el equipo tuviera consideración de *contubernium*. Más bien sería el equivalente a una escuadra especializada. En la Columna Trajana se representa una carrobalista atendida por dos sirvientes (fig. 5.10), que debían desempeñar las funciones de apuntador/tirador y cargador.



Fig. 5.10. Quirobalista representada en la Columna Trajana

Habría también encargados del carruaje y proveedores de proyectiles, aunque estos debían ser transportados en el carro que soportaba el conjunto del arma. En cambio, para una gran balista, diez hombres, es decir, un *contubernium* completo más sus dos sirvientes, parecen una dotación escasa.

Dado el despliegue lineal en la frontera (*limes*) que tuvieron las legiones durante la mayor parte del Alto Imperio, las máquinas debían ser fabricadas por las propias unidades, que debían disponer de técnicos capaces. Este era un sistema altamente ineficiente, y más cuando las piezas de madera comenzaron a ser cambiadas por piezas metálicas; por ello, paulatinamente, la fabricación pasó a centralizarse en centros urbanos situados a retaguardia, que posiblemente suministraran artillería a legiones próximas o fortalezas.

EMPLEO TÁCTICO GENERAL DE LA ARTILLERÍA EN LAS LEGIONES ROMANAS

Casi todas las referencias nos vienen dadas por el empleo de las máquinas en los asedios. Lo cierto es que, durante esta época, las batallas campales fueron relativamente escasas, pues solo una gran organización estatal, como las de los partos o dacios, podía aspirar a hacer frente al ejército romano sin encerrarse en fortalezas.

La propia naturaleza semiestática de esta acción implica que la artillería más pesada, las balistas, tomaran protagonismo debido a su relativo poder destructor. No obstante, este no era tan elevado como para poder destruir un sólido muro. En realidad, la balista era un arma con una relación peso-complicación técnica/efectos bastante pobre, ya que la mayoría solo podían disparar piedras o bollos de piedra relativamente pequeños que no tendrían mayor efecto contra una muralla bien construida. Incluso las mayores balistas, que podían lanzar piedras de unos 28 kg, alrededor de un talento, y que, gracias a las fórmulas conservadas y a las reconstrucciones se sabe que pesarían unas 12 t, tendrían un efecto muy limitado disparando contra los muros (fig. 5.11).

Hubo balistas mayores incluso, pero ha quedado claro que se necesitaba una gran máquina

135



Fig. 5.11. Balista construida con patrocinio de la BBC en 2002. Lanza proyectiles de un talento, 28,5 kg y pesa 12 TM. No alcanzó ni los 100 m en las pruebas, posiblemente por la construcción de los muelles

para lograr unos mínimos efectos destructivos. Es preciso advertir que esos efectos estaban muy lejos de los obtenidos con sistemas de contrapeso medievales, muchísimo más potentes y relativamente más sencillos. Por lo expuesto, estas máquinas se empleaban contra personal, atacando a los defensores y derribando sus parapetos en lo alto del muro, y contra la parte interior de la ciudad, sembrando la destrucción en las viviendas, incendiando y, ocasionalmente, matando a sus habitantes, tal y como nos cuenta Josefo que ocurrió con varios habitantes en el sitio de Jotapata, ciudad de cuya defensa estuvo encargado antes de pasarse a los romanos. Para ser empleadas en una situación distinta del ataque y defensa de fortalezas, se tenían que dar unas circunstancias muy claras, tal y como hizo en una época anterior Alejandro Magno (siglo IV a. C), cubriendo el repliegue a través del vado de un río por sus tropas, previamente elegido y que debía ser casi único, mediante lo que podríamos definir como una barrera de proyectiles que mantuvo alejada a la caballería escita.

136

Es preciso señalar que, en la táctica romana para la toma de fortalezas, los lanzadores y la artillería desempeñaban un papel secundario. Ya se ha comentado la imposibilidad de derribar u dañar seriamente una gruesa muralla con las máquinas lanzadoras disponibles. Esto no se conseguiría hasta la época de los grandes trabucos medievales, pero los romanos, por cuestiones de movilidad operativa probablemente, no trataron de conseguir una artillería con efectos semejantes. Para tomar una fortaleza más bien empleaban otros recursos de la poliorcética, sobre todo movimientos de tierra y fortificaciones a escala masiva y el empleo de otras máquinas, como torres móviles y arietes. Los lanzadores solo daban protección, hostigaban al enemigo y colaboraban en la hora del asalto.

Más interesante que el uso de las balistas pesadas, desde el punto de vista táctico, resulta la evolución y empleo de lo que podríamos denominar la artillería ligera, los escorpios, las posteriores quirobalistas y su evolución, las carrobalistas, de las cuales, si hacemos caso a la Columna Trajana, estaban ya ampliamente dotadas las legiones durante el gobierno de los Antoninos, siglo II, aproximadamente.

Tanto los escorpios de la época de la República como sus posteriores evoluciones, con más motivo, eran armas colectivas relativamente ligeras, fáciles de transportar sobre un carro y, por consiguiente, se podían asentar sencillamente una vez descargados. Recordando sus características, eran armas fáciles de apuntar, si contaban con personal especializado, que es lo que se supone al menos en su parte más técnica: el

o los cargadores, dependiendo de la máquina, y el apuntador tirador que, probablemente, fuera el jefe de pieza, aunque esto no está confirmado en ningún sitio. Al estar encuadradas en una centuria, lo lógico sería que el propio centurión de la misma le asignara misión y objetivos, que luego el jefe de equipo, el *caput contubernii* (jefe de contubernio), si asignamos esa unidad para el manejo de la máquina, adaptaría o cambiaría en función del desarrollo del combate. Esto durante un asedio era fácil de llevar a cabo, pero en una batalla campal, cambiante de por sí, sería mucho más difícil. Rápidamente, tratándose de personal experimentado, advertirían la conveniencia de agrupar los escorpions o los diversos materiales. El jefe de la legión podría agrupar la artillería bajo un mando único aplicando el principio de empleo en masa, es decir, alrededor de cuarenta lanzadores, dependiendo de la operatividad y cobertura existente, en una posición determinada con vistas a conseguir un efecto deseado contra personal enemigo. Para advertir este progreso, que sin duda se dio, según los indicios que surgen del estudio de varias batallas, hay que adelantarse varios siglos para ver cómo se empleaba la artillería de pólvora.

INTRODUCIENDO UN ANACRONISMO. TIPOS DE ARTILLERÍA EN LA EDAD MODERNA Y DESARROLLO DEL EMPLEO DE LA ARTILLERÍA DE PÓLVORA EN LOS SIGLOS XVII Y XVIII

137

Aquí es preciso hacer un inciso para ver los diversos tipos de Artillería, según su misión, empleados al menos hasta el siglo XIX. Existía una artillería pesada, que constituía los trenes de sitio o defendía las fortalezas, denominada artillería de sitio o plaza, cuyas características eran la potencia, por sus grandes calibres o tipo de proyectiles capaces de disparar, y la escasa movilidad. Mover un tren de sitio en los siglos XVII o XVIII, suponía poner en marcha miles de animales de arrastre, cientos de carretas e, incluso brigadas de trabajadores o zapadores para permitir su movimiento por caminos no demasiado buenos.

Había otro tipo de artillería, más móvil, denominada de campaña, cuya misión era apoyar a los ejércitos en combate, ya fuera batalla campal o propiamente un sitio, colaborando con la anterior como elemento de defensa o ataque.

Hasta el siglo XVIII, la artillería utilizada en campaña se solía situar al frente de las formaciones para, con sus fuegos, desorganizar al enemigo.

No obstante, se consideraba que un enemigo hábil y rápido podía eliminar o, al menos, disminuir esos efectos. No en vano existía entre los tercios españoles en el siglo XVI el término despectivo de *espantabellacos*, dirigido hacia los cañones (Médina Ávila, 2013), ya que consideraban que su mayor efecto era el ruido y el humo. Muchas veces, los cañones ni siquiera estaban dotados de trenes de transporte propios, debido al coste de los mismos y siendo proporcionado ese transporte por el alquiler de medios locales, cuyos dueños, lógicamente, no se esperaban la batalla. A lo largo del siglo XVII se realizaron varios intentos, para dotar a la artillería de alguna movilidad, siendo evidente que lo primero debía ser dotar a los arrastres de caballerías propias.

Se puede considerar el primer intento serio fue el llevado a cabo por el rey Gustavo Adolfo de Suecia, pero sus pretensiones solo se limitaban a disponer de una artillería más móvil. Traducido al tema que nos ocupa, había llegado al escorpio, con alguna pequeña incursión en las quiroballistas, que recordemos eran más móviles. Algunos generales imaginativos dispusieron, sin mucho orden, de piezas de pequeño calibre arrastradas por caballos, con todos los sirvientes montados de una u otra manera, que dieron excelentes resultados. Dado que estos ejemplos eran rusos, fueron utilizados contra los prusianos y no pasaron desapercibidos al ojo de Federico II (rey de Prusia desde 1740 a 1786), que vio las piezas en acción, intuyendo su verdadero potencial (fig. 5.12).

138



Fig. 5.12. Artillería a caballo napoleónica (pintura de Ernst Croft)

Ni corto ni perezoso el rey prusiano creó, a pesar de las dificultades de equipamiento en medio de una guerra, unidades tipo batería de artillería a caballo, equipada con cañones de pequeño calibre, con todos sus servidores montados y que podía desplazarse rápidamente por el campo de batalla, sobre todo para ayudar a la caballería propia a combatir

formaciones en cuadro. Es decir, empleó tácticamente su nueva artillería como una especie de carrobalistas de pólvora, si bien se considera que el empleo que le dio este, fue mucho más flexible e integrado que el que pudieron haber efectuado las legiones de Roma, no haría más que perfeccionarse.

Esto nos da un indicio de lo adelantados que llegaron a estar tácticamente los romanos, que, con el uso de la carrobalista, consiguieron, bajo un mando único, al cual le asignaría sus misiones el mando de la legión o su delegado, emplear el efecto de sus máquinas mucho más decisivamente que si estas no hubieran estado dotadas de movilidad.

EMPLEO DE LAS ARMAS DE TORSIÓN EN UNA BATALLA CAMPAL

Si daba tiempo a montarlas y situarlas, el empleo elemental y primario de las piezas sería su distribución por todo el frente, más o menos con su unidad, centuria, de procedencia, y su finalidad sería hacer disparos para desgastar y causar confusión al enemigo. En todo caso, también obligarle a moverse hacia adelante y, habitualmente, desorganizarse para chocar con las primeras tropas propias, por lo general auxiliares, ya que los romanos no tenían por costumbre esperar a pie firme la carga de un enemigo, sino ir a su vez contra ellos. No se dispone de muchos datos respecto al empleo de los escorpions o quirobalistas en el campo de batalla.

139

Sí, en cambio, se los menciona en muchos asedios, lo que puede indicar que muchas veces no se los empleaba como unidades centralizadas, a menudo bajo un mando único, siendo usados por las unidades de las que formaban parte orgánicamente, es decir, por las centurias, según el criterio de sus jefes directos o, más probable, de los jefes de las cohortes o con anterioridad al empleo operativo de las mismas, del jefe del manípulo, dos centurias, en tiempos de la República. No obstante, dada la flexibilidad táctica de la que hacían gala los ejércitos romanos, aumentada con la organización y el profesionalismo alcanzados por el Ejército altoimperial, este concepto evolucionó rápidamente.

Cualquier jefe, general o legado, avisado y experto, como solían ser, advertiría que, en determinadas circunstancias, los efectos de sus máquinas se verían multiplicados si estas eran empleadas juntas. Para ello era necesario situarlas en un flanco, habitualmente, para poder disparar sin peligro de las tropas propias. Dada la relativa inmovilidad de los

escorpions, por no hablar de las balistas, si se intentaban emplear las máquinas de esta forma, había que protegerlas con atrincheramientos, que los romanos realizaban con gran rapidez, y con la asignación de algunas cohortes para su defensa inmediata. Un ejemplo de este proceder lo tenemos en la batalla relatada por el propio Julio César en *De bello Gallico* (*La guerra de las Galias*), en la batalla que le enfrentó a los belgas (libro segundo).

Otra manera de situar las distintas máquinas era, si el terreno lo permitía, es decir, si el despliegue del ejército se realizaba en una pendiente, asentarlas detrás de la primera o, incluso, la segunda línea de las cohortes. Hay que tener en cuenta que, por lo general, delante desplegaban los auxiliares, por lo que su alcance efectivo se veía limitado al tener que disparar por encima de las tropas propias. Aunque no se menciona exactamente este, ni ningún otro modo de empleo de las máquinas, se puede deducir que así debieron de usarse por el estudio del terreno en el que se desarrollaron algunos combates, como la

140

batalla sin nombre descrita por Tácito en la que resultó aplastada la rebelión de Boudica, denominada actualmente batalla de Watling Street (fig. 5.13), en el 61 d. C. (Tácito, 1985: lib. XIV). Disponemos de un testimonio del empleo de la artillería de torsión en una batalla campal, que también nos ofrece Tácito, y dado en fecha muy próxima a la anterior. Se trata de los combates, dentro de la guerra civil, que surgió tras el asesinato del emperador Nerón, en Bedriacum, cerca de Cremona, entre partidarios de Galba y de Vitelio, todos ellos romanos. Aquí, los vitelianos consiguieron rechazar a sus enemigos concentrando su artillería en un lugar favorable (Tácito, 2006: lib. XV).

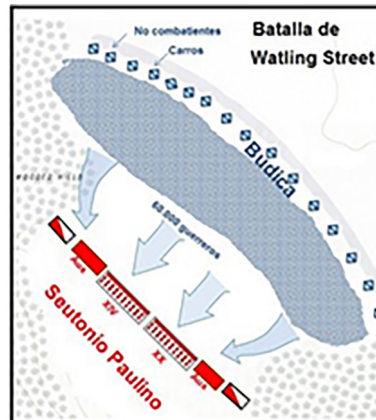


Fig. 5.13. Representación del despliegue, según Tácito en la batalla de Watling Street. Las tropas romanas estaban en pendiente y con sus flancos cubiertos

A partir de ese punto, durante el gobierno de los Antoninos, desde finales del siglo I a finales del II, la única referencia que tenemos del empleo de la artillería en una batalla campal nos la proporciona *Flavius Arrianus* (Flavio Arriano), en su *Plan de movilización contra los alanos* (fig. 5.14). En esta auténtica orden de operaciones para la batalla contra ese pueblo guerrero, Arriano indica las disposiciones y la situación de



Fig. 5.14. Batalla de romanos contra alanos, tal y como la descrita por Flavio Arriano (Peter Conolly)

sus tropas dentro del despliegue general, asignando a sus quirobalistas o carroballistas, a las cuales se sumarían las balistas lanzapiedras, los flancos, debidamente protegidas tras las tropas propias. Es decir, se advierte de manera clara como las centralizó y empleó con una misión más allá del apoyo a la infantería. Parece que fue en este periodo donde se produjo el cambio desde el escorpio en sus versiones finales hacia la quirobalista y la versión montada de esta, la carroballista. En la Columna Trajana, más o menos de esta misma fecha, aparecen soldados manejando quirobalistas, mientras que no hay referencias a los antiguos escorpios.

141

Desde luego, la carroballista permitía, en un momento dado, desplazar las piezas hacia una determinada posición, colaborando en la destrucción, no ya hostigamiento y desgaste como ocurría con los escorpios, de un enemigo que se hubiera visto cogido en una mala posición táctica. Incluso permitía cambiar el esfuerzo en muy poco tiempo dentro del mismo combate, mediante un cambio de posición.

EFFECTOS DE LAS MÁQUINAS DE TORSIÓN

La artillería ligera, escorpios o quirobalistas, se empleaba contra personal o animales. En los asedios su misión era impedir que los enemigos ocuparan tranquilamente las protecciones de la muralla y hostigar el interior de la fortaleza, disparando proyectiles incendiarios. Por su precisión, podían disparar sobre blancos aislados, acabando con combatientes cualificados o que estuvieran en posición de causar un daño elevado. Un ejemplo de esto lo tenemos en lo relatado por Julio César

en *La Guerra de las Galias*, durante el sitio de Avarico, abatiendo a los combatientes que querían quemar los ingenios romanos.

Las máquinas se emplearían en una batalla para causar bajas y desorganizar al enemigo. Cuando se enfrentaban a ejércitos bárbaros, sobre todo germanos, galos o britanos o dacios, el ejército romano solía estar superado en número, habitualmente no demasiado, y contaba con una organización y armamento que sus enemigos solo podían contrarrestar con el propio número, su furor y la violencia del choque. Si el comandante romano hacía las cosas bien y en condiciones normales, no intentaría atacar directamente a la masa enemiga, sino que trataría de que estos se arrojasen a la carrera hacia adelante, perdiendo la poca organización que tuvieran y chocando con sus propias fuerzas a poca distancia de su línea.

Esta táctica se deja ver, entre halagos y menciones a los heroicos legionarios, a lo largo de *La Guerra de las Galias*. Si daba tiempo a situarlas, lo que tratándose de los escorpios de los que podía disponer César suponía un lapso relativamente elevado, unos minutos, y un campo de batalla concreto, las máquinas dispararían contra la masa enemiga, que no tenía nada con que responder, salvo intentar castigar a las primeras cohortes con disparos de flechas casi a máxima distancia. Si no se decidían pronto, cada minuto o menos caería una lluvia de proyectiles de los escorpios, de efectos devastadores sobre la masa, tanto físicos, ya que rara vez se perdería un disparo, como psicológicos, por no poder contrarrestarlos con nada, y que, por tanto, obligaría a cargar alocadamente para chocar con las cohortes lo antes posible y, al menos, evitar los tiros directos, aunque las máquinas continuaran batiendo la retaguardia enemiga.

Respecto a los efectos propiamente dichos de los proyectiles de escorpio o quirobalista, se dispone de algunos testimonios procedentes de excavaciones o de cronistas, como el ya referido Josefo. Si el disparo de un escorpio o quirobalista alcanzaba a un combatiente (fig. 5.15) era muy difícil que este sobreviviera, ya que el proyectil era un dardo grueso, con punta de hierro y de unos 75 cm de longitud, al menos. Por supuesto, y siempre dependiendo de la distancia, era capaz de atravesar tanto el escudo como cualquier tipo de protección

142



Fig. 5.15. Efecto mortal de un proyectil de escorpio sobre un combatiente

corporal, y los daños por penetración casi siempre serían irreversibles, al ser difícil que no alcanzaran algún órgano vital y rompieran huesos o vasos importantes.

Las balistas y los posteriores onagros de la época Bajo Imperial se empleaban sobre todo en asedios, si bien, en algunas batallas en las que se partía de posiciones consolidadas, también se podían emplear, debidamente protegidas por tropas al efecto y fortificaciones de campaña, con tremendos efectos al ser disparadas sobre masas de hombres tal y como menciona Tácito en los combates de Bedriacum. Como ya se ha comentado, durante un asedio, más que intentar destruir una muralla bien construida, se empleaban en la destrucción de las fortificaciones que coronaban la misma, en la prohibición o restricción de acceso a determinados puntos y la destrucción de los edificios de la ciudad, así como su incendio.

LA EVOLUCIÓN DE LA ARTILLERÍA ROMANA DURANTE EL BAJO IMPERIO

La orgánica de las legiones no cambió, al menos sobre plantilla, hasta el siglo III. Habitualmente se consideran las reformas efectuadas por el emperador Galieno (*Publius Licinius Gallienus*), que ostentó la dignidad imperial desde 260 a 268, como el origen de unas nuevas legiones, inferiores en número a las del Alto Imperio y, posiblemente, más móviles y capaces de actuar en una concepción estratégica de defensa en profundidad, en vez de la defensa lineal del *limes* que había sido habitual hasta entonces. Probablemente, esto no fuera más que la confirmación de un proceso iniciado con anterioridad, pero que con este emperador tomó carta de naturaleza. Las legiones perdieron su artillería, siendo agrupada esta en unidades independientes que prestaban apoyo allá donde fuesen requeridas.

143

Con ello desapareció el sistema, ya comentado, por ser ineficiente, que permitía a cada legión fabricar y reparar sus propias armas en los talleres, aunque es muy probable que este hubiese sido ya dejado de lado. Las armas eran fabricadas en puntos centrales, que suministraban a las unidades, ahorrándose así, mediante la centralización, un dinero que resultaba cada vez más escaso para las necesidades. No obstante, es posible que el proceso no fuera inmediato, sino que las reformas fueran adoptándose paulatinamente, culminando con las reformas de Constantino, ya en el siglo IV.

La centralización alcanzó al extremo de agrupar la artillería, suponemos que carrobalistas, ya que los onagros y las balistas, si estas seguían existiendo, hubieran dado al traste con la movilidad, en legiones, servidas por artilleros (*ballistrarii*) y que se desplazaban con los ejércitos de campaña, según las necesidades. Cada ejército móvil (*comitatenses*) tenía preasignadas una o dos legiones artilleras, a las que se podían sumar otras unidades con piezas pesadas, según necesidades. Llegó a haber cinco legiones artilleras, según la *Notitia dignitatum*, un documento que nos proporciona la orgánica del Ejército romano de la época (*Notitia Dignitatum, comitatenses*, 2007: V-X):

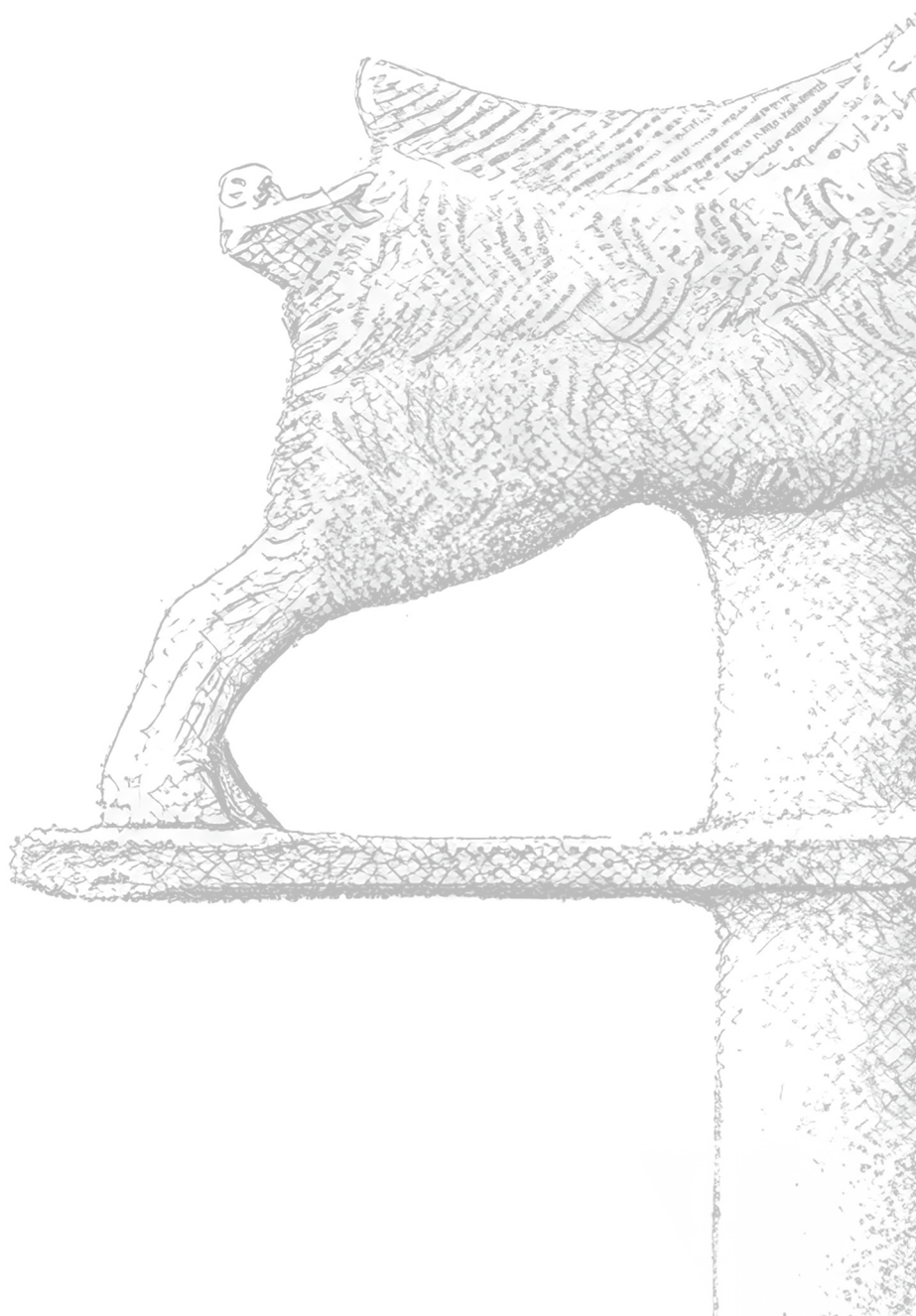
- Ballistrarii Dafnenses.
- Ballistrarii Seniores.
- Ballistrarii Luniores.
- Ballistrarii Theodosiaci.
- Ballistrarii Theodosiaci Luniores.

144 Este fue el máximo grado de centralización, tanto operativa como táctica, de la artillería romana, empleada en grandes unidades, que, lógicamente se podrían subdividir según aconsejara las circunstancias, y que formaban parte de los ejércitos de maniobra. Ignoramos la composición real de cada una de estas legiones, así como el número de piezas que incluían, pero desde luego, podemos pensar que fue el planteamiento más acabado y racional para aprovechar unos recursos cada vez más escasos, hasta que, en lo que sería la parte occidental del Bajo Imperio, la descomposición política y económica arrastrara a estas unidades junto con el resto del ejército.

BIBLIOGRAFÍA

- Amiano Marcelino. (2009). *Rerum gestarum libri qui supersunt*. Navarro y Calvo, F. (trad.). Ed. digital. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Amo del Castillo* [blog en línea]. (2024). S. l., s. n. [Consulta: 2023]. Disponible en: <https://amodelcastillo.blogspot.com>. Máquinas de torsión.
- Arriano, F. (S. f.). *Lucius. Plan de movilización contra los alanos* [en línea]. Satrapa1 (trad.). [Consulta: 2022]. Disponible en: <https://www.satrapa1.com>
- César, C. J. (1985). *La guerra civil. La guerra de las Galias*. Goya Muniain, J., Balbuena, M. (trads.). Madrid, Sarpe. Iulius Caesar.
- Connolly, P. (1989). *Las legiones romanas*. Madrid, Anaya.
- . (2016). *La guerra en Grecia y Roma*. Madrid, Desperta Ferro.
- Dando Collins, S. (2012). *Legiones de Roma*. Madrid, La Esfera de los Libros.

- Dougherty, M. J. (2012). *El guerrero antiguo*. Alcobendas (Madrid), Libsa.
- Goldsworthy, A. (2005). *El ejército romano*. Tres Cantos (Madrid), Akal.
- Iriarte Cortázar, A. (2011). Introducción a la artillería de torsión. *Gladius*. XXXI. Pp 57-76.
- Josefo, F. (1997). Titus. En: *La guerra de los judíos*. Nieto Ibáñez, J. Mª (trad.). Madrid, Gredos.
- Las legiones de Roma [en línea] (2003-2024). *El Gran Capitán*. S. l., s. n. [Consulta: 2023]. Disponible en: <https://www.elgrancapitan.org/foro/viewtopic.php?t=7821>
- Medina Ávila, C. (2013). La artillería. En: *Historia Militar de España. III. Edad Moderna. II. Escenario Europeo*. Ribot, L. (coord.). Madrid, Ministerio de Defensa, Secretaría General Técnica. Pp. 314-341.
- Notitia Dignitatum* [en línea]. (2007). Duarte Sánchez, A. D. (trad.). Murcia, s. n. [Consulta: 2023]. Disponible en: https://www.academia.edu/2901946/Notitia_Dignitatum_Traducci%C3%B3n_del_lat%C3%ADn_al_castellano
- Sáez Abad, R. (2004). La artillería en las batallas campales en el mundo grecorromano. *Akros. Revista de Patrimonio*. N.º 13, Sept., pp. 41-46
- . (2005). Artillería y poliorcética en el mundo grecorromano. Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Polifemo.
- Tácito, C. y (1985). Publius. En: *Anales del Imperio romano: desde la muerte de Augusto a la de Nerón*. Coloma, C. (trad.). Barcelona, Iberia. Cornelius Tacitus. 145
- . (2006). Publius. En: *Historias*. Conde, J. L. (ed., trad.). Madrid, Cátedra. Cornelius Tacitus.
- Tormenta [en línea]. (2005). *Roma Victrix. Historia Militaris Romae*. S. l., Estrela Fiere. [Consulta: 2022]. Disponible en: <https://www.roma-victrix.com/suma-divisio/armamentarium/tormenta.html>
- Vegecio. (2015). *Epitoma rei militaris*. En: Calleja Berdonés, M. T. *Edición crítica y traducción del Epitoma rei militaris de Vegecio (libros 1 y 2) a la luz de los manuscritos españoles y de los más antiguos testimonios europeos* [tesis doctoral]. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Vitruvio Polión, M. (1787). *Los diez libros de la arquitectura*. Libro X. Ortiz y Sanz, J. Madrid, Imprenta Real.





LAS INSIGNIAS MILITARES DE
LAS LEGIONES ROMANAS:
UNA APROXIMACIÓN A SUS
ORÍGENES, USOS Y TIPOLOGÍA

José Julio García Arranz
Doctor en Historia del Arte
Profesor titular de la Universidad de Extremadura

LAS INSIGNIAS MILITARES DE LAS LEGIONES ROMANAS: UNA APROXIMACIÓN A SUS ORÍGENES, USOS Y TIPOLOGÍA¹

José Julio García Arranz
Doctor en Historia del Arte
Profesor titular de la Universidad de Extremadura

INTRODUCCIÓN: DISTINTOS TIPOS Y FUNCIONES DE LAS INSIGNIAS MILITARES EN EL MUNDO ANTIGUO

Desde sus más tempranas manifestaciones, y hasta las décadas centrales del siglo XIX, han coexistido en los diferentes campos de batalla al menos tres tipos diferentes de enseñas o estandartes (Quesada, 2007b: 89-90). Las más numerosas, aquellas a las que dedicaremos esencialmente las siguientes páginas, son las insignias de carácter táctico, propias de grupos operativos de pequeño tamaño. En segundo lugar se encuentran los *signa*, asociados a unidades militares de mayores dimensiones y que han perdido, en muchos casos, la función operativa que pudieran haber tenido en su origen para adquirir una mayor significación simbólica al convertirse en encarnación del espíritu colectivo o *numen* de un importante cuerpo de ejército: un caso paradigmático viene a ser el del águila de las antiguas legiones romanas, única para cada gran unidad, asociada al mismo tiempo al dios Júpiter, al ejército romano en su integridad e, incluso, a la propia Roma. Finalmente, se emplearon también en el frente estandartes de índole particular, a modo de divisas de carácter heráldico que identificaban al rey o emperador durante los combates: ya existentes entre los persas, como veremos, la llegada del

149

¹ La realización del presente trabajo se ha llevado a cabo con ayudas del proyecto *Biblioteca Digital Siglo de Oro 6* (BIDISO 6), con referencia: PID2019-105673GB-I00, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España por el programa estatal de Generación del Conocimiento (2020-2023), así como del proyecto de investigación IB20180, financiado por la Unión Europea (Fondo Europeo de Desarrollo Regional) y la Junta de Extremadura (Consejería de Economía, Ciencia y Agenda Digital). Agradecemos muy encarecidamente a Miguel Alba la amable invitación que nos brinda para participar en este dossier monográfico coordinado por él. Hemos de señalar, sin embargo, que la investigación sobre las insignias militares de época romana no es una de nuestras especialidades, por lo que lo que aquí ofrecemos es una síntesis de aportaciones realizadas por otros estudiosos sobre el particular recogidos en la bibliografía.

culto imperial en Roma propició la aparición de nuevos tipos de insignias personales, como es el caso de las *imagines* o retratos en relieve del emperador (fig. 6.7c), o la inclusión de efigies intercambiables del mismo en los estandartes de las cohortes pretorianas o Guardia Imperial (fig. 6.1b), que eran, en sí mismas, auténticos objetos de naturaleza sagrada (Kavanagh, 2013: 46). Estos estandartes particulares que identifican tanto al rey como a los nobles principales proliferaron durante la Edad Media hasta llegar a convertirse, en muchos casos, en las banderas nacionales de los estados modernos.

A causa de la creciente complejidad que los ejércitos experimentan a partir de la Edad del Bronce, dotándose estos de unidades con funciones y capacidades diversas cada vez más especializadas (infantería de línea, infantería ligera, arqueros y honderos, carros o caballería de línea y ligera, etc.), el control táctico empezó a operarse por medio de señales auditivas –normalmente emitidas con instrumentos de viento– y por la presencia de estandartes o insignias, a los que Vegetio denomina significativamente señales «mudas»² (Quesada, 2007a: 17-ss.; 2007b: 87).

150

Debe tenerse en cuenta que, protegidos por cascos que limitaban la visión y la audición, cegados por el sol y el polvo que levantan los movimientos multitudinarios de hombres y caballos –recordemos que los combates tenían lugar sobre todo en primavera y verano–, y ensordecidos por el tumulto y los gritos, los soldados de la guerra antigua podían desorientarse al ser incapaces de percibir y obedecer las instrucciones de sus oficiales. En tales condiciones, las insignias, estandartes, banderines o guiones se convierten en un instrumento necesario a la hora de suplir las necesidades fundamentales de mando, control táctico y comunicación que requerían los ejércitos en el momento de maniobrar o de recibir órdenes como eficaces referencias para el ordenamiento y reunión de las tropas (figs. 6.1a y 6.1b).

Quesada Sanz (2007b: 87) ha sintetizado de manera muy clara las funciones polivalentes esenciales de las enseñas tácticas en el frente de batalla: referente visual para alinear las formaciones, indicar con su movimiento

² Flavio Vegetio, historiador romano del siglo IV, escribe a propósito de esta cuestión: «[...] no hay nada más productivo para alcanzar la victoria que obedecer las indicaciones de las señales. Pues como en pleno fragor de la batalla es imposible dirigir a una multitud solamente con la voz y como según las circunstancias deben ordenarse y cumplirse muchas instrucciones de forma imprevista, una antigua práctica común a todos los pueblos halló el modo de que todo el ejército supiera y pudiera obedecer lo que el comandante considerase oportuno. Como todo el mundo sabe existen tres tipos de señales: orales, semiorales y mudas. [...] Las señales mudas son las enseñas de las águilas, los dragones, los pendones, las flámulas, las jubas y los penachos» (*Mil.* 3, 5, 1-3; 8; 2006: 253-254).



Figs. 6.1a y 6.1b. Columna Trajana (Roma, siglo II d .C.). Relieves con insignias militares romanas: a) insignias legionarias (izquierda); b) insignias pretorianas (derecha)

—acordado previamente— las acciones que debía llevar a cabo la tropa y señalar los puntos de reagrupamiento e identificación en determinados momentos del combate. De tales usos se deduce que las insignias eran propias de unidades tácticas pequeñas o relativamente pequeñas, es decir, del grupo de hombres —de entre uno y pocos cientos de efectivos— que, agrupados en su proximidad —no más de una veintena de metros de radio— pudieran distinguirlas sin dificultad en todo momento.

151

Con el fin de poder cumplir de manera efectiva con tales cometidos, las enseñas debían resultar perfectamente visibles a corta o media distancia en el fragor de la lucha. Para ello, en sus orígenes, estos distintivos se disponían sobre una lanza o *pilum* que permanecía alzado durante los enfrentamientos de modo que pudieran ser observados por encima del nivel de las cabezas de los combatientes. Pero, como indica, el ya mencionado, Vegecio (*Mil.* 2, 13, 2-3), también debían ser reconocibles con facilidad por la correspondiente unidad, por lo que adoptaban determinadas formas o recibían adornos o inscripciones peculiares que facilitarían su rápida identificación. Como veremos, con el paso del tiempo los ejércitos helenísticos y romanos empezaron a utilizar también piezas de tela añadida, los *vexilla* o estandartes, con un tamaño cada vez mayor para que resultaran más visibles y pudieran contener figuras o textos identificativos de carácter tanto corporativo como personal.

A consecuencia de la progresiva adquisición de relevantes atributos simbólicos, por parte de determinadas insignias tácticas³ —ya nos hemos

³ Significativo es el testimonio de Ovidio sobre el manípulo (*fast.* 3, 115; 1984: 226): «Estas [insignias] eran de heno, es cierto, pero ese heno era motivo de una veneración tan grande, cuanta vez que se tiene hoy día hacia tus águilas». En este sentido, es posible que la influencia psicológica que emanaba de dichas insignias, elemento identitario de la

referido más arriba a las águilas legionarias, que, de *numen* de una unidad, llegaron a ser percibidas como encarnación del espíritu de la propia Roma—, la necesidad de conservar y proteger tales enseñas pasa de ser un requisito estratégico deseable en la batalla a convertirse en un imperativo moral de notable repercusión. La posibilidad de portarlas en el frente constituía un importante honor, anhelado por muchos guerreros, pero también un riesgo considerable, ya que el enemigo trataba a toda costa de capturarlas tanto por su carácter práctico como por el representativo, por lo que se convertían en objetivo prioritario durante los combates. Resultaba común que la responsabilidad de portarlas se confiara a hombres veteranos y vigorosos (*vid.* Polibio, *Hist.* 6, 24, 6-7), de valor probado y moralmente dignos, por lo general oficiales de baja graduación, pero con amplia experiencia en la lucha (fig. 6.7). Además, por razones evidentes, los portaestandartes solían contar con una escolta especial de protección. La pérdida de las enseñas equivalía a la del espíritu del grupo vinculado a las mismas, a la destrucción de su moral combativa; tanto si aquella se producía o no de manera deshonrosa, tal suceso podría acarrear incluso la disolución de unidades completas.

152

ORÍGENES DE LAS INSIGNIAS Y ESTANDARTES MILITARES

Diversos estudiosos, como es el caso de Fernando Quesada Sanz (2007a: 25ss; 2007b: 90ss) en nuestro país, han puesto de manifiesto cómo la práctica del empleo de las insignias de carácter militar posee unos orígenes muy antiguos que posiblemente se remonten al inicio de los conflictos entre grupos humanos. Más allá de unos hipotéticos precedentes prehistóricos —no faltan referencias por parte de algunos eruditos, ya superadas, que hablan de arcaicos símbolos totémicos protectores de carácter mágico, destinados a velar por la victoria de sus fieles

unidad militar y punto de referencia como prueba de la pervivencia y encarnación de la solidez de la misma, propiciara la adquisición de una dimensión religiosa y sagrada; pero no hay que olvidar el hecho de que, al menos varias de ellas, son representación simbólica de los dioses y encarnación material de una suerte de espíritu o ideal que encarna y representa el conjunto de la legión: en ese contexto ideológico el soldado era capaz de morir por sus emblemas, a los que incluso rinde homenaje (*cf.* Suetonio, *Vit.*, 2, 4; *Cal.*, 14, 3). Es por ello por lo que autores como Eduardo Kavanagh (2012: 39) van a insistir en la naturaleza de los estandartes como figuras totémicas y objetos mágicos, que operan a nivel del inconsciente colectivo a través de funciones que trascienden el mero pragmatismo militar «[...] como símbolo de una unidad concreta y mecanismo centrípeto de la misma, como referente de fidelidades, como objeto sagrado merecedor de culto, como mediador entre los dioses y los hombres a través del prodigio y con toda probabilidad también como herramienta favorecedora de la victoria a través de su poder mágico».

en el campo de batalla (Reinach, 1877-1919: 1307ss)–, los primeros testimonios documentados corresponden a las antiguas civilizaciones del Próximo Oriente, normalmente asociados a la imagen de la realeza y el Ejército, los más antiguos *signa* ya combinan su función práctica en el combate con una gran carga simbólica –señales identificativas de personas o naciones con un carácter propiamente representativo o heráldico– y muchas veces religiosa.

Gracias a documentos visuales como los relieves de la *Paleta de Narmer* (ca. 3000 a. C.) (fig. 6.3), entre otros ejemplos, sabemos que ya en el antiguo Egipto existieron enseñas militares de diverso tipo para distintas unidades (Schulman, 1964: 69ss; Stillman y Tallis, 1984). Sin embargo, resulta llamativa la ausencia de noticias acerca del



Fig. 6.3. *Paleta de Narmer*. Detalle del reverso con portaestandartes (ca. 3200-3000 a. C.). El Cairo, Museo Egipcio

empleo de este tipo de insignias en la Grecia arcaica y clásica; probablemente, como se ha indicado (Quesada, 2007a: 27), el reducido tamaño de los ejércitos y la simplicidad de las tácticas de la falange hoplita –basadas en el choque frontal de los oponentes sin apenas intervención efectiva de infantería ligera o caballería– hacían innecesario el uso de este tipo de dispositivos. Sin embargo, los griegos sabían del empleo regular de enseñas por parte de los persas: Jenofonte (*An.* 1, 10, 12) menciona el estandarte real aqueménida –un águila dorada con las alas desplegadas en lo alto de una pica– que fuera mostrado en la batalla de Cunaxa; también ciertas escenas de combate recreadas en la cerámica griega de Figuras Rojas muestran a guerreros persas con enseñas: es el caso de un estandarte rígido de forma cuadrada dividido por un aspa en cuatro triángulos, que, sin duda, no es un emblema real o nobiliario (vid. Quesada, 2007a: 28; 2007b: 89) (fig. 6.4).

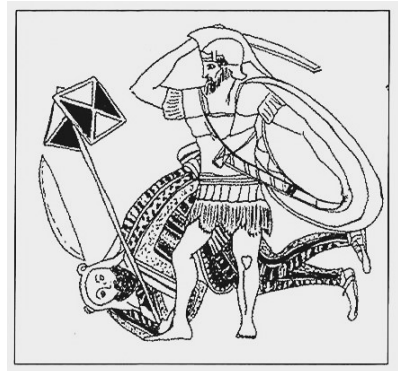


Fig. 6.4. Pintor Duris. Un hoplita griego derriba a un portaestandarte persa. Decoración de una copa ática (ca. 490-480 a. C.). París, Museo de Louvre

A pesar de que durante mucho tiempo se pensó que tampoco los ejércitos macedónicos de Alejandro

y de los reinos helenísticos habían empleado estandartes –*semeia*–, pues tan solo se hace referencia expresa a ellos en textos tardíos como los manuales de Táctica de Asclepiodoto (2, 9), Claudio Eliano (*Taktike theoria* 9, 4; Devine, 1989) o Arriano (*Táctica* 2, 9), investigaciones recientes (Karunanithy, 2006) han permitido recuperar otros textos en los que se mencionan enseñas militares helenas: es el caso de una referencia de Lucio Flavio Arriano al estandarte destinado a ir al frente de una unidad de caballería en las tropas de Alejandro:

«[...] Alejandro nunca nombró a ningún otro quiliarco en sustitución de Hefestión al mando de la caballería de los Compañeros, a fin de que el nombre de Hefestión se conservara siempre en su batallón; la quiliarquía se llamó 'de Hefestión' y el estandarte que la precedía en la marcha era el diseñado por Hefestión» (An. 7, 14, 10; 1982: p. 226).

Contamos, además, con alguna evidencia iconográfica que indica que, probablemente por influjo persa, los ejércitos de los reinos helenísticos emplearon estandartes de unidad rígidos al modo de los aqueménidas –como el representado en una placa de bronce incisa de Pérgamo (Karunanithy, 2006: 5)– o similares a los *vexilla* romanos, que quizá tuvieran procedencia directa de los helenísticos.

154

De los cartagineses nos ha llegado algún ejemplo dudoso, como el representado en la denominada Estela de Marte Púnico (siglos IV-III a. C.), pieza fragmentaria hallada en el Tofet de Cartago –en el barrio cartaginés de Salambó–, que representa a un jinete armado que porta al hombro una aparente enseña con corbatas de tela, si bien investigadores como M'hamed H. Fantar (2001: 141) tienden a identificar esta y otras figuras similares como posibles representaciones de una divinidad de carácter guerrero. También los pueblos «bárbaros» de Occidente utilizaron las enseñas militares, como ponen de manifiesto las fuentes literarias romanas, y, en especial, Tito Livio, quien cita específicamente en varias ocasiones (*Hist.* 29, 2, 13; 31, 49, 7; 33 25, 33; 34, 20, 6; 39, 31, 14; 40, 33, 4-6) los *signa militaria* empleados en la lucha por los pueblos íberos o celtíberos, o bien capturados a estos en combate, elementos que parecen cumplir aquí las mismas funciones que desempeñaban entre sus oponentes romanos (Almagro, 1997; Pastor, 1998; 2004).

EL USO DE INSIGNIAS MILITARES EN LAS LEGIONES ROMANAS

Disponemos de noticias del uso de estandartes militares en la civilización romana desde la misma fundación de la *urbs*, de modo que el Imperio

adoptó, desarrolló y amplió un sistema republicano ya complejo, codificado y coherente de enseñas. Sabemos que desde los míticos tiempos de Rómulo tales distintivos consistían básicamente en simples manojos de heno (de donde procedería el nombre de la unidad táctica básica de la Legión entre los siglos IV-II a. C.: *manipuli*) atados a la punta de una lanza o pértiga. Son numerosos los pasajes de la literatura antigua que hacen alusión al origen y naturaleza del manípulo; así, según Plutarco de Queronea: «Llevaba, además, [Rómulo] con él un ejército organizado por centurias y, al frente de cada una, iba un hombre enarbolando una pica con la punta cubierta de hierba y ramaje: manipla las llaman los latinos, y desde entonces también ahora en los ejércitos dan a éstos el nombre de "maniplarios"» (*Rom.* 8, 7; 1985: 220-221).

Debemos especificar aquí que cada legión romana contaba con unas diez cohortes, cada una de las cuales se componía de seis centurias (excepto la *milliaria*, con cinco centurias más reforzadas). Cada centuria –o cada manípulo, según algunos autores–, tanto en la República como en el Imperio, disponía de al menos un *signum* y un *vexillum*, distintivos de cuyo aspecto tenemos conocimiento indirecto gracias fundamentalmente a los relieves de la Columna Trajana, los arcos triunfales, los monumentos conmemorativos o las estelas funerarias pertenecientes a legionarios *signiferes* o portaestandartes, así como por medio de la numismática⁴. Las cohortes no contaban con *signa*, excepto las auxiliares (fig. 6.5).

Durante la República, junto a los manípulos, se multiplicaron los elementos incorporados a las enseñas, con la adición en los astiles de *phalerae*

155



Fig. 6.5. Águila flanqueada por signa que contienen las letras H y P en el reverso de un denario de plata de la Gens Valeria emitido en la Galia (82 a. C.)

⁴ Resulta bien conocido, a modo de ejemplo, el hecho de que, en las primeras acuñaciones de monedas que se llevaron a cabo en Emerita augusta aparecen representados estandartes de las legiones V y IX, dato que permite corroborar que entre los «emeritos» que fundaron la colonia se encontraban excombatientes de aquellos cuerpos.

o fáleras –discos de plata o plateados alineados, con entre cuatro y seis unidades, con quizá una cartela en la parte superior con el nombre de la unidad–, crecientes también metálicos, corbatas de tela, letras H (línea de *hastati*) y P (de *princeps*) (fig. 6.5), a los que se suman diversas figuras zoomorfas de carácter simbólico, como veremos a continuación. Los generales portaban *vexilla* o estandartes personales de color rojo, que se alzaban para dar la señal de combate o se empleaban en Roma en caso de movilización.

Estos distintivos de tela serán posteriormente muy frecuentes en unidades de caballería por su ligereza, aunque también se usarán en algunos destacamentos legionarios. En algún momento la punta de la lanza empezó a ser sustituida por una mano de metal que muestra su palma –posible referencia al «manípulo» primigenio o bien un símbolo de carácter apotropaico–, rodeada de una corona de laurel.

156 Un momento relevante en lo que se refiere a la codificación temprana de los *signa* militares se corresponde con la época de Cayo Mario (ca. 104 a. C.), cónsul fundador del ejército profesional romano, estableciendo un elaborado sistema de insignias militares en su doble vertiente práctica y simbólico-religiosa. En esta época, el ejército –y no necesariamente cada legión⁵–, además de las diversas enseñas manipulares, contaba con cinco dispositivos de morfología zoomorfa: el principal entre ellos era el *aquila* o águila, presentando los demás las figuras de otras diversas especies animales reales o fantásticas. Así lo explica Plinio el Viejo en un conocido pasaje de su *Historia natural*:

«A las legiones romanas la consagró [el águila] con carácter exclusivo, Cayo Mario en su segundo consulado. Anteriormente, también era primera enseña junto con otras cuatro: el lobo, el minotauro, el caballo y el jabalí precedían sendas formaciones. Unos pocos años antes habían comenzado a llevarla a ella sola al campo de batalla; las demás se dejaban en el campamento. Mario prescindió por completo de estas últimas. A partir de ello se ha observado que casi nunca el campamento de invierno de una legión está donde no haya una pareja de águilas» (*HN*, 10, 4, 16; 2003: 359-360).

Salustio (*Cat.* 59, 3) menciona igualmente una insignia con forma de águila «[...] que, según decían, había tenido en su ejército C. Mario

⁵ Lo cierto es que, en este sentido, no está claro el texto de Plinio: ¿cada legión portaba un águila y una de las enseñas «totémicas»? ¿cada legión ostentaba cinco enseñas, una de carácter general y otra por cada ordo, aparte de los signa de las centurias?

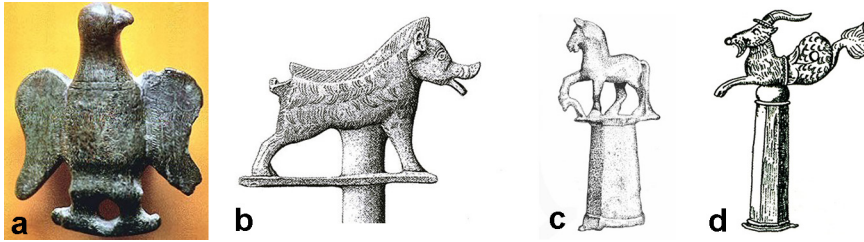
durante la guerra cimbria» (1954: vol. I, p. 73)⁶. En el campamento militar se erigía una capilla (*aedes* o *domus signorum*) donde se depositaban en campaña estos distintos *signa* militares. Durante la época republicana, en tiempo de paz, las águilas se custodiaban en determinados templos y, durante el Imperio, en una capilla permanente de piedra situada muy cerca del cuartel general del campamento legionario, señal evidente del respeto reverencial y sagrado que se mantenía hacia estas enseñas (fig. 6.12).

Son diversas las interpretaciones que se han dado a estas figuras de animales, que adquirirían materialmente la forma de una pequeña escultura metálica, normalmente de bronce, inserta en el extremo superior de un asta (*vid.* Llantén y Penna, 2019: 92ss) (fig. 6): desde su adscripción geográfica a determinadas regiones (Renel, 1903: 193), pasando por su vinculación con conceptos totémicos arcaicos o su aparente carácter de representación de los dioses a través de sus atributos o símbolos teriomorfos (Alföldi 1952: 188; Dumézil 1974: 247), hasta su posible relación con la transferencia empática a los combatientes de las cualidades físicas atribuidas a tales animales: rapidez, agresividad, fuerza, peligrosidad... Como precisa Plinio en aquel pasaje citado, el águila era el más importante de entre estos emblemas zoomorfos –resulta evidente su relación mítica con Júpiter, así como con los prodigios y presagios a ella asociados: Flavio Josefo (*BI* 3, 6, 123) justifica la importancia de esta figura por corresponder a la reina y la más fuerte de las aves, y porque representa, por sí misma, el símbolo del imperio y un auspicio de victoria contra cualquier enemigo–, a la que se sumaban, recordemos, las figuras de un lobo, un jabalí, un caballo y un minotauro (figs. 6.6a, 6.6b, 6.6c y 6.6d)

El águila (figs. 6.1a, 6.5, 6.6a, 6.7b, 6.12 y 6.13), de dimensiones relativamente reducidas, que sujeta entre sus garras los rayos jupiterinos, elaborada en plata en la República y de oro o plata sobredorada en el Imperio⁷,

⁶ Según Cicerón (*Catil.* 1, 9, 24) se trataba de un águila de plata que Catilina guardaba en su casa con especial veneración. Encontramos también referencias a los estandartes militares con forma de águila en Julio César, *b. g.* 4, 25; Tácito, *ann.* 1, 39, 4; *hist.* 1, 61; Ovidio, *fast.* 5, 579-598; 6, 463-468; Juvenal, *sat.* 14, 196-197; Lucano, 1, 7; Apiano, *b. c.* 4, 101; Dios Casio, *Hist.* 40, 18; 43, 35; Vegecio, *Mil.* 2, 6, 8; Lactancio, *div. inst.* 1, 11, 19; Isidoro de Sevilla, *orig.* 18, 3, 1-2.

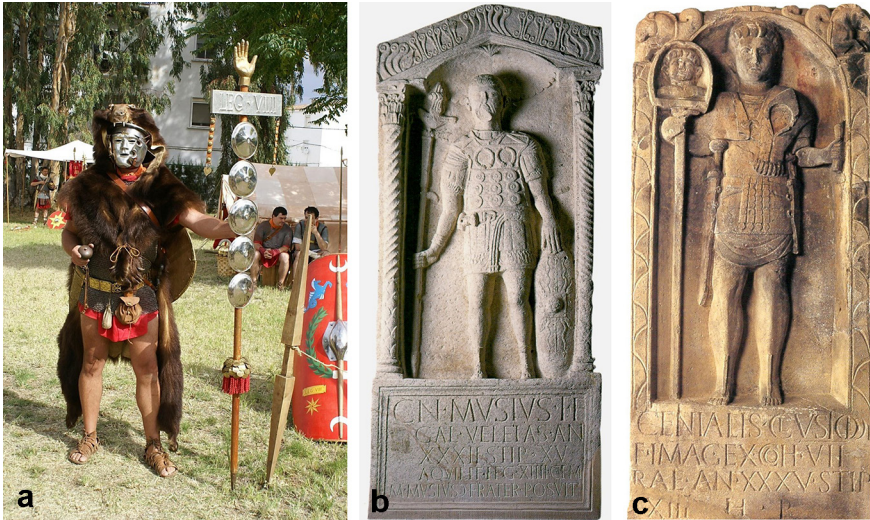
⁷ Se han encontrado, sin embargo, varias pequeñas figuras de águilas de bronce pertenecientes probablemente a estandartes legionarios, como la procedente del campamento de Vindonissa-Windish (siglo I d. C., robada del Vindonissa Musen en Brugg, Suiza) (fig. 6a), la posiblemente procedente del campamento de Aquae Querquennae (Baños de Bande, Orense), de los siglos I-II d. C., o la procedente de Monte Cido (Folgozo de O Caurel, Lugo), de la segunda mitad del siglo I d. C. (Vega, 2007: 470 y 474-477).



Figs. 6.6a, 6.6b, 6.6c y 6.6d. Insignias legionarias de carácter zoomorfo o zodiacal: a) Águila de un estandarte legionario procedente del campamento de Vindonissa-Wimdish (segunda mitad del s. I d. C., desaparecida). b) Jabalí del Museo Arqueológico Nacional de Madrid (fecha indeterminada). c) Caballo localizado en el vicus del fuerte británico de Vindolanda (fecha indeterminada). d) Posible enseña militar en bronce de capricornio, procedente de Wiesbaden (Museo de Mainz, fecha indeterminada)

158

verdadero *numen* de la legión, se establece como enseña fundamental de las legiones, y acabó por ser la única que se portaba al campo de batalla, dejándose las demás en el campamento; sin embargo, no se arriesgaba de manera inútil, y no salía del campo si la totalidad de la legión no marchaba con ella. Situada en el extremo superior de una asta con la altura de una persona (fig. 6.7b), la portaba un hombre escogido y especialmente entrenado, tal vez antes *signifer* y más tarde centurión, aunque no era necesariamente oficial, y podían llevar mucho tiempo en el puesto. De acuerdo con Flavio Josefo en el lugar citado (*BJ* 3, 6, 123), en época imperial las enseñas marchaban agrupadas junto a los tribunos, al frente del conjunto de la fuerza legionaria, pero debía ser mucho más habitual que, como cuenta Arriano (*Alan.* 1, 3), las insignias fueran a la cabeza de cada legión. En batalla (Peddie, 1994: 35), el águila combatía bajo el cuidado y supervisión directos del centurión *primus pilus*, el más antiguo de la legión, con la primera cohorte (la *milliaria*), fuerza de élite en la misma, y contaba, además, con una escolta específica –adicional al hecho de que debía haber más de un *signifer* por motivos de rotación– (*vid.* Vegetio, *Mil.* 2, 6, 1-2; 2, 8, 1). Los portaenseñas llevaban un equipo ligero que facilitara su movilidad –no loriga segmentada, sino cota de malla– y escudo pequeño; habitualmente se cubrían con pieles de animales agresivos (lobos, leones, osos) que intensificaran su aspecto feroz con el fin de atemorizar a presuntos atacantes, o tal vez con un significado mágico protector (fig. 6.7a). Estos soldados debían mantener la calma en todo momento y perder la vida antes que el estandarte, pues su custodia era una prioridad militar –y casi diplomática– del Estado romano. Una victoria podía llegar a medirse, no tanto por las bajas causadas, sino por el número de enseñas tomadas al enemigo (figs. 6.7a, 6.7b y 6.7c).



Figs. 6.7a, 6.7b y 6.7c. Portaestandartes romanos. a) Recreación de un signifer de la Legio VIII en Emerita Iudica (2012). b) Estela funeraria del aquilifer Gnaeus Musius, ca. 13 a. C.-43 d. C. Landesmuseum, Mainz (Maguncia, Alemania). c) Estela funeraria del imaginifer Genialis con un probable retrato de Claudio, segunda mitad del siglo II. Landesmuseum, Mainz (Maguncia, Alemania)

Las restantes insignias zoomorfas, adscritas posiblemente a las legiones –o tal vez a sus unidades inferiores–, a las que suele denominarse *signa minora*, resultan menos frecuentes y peor conocidas en cuanto a sus conexiones simbólicas y posible significado. Varias de ellas se refieren a animales tradicionales bien familiares para los combatientes, como es el caso del lobo (fig. 6.1a). Asociados a la actividad del pastoreo, que parece constituir la condición originaria de los pueblos indoeuropeos, y unidos a la condición de cazadores de acecho y al instinto gregario de aquella especie, los lobos se asimilan al tipo de enfrentamiento por pillaje en la Italia primitiva. Pero fue la mitología la que consagró la relación de Marte con el *lupus*: los hijos del dios de la guerra –Rómulo y Remo, míticos fundadores de la ciudad– fueron amamantados por una loba, y, por lo tanto, son literalmente hijos de aquel animal⁸.

No obstante, los otros tres animales simbólicos presentan mayor dificultad a la hora de identificarse con alguna deidad. Acerca del jabalí (figs. 6.6b, 6.12 y 6.13), emblema de origen posiblemente bárbaro que

⁸ Respecto a la relación de Rómulo y Remo con la loba, *vid.* Tito Livio, *Hist.* 1, 4, 6; Ovidio, *fast.* 2, 411ss, y en diversos pasajes de Plutarco de Queronea: *Rom.* 4, 2; 7, 7; *quaest. Rom.* 21 (*mor.* 268F); 57 (*mor.* 278C) y *fort. Rom.* 8 (*mor.* 320D). El lobo aparece identificado como animal consagrado a Marte, por ejemplo, en Virgilio, *Aen.* 9, 565-566 o Servio, *in Verg. comm.* 7, 190.

fuera asimilado por las unidades romanas –fue, por ejemplo, símbolo de la *Legio XX Valeria Victrix*–, han surgido diversas interpretaciones con respecto a su posible significación. A. Alföldi (1952: 188) lo intentó asociar con el dios Quirino, basándose en el hecho de que existieron algunas monedas romanas con la efigie de esta deidad y un puerco⁹. Por su parte, Georges Dumézil (1974: 179) también vincula esta especie con el dios de la Guerra: bastará con mencionar en este sentido el mito de Adonis, donde el jabalí que asesina al joven amante de Venus es el propio Marte, quien, celoso de la hermosura del muchacho, se metamorfosea en aquella bestia para herirlo de muerte. Ciertamente, la tradición romana reconoce al jabalí por su carácter iracundo y su violenta respuesta frente al ataque: por eso fue natural su asociación con la agresividad, principal atributo del dios guerrero. Pero, sin embargo, la solución al enigma de la presencia de esta figura en el campo de batalla parece encontrarse en un pasaje de Festo: «La efigie del puerco ocupaba un quinto lugar entre las insignias militares, pues una vez acabada una guerra, en medio de aquellos pueblos que firmaban la paz, se solía confirmar ésta desfigurando a golpes a la puerca inmolada» (*de verb. sig. (Pauli excerpta)* 267, 6-8). De este texto puede deducirse que el empleo del jabalí como enseña castrense procede del sacrificio ritual que formaba parte del establecimiento de los antiguos tratados de paz. Tito Livio (*Hist.* 1, 24, 7-8) reproduce, como ejemplo ilustrativo, el juramento que seguía a la lectura de las condiciones, y que sellaba un acuerdo de paz entre romanos y albanos; a continuación, el *pater patratus*, tras sancionar el tratado, golpeaba al puerco –imagen del perjurio– con una piedra de sílice que era tradicionalmente conservada en el templo de Júpiter Feretrio.

En cuanto al caballo (fig. 6.6c), es otro de los símbolos teriomorfos vinculados con la guerra en la Antigüedad: además de sus connotaciones mortuorias o funerarias, bien estudiadas desde el punto de vista de la historia de las religiones, su empleo táctico en la guerra del Mundo Antiguo resulta evidente, lo que podría explicar el vínculo que en el Lacio se pudo establecer entre Marte y este animal. Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.* 5, 13, 2), Festo (*de verb. sig.* 71, 20-23) y Plutarco (*quaest. Rom.* 97; *mor.* 287A) nos informan de un ritual en el que se sacrificaba un caballo a Marte, el *equus october*, rito consagrado al dios de la Guerra que

⁹ Se piensa que Quirino, vinculado en muchos aspectos con Marte, fue el dios de la guerra original de los sabinos; se asocia también al sobrenombre con que Rómulo, hijo de Marte, fue ascendido a los cielos; finalmente, es este uno de los epítetos del dios Jano, el del doble rostro, cuyo templo indicaba la transición de un estado de paz a uno de guerra, siendo en consecuencia un dios dual (Dumézil, 1974: 179).

parece bastante extendido por todo el área indo-mediterránea (Eliade, 1974: 125-128; 134-136).

Sexto Pompeyo Festo no solo alude al minotauro como estandarte militar de los romanos, sino que explica así las razones simbólicas de su elección: «La imagen del Minotauro se encuentra entre las insignias militares, pues no menos han de permanecer secretos los consejos de los jefes, que lo estuvo [aquel] en su morada, el laberinto» (*de verb. Sig. (Pauli excerpta)* 135, 21-23). Vegetio (*Mil.* 3, 6, 9) refiere en unos términos muy similares a la naturaleza del minotauro como insignia castrense. Estos testimonios resultan interesantes por cuanto su presencia en el imaginario legionario no responde a una posible vinculación mítica o geográfica, sino a atributos o cualidades que se consideran necesarias entre la oficialidad de la tropa antigua.

Catón (*Agr.* 141) describía una fiesta ritual lustral llamada *suovetaurilia*, donde se sacrificaban machos de puerco, oveja y toro, el primero dedicado a los dioses ctónicos, el cordero a Quirino y el toro a Marte¹⁰. Resulta significativo que, de los cinco animales mencionados en los estandartes, cuatro de ellos pueden vincularse a este último dios, en tanto el águila, como ya se ha indicado más arriba, es claro atributo de Júpiter. Sabemos (Wissowa, 1902: 132) que el dios romano de la Guerra contaba con al menos cinco animales a él consagrados: el lobo, el toro, el caballo, el jabalí y el pájaro carpintero, varios de los cuales se corresponden con especies mencionadas más arriba y que, como sugiere Dumézil (1974: 179), conectan con una antigua tradición de encarnaciones de los dioses indoeuropeos de la guerra.

Entre las insignias zoomórficas más residuales se encuentra la figura del gallo, asociado a Marte por el valor y combatividad del animal, aunque su empleo podía responder también a razones de carácter étnico: así, sería empleado por una cohorte que combatió en las Galias. El motivo del elefante puede observarse como emblema de la *Legio VI Alauda*, que sirvió en África, y que fuera adoptado por esta tras su victoria y hazañas contra estos animales en la batalla de Thapsus (45 a. C.)¹¹. Finalmente, es posible también encontrar en el imaginario militar romano determinadas referencias a ciertos signos zodiacales: es el caso de la figura de

¹⁰ El toro y el caballo fueron las víctimas preferidas del dios de la guerra, que, en el caso romano, tenía además un fuerte papel agrícola como protector de los campos. Por lo mismo, la reconocida bravura del toro se asociaba fácilmente con Marte.

¹¹ Julio César hizo acuñar denarios de plata (ca. 49-48 a. C.) portando en el reverso un elefante, que en Mauritania se llamaba *caesar*, y no *elephas* o *elephantus*. El paquidermo aparece pisando una serpiente.

Scorpio, el escorpión, representada sobre los escudos de los pretorianos, o de Sagitario y Capricornio –empleado este último en la *Legio II Augusta* (figs. 6d y 12)–, símbolos que pudieron adoptarse como conmemoración del natalicio de la legión o del emperador que la fundó.

Los *vexilla* eran estandartes cuadrangulares de tela, de unos 50 cm de lado, de color habitualmente rojo, escarlata o púrpura, que se colgaban del extremo superior de una lanza. Utilizado de manera mayoritaria por la caballería, se extendió entre la infantería legionaria (figs. 6.8 y 6.9). Las cohortes auxiliares podían contar también con sus propios *vexilla*. La punta de lanza podía ser sustituida por la personificación de la victoria, el águila o una corona de laurel en metal dorado. Podían llevar el nombre del general o de la unidad correspondiente. Solían ser pintados sobre tela de lino –como el excepcional ejemplar de *vexillum* romano de inicios del siglo II d. C. hallado en Egipto y conservado en el museo de Bellas Artes Pushkin de Moscú–, y más raramente bordados. A veces se combinaban fáleras con el estandarte de tela. Cada turma de caballería imperial portaba un *signum* –enseña que, de acuerdo con algunos testimonios escultóricos, poseía forma circular, con una *imago* radiada en su interior a modo de sol, y fáleras de gran tamaño–, y cada ala un *vexillum* (figs. 6.8 y 6.9).

162

Ya hemos hecho alusión más arriba a las denominadas *imagines imperatorum*, que se remontan, al menos, al gobierno de Tiberio (Suetonio,



Fig. 6.8. Arco de Constantino (Roma, ca. 312 d. C.). Relieves con estandartes militares

Tib. 48, 2) y que comenzaron a desaparecer con Constantino, a causa de su incompatibilidad con los fundamentos doctrinales cristianos. Consistentes en un retrato de la cabeza del emperador dispuesto dentro de una hornacina transportable, con forma de venera (fig. 6.7c), se trata de figuras sin función táctica y con un fuerte carácter simbólico asociadas manifiestamente al culto imperial. En cuanto a los *signa* pretorianos –existían nueve o, desde Vespasiano, diez cohortes pretorianas configuradas como guardia personal del emperador–, eran dispositivos similares al *signum* legionario, pero mucho más recargados y pesados, puesto que a las fáleras y ocasional cartela o *tabula* se incorporaban motivos figurados adicionales: la imagen del emperador vigente –o de alguno anterior divinizado–, que eran sustituibles en función de los cambios de gobierno, o de la personificación de la victoria (fig. 6.1b). No parece que portaran otras insignias como águilas, reservadas a las legiones.



Fig. 6.9. Legionarios con un *signum* y dos *vexilla*. Metopa del del Tropaeum Traiani de Adamclisi (Dobruja, Rumanía; ca. 107-108 d. C.), mausoleo dedicado a Mars Ultor (Marte Vengador)

Entre los más extendidos *signa* romanos tardíos se encuentra el *draco* o dragón, que se populariza a finales del siglo I d. C. o inicios del siguiente, dentro de lo que se ha considerado como un proceso de «barbarización» de las enseñas militares romanas. Consistía en una pieza metálica realizada mediante una aleación de cobre o bronce, que representaba una cabeza hueca, inicialmente de lobo y más adelante de reptil, a la que se añade un cuerpo de tela de colores vivos que flameaba al viento como una serpiente, o incluso producía un sonido sibilante con el fin de atemorizar a los adversarios¹². Empleado, en un principio, por jinetes de las estepas, partos o sasánidas, aparece en la Columna Trajana en manos siempre de los bárbaros (fig. 6.10). En los siglos II-III d. C. se convirtió en

¹² Es posible que fuera un elemento asimilado por las tropas romanas durante las guerras contra los dacios (siglo II d. C.); para otros, sin embargo, es de origen oriental sármata o persa (Kavanagh, 2015: 194) y sería adoptado alrededor de los siglos II y III d. C. (Bishop y Coulston, 2006). Cabe mencionar que Vegetio alude a ellos en su tratado del siglo IV d. C. (*Mil.* 2, 6, 8; 2, 13, 1), en plena época tardoimperial.

el estandarte más característico de diversas *alae* de la caballería romana, extendiéndose a la infantería en el Bajo Imperio. Portado por los llamados *draconarios*, uno por cohorte, fue un *signum* que disfrutó de una prolongada pervivencia posterior, siendo utilizado, incluso, entre los ejércitos carolingios y normandos¹³ (figs. 6.10 y 6.11).

Por su parte, sintomático de la cristianización del imperio romano fue el *labarum*, emblema que encuentra su fundamento en un sueño o visión que tuvo Constantino antes la decisiva victoria de puente Milvio sobre



Fig. 6.10. Columna Trajana (Roma, siglo II d. C.). Relieve representando un draco entre las diversas armas tomadas a los Partos

164



1



2



3



MONEDAS DE BRONCE DE CONSTANTINO EL GRANDE (1 Y 2) Y VETRIANO (C. 350 D. C.) (3) CON EL *LABARUM*

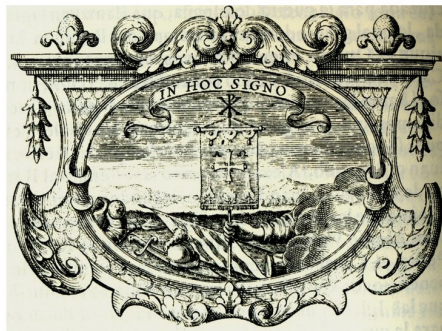


Fig. 6.11. Monedas con representación del *labarum* en el reverso: bronce de Constantino el Grande (1 y 2) y Vetriano (ca. 350 d. C.) (3)

¹³ Se ha conservado una cabeza metálica original de *draco* (primera mitad del siglo III d. C.), procedente del *vicus* contiguo al fuerte de Niederbieber (Rheinland-Pfalz, Alemania), y conservado en el Staatliches Amt für Vor- und Frühgeschichte de Coblenza.

Majencio en octubre de 312. Allí se le apareció el conocido como crismón o monograma que entrelaza las dos letras griegas iniciales de la palabra *Christos*, *chi* (X) y *rô* (P), rodeado de un círculo o láurea vegetal, y acompañado de la leyenda *In hoc signo vinces* («Bajo este signo vencerás»); recomendó, pues, Constantino a sus soldados que pintaran tal divisa en sus escudos o estandartes de tela antes de la batalla. Presente en monedas propias y de sus sucesores (fig. 11), el signo fue concebido como *vexillum* o estandarte de caballería con el mencionado crismón bordado de oro sobre fondo púrpura, o bien con el añadido de fáleras y el propio crismón forjado en metal y fijado en el extremo superior del astil.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Como hemos podido ver en las páginas precedentes, todas las insignias militares en conjunto –tanto los *signa* y *vexilla* tácticos como las águilas legionarias– fueron adquiriendo en el ejército profesional romano, conforme pasaba el tiempo, un creciente carácter simbólico, hasta el punto de ser honradas en determinadas festividades como referencias visibles y encarnación sagrada del espíritu de las unidades y de los hombres que las componían (Barbero, 2020: 49) (fig. 6.13).

165

Sin embargo, a pesar de ello, tales enseñas siguieron desempeñando, al menos desde el 100 a. C. y a lo largo de todo el Imperio, una función militar material y práctica fundamental, tal y como ya fuera puesto de manifiesto en los escritos de Julio César y de sus generales en el *Corpus Caesarianum*. Abundan en estos textos (*vid.* Quesada, 2007a: 91-92) las alusiones explícitas al papel esencial que las enseñas jugaban en su ejército, a mediados del siglo I a. C., como punto de referencia y agrupamiento en la batalla; pero aquellas insignias eran también elementos muy presentes en otros momentos de la vida legionaria, pues siempre eran portadas al frente de las unidades, no solo en las paradas o desfiles triunfales, sino también en las marchas, como nos pone de manifiesto la Columna Trajana (fig. 6.1) y las abundantes referencias literarias con las que contamos (Tácito, *ann.* 3, 45).

Como también hemos señalado, perder una enseña se consideró casi siempre uno de los desastres mayores que podría acaecerle a una formación militar, desde el punto de vista del prestigio y la autoestima, valores que a lo largo de toda la historia han sido esenciales en la vida de los soldados (Tácito, *ann.* 1, 18, 2). El repaso que aquí hemos ofrecido del universo de las enseñas militares legionarias nos ha permitido

acercarnos, de manera necesariamente somera, al conocimiento de unos artefactos con valor polivalente, tanto pragmático como simbólico, cuyo estudio permite familiarizarse no solo con el funcionamiento de una de las máquinas de guerra más poderosas de la Antigüedad –el ejército romano–, desde el enfoque de la historia militar, sino también con el ámbito religioso e ideológico de aquella cultura a la vista del marcado carácter sacro y representativo que llegaron a adquirir los *signa* militares en la mentalidad colectiva de aquellos soldados (figs. 6.12 y 6.13).



Fig. 6.12. Recreación de la fálera Cervianus (bronce). Muestra afrontadas con sus vexilla la legio XX Valeria Victrix (con un jabalí) y la legio II Augusta (con capricornio) dominadas por el águila

166



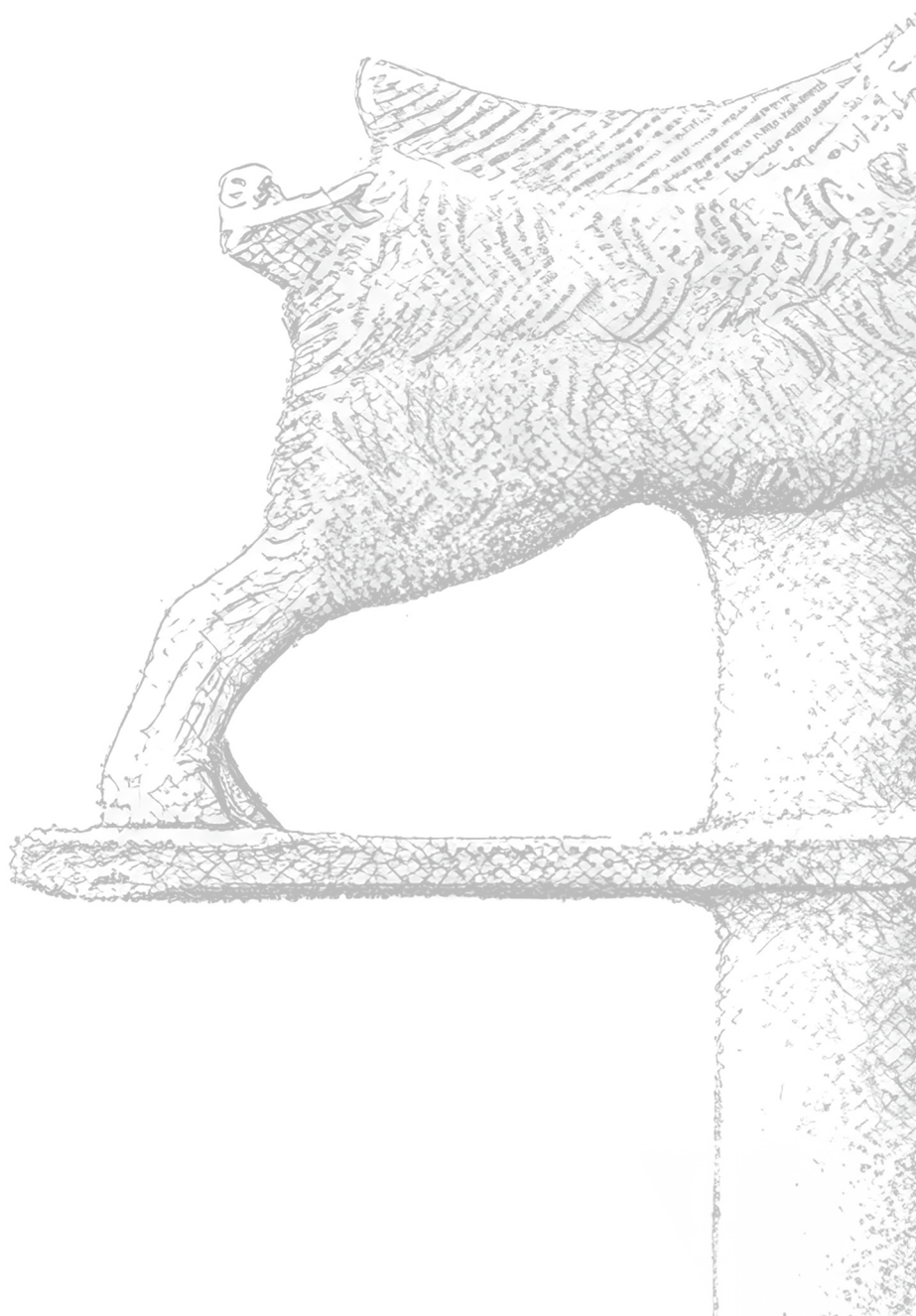
Fig. 6.13. Relieve procedente de Huteson Hill (muro de Antonino). En el centro, la Victoria corona al águila de la Legio XX Valeria Victrix. Abajo, un jabalí

BIBLIOGRAFÍA

- Alföldi, A. (1952). Zu den römischen Reiterscheiben. *Germania*. 30:2, pp. 187-190.
- Almagro Gorbea, M. (1997). Signa equitum de la Hispania céltica. *Complutum*. 9, pp. 101-116.
- Arriano, L. F. (1982). *Arriano: Anábasis de Alejandro Magno, libros IV-VIII (India)*. Guzmán Guerra, A. (trad.). Madrid, Gredos.
- Barbero Barroso, J. (2020). La *Imago Imperii*: los símbolos político-militares del poder romano. *Revista Historias del Orbis Terrarum*. 24, pp. 46-76.
- Bishop, M. C. y Coulston, J. C. N. (2006). *Roman Military Equipment from the Punic Wars to the Fall of Rome*. Oxford, Oxbow Books.
- D'Amato, R. (2018). *Roman Standards & Standards-Bearers*. (1): 112 BC-AD 192. Oxford, Osprey Publishing.
- Devine, A. M. (1989). Aelian's Manual of Hellenistic Military Tactics. A New Translation from the Greek with an introduction. *The Ancient World*. 19:1-2, pp. 31-64.
- Dumézil, G. (1974). *La religion romaine archaïque*. Paris, Payot.
- Eliade, M. (1974). *Tratado de Historia de las Religiones*. Madrid, Cristiandad.
- Erdkamp, P. (2007). *A Companion to the Roman Army*. Oxford, Wiley-Blackwell.
- Fantar, M. H. (2001). Y a-t-il à Cartaghe une divinité guerrière? En: Le Bohec, Y. (ed.). *La première guerre punique*. S. l., De Boccard. LAlpa. Pp. 123-143.
- Faulkner, R. O. (1941). Egyptian Military Standards. *Journal of Egyptian Archaeology*. 27, pp. 12-18.
- Festo, S. P. (1997): *Sexti Pompei Festi: De verborum significatu quae supersunt cum Pauli Epitome; Thewrewkianis copiis usus ed. Wallace Martin Lindsay*. Reed. de: (1913). Leipzig, B. G. Teubner. Stuttgartiae, Lipsiae, Teubner.
- García Arranz, J. J. (1998). En torno a los orígenes de la literatura de emblemas: el Blason general de todas las insignias del universo de Pedro de Gracia Dei. En: *Actas del Congreso Internacional sobre Humanismo y Renacimiento*. Vol. II. León, Secretariado de publicaciones de la Universidad de León. Pp. 347-361.
- Goldsworthy, A. (2005). *Roman Warfare*. Washington, Smithsonian Books.
- . (2007). *The Complete Roman Army*. London, Thames & Hudson.
- Gray, S. M. J. (2005). Eagles and Hawks. En: Lindsay Jones (ed.), *Encyclopedia of Religion*. Farmington Hills, Thompson-Gale. Pp. . 2553-2554.
- Karunanithy, D. (2006). Prime Off-Cuts-Some Research into Macedonian-Hellenistic Battle Standards. *Slingshot*. 246, pp. 1-9.
- Kavanagh, E. (2012). El estandarte como aglutinante ideológico en el ejército romano. En: Gómez Ochoa, F. y Macías Hernández, D. (eds.). *El combatiente a lo largo de la historia: imaginario, percepción y representación*. Santander, Publican. Pp. 29-41.

- . (2013). Águilas de plata, hombres de hierro: estandartes militares en el ocaso de la República. *Desperta Ferro. Antigua y Medieval*. N.º 19, pp. 46-50.
- . (2015). *Estandartes militares en la Roma antigua. Tipos, simbología y función*. Madrid, Polifemo.
- Le Bohec, Y. (2004). *El ejército romano. Instrumento para la conquista de un Imperio*. Barcelona, Ariel.
- Llantén Quiroz, N. F. y Penna Órdenes, N. E. (2019). La jupiterización de los signa militar: cambios simbólicos en la estructura socio-militar romana. *Nova Tellus*. 37:2, pp. 85-105.
- Llorio Alvarado, A. J. y Almagro Gorbea, M. (2004-2005). Signa equitum en el mundo ibérico. Los bronces tipo 'jinete de La Bastida¹ y el inicio de la aristocracia ecuestre ibérica. *Lucentum*. 23-24, pp. 37-60.
- McDermott, B. (2004). *Warfare in Ancient Egypt*. Stroud, Sutton.
- Ovidio Nasón, P. (1984). *Ovidio: Fastos*. Marcos Casquero, M. A. (trad.). Madrid, Editora Nacional.
- Partridge, R. B. (2002). *Fighting Pharaohs: Weapons and Warfare in Ancient Egypt*. Manchester, Peartree.
- Pastor Eixarch, J. M. (1998). Estandartes, insignias y heraldos ibéricos y celtibéricos. *Emblemata*, 4, pp. 11-48.
- 168 –. (2004). Estandartes de guerra de los pueblos prerromanos de la Península Ibérica. En: Redondo, G. y otros (eds.). *Actas del I Congreso Internacional de Emblemática General*. Vol. III. Zaragoza, Instituto Fernando el Católico. Zaragoza. Pp. 1435-1438.
- Peddie, J. (1994). *The Roman War Machine*. Stroud, A. Sutton Publisher.
- Plinio Segundo, C. (2003). *Plinio el Viejo: Historia Natural (libros VII-IX)*. Hernández Miguel, L. A. (trad. y notas). Madrid, Gredos.
- Plutarco de Queronea (1985). *Plutarco: Vidas Paralelas*. Vol. I. Pérez Jiménez, A. (trad.). Madrid, Gredos.
- Quesada Sanz, F. (2007a): Estandartes militares en el mundo antiguo. En: *Aquila Legionis. Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano*. N.º 8 (monográfico). Madrid, Signifer.
- . (2007b). En torno al origen de las enseñas militares de la Antigüedad. *MARQ. Arqueología y Museos*. 2, pp. 83-98.
- . (2012). Sobre caballos, caballeros y sacrificios cruentos en la Roma republicana y en Hispania. En: García Huerta, M. R. y Ruiz Gómez, F. (coords.). *Animales simbólicos en la historia: desde la Protohistoria hasta finales de la Edad Media*. Madrid, Síntesis. Pp. 111-132.
- Reinach, A. J. (1877-1919). Signa. En: Daremberg, C., Saglio, E. y Pottier, E. (coords.). *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, 5 vols. Paris, Hachette. Pp. 1307-1325.
- Renel, C. (1903). *Cultes militaires de Rome. Les enseignes*. Lyon, A. Rey, Paris, Fontemoing. Annales de l' Université de Lyon.

- Salustio Crispo, C. (1954). *Salustio: Catilina y Jugurta*. Vol. I. Pabón, J. M. (trad.). Barcelona, Alma Mater.
- Southern, P. (2006). *The Roman Army: A Social and Institutional History*. Santa Barbara, ABC-CLIO.
- Stillman, N. y Tallis, N. (1984). *Armies of the Ancient Near East, 3000 BC to 539 BC*. Worthing, WRG.
- Vega Avelaira, T. (2007). Estandartes militares (*signa militaria*) de época imperial procedentes de Hispania. *Sautuola*. N.º 13, pp. 465-492. Monográfico: Metalistería de la Hispania romana.
- Vegecio Renato, F. (2006). *Compendio de técnica militar*. Paniagua Aguilar, D. (ed. y trad.). Madrid, Cátedra.
- Wissowa, G. (1902). *Religion und Kultus der Römer* [en línea]. München, C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung. [Consulta: 19 de agosto de 2018]. Disponible en: <https://archive.org/details/religionundkult00wissgoog/page/n8>
- Woolliscroft, D. I. (2001). *Roman Military Signalling*. Stroud, Tempus.





TRAS LAS HUELLAS MILITARES ROMANAS EN AUGUSTA EMÉRITA

Rafael Sabio González
Director del Museo Nacional de Arqueología
Subacuática / ARQVA (Cartagena)

José María Murciano Calles
Doctor en Arqueología
Ayudante de Museos del Museo Nacional de Arte
Romano (Mérida)

TRAS LAS HUELLAS MILITARES ROMANAS EN AUGUSTA EMÉRITA

Rafael Sabio González

Director del Museo Nacional de Arqueología Subacuática / ARQVA
(Cartagena)

José María Murciano Calles

Doctor en Arqueología
Ayudante de Museos del Museo Nacional de Arte Romano (Mérida)

Mérida, que se yuxtapone tanto física como toponímicamente a la antigua *Colonia Augusta Emerita*, denota desde sus orígenes un pasado ligado de un modo inexcusable al ejército romano. Las fuentes, en especial Dion Casio (LIII, 26, 1; para la totalidad de las fuentes véase Álvarez, 1976), nos han dejado clara evidencia de su fundación con contingentes veteranos de las guerras cántabras, procedentes de dos legiones bien conocidas: la V *Alaudae* y la X *Gemina* (su desarrollo histórico y su implicación en *Augusta Emerita* se puede encontrar en Edmondson, 2006: 118-120; para la historia general de todas las legiones que iremos citando recomendamos *Les légions de Rome...*, 2000). Es precisamente de estos veteranos o *emeriti* de donde la ciudad ha recibido uno de los dos elementos comprometidos en su nomenclatura antigua: *Emerita*. Por lo demás, resulta interesante recalcar que es este elemento, frente al vinculado a la onomástica imperial, el que ha perdurado hasta la actualidad, tras la aféresis de la vocal inicial y la simple transformación de la dental (Sabio, 2014; 2016: 164-165). De este modo, el pasado militar de tal urbe queda patente desde la designación misma que aún en la actualidad pervive como recuerdo, no solo de su remota ascendencia, sino también de su motivación inicial. Más adelante continuaremos tratando el tema, puesto que tiene trascendencia para los siglos posteriores de desarrollo urbano.

Pese al innegable origen militar de la *Colonia Augusta Emerita*, las huellas directas del ejército que intervino en su fundación y estuvo tan presente en su desarrollo no resultan fáciles de leer. De facto, casi deben ir recuperándose los indicios de dicha ascendencia a partir de evidencias indirectas de este hecho, que trataremos de desgranar cuidadosamente a lo largo de las siguientes páginas.

En los primeros pasos de una ciudad propia del periodo augusteo, como lo es la colonia emeritense, era habitual que se desarrollase una ceca local que fuese capaz de articular las incipientes exigencias monetales exigidas por la puesta en marcha de tal urbe. Mérida constituye un buen ejemplo de ello y, pese a su baja calidad material, son bien reconocidas las variadísimas series numismáticas que se emitieron desde la misma entre los reinados de Augusto y Tiberio. De aproximarnos a la iconografía exhibida en tales tipos (Trillmich, 2019), y en especial en los más tempranos, podremos comprobar cómo predominan los dos elementos implícitos en la designación de la colonia: de una parte, la propaganda imperial; y por otra, las alusiones militares.

Estas últimas, que son las que deben centrar nuestra atención, nombran las abreviaturas de las dos legiones fundadoras enmarcadas entre sus insignias (fig. 7.1a). Demuestran además ecos de trofeos obtenidos en las guerras cántabras, así como armas vinculadas por los investigadores tanto a los ejércitos vencedores como a los pueblos vencidos (fig. 7.1b). Paralelamente también detallan escenas de la fundación, en la que se trazarían, antes que nada y siguiendo ritos ancestrales, el recorrido del foso y las murallas, seguidas en el tiempo por esquemáticos retratos de la fisonomía de los primeros elementos de la urbe, asociados nuevamente a sus defensas.

174

Con relación a estos últimos, se encuentra especialmente propagada la imagen de la puerta de la ciudad (fig. 7.1c), con sus característicos dos vanos, flanqueados por sendas torres y bajo un semicírculo que ha sido interpretado de diferentes maneras. Asimismo, tanto en el tramo de muralla superpuesto a las puertas como el semicírculo que cierra la composición por su extremo superior, se van jalonando unos extraños elementos en forma de T que, por su posición, han tendido a ser interpretados como merlones. Nosotros no deseamos disentir de tal identificación. Sin embargo y frente a la tradicional lectura literal de su forma, queremos aquí abrir el debate de que pudiesen esconder un convencionalismo visual empleado por el ejército para dar a entender, de un modo esquemático, la presencia de una sucesión de merlones que, de otro modo, en su representación hubiesen figurado bajo la confusa forma de una serie de simples líneas verticales.

Tal convencionalismo podría haber sido habitual en ciertas representaciones del periodo relacionadas con esquemas de asedio y de ahí pasar a la numismática más fuertemente vinculada al ejército para acabar por transponerse a otros elementos iconográficos más tardíos, de los que nos serviría como buen ejemplo un conocido mosaico conimbricense (figs. 7.1a, 7.1b, 7.1c).



Figs. 7.1a, 7.1b, 7.1c. 1a, izda.) Reverso de un semis con las legiones fundadoras (n.º inv. MNAR 30792. Archivo MNAR/José Luis Sánchez). 1b, centro) Reverso de un denario con trofeo militar (n.º inv. MNAR 36855. Archivo MNAR/José Luis Sánchez). 1c, dcha) Reverso de un dupondio con la puerta de la ciudad (n.º inv. MNAR 31611. Archivo MNAR/José Luis Sánchez)

Dejando a un lado los testimonios más netamente literarios, toponímicos o iconográficos, llegados a este punto, estimamos necesario sondear la información arqueológica directa, para comprobar qué indicios tenemos de la presencia del ejército romano en *Augusta Emerita*. Al tratarse de una fundación *ex novo*, su puesta en marcha, de la mano de un contingente militar, lleva implícita una serie de acciones más o menos singulares, cuyas huellas debemos rastrear con meticulosidad, pues no siempre resultan evidentes. A tal efecto, existe un momento previo en el que debe deducirse una exploración del entorno y una elección del solar exacto en el que debía producirse la fundación.

175

La información vinculada a este instante viene dada por el examen de la orografía de la ciudad y el examen de su medio físico: su situación junto a un vado del Guadiana, con la suficiente amplitud como para amortiguar la profundidad de su cauce o la fuerza de su corriente; la existencia de un sustrato geológico apropiado y, de ser posible, con acuíferos de agua potable fácilmente explotables; la existencia de recursos en el entorno que puedan garantizar la construcción y posterior funcionamiento de la urbe, tanto minerales como forestales; y más ampliamente, la presencia de tierras susceptibles de ser sometidas a su explotación agraria por parte de los nuevos colonos (Alba y Feijoo, 2008; Alba, 2020).

En el momento en el que de las autoridades emanan la orden de fundar la nueva urbe, el contingente humano encargado de ello debió contar con un asentamiento previo, de carácter ineludiblemente provisional y efímero, bien se situase este dentro de los límites de la futura ciudad o fuera de la misma. A tal efecto, un dato que consideramos esclarecedor es el anuncio del hallazgo de la piqueta de una tienda de campaña, clavada sobre el estrato antrópico más antiguo de una intervención acometida en un solar situado en el espacio intramuros de la colonia, pero muy

próximo a la muralla de la misma. La excavación en cuestión fue llevada a cabo por el arqueólogo Santiago Feijoo, y el anuncio de este hallazgo, aún, por el momento, inédito en el medio científico, sí fue transmitido por la prensa local, y más concretamente por el diario *Hoy*, con fecha de 9 de julio de 2018. Aunque no tenemos noticia de más hallazgos semejantes, sí que contamos en la colección del MNAR con la presencia de alguna pieza semejante a esta piqueta (fig. 7.2), e incluso más completa, al contar incluso con la argolla que iría asociada al clavo, la cual fue hallada en un momento en el que el registro arqueológico no tuvo en cuenta su posición exacta, pero sí dio testimonio de su hallazgo en la ciudad de Mérida en algún momento entre 1910 y 1936 (Sabio, 2012: cat. 75.12).



Fig. 7.2. Piqueta de hierro (n.º inv. MNAR 7405. Archivo MNAR/Lorenzo Plana)

176

Una vez establecido este campamento base en el entorno de Mérida, debía planificarse la futura ciudad, dotándola, según dicta la tradición romana, de un trazado ortogonal, ceñido por unas defensas que lo protegiesen y limitasen. Aunque resulta difícil conocer cuál de estos dos pasos se produciría antes, los rituales propios de la cultura latina más ancestral, así como los testimonios iconográficos que se harán eco posteriormente de la misma, nos hablan de la traza de un *sulcus primigenius* que acotase el perímetro de la muralla, un acto que estaría localmente avalado por su representación en algunos tipos de la ceca emeritense. Con todo, resulta ingenuo pensar que en el cambio de era no se llevasen a cabo con anterioridad una serie de tareas previas que afectarían a la disposición del trazado de la urbe, entre las que se encontrarían la realización de una serie de mediciones para acomodar el tamaño de esta a su población o entidad esperada, la adopción de una orientación óptima para las futuras calles, el estudio de la escorrentía o incluso la realización de una planificación inicial de la distribución de los usos del espacio y el encaje de ciertas construcciones específicas.

Con estos datos analizados, podía procederse ya a acotar este espacio por medio de unas defensas que, para ser eficaces, debían englobar toda el área preseleccionada, pero atendiendo a unos principios poliorcéticos que garantizaran su eficaz defensa, para lo cual se tendía situar su trazado sobre la vertiente de las elevaciones situadas en el entorno,

evitándose siempre que quedasen lomas próximas a la ciudad que pudiesen servir para hostigarla con la artillería, en caso de asedio.

A resultas de todos los factores expuestos, el trazado de las murallas emeritenses, frente al modelo regular de la *urbs quadrata* que la tradición historiográfica suele querer atribuir idealmente a las ciudades romanas, terminaría por adoptar un aspecto sinuoso, que configuraba en su conjunto una traza irregular, aunque tendente al triángulo, debido a la situación general de la colonia en la horquilla delimitada por dos corrientes fluviales: el Guadiana y el Albarregas. Este trazado, que puede trasponerse al de otras poblaciones fundadas en este momento, se singularizaba por la generación de un apéndice que, desde su planificación previa, parecía adaptarse curiosamente a la forma y dimensiones del futuro edificio del anfiteatro.

A estas alturas resulta difícil saber si, una vez analizados todos estos condicionantes previos, se procedería a realizar realmente el acto de la labra del *sulcus* mediante el tradicional arado tirado por dos bueyes. Estimamos que sí, pero ya como mero acto ritual y simbólico, y siguiendo unas directrices bien estipuladas para las que podría haberse efectuado una guía previa a seguir. El trazado del *sulcus*, determinado por la propia hendidura que lo configuraba, consistiría en el foso, así como la tierra acumulada a uno de sus lados la muralla. Volvemos a encontrarnos con la simple expresión de un acto ritual que, a efectos prácticos, solo entendemos que serviría para delimitar la muralla, dado que el foso que pudiese labrarse con posterioridad debía emplazarse por delante de la misma, en un punto algo alejado de la vertiente que debía servir de referente para configurar las defensas.

En la ejecución fáctica de los trabajos de fortificación de la urbe, es posible que se levantase algún tipo de recinto efímero, de aspecto castral y carácter temporal, elaborado con materiales lígneos. En paralelo al mismo, se procedería a la labra del foso, una tarea que, según se ha especulado ya, creemos que, con atino, antecedería al levantamiento de las murallas definitivas por dos motivos: el primero, porque era más rápido de ejecutar; y el segundo, porque serviría de cantera para el relleno mismo de las murallas (Feijoo, 2000: 572).

La cuestión del foso fundacional de *Augusta Emerita* ha sido objeto de un largo debate, tanto en relación con su trazado como a su existencia misma. El primer estudio que se arriesga a proponer su existencia consiste en el recién citado artículo de Santiago Feijoo (2000). Con posterioridad, se presentó en las actas del Congreso Internacional de Arqueología Clásica una contribución que recopilaba los diferentes

datos que habían podido obtenerse sobre su existencia fáctica, entre el momento de la redacción del citado artículo y la edición de las actas (Alba *et al.*, 2015). Casi en paralelo, se emprende una campaña, dirigida por Santiago Feijoo, cuyo objeto era verificar el perfil exacto y dimensiones de este foso, en un punto clave de su hipotético recorrido, como sería un solar dispuesto cerca del anfiteatro. Tal intervención, aún inédita, no aportó materiales definitivos para su datación, fuera del elocuente hecho de que se encontrase labrado sobre la roca madre, al inicio de la secuencia estratigráfica. Pero su mayor contribución consistía en verificar su existencia y, más allá de tal dato, aportó uno nuevo y sorprendente: que Mérida no contaba con un único foso, sino con dos paralelos.

Una nueva excavación, llevada a cabo en el solar de la ampliación del Museo Nacional de Arte Romano en 2016 (Sabio y Murciano, 2019), volvería a lograr visualizar el perfil de uno de estos fosos, y más concretamente del más alejado de la ciudad, cuya sección se perdía en el límite de la intervención llevada a cabo en la zona del anfiteatro. Tal excavación aportaría tres grandes novedades en torno a dicho foso (fig. 7.3). La primera sería verificar que este segundo foso era considerablemente superior al primero, alcanzando cerca de 11 m de anchura, por casi 3 m de profundidad, frente a los 3 m de anchura y 2 m de profundidad del

178

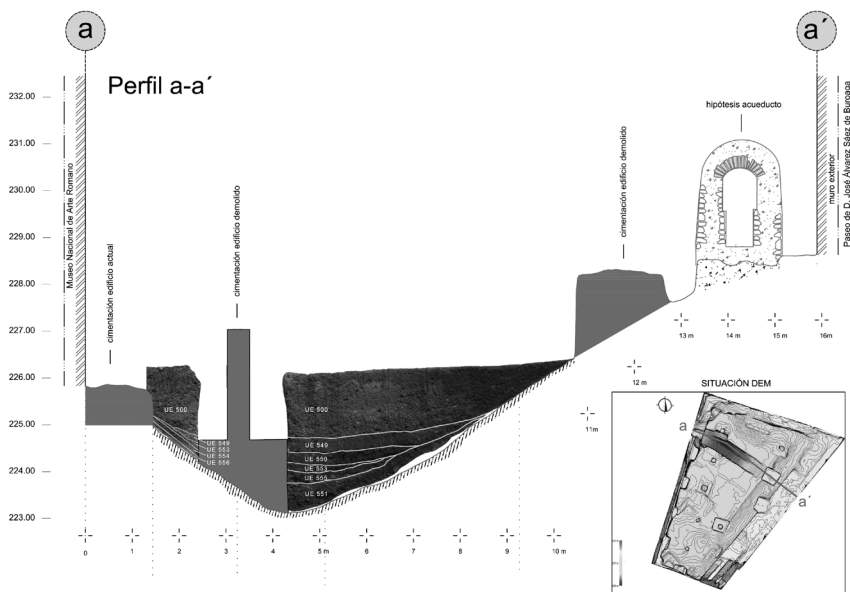


Fig. 7.3. Sección del foso con la secuencia estratigráfica que lo colmataba. Elaborada por Marco Antonio Aza, Groma 2.0 y Tera, S. L. Publicada en Sabio González y Murciano Calles, 2019)

foso más próximo a la muralla. Una segunda novedad, sería la aparición de una capa de impermeabilización en sus paredes, a partir de cierta cota, que posibilitaría su anegamiento, tal y como especuló con gran intuición Santiago Feijoo (2000), a partir del aporte de la gárgola instalada en el acueducto de San Lázaro, a su paso sobre la vaguada de este mismo foso. Finalmente, la tercera novedad radicaba en la aparición de un gran número de materiales en tanto en el revoco de impermeabilización como en los posteriores estratos de colmatación de esta estructura, que permitían, inequívocamente, fechar su labra antes del cambio de era. En otras intervenciones posteriores, aún inéditas, ha podido volver a documentarse la existencia de este doble foso defensivo.

En paralelo a este doble foso se iría levantando paulatinamente, como ya hemos comentado, la muralla. Esta consiste en una cerca dotada de dos potentes paramentos realizados a base de bloques de diorita, en algunas ocasiones de aspecto ciclópeo, trabados con mortero de cal, que generarían un espacio de unos 2 m, relleno por piedra más menuda, también amalgamada con mortero. La piedra del relleno, por contraste con la de los paramentos, parece consistir fundamentalmente en cuarcita muy similar a la localizada en la zanja generada por los fosos, por lo que Santiago Feijoo (2000) llegó a barajar que se extrajo de los mismos, tal y como hemos comentado ya. En ocasiones, se perciben diferentes facturas en la fábrica de la cerca fundacional, así como inclusiones de material en su mole, que han llevado incluso a motivar su datación en un momento posterior al de la fundación (Osland, 2017: 53). Sin embargo, nosotros consideramos que derivan de refacciones a las que debió ser sometida la muralla, sobre todo en la zona del río, motivadas por los daños causados en la misma ante las avenidas del Guadiana, antes de la construcción del dique.

Una cuestión que se ha planteado en numerosas ocasiones, tanto en relación con los fosos como con la muralla, es si consisten en una estructura verdaderamente defensiva o en un mero acto ritual y de prestigio (Álvarez, 2014: 218-219). Aunque se trata de una cuestión altamente especulativa, las dimensiones y la factura de la muralla nos podrían mover ya a considerar la primera opción. Pero la presencia, no de uno, sino de dos fosos, siguiendo un esquema castramental romano muy propio de la primera centuria antes de nuestra era, casi confirmaría que las defensas emeritenses fueron concebidas con un fin eminentemente práctico. Además, dicha funcionalidad poliorcética se mantendría durante por lo menos un lustro, a tenor de la observación del cuidado mantenido en la limpieza de los fosos, así como, incluso, en su sometimiento a procesos,

como el de impermeabilización, con vistas a su anegamiento, que no podían atender a otros fines que a los defensivos.

Uno de los argumentos básicos para considerar las defensas de Mérida como un elemento de prestigio lo constituye la ausencia de conflictos bélicos ulteriores a su creación, así como de enemigos potenciales a los colonos entre las etnias locales. Por contraste, nosotros tendemos a tener en consideración que los colonos de *Augusta Emerita* participaron en suficientes conflictos, tanto internos como externos, como para considerar que convenía realizar una labor preventiva ante unos acontecimientos futuros de incierto desarrollo (Sabio y Murciano, 2019). Solo avanzado el periodo Julio-Claudio y una vez fallecida la primera generación de veteranos, parece que pudo relajarse el temor hasta el punto de amortizarse una parte tan fundamental de las defensas, como eran los fosos.

180

La intervención de veteranos de un ejército en la fundación de una ciudad, más allá de en el carácter de las defensas de la nueva colonia, podría haberse plasmado en otros aspectos que deberían ser debidamente sondeados. Entre los mismos, existe cierta propensión intuitiva a considerar que la presencia de miembros del ejército en el lugar implica el hallazgo arqueológico de armamento. No obstante, no se han producido hasta la fecha descubrimientos claros al respecto, y menos con relación a la fundación de la ciudad. Todos los objetos insertos en contextos altoimperiales que puedan ser identificados con armas se someten a una doble dicotomía: o bien pueden ser interpretados también como herramientas albañiles o agrícolas, caso de los *dolabra*; o bien pueden ser asociados a actividades cinegéticas, incluso lúdicas, caso de las puntas de lanza o del posible umbo de un escudo (Sabio, 2012: n.º 75.21). Existe también en la colección del MNAR una pieza controvertida, interpretada, entre otras hipótesis, como posible portaestandarte (Barrero y Sabio, 2019: 399-400, fig. 40.1).

La explicación a este fenómeno resulta sencilla: el ejército romano se encuentra muy profesionalizado, y en el momento en el que sus contingentes se licencian y se convierten en *emeriti*, proceden a la entrega de sus armas. Un contexto óptimo para el hallazgo de armas vinculadas a una actividad profesional, como lo hubiese sido el funerario, manifiesta una lógica ausencia de las mismas dentro de la cultura romana, resultando algo más propio de ciertos pueblos indígenas que entendían esta actividad como una parte, y no como una etapa, de sus vidas. De este modo, pese al rastreo de útiles profesionales en depósitos funerarios emeritenses, estos suelen coincidir con otro tipo de ocupaciones, con especial

mención a la medicina. Muy elocuente al respecto resulta que el único hallazgo de armamento en contexto funerario producido en *Augusta Emerita*, consiste en una pareja de lanzas localizadas en una sepultura muy próxima al circo, lo cual nos llevó a considerar en el pasado que se trataba de la tumba de un gladiador (Gijón y Sabio, 2019).

Si bien es llamativa la ausencia de armas o cualquier otra evidencia de la profesión militar, aún lo es más cuando observamos el buen número de epígrafes funerarios en los que se menciona.

No tenemos ninguna alusión epigráfica directa a las legiones fundadoras que coincida cronológicamente en el tiempo del nacimiento de la colonia (Saquete, 1997: 39-47; Ramírez, 2001; Edmondson, 2010). La referencia más temprana a una de ellas, la legión X, coincide aproximadamente con la fecha fundacional. Se trata de la placa *P. Cincius Rufus*, procedente del *territorium* emeritense y que se encontraba en la catedral de Badajoz, aunque hoy está perdida (CIL II 1016, Supp.: 835, CILAE 2094). Tras ella, la siguiente en el tiempo, ya de época julioclaudia, es la inscripción fragmentada de un individuo con un nombre que contenía el antropónimo *Gracilis*, también de la legión X *Gemina*, y de igual manera procedente del *territorium*, en este caso, del pueblo de Escurial (AE; 1993: n.º 978). Si nos restringimos al hallazgo en el centro urbano de *Augusta Emerita*, las menciones más antiguas a veteranos son ya de época de Claudio o Nerón, como son los casos de *Marcus Tavonius Firmus*, de la legión VI *Victrix* (García, 1973: n.º 129), o *Tiberius Claudius Frontus*, caballero *signifer* (portaestandarte) del Ala Tauriana (fig. 7.4) (García, 1973: n.º 124; Edmondson 2010: 218). Ello en cuanto a

181



Fig. 7.4. Placa de Ti. Claudius Fronto (n.º inv. MNAR 668. Ana Osorio y publicada en Murciano Calles, 2019, lám. 91, fig. 1)

referencias directas. Sin embargo, la labor de los epigrafistas en correlacionar diversas fuentes y extrapolar datos desde información secundaria ha permitido sacar a la luz el nombre de lo que debieron ser estos veteranos fundadores de la ciudad, a partir de la epigrafía funeraria de la primera época colonial.

Son interesantísimas las conclusiones que extrae Saquete (1997: 39 y ss.) sobre ellos. Tanto la V como la X estuvieron durante un tiempo a cargo de Antonio, el contendiente de Octavio Augusto en las guerras civiles de finales de la República, pero fueron entregadas a Octavio en su victoria tras la batalla de *Actium*, integrándose así en sus ejércitos. Junto a ello, existen noticias de desobediencia de estas legiones en las guerras cántabro-astures, que quizá se tengan que poner en relación con una supuesta fidelidad, todavía, al bando de Antonio, o, cuanto menos, a una desconfianza por parte de los soldados hacia su nueva dirección, especialmente teniendo en cuenta la fama de cruel que tenía el legado responsable de estas legiones, *P. Carisius* (Saquete, 1993: 43-44). De ello, por tanto, se deduce que gran parte de los veteranos asentados en *Augusta Emerita* pudo haber combatido a favor de Antonio, y, según Saquete, su traslado a una zona periférica del Imperio debió estar influido por la desconfianza mutua, en un intento de aislarlos de las verdaderas zonas de poder.

182

Esta podría haber sido una de las razones por las que los primeros colonos no estarían interesados en reflejar para la posteridad su condición militar. A ello se suma, tal y como advirtió Ramírez (2001: 14), el hecho de que los veteranos, al ser todos iguales entre sí, no vieron motivo para grabar sus nombres de forma permanente. Además, en los años en los que debieron suceder sus defunciones, durante los reinados de Augusto y Tiberio, los talleres epigráficos todavía no estaban muy desarrollados en la colonia, y mucho menos la explotación masiva de las canteras mármoreas (Nogales, 2007a: 314-321).

Pese a estos problemas, los posibles nombres de estos licenciados, o al menos de sus descendientes directos, han sido extrapolados a partir de los primeros monumentos funerarios de la colonia, las estelas de granito, ejemplarmente analizadas por Edmondson (2006: 116-120). Los nombres que aparecen en ellas, como *Orbius*, *Murrius*, *Camulius*, *Ofellius*, *Tursidius*, *Fuficius*, *Herennius*, *Pontius*, *Salvius*, *Ababerius* o *Barbatius*, son raros en la Península Ibérica, y está demostrado su origen en las regiones del sur y centro de Italia. Son nombres exógenos: deben ser los que portan los fundadores o sus descendientes directos, observando las cronologías de las estelas, que se concentran en la primera mitad del siglo I d. C. Junto a las personas que aparecen citadas en estas estelas, tanto

Edmondson como Saquete (1997: 64) coinciden en considerar como posibles primeros habitantes de la ciudad a los hermanos *Alfius*, que aparecen recordados en un sillar granítico fechado tempranamente (CIL II, n.º 528; Edmondson, 2006: *appendix A*).

Estas conclusiones, con todo, deben ser matizadas siempre por la parcialidad que existe en la información proporcionada por las fuentes escritas antiguas y la arqueología, tal y como reconoce Edmondson (2006: 118-120), exponiendo varios casos problemáticos al respecto. El principal consejo que ofrece este autor es el de no inferir un origen itálico directo a través de estos nombres. Por ejemplo, el reclutamiento de estas legiones pudo darse en regiones de Macedonia o Asia Menor porque las contiendas con Antonio también se produjeron allí, y ello pudo ser la razón de que existieran nombres en los que se combina onomástica de raigambre itálica con griega, como es el caso de *L. Baberius Aescinus* (Edmondson, 2006: 19) o *Pontia Pergamis* (Edmondson, 2006: 32) (fig. 7.5).

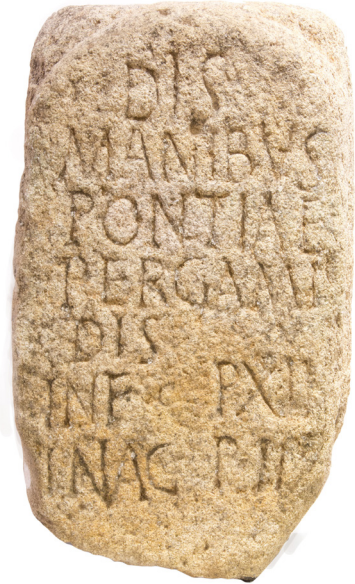


Fig. 7.5: Estela de Pontia Pergamis (n.º inv. MNAR 26249. Archivo MNAR/José Luis Sánchez)

183

Otra información, extrapolada de datos secundarios, relativa a los veteranos fundadores que queremos traer a colación, tiene que ver con uno de los monumentos funerarios más famosos de *Augusta Emerita*, desde su descubrimiento en el primer tercio del siglo XX. Nos referimos al Columbario de los Voconios (fig. 7.6) (Murciano, 2019: n.º 13 de



Fig. 7.6. Conjunto arqueológico de los Columbarios. A la izquierda de la imagen, el de los Voconios (José María Murciano)



Fig. 7.7a. Placa de los Voconios (n.º inv. MNAR 704. Archivo MNAR/Lorenzo Plana)

184

Estructuras Arquitectónicas, con bibliografía anterior), sobre cuya puerta se encontraba encastrada una placa epigráfica de gran belleza y singularidad (fig. 7.7a). El texto informa cómo *Caius Voconius* realiza el monumento para su padre del mismo nombre, su madre *Caecilia Anus*, su hermana *Voconia Maria* y él mismo (García, 1973: n.º 397; AE 2000: n.º 691; AE 2001: n.º 76, Murciano, 2019: n.º 94 de Placas Epigráficas, con bibliografía anterior). Es acompañado de una riquísima iconografía en varios soportes que complementa y aumenta la información escrita: por un lado, la representación de una serie de trofeos y recompensas militares (perfectamente identificados por Bendala, 1972), esculpidos sobre el texto, lo que evidenciaría el pasado marcial del *pater familias*. El otro soporte iconográfico es la imagen pictórica de todos los enterrados, incluyendo la de *Caius Voconius* hijo, con un rollo de papiro o *rotulus* con el nombre de *Augusta Emerita* escrito en él (fig. 7.7b), que ha sido visto (Edmondson, 2000: 299-304), junto a su toga decorada con púrpura, como la prueba de que ocupó un cargo político destacado en la ciudad.

Toda esta compleja iconografía se suma a las evidencias de una reforma para monumentalizar el recinto funerario (Ramírez, 2010: 325-328; Edmondson, 2010: 221-222; también han sido comentadas por uno de nosotros, Murciano, 2019: 47), lo cual hace pensar, observando cronologías de las fases de reforma y de la placa epigráfica, que el recinto originario debió realizarse en los inicios del siglo I d. C., y, por tanto, el



185

Fig. 7.7b. Representación pictórica de C. Voconius hijo (archivo MNAR/José María Murciano)

difunto C. *Voconius* padre, del que se exhiben orgullosamente sus condecoraciones militares, pudo haber sido, con bastante seguridad, otro de los primeros habitantes de la colonia.

Añadimos una propuesta sugerente más sobre la posible iconografía de estos legionarios en *Augusta Emerita*, y que tiene que ver con una

pequeña figura broncea aparecida en los vertederos que cubrieron rápidamente tanto el Columbario de los Voconios como el que se hallaba frente a él, el de los Julios (Mélida y Macías, 1929: 17). Se trata de un jinete acorazado en actitud combativa (fig. 7.8a) que ha sido recientemente tomado en consideración (Paredes, 2018). Lo más destacado de él es su casco, con una extraña cimera transversal en forma de disco, que hizo, en su momento, que se considerase como un posible auriga, razón por la cual está hoy expuesto en el Museo Nacional de Arte Romano de Mérida en las salas dedicadas al Circo. Sin embargo, si nos fijamos bien en la configuración de dicha cimera (fig. 7.8b), está compuesta por dos cuerpos simétricos con incisiones radiales, y ello, a nuestro modo de ver, y siguiendo a Paredes, es clave para su interpretación: podría tratarse de la representación en bronce de los dos penachos de plumas que, según Plinio (N.H. XI, 121), eran característicos de la legión V *Alaudae*, denominada así porque dichos plumajes recordaban a la cabeza de la alondra (*alauda* en latín). De ser esta interpretación correcta, estaríamos ante la única representación real y directa de un soldado perteneciente a una de las legiones fundadoras de *Augusta Emerita*.

186

Dejando ya de lado la problemática sobre estos primeros soldados, mucho se ha hablado de la presencia ininterrumpida de soldados y



Fig. 7.8a. Figura de soldado a caballo



Fig. 7.8b. Detalle de la cabeza (n.º inv. 30333).
Archivo MNAR/José Luis Sánchez

veteranos en *Augusta Emerita* a lo largo de todo el período romano, especialmente en el Alto Imperio. Existe un goteo constante de información epigráfica desde época julio-claudia hasta el siglo III, aportando estas inscripciones valiosísima información sobre la vida y movimiento de estos soldados (algunos estudios monográficos: Saquete y Velázquez, 1999; Edmondson, 2009; Le Roux y Ramírez, 2010; Le Roux, 2014). Muchos de ellos proceden de la legión VI *Victrix*, asentada en León hasta época de Vespasiano, y de la legión VII *Gemina*, que sustituyó a la primera (para el desarrollo general de esta última véase Palao Vicente, 2006).

Los argumentos de la preferencia de la colonia para este gremio aluden al origen castrense de la urbe, que crearía una suerte de tradición en la que los veteranos se sentirían cómodos (Edmondson, 2010: 235-237). Además, hay que recordar que la presencia de un legado provincial, al ser *Augusta Emerita caput provinciae*, estaba ligada a la presencia de destacamentos militares para asistencia de aquel, por lo que no sería extraña en la ciudad la concurrencia por las calles de soldados, especialmente de las legiones mencionadas, la legión VI y VII, que eran las que ejercían en Lusitania este tipo de funciones (Palao, 2006: 335-337).

Varios de los atestiguados en la epigrafía funeraria colonial debieron ser emeritenses que, tras su licencia en las legiones, decidieron volver a su ciudad de origen. No de todos tenemos testimonio directo, pero muchos de ellos remarcan su inscripción en la tribu Papiria, a la que estaba adscrita *Augusta Emerita*, por lo que hay altas probabilidades de que fueran oriundos de aquí (Edmondson, 2010: 223). Es el caso, por ejemplo, de *Q. Caecilius Varica* (fig. 7.9), conmemorado por su hermano o hijo

187

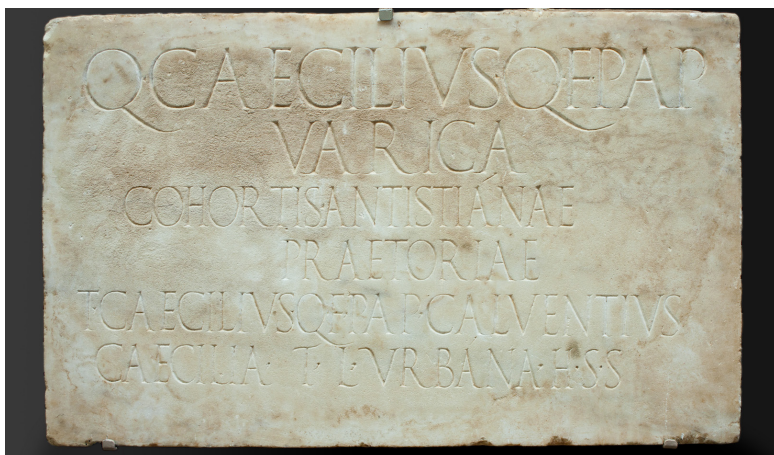


Fig. 7.9. Placa de *Q. Caecilius Varica* (n.º inv. MNAR 26545. Ana Osorio y publicada en Murciano Calles, 2019, lám. 89, fig. 6)

T. Caecilius Calventius y la liberta (quizá también la esposa) de este último, *Caecilia Urbana* (Ramírez y Le Roux, 1993: n.º 1; HEp 5: n.º 99; AE 2001, n.º 1164). De otros, sin embargo, sabemos con seguridad que son emeritenses porque ellos mismos nos lo cuentan, como ocurre en la placa epigráfica de *L. Helvius Rebilus* (fig. 7.10), augustano (otro gentilicio habitual, junto al de «emeritense») y veterano de la legión VI *Victrix* (Edmondson e Hidalgo, 2007; HEp, 15, 2009, n.º 47). La procedencia emeritense de estos soldados es, a nuestro modo de ver, bastante relacionable con ese «ambiente militar» que debió impregnar la ciudad desde sus primeros momentos, siendo sus ciudadanos influidos por este para su elección de entrada en el ejército.



Fig. 7.10. Placa de *L. Helvius Rebilus* (n.º inv. MNAR DO2011/2/2. Archivo MNAR/José Luis Sánchez)

A la inversa, también observamos algunos soldados licenciados procedentes de otras provincias que vienen a Mérida a pasar sus últimos días y morir, como por ejemplo *Licinius Setianus* (fig. 7.11) (García, 1973: n.º 136; Murciano, 2019: n.º 104 de *Hitos Funerarios*), nacido en Cirta (actual Constantina, en Argelia). Una vez más, pensamos, junto a otros especialistas (Edmondson, 2010: 228, quien cita a Le Roux), que su llegada a la ciudad pudo deberse a la fuerte tradición castrense, lo que les ofrecería mantener el vínculo con su pasado bélico, del que se enorgullecían.

188

Es en ese ambiente legionario donde quizá debamos insertar la existencia de un templo dedicado a Marte, el dios de la guerra (León, 1970; Edmondson, 2007). Sus piezas arquitectónicas se encuentran hoy formando parte del denominado Hornito de Santa Eulalia (fig. 7.12),

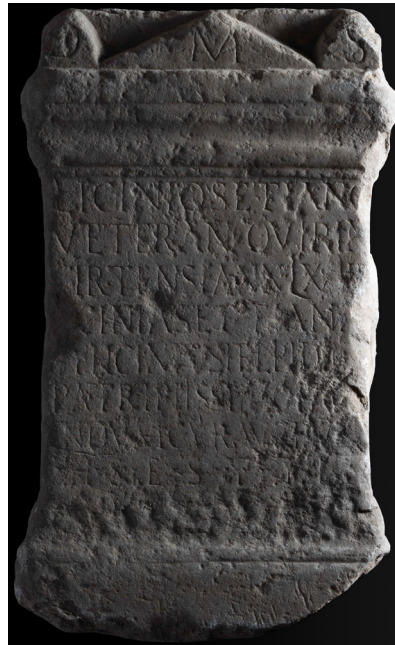


Fig. 7.11. Ara de *L. Setianus* (n.º MNAR 189. Archivo MNAR/José María Murciano)



Fig. 7.12. Hornito de Santa Eulalia (archivo MNAR/José María Murciano)

una pequeña capilla erigida en 1612 en honor a la mártir frente a la basílica homónima. Una de ellas es un dintel epigráfico en el que se informa que el templo lo manda hacer *Vettilla*, esposa de *Paculus*, que debe ser *L. Roscius Paculus*, senador cónsul sufecto en el año 136 d. C. Esta *domina* debió realizar una restauración o ampliación de un templo previo del que poco conocemos, ya que las otras piezas que han sobrevivido



Fig. 7.13. Detalle de una de las caras del dintel, n.º inv. MNAR 37433 (archivo MNAR/Lorenzo Plana)

deben datarse estilísticamente por esas fechas: capiteles y arquitrabes decorados con amontonamientos de armas, muy acordes al momento y carácter del monumento. Uno de estos arquitrabes forma parte hoy de la colección del MNAR (fig. 7.13), puesto que se extrajo en 1942 al observarse su deterioro, a consecuencia de su empleo como escalón.

Es imposible no relacionar estas piezas con los fragmentos de otro relieve hallados, en este caso, en el teatro, aunque en ellos es mayor el nivel técnico de su factura, que elabora delicadamente las distintas armas que se encuentran recreadas (fig. 7.14). Son distintas las propuestas que existen sobre su funcionalidad y exacta ubicación (Salcedo, 1983; Trillmich, 1993; Nogales, 2007b: 115-117), pero es obvio que por su pequeño tamaño debió ser una obra ornamental y complementaria

190

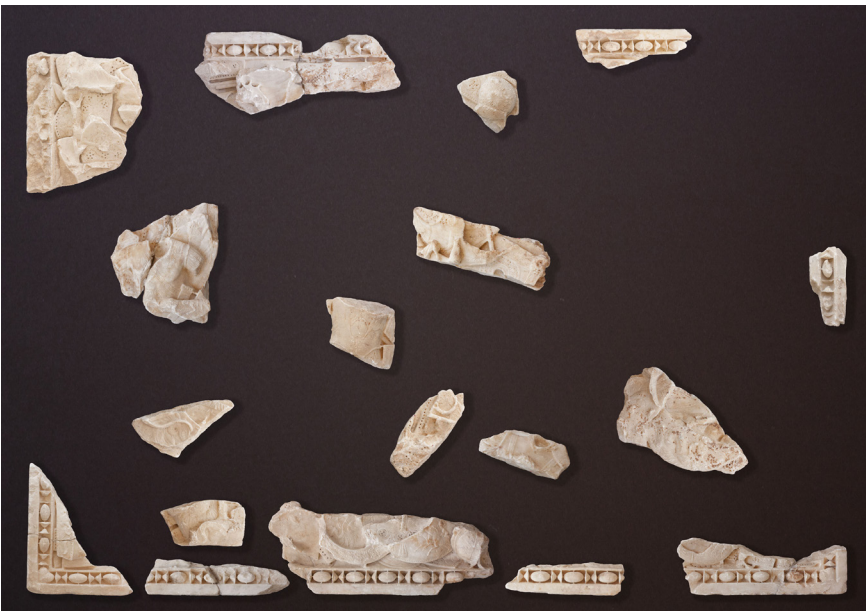
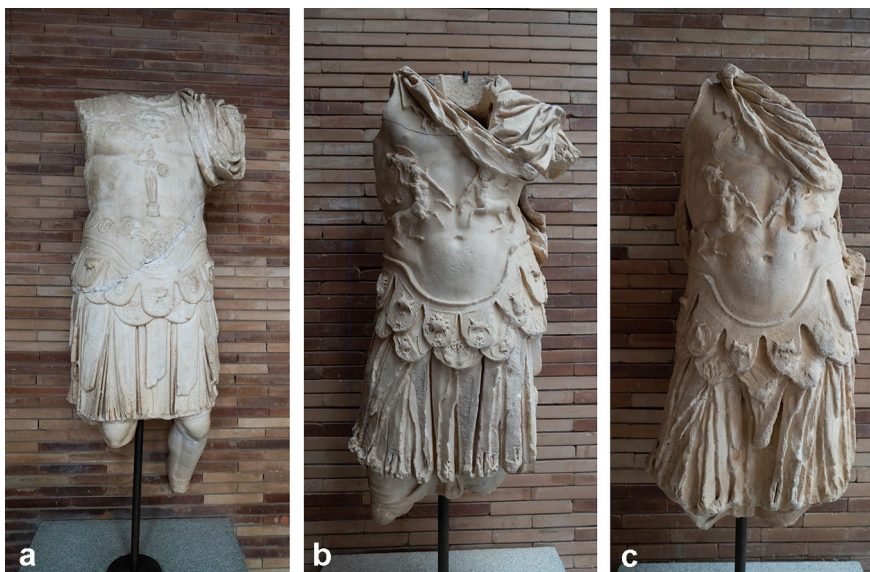


Fig. 7.14. Relieve de Armas del Teatro (n.º conjunto MNAR 15. Archivo MNAR/Lorenzo Plana)

de otra mayor, y seguramente adscrita ya a la propaganda imperial. En este sentido, esta, vinculada a la representación de emperadores y de sus dignidades, también tiene una fuerte impronta militar en la ciudad.

Especialmente evidente es en el propio teatro, puesto que, además del comentado relieve de armas, tenemos constancia de, al menos, cuatro estatuas vestidas con atuendo militar y relacionables con la imagen del emperador. Tres de ellas, descabezadas lamentablemente, formaron parte del frente escénico y son atribuibles, posiblemente, a Domiciano, Vespasiano y Tito (Peña, 2009: 616, nota n.º 275), si bien la interpretación es controvertida (véase toda la bibliografía en Ojeda, 2018, n.º 3-5) (figs. 7.15a, 7.15b y 7.15 c).



Figs. 7.15a, 7.15b y 7.15c. Estatuas *thoracatas* de emperadores: a) n.º inv. MNAR 645 (archivo MNAR/José María Murciano). b) n.º inv. MNAR 643 (archivo MNAR/José María Murciano). c) n.º inv. MNAR 644 (archivo MNAR/José María Murciano)

Otra más, colosal y en varios fragmentos (Nogales, 2007c), debió con toda seguridad estar vestida con *thoraca* (coraza), aunque solo nos ha llegado de ella, atribuible a la vestimenta, el pie con la característica bota denominada *mulleus* (fig. 7.16a) que frecuentemente se asocia al uniforme marcial. Otro fragmento escultórico de pie similar fue hallado en un punto no muy alejado a aquel en el que se localizó el ejemplar recién referido (Murciano, Nogales y Sabio, 2014), dudando de si se trata de la misma estatua o de una que formaría conjunto con ella, si es que procede del teatro (fig. 7.16b).



Fig. 7.16a. Fragmento de *mulleus* procedente del teatro (n.º inv. 12130. Archivo MNAR/Ana Osorio)



Fig. 7.16b. Fragmento de *mulleus* procedente del denominado Pozo de la comunidad (n.º inv. 19330. Archivo MNAR/Lorenzo Plana)

192

También en los complejos forales conocemos estatuas representadas con vestimenta militar. La más completa de ellas es el denominado *Grupo de Eneas*, en la que este aparece representado como general en la batalla de Troya (fig. 7.17) y que sigue modelos del Foro de Augusto en Roma. Otro fragmento *thoracato* (fig. 7.18), hallado en el centro de la ciudad y de difícil adscripción iconográfica por su conservación, ha sido propuesto como parte de una estatua de Rómulo,



Fig. 7.17: Fragmento del denominado Grupo de Eneas (n.º inv. 33676. Archivo MNAR/José María Murciano)



Fig. 7.18. Fragmento de estatua *thoracata* (n.º inv. 29793 Archivo MNAR/José María Murciano)

que hacía *pendant* con la anterior en el comentado foro (tanto para este fragmento como para el Eneas, véase Nogales, 2007d: 490-495).

Ciertas representaciones de militares son más controvertidas y no ha sido propuesta una iconografía clara. Al menos otras tres se conservan en la colección del MNAR. Una de ellas es una estatua en mármol algo menor que el natural y de pobre factura (fig. 19a, Acuña, 1975: 80-85, figs. 58-59), otra de pequeño tamaño seguramente vinculable a decoración doméstica (fig. 19b, n.º inv. MNAR 629) y, por último, una figura de aplique representando a un emperador vestido de general a caballo (fig. 19c, Nogales y Murciano, 2019: 215). También en los almacenes del Consorcio de la Ciudad de Mérida se conservan algunos fragmentos de



Fig. 7.19a. Estatua *thoracata* (n.º inv. MNAR. Archivo MNAR/José María Murciano)



Fig. 7.19b. Figurita marmórea con traje militar (archivo MNAR/José Luis Sánchez)



Fig. 7.19c. Figura de bronce de emperador a caballo (archivo MNAR/José Luis Sánchez)

interés, como, por ejemplo, un pie calzado con un bello *mulleus*, aunque según su publicación estaría asociado extrañamente a un personaje togado, algo que convendría revisar (Boletín Foro, 39, abril 2005: 9) (figs. 7.19a, 7.19b y 7.19c).

Como cierre al presente artículo y aun no siendo objeto de su interés preferente, no queremos dejar de mencionar el nuevo episodio de militarización efectiva que se produce en el contexto particular del Mérida durante el Bajo Imperio. Se ha puesto como ejemplo de los nuevos episodios bélicos, que enfrentaron a Roma con agentes foráneos, el relieve marmóreo hallado en el teatro (fig. 20a, Arce, 2002: 47-70, revisado por Nogales, 2007: 121), en el que se representa a un emperador a caballo acometiendo a unos individuos que son identificados como bárbaros. La escena bélica es evidentemente de época tardía, con un estilo y técnica que evidencia la disgregación de los talleres escultóricos. Se conservan en el almacén del MNAR otros fragmentos de similares características (fig. 20b)

194



Fig. 7.20a. Relieve con escena bélica (n.º inv. MNAR 37028. Archivo MNAR/José María Murciano)



Fig. 7.20b. Otros fragmentos relacionados (n.º inv. 696. Archivo MNAR/Ana Osorio)

que Arce (2002: 54-55) ponía en relación con la pieza mejor conservada (figs. 7.20a y 7.20b).

Frente al triunfalismo implícito en esta elocuente escena, la realidad del registro arqueológico nos muestra una Mérida que debe revitalizar sus defensas para sobrevivir. La desaparecida inscripción de la reconstrucción del puente constituye un testimonio de primer orden para situar el fenómeno en el siglo V. Desde el plano arqueológico, la reforma de las murallas aludida en dicho texto ha sido puesta en relación con el paramento de sillares reutilizados que se antepone a la cerca fundacional en distintos puntos de su recorrido, ampliando su anchura en otros 2 m (Alba y Mateos, 2008). Por otra parte, estas labores pudieron entrañar una más honda reestructuración del espacio urbano. Por ejemplo, debe asistirse, en consonancia con la reforma de la cerca, a la posible cava de nuevos fosos, como el detectado en el solar de la ampliación del MNAR. Por delante de las defensas parece documentarse un derribo masivo de viviendas al exterior de las murallas, con el objeto de despejar la visión del entorno circundante de estas últimas. Finalmente, uno de los autores del presente texto ha propuesto la adaptación, con fines militares, de un espacio tan estratégico como el del anfiteatro emeritense (Sabio, 2020).

195

En este nuevo contexto, se asiste a la puntual aparición en los contextos arqueológicos de objetos que podrían valorarse, ahora sí, como armas de uso bélico. A tal efecto y frente a las polivalentes *dolabra*, se han localizado en la ciudad algunas hachas que podrían identificarse como franciscas tardoantiguas (Sabio, 2012: n.º 22.1 y 22.2), a las que sumaremos una pareja de regatones procedentes del solar del MNAR (Sabio, 2012: n.º 19.2 y 19.3) o un posible fragmento de armadura, del tipo *lorica squamata*, posiblemente descubierto en las excavaciones llevadas a cabo en Mérida entre 1910 y 1943 (Sabio, 2018).

Cerramos así más de cuatrocientos años de tradición militar en una ciudad fundada por y para soldados. Los datos son esporádicos, como siempre en la arqueología, pero podemos observar cómo están representados todos los siglos con información relativa a los soldados y estructuras militares que se establecieron en *Augusta Emerita*, haciendo de esta colonia romana un lugar muy querido por el gremio castrense.

BIBLIOGRAFÍA

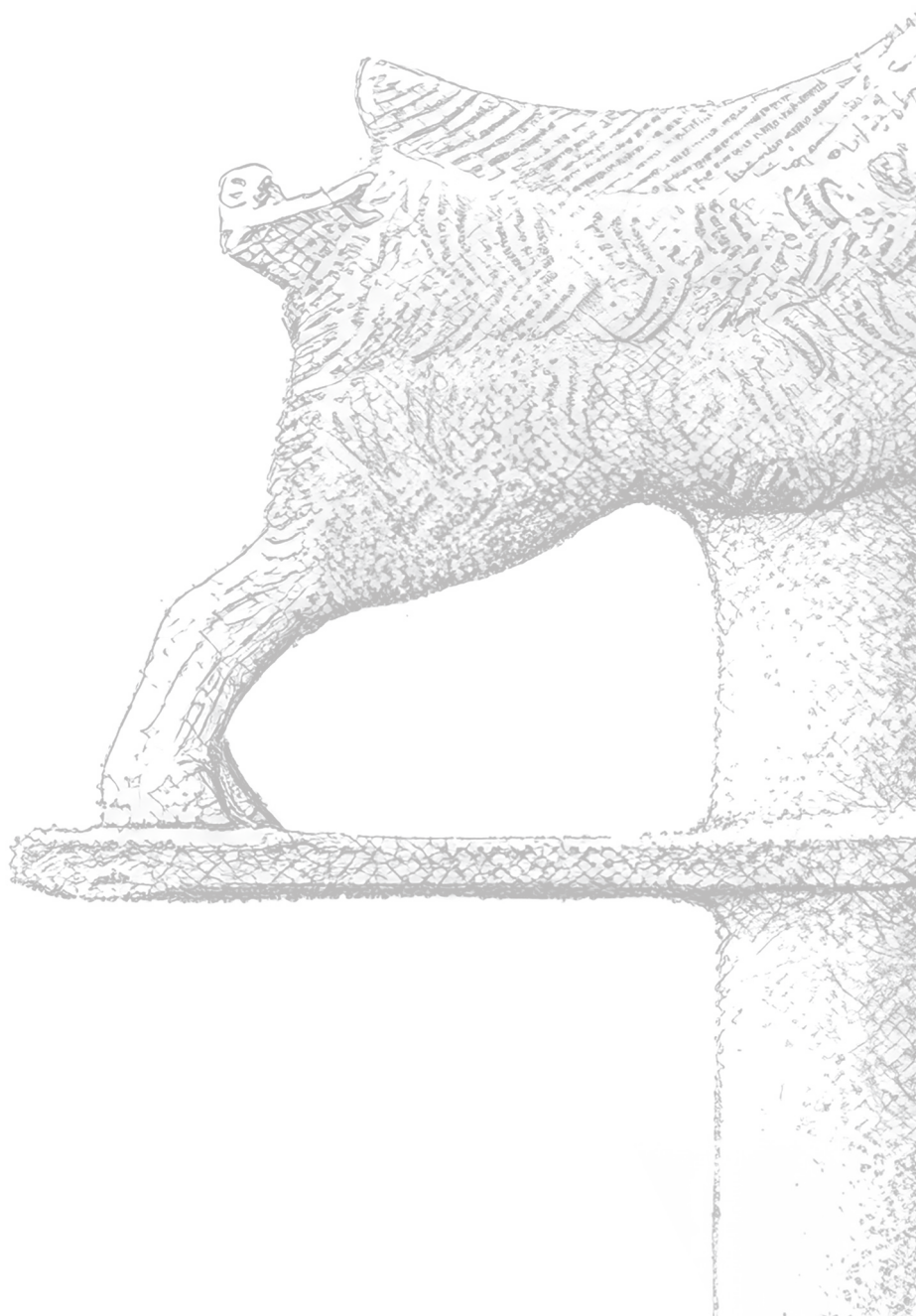
- Acuña Fernández, P. (1975). *Esculturas militares romanas de España y Portugal. I. Las Esculturas Thoracatas*. Roma, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

- Alba Calzado, M. (2020). Vado y encauzamiento del Flumen Ana en Augusta Emerita. *Anas*. Mérida. 29-30, pp. 31-40.
- Alba Calzado, M. y Feijoo Martínez, S. (2008). Consideraciones sobre la fundación de Augusta Emerita. En: *IV Congreso de las obras públicas en la ciudad romana*. Lugo, s. n. Pp. 97-124.
- Alba Calzado, M. y Mateos Cruz, P. (2008). El paisaje urbano de Emerita en época visigoda. *Zona Arqueológica*. 9, pp. 261-273.
- Alba Calzado, M. et al. (2015). Sobre la muralla augustea de Emerita (defendida por un foso). En: Álvarez Martínez, J. M.^a, Nogales Basarrate, T., Rodà de Llanza, I. (coords). *Centro y periferia en el mundo clásico. Actas del XVIII Congreso Internacional de Arqueología Clásica*. Mérida, Museo Nacional de Arte Romano. Pp. 1731-1736.
- Álvarez Martínez, J. M. (2014). Colonia Augusta Emerita. Creación de una ciudad en tiempos de Augusto. *Studia Historica. Historia Antigua*. Salamanca. N.º 32, pp. 209-247.
- Álvarez Sáenz de Buruaga, J. (1976). La fundación de Augusta Emerita. En: *Augusta Emerita. Actas del Simposio Internacional Conmemorativo del Bimilenario de Mérida (Mérida, 1975)*. Mérida, Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural del Ministerio de Educación y Ciencia, Patronato de la ciudad de Mérida. Pp. 19-32.
- 196 Arce Martínez, J. (2002). Un relieve triunfal de Maximiano Hercúleo en Augusta Emerita y el P. Stras. 480. En: *Mérida Tardorromana (300-580 d. C.)*. Mérida, 47-70. Cuadernos Emeritenses, 22.
- Barrero Martín, N. y Sabio González, R. (2019). Roman bronzes of Augusta Emerita (Spain). A functional approach. En: *Proceedings of the XXth International Congress on Ancient Bronzes: Resource, reconstruction, representation, role*. Oxford, BAR. Pp. 397-404.
- Bendala Galán, M. (1972). Los llamados Columbarios de Mérida. *Habis*. Sevilla. 3, pp. 223-253.
- Corpus Inscriptionum Latinarum* (1853).
- Corpus Inscriptionum Latinarum Augustae Emeritae. Inscriptiones Hispaniae Latinae (CIL II2)* [CILAE] [en línea]. Alcalá de Henares (Madrid), Universidad de Alcalá. [Consulta: 2023]. Disponible en: <https://cil2digital.web.uah.es/>
- Edmondson, J. (2000). Conmemoración funeraria y relaciones familiares en Augusta Emerita. *Sociedad y cultura en la Lusitania romana. Actas de la IV Mesa Redonda Internacional*. Mérida, Junta de Extremadura, Editora Regional de Extremadura. Pp. 299-327.
- . (2006). *Granite funerary stelae from Augusta Emerita*. Madrid, Ministerio de Cultura, Secretaría General Técnica.
- . (2007). The Cult of Mars Augustus and Roman Imperial Power at Augusta Emerita (Lusitania) in the Third Century A.D.: a New Votive Dedication. En: González, J. y Nogales Basarrate, T. (coords.). *Culto imperial. Política y poder. Actas del Congreso Internacional*. Roma, L'Erma di Bretschneider. Pp. 543-575.

- . (2009). The virginity of the soldier Zosimus and other family myths: Terms of affection within and beyond the family at Augusta Emerita. En: *Lusitânia Romana. Entre o mito e a realidade. Actas da VI Mesa Redonda Internacional sobre a Lusitânia Romana (Cascais, 2004)*. Cascais, Câmara Municipal de Cascais. Pp. 249-279.
- . (2010). Vétérans et société locale dans la colonie d'Augusta Emerita (25 av. J.-C. - 200 apr. J.-C.). *Origen de la Lusitania Romana (siglos I a. C.-I d. C.)*. Actas de la VII Mesa Redonda Internacional sobre la Lusitania Romana Naissance de la Lusitanie romaine (Ier av. - Ier ap. J.-C.). (Toulouse, 2007). Toulouse-Mérida: 212-251.
- Edmonson, J. y Hidalgo Martín, L. Á. (2004). Hallazgo de dos epitafios de *veterani* en Mérida. Vidas paralelas de dos soldados *Augustani* (emeritenses) a finales del siglo I d. C. *Mérida. Excavaciones Arqueológicas*. 10, pp. 479-507.
- Feijoo Martínez, S. (2000). Generación y transformación del espacio urbano romano de Augusta Emerita al exterior de la muralla. *Mérida. Excavaciones Arqueológicas*. 4, pp. 571-581.
- García Iglesias, L. (1973). *Epigrafía romana de Augusta Emerita* [tesis doctoral inédita]. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- Gijón Gabriel, E. y Sabio González, R. (2019). Pareja de puntas de lanza de hierro. *Animalia inter emeritenses*. Mérida. Pp. 61-62.
- Gorges, J. G., Nogales Basarrate, T. (eds.) y Ramírez Sádaba, J. L. (2010). *Augusta Emerita: Primeras manifestaciones públicas y privadas*. En: Mesa Internacional sobre Lusitania Romana (7.ª 2007. Toulouse). *Naissance de la Lusitanie romaine (Ier av. - Ier ap. J.-C.) = Origen de la Lusitania Romana (siglos I a. C.-I d. C.)*. Toulouse-Mérida, Museo Nacional de Arte Romano, pp. 319-335.
- Hispania Epigraphica, Hep.* (1989-). Madrid, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales.
- Le Roux, P. (2014). Un vétéran Bagaiensis à Mérida de Lusitanie: Questions et éclairages. *Aouras*, 8. París: 113-124.
- Le Roux, P. y Ramírez Sádaba, J. L. (2010). Nouvelle épitaphe d'un légionnaire à Mérida. En: *Doctrina a magistro discipvlis tradita: Estudios en homenaje al Prof. Dr. D. Luis García*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 223-234.
- León Alonso, Pilar (1970). Los relieves del templo de Marte en Mérida. *Habis*. Sevilla. 1, pp. 181-197.
- Les légions de Rome sous le Haut-Empire: Actes du Congrès de Lyon, 17-19 septembre 1998*. (2000). París.
- L'Année Épigraphique*. (s. f.).
- Mélida Alinari, J. R. y Macías Liáñez, M. (1929). *Excavaciones de Mérida: El circo. Los columbarios. Las termas. Esculturas. Hallazgos diversos. Memoria de los trabajos practicados en 1926 y 1927*. Madrid, Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades. 6-1927.
- Murciano Calles, J. M. (2019). *Monumenta. Tipología monumental funeraria en Augusta Emerita. Origen y desarrollo entre los siglos I a. C. y IV d. C.* Monografías Emeritenses, n.º 12. Mérida.

- Murciano Calles, J. M., Nogales Basarrate, T., y Sabio González, R. (2014). Un nuevo fragmento de escultura colosal en Augusta Emerita. *Anas*. Mérida. 23, 2013, pp. 89-104.
- Nogales Basarrate, T. (2007a). Técnica en Augusta Emerita: Observaciones y notas. *Ciencia y tecnología en el mundo antiguo*. Mérida, Museo Nacional de Arte Romano. Pp. 301-331.
- . (2007b). Teatro romano de Augusta Emerita: Evolución y programas decorativos. *Mainake*. Málaga. 29, pp. 103-138.
- . (2007c). Estatua colosal en el Teatro Romano de Augusta Emerita. *Anas*. Mérida. N.º 19-20, 2006-2007, pp. 223-252.
- . (2007d). Culto Imperial en Augusta Emerita: Imágenes y programas urbanos. En: *Culto Imperial. Política y poder. Actas del Congreso Internacional Culto Imperial: política y poder*. Roma, L'Erma di Bretschneider. Pp. 449-539.
- Nogales Basarrate, T. y Murciano Calles, J. M. (2019). Roman Bronzes of Augusta Emerita (Hispania). Representation: Iconography and Models. En: *Proceedings of the XXth International Congress on Ancient Bronzes: Resource, reconstruction, representation, role*. Oxford, BAR Publishing. Pp. 211-221.
- Ojeda Nogales, D. (2018). La decoración escultórica del frente escénico. En: *La scaenae frons del teatro romano de Mérida*. Mérida, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pp. 193-205.
- 198 Osland, D. (2017). *Evidence for Roman and Medieval Occupation inside the Alcazaba de Mérida*. Dunedin (New Zealand), Department of Anthropology and Archaeology University of Otago.
- Palao Vicente, J. J. (2006). *Legio VII Gemina (Pia) Felix. estudio de una legión romana*. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Paredes Martín, E. (2018). Un posible veterano de la *legio V Alaudae* y la fundación *Augusta Emerita*: En torno a MNAR n.º inv. 30333. *Aquila Legionis: Cuadernos de Estudios sobre el Ejército Romano*. Madrid. N.º 21, pp. 107-119.
- Peña Jurado, A. (2009). La decoración escultórica. En: *El foro de Augusta Emerita: Génesis y evolución de sus recintos monumentales*. Ayerbe, R., Barrientos Vera, T., Palma García, F. (coords.). Mérida, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Pp. 583-621.
- Pérez Maestro, C. (2002). Nuevas aportaciones para el conocimiento de la secuencia ocupacional del área periurbana de Mérida. *Mérida. Excavaciones Arqueológicas*. 8, pp. 227-245.
- Ramírez Sádaba, J. L. (2001). El nacimiento de las elites de Augusta Emerita. En: Navarro Caballero, M. y Demougin, S. (eds.). *Elites hispaniques*. Paris, Pessac. Pp. 13-22.
- Ramírez Sádaba, J. L. y Le Roux, P. (1995). Nuevas inscripciones funerarias de Mérida. *Anas*. Mérida. 6, pp. 85-93.
- Sabio González, R. (2012). *Catálogo de la colección de hierros del Museo Nacional de Arte Romano*. Mérida, Museo Nacional de Arte Romano. Cuadernos Emeritenses, n.º 37.

- . (2014). La toponimia oficial augustea en la península ibérica: nómina de núcleos poblacionales y principios de Aplicación. *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II. Historia Antigua*. 27, pp. 249-265.
 - . (2016). La propaganda augustea a través de los nombres de las ciudades hispanas. *Anas*. 24, pp. 145-190.
 - . (2018). Fragment of Lorica Squamata from Augusta Emerita. *Instrumentum*. Mérida. 48, pp. 22-23.
 - . (2020). El anfiteatro de Mérida y su reocupación durante la Antigüedad tardía. Indicios e hipótesis de trabajo. En: *Reciclando Emerita*. Mérida, Museo Nacional de Arte Romano. Pp. 127-143. Cuadernos Emeritenses, n.º 47.
- Sabio González, R. y Murciano Calles, J. M. (2019). El foso fundacional de la Colonia Augusta Emerita. Aportación a su conocimiento a través de la intervención en el solar de la ampliación del Museo Nacional de Arte Romano. En: *La fundación de Augusta Emerita y los orígenes de Lusitania*. Mérida, s.n. Pp. 151-172.
- Salcedo Garcés, F. (1983). Los relieves de armas del Teatro romano de Mérida. *Lucentum*. Alicante. 2, pp. 246-248.
- Saquete Chamizo, J. C. (1997): *Las élites sociales de Augusta Emerita*. Mérida, Museo Nacional de Arte Romano. Cuadernos Emeritenses, n.º 13.
- Saquete Chamizo, J. C. y Velázquez Jiménez, A. (1999). Dos nuevos centuriones de la *Legio VII Gemina* en *Augusta Emerita*. *Archivo Español de Arqueología*. Madrid. 72, pp. 265-271.
- Trillmich, W. (1993). Novedades en torno al programa iconográfico del Teatro romano de Mérida. En: *Actas de la I Reunión sobre Escultura Romana en Hispania*. Madrid, s. n. Pp. 113-123.
- . (2019): Los orígenes de la Colonia Augusta Emerita a través de las monedas. *La fundación de Augusta Emerita y los orígenes de Lusitania*. Mérida, Asociación de Amigos del Museo de Mérida. Pp. 84-111.





MARTI SACRUM

José María Álvarez Martínez
Exdirector del Museo de Arte Nacional Romano
Fundación de Estudios Romanos (Mérida)

MARTI SACRUM

José María Álvarez Martínez
Exdirector del Museo de Arte Nacional Romano
Fundación de Estudios Romanos (Mérida)

En el arquitrabe de un edificio dedicado al dios Marte, cuyos elementos forman parte del pórtico del denominado «Hornito de Santa Eulalia» se puede leer la base de una inscripción, en su día en letras de bronce, *MARTI SACRUM / VETILLA PACULI* (fig. 8.1).



Fig. 8.1. Dedicatoria del edificio consagrado a Marte

203

Y fue, precisamente, a comienzos del siglo XVII, momento en el que Mérida vivía unos tiempos de cierta bonanza económica y de los más álgidos en el fervor de sus naturales hacia su patrona, la virgen y mártir Santa Eulalia, cuando se promueve una importante iniciativa: la reconstrucción del llamado «Hornito» donde la tradición quiso situar el lugar donde sufrió martirio la santa y la erección de un Humilladero que sirviera como lugar de oración y de descanso en las idas y venidas de la ciudad, junto al Camino Real de Madrid y en el Hornito.

Como refiere Álvarez Sáenz de Buruaga (1979: 17), siguiendo las Actas Capitulares del Consistorio emeritense, en mayo de 1610, se decide adquirir una serie de elementos arquitectónicos correspondientes a un edificio romano que, a lo que parece, estaban depositados en la «Cerca de Gabriel Morales», ubicada, de acuerdo con la referencia al recorrido del recinto amurallado que nos ofreció el celebrado cronista Bernabé Moreno de Vargas, en el predio que hoy conocemos como la «Huerta de Otero». Dichos restos arquitectónicos, algunos de los cuales formaron parte de un templo dedicado a Marte, fueron tasados en la cantidad de 2000 reales y se emplearían en la reconstrucción del referido Hornito.



Fig. 8.2. Vista del Hornito de Santa Eulalia

La obra se compone de unas columnas¹, en realidad una seccionada en dos mitades y cuatro antas o pilastras que sustentan una arquitectura arquitebada (fig. 8.2). Las columnas se rematan en capiteles. El arquitrabe es una amplia faja de mármol blanco, lisa, que se desarrolla a lo largo de los tres lados del pórtico. Queda dividido dicho arquitrabe en tres zonas superpuestas, el plano inferior o sofito con los conocidos relieves. A continuación, un friso, no completo, formado por motivos vegetales y cabezas de Medusa, hojas de acanto y palmetas. En el frente principal la referida inscripción: *MARTI SACRUM/ VETTILLA PACULI* y bajo ella, la aclaración a la nueva dedicatoria del edificio: *IAM NON MARTI SED IESU CHRISTO D.OP.M. EIUSQ SPONSAE EULALIA VR MR DE NUO CONSECRATUM* (fig. 8.3).

A su vez, en el frontis, a izquierda, otro epígrafe, lamentablemente poco aclaratorio: «Estas piedras de mármol se hallaron labradas de las ruinas de

¹ Una excelente descripción la debemos a la profesora León, quien realizó una monografía sobre el edificio y que resumió en un artículo: León Alonso, P. (1970). Los relieves del Templo de Marte en Mérida. *Habis*. 1, 1970, pp. 181-197, láms. XV-XXVI.



Fig. 8.3. Inscripción relativa a la procedencia de los elementos arquitectónicos del Hornito

la ciudad». Es como no decir nada, al no especificar el lugar exacto de su hallazgo o, al menos, aproximado. Por desgracia, tampoco Moreno de Vargas, que bien conocería como testigo de su tiempo el lugar de hallazgo de las piezas de tan importante edificio, nada dice de ello (figs. 8.4, 8.5 y 8.6).

Aunque en principio se consideró que todos los elementos arquitectónicos pertenecieron al edificio romano que nos ocupa, las observaciones y análisis de los especialistas han ido poniendo las cosas en su sitio (León Alonso, 1970: 181-182).

Por De la Barrera (1984: 34-35) sabemos que los capiteles corintios que sustentan, con las pilastras, tan singular entablamento, se pueden fechar

205



Figs. 8.4, 8.5 y 8.6. Piezas arquitectónicas del Hornito

entre mediados del siglo I d. C. y el tercer cuarto de esa centuria, cronología que no conviene a la fecha que consideramos más acorde con el edificio, de un período más avanzado. Además, sus dimensiones no guardan proporción con las que ofrece su entablamento.

Las pilastras² tampoco formarían parte del templo dedicado a Marte y nos asaltan dudas, más que razonables, en cuanto a la columna seccionada, igualmente por sus proporciones en desacuerdo con las del entablamento del templo³ y en cuanto a las losas del suelo del pórtico del Oratorio no parecen ser otras que las que se emplearon en el Foro provincial de *Augusta Emerita*, al igual que las que figuran en la entrada del Parador Nacional, cuya ubicación parece coincidir con la del referido foro o sus aledaños. Por tanto, para la remodelación del Hornito se emplearon diversos elementos arquitectónicos romanos, «hallados de las ruinas de la ciudad» y parte del Templo de Marte, que servían adecuadamente para el propósito.

Siempre constituyó un motivo de preocupación determinar el lugar de ubicación del referido templo dedicado a la divinidad guerrera. Las teorías son diversas, pero casi siempre centradas en la región donde se ubicó el denominado Foro Provincial.

206

Fue Fernández y Pérez (1992: 57) el primero que aventuró su existencia en la zona de «El Calvario», lugar de aparición, en efecto, de interesantes estructuras y elementos arqueológicos, entre ellos una columna similar a la utilizada en el Hornito.

Otro lugar considerado para la ubicación del edificio romano fue el de la plaza de Santiago, hoy plaza de la Constitución o del Parador Nacional de Turismo. Fue una idea, al parecer, recurrente en la Mérida del siglo XVIII pues así lo refirió el Marqués de Valdeflores⁴, según informaciones que se le dieron⁵, idea que como deudor de lo escrito por Valdeflores para Mérida sigue Ponz⁶.

² Siempre consideramos que las pilastras no eran romanas, sino que se hicieron para el proyecto. Es la idea que expresó en su momento Pilar León (1970: 182), a pesar de que Mérida las consideró *antae* de la cella: José Ramón Mérida. *Catálogo Monumental de España. Provincia de Badajoz*. Madrid, 1925, I, n.º 73, lám. LI.

³ Si es que esos elementos corresponden en verdad al templo y no a unos pórticos que pudieron estar dispuestos en el espacio sacro.

⁴ RAH MS 9/4118-1, folio29.

⁵ Probablemente hubo una confusión con los hallazgos acaecidos años más tarde de la remodelación del Hornito en la Plaza de Santiago, entre ellos el pedestal dedicado a la *Concordia Augusti*.

⁶ «Hubo antiguamente, según es común opinión, en la Plaza de Santiago un templo dedicado á Marte, del qual se sacaron los mármoles con que se adornó una ermita, que llama el Hornito de Santa Eulalia...» (Ponz, 1778: 129).

Si nos parece de interés lo expresado por nuestro buen amigo el profesor Edmondson (2007: 563-568) quien en una interesante contribución al Congreso de Culto Imperial que organizamos en el Museo Nacional de Arte Romano, a propósito de una dedicatoria al *deus Mars Augustus*⁷, valora la existencia de un templo dedicado a Marte, que, a lo que parece, fue restaurado, en sus pórticos y completado en su programa iconográfico hacia los años 260-270 d. C. Sería muy probable que se tratara del mismo templo, aunque, con prudencia, no se decanta por su ubicación, tanto en la plaza de Santiago como en la calle Calvario, donde hasta fines del siglo XIX eran visibles unas importantes estructuras que dio a conocer en planta y restitución del alzado Alejandro de Laborde (Caballero Rodríguez, 2004: 109-110, plancha CLXI).

Tras el análisis de los datos con los que contamos y esas interesantes opiniones, no podemos afirmar otra cosa más que nada hay seguro sobre la ubicación del edificio, aunque por los epígrafes conocidos, tanto el que publicamos, en su día, con De la Barrera y Velázquez y las interesantes observaciones de Edmondson la existencia de un templo dedicado a Marte parece asegurada y su cercanía al Foro Provincial, por el dedicante de la inscripción al *deus Mars Augustus*, es una sugerente idea. Ahora bien, ¿Los restos del Hornito corresponden a la propia fachada de ese templo dedicado a la deidad guerrera o son parte de un pórtico del espacio sacro?

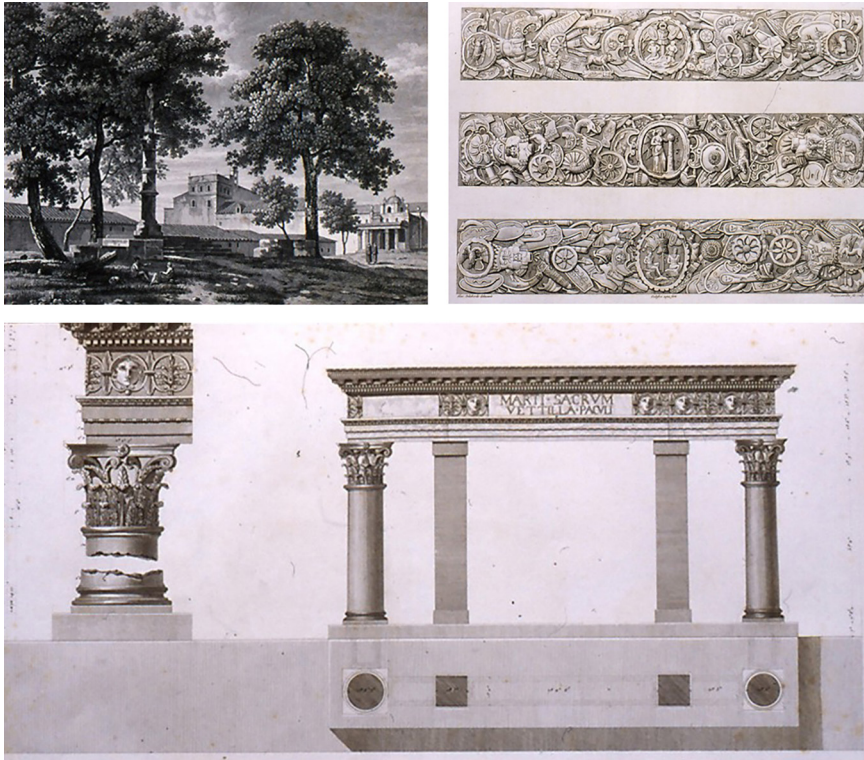
207

La respuesta es, por el momento, difícil de expresar. Será preciso un estudio pormenorizado de todos los elementos conservados y, aunque es arduo de realizar, conocer todos los detalles de las piezas utilizadas en el entablamento, solo parcialmente visibles, para determinar si los bloques guardan una relación continua o se dispusieron como mejor convenía; si eran los únicos que formaban parte de la fachada de ese templo o, quizá mejor, del pórtico del propio templo⁸.

El análisis pormenorizado del entablamento, arquitrabe, friso y cornisa, de la que apenas se han conservado dos fragmentos, lo debemos a la profesora León (1970: 182-185), quien supo determinar lo original y lo restituído en la realización del proyecto, por lo que remitimos a su estudio.

⁷ Otra dedicatoria a Marte, al parecer de los comedios del siglo II d. C., la dimos a conocer en su día (Álvarez Martínez, De la Barrera Antón y Velázquez Jiménez, 1986: 22-24, n.º 6, fig. 6).

⁸ Por desgracia en los trabajos de consolidación, limpieza y restauración no se pudo llevar a cabo esta más que necesaria labor que nos hubiera proporcionado datos interesantes en lo que referimos, con el fin de no desvirtuar la obra del siglo XVII, pues los elementos romanos aparecen unidos con obra de ese tiempo.



208

Figs. 8.7, 8.8 y 8.9. El Hornito de Santa Eulalia y sus soffitos, según De Laborde

Pero lo más importante de la construcción son, sin duda, los soffitos con representación de armas alusivas a la divinidad. El interés de la completa panoplia guerrera representada como la exquisitez de la labra llamó poderosamente la atención de eruditos, viajeros e historiadores locales en los pasados siglos, cuyas referencias han sido numerosas, al igual que las ilustraciones realizadas⁹ (figs. 8.7, 8.8 y 8.9).

La descripción pormenorizada de los celebrados relieves, en la que no vamos a entrar, el origen del modelo, su evolución, esquema compositivo e interpretación ya la realizó en su día la profesora León (1970: 185-193), considerando la temática de esta panoplia relivaria con otras realizaciones, entre ellas los relieves del *armilustrium* del Aventino, hoy en

⁹ A destacar los dibujos del ilustrador de Valdeflores, Esteban Rivas, conservados en la Real Academia de la Historia o de Alejandro de Laborde (Caballero Rodríguez, 2004: 101-103, planchas CXLVII y CXLIX). Igualmente, el maestro de obras emeritense, Fernando Rodríguez reprodujo la fachada y los relieves (Arbaiza y Heras, 1998: 323-324, lám. 10).



Fig. 8.10. Particular de los sofitos ilustrados por De Laborde

los Uffizzi, pues hay también en los emeritenses alusiones al armamento gladiatorio¹⁰ y con otros monumentos del género (fig. 8.10).

La referida investigadora relacionó también estos relieves del Templo de Marte con los aparecidos en las excavaciones del teatro emeritense, esa *congeries armorum*, o amontonamiento de armas de excelente calidad, al observar la identidad de temas y motivos de carácter militar, la similitud en la composición y la presencia del mismo tipo de moldura para bordear los paneles le llevaron a sugerir, pensamos que acertadamente, la posibilidad de que pudieran haber constituido el modelo o, al menos, la inspiración para el autor de los relieves del templo, posteriores en medio siglo a los del teatro, muy bien analizados por Trillmich (1989-1990: 87-102 y 1993: 116-117) quien pudo adscribirlos a un *sacrarium in ima cavea* tras un concienzudo y revelador estudio (figs. 8.11, 8.12, 8.13 y 8.14).

¹⁰ Esta circunstancia le llevó, a falta de otros datos, a sugerir la posibilidad de una hipotética relación de los relieves emeritenses con un *armilustrium* en la línea del romano, «un pórtico de pilares en torno al que se realizaba una procesión el 19 de marzo, como refieren diversas fuentes latinas, en la que tomaban parte los salios, los portadores de las *ancillae* y hombres armados que daban vueltas entre los pórticos» (León Alonso, 1970: 192-193).



Figs. 8.11, 8.12, 8.13 y 8.14 (conjunto). Los sofitos en su estado actual

210

Por su parte, Trinidad Nogales (2007: 469-470) al referirse al tema de la *congeries armorum* se muestra de acuerdo con la profesora León a propósito de la relación entre ambos ejemplos emeritenses y destaca la posible procedencia de la metrópoli del modelo que, aunque acuñado de antiguo, guarda una relación bien estrecha con las producciones trajaneas, del entorno del Foro del *Optimus Princeps* y otras anteriores del período Flavio. Con el ejemplo de los relieves del Teatro esa *congeries armorum* que es simbología bélica de los nuevos tiempos, «Augusta Emerita en plena eclosión del modelo de la metrópoli rememora los ciclos de la exaltación del poder reinante» (Nogales, 2007: 471).

La dedicante se llamaba *Domitia Vettilla* y era miembro de una familia senatorial¹¹ procedente de la zona de *Vercellae*, la actual Vercelli, en la Cisalpina que, por cierto, mantuvo amplias relaciones con *Hispania* y con la zona lusitana en particular. Se desposó con importante político hispano, ¿de raigambre lusitana?, *Lucius Roscius Paculus*, a quien el *concilium Provinciae Lusitaniae* rindió un homenaje en virtud de sus méritos e importancia política por los cargos que ocupó (figs. 8.15 y 8.16).

¹¹ Su padre fue *Domitius Patruinus*, descendiente de *Lucius Domitius Apollinaris*, personaje relevante de la segunda mitad del siglo I d. C. y relacionado con Marcial y el propio Plinio: *P.I.R.*, III, 1943, n.º 133.



Fig. 8.15. La inscripción de Vettilla



Fig. 8.16. Vista frontal del Hornito de Santa Eulalia

Diversos trabajos han analizado la trayectoria de estas dos personas bien relevantes en la sociedad romana de su tiempo, de acuerdo con las referencias documentales y epigráficas que se han conservado¹².

Esta acción evergética de su esposa, *Domitia Vettilla*, con la ciudad se puede deber a una correspondencia por las muestras de afecto hacia su marido, bien en vida o ya a su muerte, como recuerdo.

Visto lo que antecede nos encontramos con un conjunto relevante de piezas surgidas «de las ruinas de la ciudad», algunas, las más importantes, procedentes del área de un templo dedicado a Marte que, a lo que parece, existió en *Augusta Emerita* como atestiguan los epígrafes

¹² Recientemente Saquete (2016-2017: 355-362) abundaba sobre el tema y nos ofrecía consideraciones muy acertadas sobre la personalidad y relaciones familiares de *Vettilla* y de *Paculus*.

referidos y cuya ubicación se nos escapa, aunque habría que considerar, más bien como hipótesis de trabajo, por la existencia de un epígrafe dedicado al *deus Mars Augustus*, una ubicación cercana al área de lo que dimos en llamar en su día Foro Provincial.

Ahora bien, por el carácter de los elementos conservados y sus dimensiones, estamos, como han considerado muchos, ante la fachada de ese templo o más bien ante unos pórticos del complejo religioso, quizá anterior a la fecha de los relieves, que pudieran haber tenido el carácter de un *armilustrium* como sugirió, por comparación con el complejo de santa Sabina, Pilar León. Es la idea que, particularmente, más nos convence.

Pensamos también, ante la imposibilidad de poder analizar en todo su perímetro las piezas del Hornito, que estos sofitos formaban parte de esos pórticos¹³ y que se utilizaron sin correspondencia alguna, es decir, como convenía a los autores del proyecto de remodelación.

Sobre el culto a *Mars* en *Augusta Emerita*, Le Roux (2014: 331, nota 22) considera que el origen senatorial de la dedicante y la carrera de honores del esposo invitan a reconocer al Marte protector de Roma y garante de la victoria imperial venerado en la colonia con el aval de las autoridades locales.

212

Precisamente, en la dedicatoria en la que el *procurator Augusti*, *Iulius Maximinus* ofrecía al *deus Mars Augustus*, especificando la restitución del pórtico donde figuraban los *signa dei*, lo hizo pro *incolumitate temporum* (fig. 8.17).

De ese documento deducimos que *Mars* contaba con un templo en Mérida, dotado, además, de un pórtico con figuraciones de los *signa* de la divinidad y *clipei*, lo que nos hizo sospechar que podría tratarse de una referencia al *armilustrium* dedicado por *Vettilla*¹⁴.

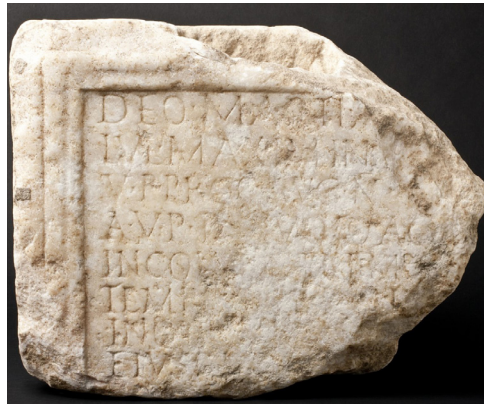


Fig. 8.17. Dedicatoria al *deus Mars Augustus* por el *procurator Augusti*, *Iulius Maximinus*

¹³ Probablemente eran más numerosos.

¹⁴ Véanse nuestras consideraciones sobre este asunto en el capítulo dedicado a Adriano y los Antoninos.

El culto a la divinidad guerrera, en su acepción a la *domus imperial*, *Mars Augustus*, ocupó una posición destacada en la *colonia Augusta Emerita* como protector de la propia colonia y del Imperio y al que se dirigieron ofrendas *pro incolunitate temporum*, en momentos convulsos como pudieron ser, entre otros, los que se sucedieron en el reinado de Marco Aurelio, a propósito de la invasiones de los *mauri* que llegarían, como nos refieren diversos textos, a poner en peligro a la Bética y, más que probablemente, a amenazar a la provincia limítrofe de Lusitania. Igualmente en tiempos del aludido *procurator Augusti*, *Iulius Maximinus*, esta vez, suponemos, por el período difícil que se vivía en Roma.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Martínez, J. M; Barrera Antón, J. L. de la y Velázquez Jiménez, A. (1986). Nuevas inscripciones de Mérida (I). En: *Homenaje a D. Enrique Segura Covarí, D. Bernardo Muñoz Sánchez y D. Ricardo Puente*. Badajoz, Diputación.
- Álvarez Sáenz de Buruaga, J. (1979). El Hornito de Santa Eulalia. *Diario Hoy*. 8 de diciembre de 1979, p. 17.
- Arbaiza Blanco-Soler, S. y Heras Casas, C. (1998). Fernando Rodríguez y su estudio arqueológico de las ruinas romanas de Mérida y sus alrededores (1794-1797). *Academia, Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*. N.º 87, segundo semestre de 1998, n.º 11, A-5928, pp. 323-324, lám. 10.
- Barrera Antón, J. L. de la. (1984). *Los capiteles romanos de Mérida*. Mérida (Badajoz), Museo Nacional de Arte Romano. Monografías Emeritenses, 2.
- Caballero Rodríguez, J. (2004). *Alejandro de Laborde y Mérida. Pequeña historia de grandes grabados*. Mérida, Artes Gráficas Rejas.
- Edmondson, J. (2007). The Cult of *Mars Augustus* and Roman Imperial power at Augusta Emerita (Lusitania) in the Third Century A.D.: a new votive dedication. En: Nogales, T. y González Fernández, J. (coords.). *Culto imperial. Política y poder*. Roma, L'Erma de Bretschneider. Pp. 541-575.
- Fernández y Pérez, G. (1893). *Historia de las antigüedades de Mérida*. Mérida, Plano y Corchero.
- Le Roux, P. (2014). Mars dans la Péninsule Ibérique en Haut-Empire romain. En: *Espagnes romaines: L'empire dans ses provinces - Scripta Varia II*. Rennes, Presses universitaires de Rennes.
- León Alonso, P. (1970). Los relieves del templo de Marte en Mérida. *Habis*. 1, pp. 181-197, láms. XV-XXVI.
- Mérida, J. R. (1925). *Catálogo monumental de España. Provincia de Badajoz. Láminas*. Madrid, Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.
- Nogales, T. (2007). Culto Imperial en Augusta Emerita: Imágenes y programas urbanos. En: *Culto Imperial. Política y poder. Actas del Congreso Internacional Culto Imperial: política y poder*. Roma, L'Erma di Bretschneider. Pp. 449-539.

- Ponz, A. (1778). *Viage de España en que se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella*. Tomo octavo. Madrid, Joachin Ibarra.
- Saquete, J. C. (2016-2017). "Vettila, Paculus" y sus relaciones familiares. *Anas*. N.º 29-30, pp. 355-362.
- Tillmich, W. (1989-1990). Un *sacrarium* de culto imperial en el teatro de Mérida. *Anas*. 2/3, pp. 87-102.
- . (1993). Novedades en torno al programa iconográfico del teatro romano de Mérida. En: Nogales, T. (coord.). *Actas de la I Reunión de Escultura Romana en Hispania*. Madrid, Ministerio de Cultura.

LISTA DE ABREVIATURAS

A. C.: antes de Cristo.

Aen.: *Aeneis* (Eneida).

An.: *Anabasis* (Anábasis).

ann.: *Annalium libri* (Anales).

Ant. Rom.: *Antiquitates Romanae* (antigüedades de los romanos).

b. c.: *De bellis civilibus* (Guerras civiles).

b. g.: *De bello Gallico* (Comentario sobre la guerra de las Galias).

Bl: *Bellum Iudaicum* (La guerra de los judíos).

Ca.: *circa*.

Cal.: *Gaius Caligula* (Vida de Cayo Calígula).

Cap.: capítulo.

Cat.: *De coniuratione Catilinae* (Conjuración de Catilina).

Catil.: *Catilinam orationes* (Catilinarías).

Cf.: Confer («consultar» o «comparar con»).

Coord.: coordinador.

216

d. C.: después de Cristo.

de verb. sig.: *De verborum significatione* (Sobre la significación de las palabras).

Dir.: director.

div. inst.: *divinae institutionis* (instituciones divinas).

Ed. lit.: editor literario.

Ed.: editor.

Et al.: et alii.

fast.: *fasti* (fastos).

fig./figs.: figura /figuras.

fort. Rom.: *De fortuna Romanorum* (Sobre la fortuna de los romanos).

G. Civil: *Guerra Civil*.

G. Galias: *Guerra de las Galias*.

HEp: *Hispania Epigraphica*.

Hist.: Historia.

Hist.: *Historiarum ab urbe condita libri* (Historia de Roma desde su fundación).

HN: *Historia naturalis* (Historia natural).

in Verg. comm.: *In Vergilii carmina commentarii* (Comentarios sobre la obra de Virgilio).

Kg: kilogramo/kilogramos.

Km: kilómetro/kilómetros.

Lám.: lámina.

Lib.: libro.

m: metro.

Mil.: *Epitoma rei militaris* (Epítome de asuntos militares).

mor.: *Moralia* (Tratados morales).

N.º: número.

orig.: *Origines seu Etymologiae* (Etimologías).

P./pp.: página / páginas.

quaest. Rom.: *Quaestiones Romanae* (Cuestiones romanas).

Reprod.: Reproducción

Rom.: *Romulus* (Vida de Rómulo).

S. f.: sin fecha.

S. l.: *sine loco*.

S. n.: *sine nomine*.

sat.: *Saturarum* (Sátiras).

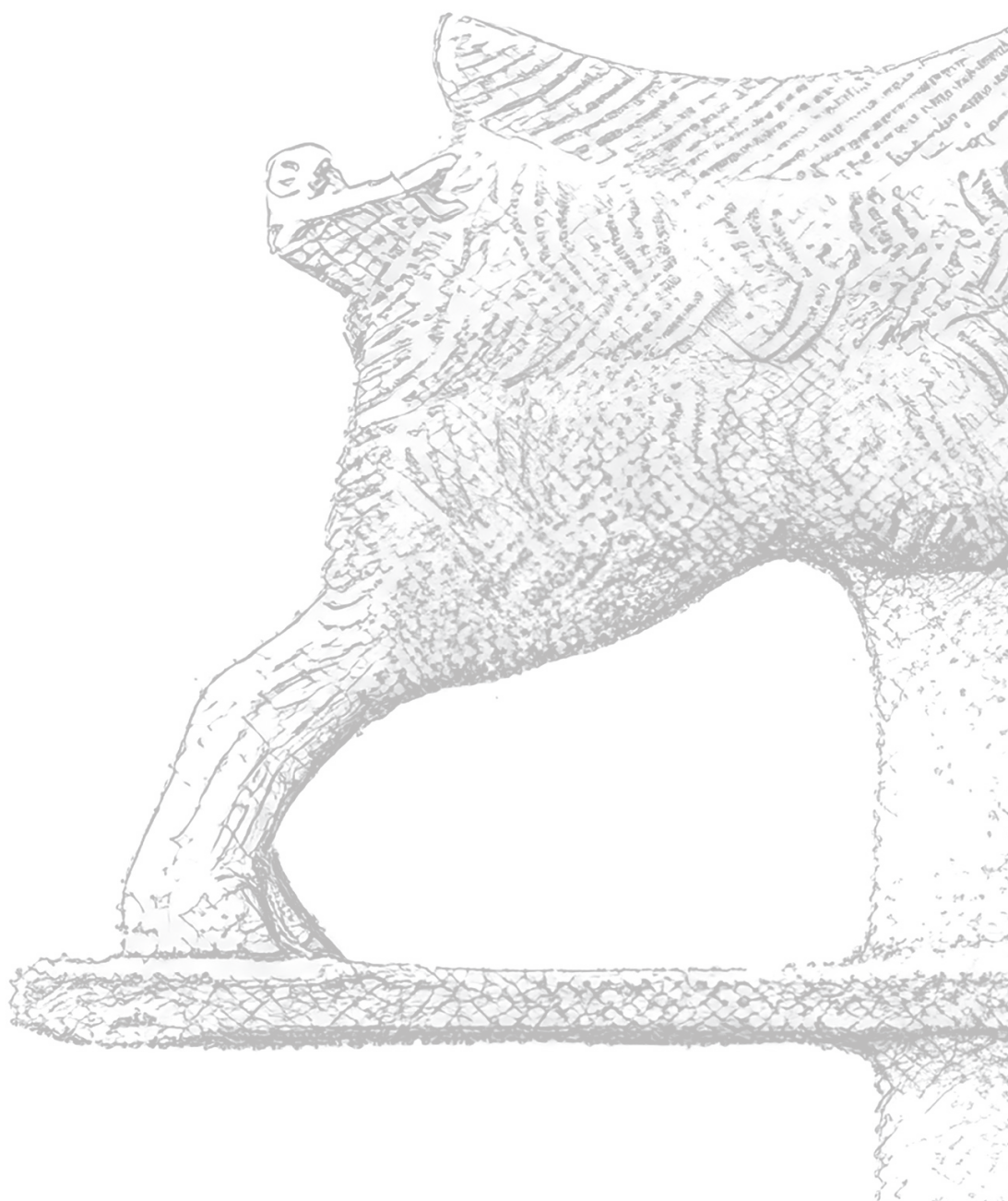
T.: tomo.

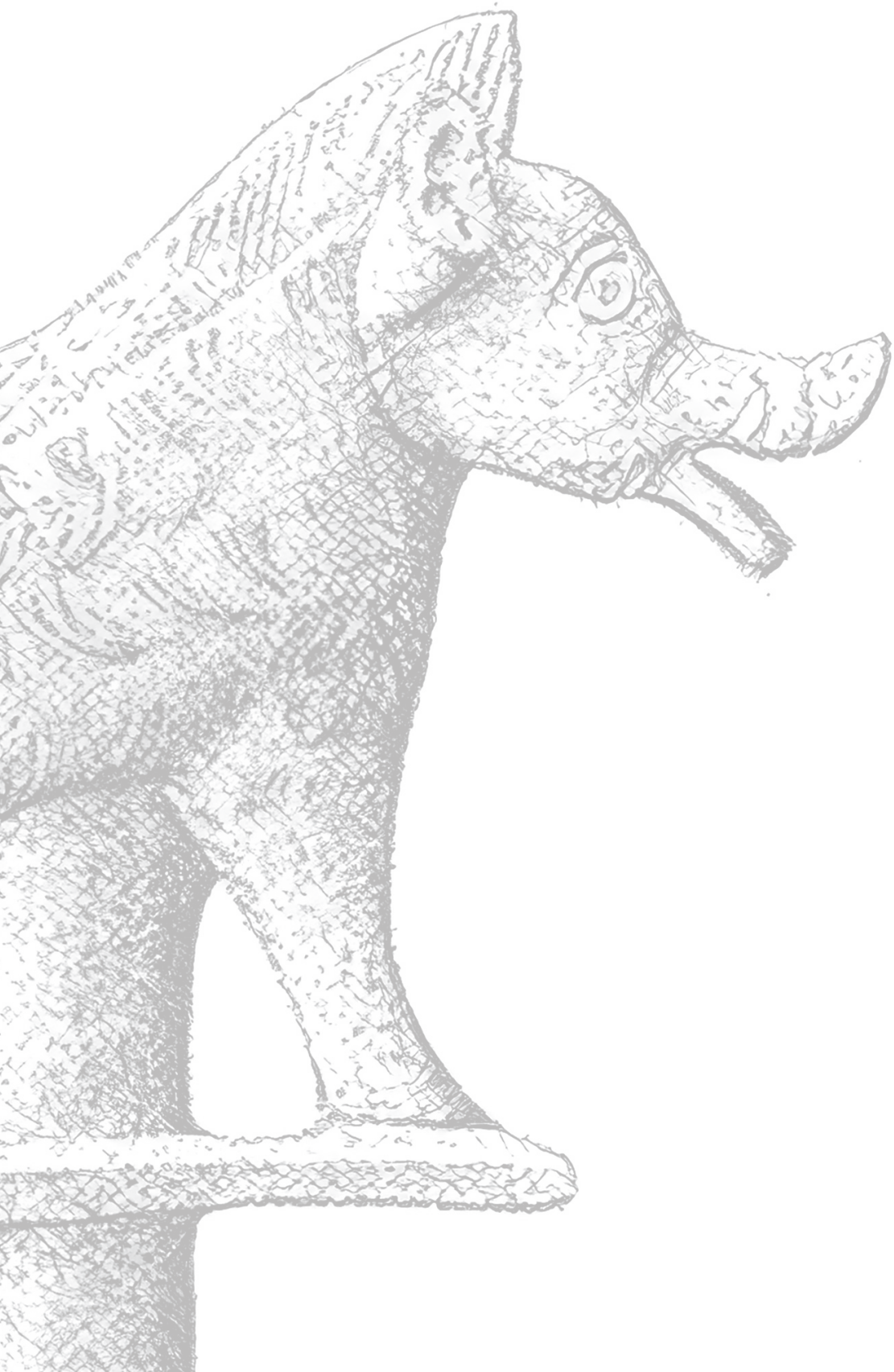
Tib.: *Tiberius* (Vida de Tiberio).

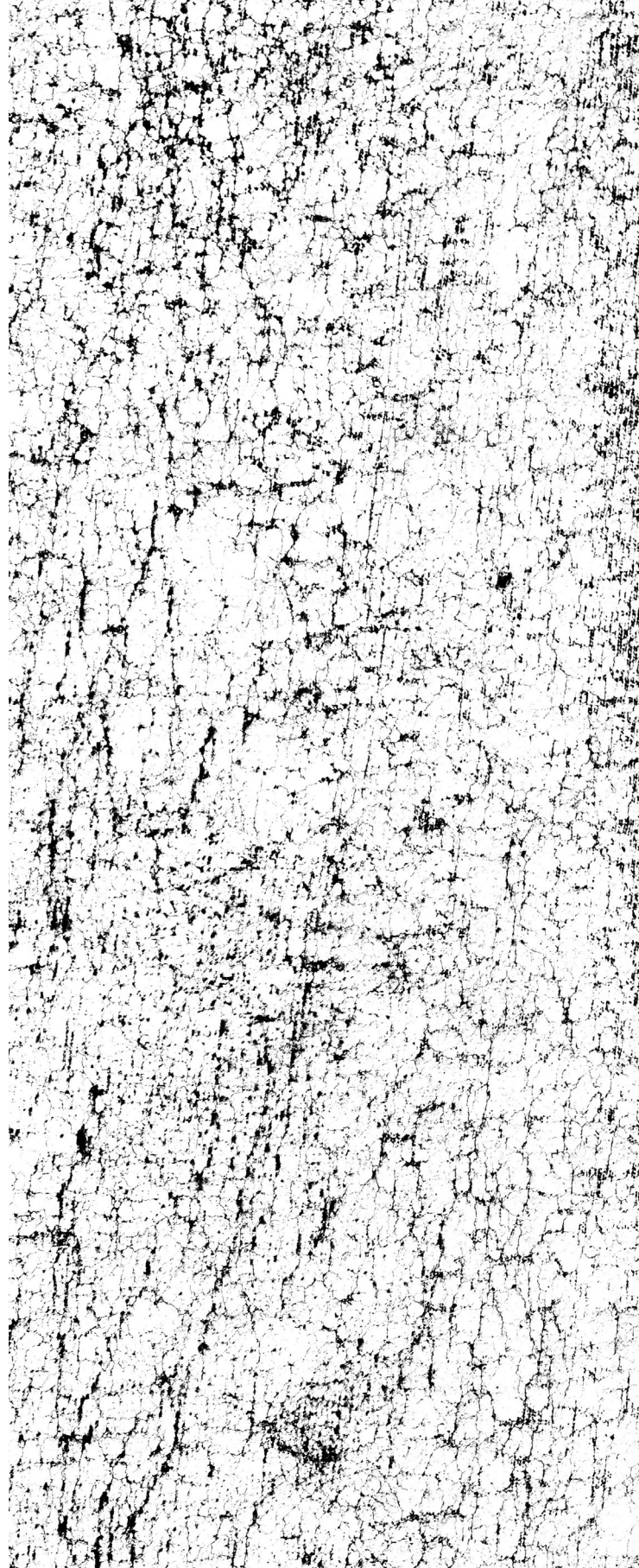
Trad.: traductor.

Vid.: *vide* (Véase).

Vit.: *Aulus Vitellius* (Vida de Aulo Vitelio).







Las comunicaciones recogidas en este volumen preparado de manera extraordinaria por las Jornadas de Artillería en Extremadura dan, como su nombre indica, *Apuntes sobre el Ejército romano*.

Esta recopilación de artículos elaborados por expertos e investigadores destaca diversos aspectos en torno a la presencia romana en la península ibérica desde la perspectiva militar. Asimismo, actualiza conocimientos en esta parte de la historia militar gracias a nuevos estudios y yacimientos tratados en ediciones anteriores de este ciclo de conferencias.

En definitiva, esta obra ahonda en la difusión del patrimonio legado por antecesores romanos, aún hoy presente en tierras extremeñas.

